

DEUS SANGUINIUS

Los Ángeles Sangrientos 2

James Swallow

James Swallow

Deus Sanguinius

Warhammer 40000. Ángeles sangrientos 2

ePUB r1.4
epublector 09.05.13



Título original: *Deus Sanguinius*
James Swallow, 2005
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2006)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

Los marines espaciales Ángeles Sangrientos están a punto de verse desgarrados por un cisma religioso. El hermano Arkio proclama ser la reencarnación de Sanguinius, el padre físico y espiritual de los Ángeles Sangrientos, y ha establecido una regla muy simple: obedéceme o muere.

Rafen, el hermano de Arkio, tiene sus dudas, pero todos los que cuestionan la autoridad de Arkio son silenciados para siempre. Mientras tanto, y debido a las maquinaciones siniestras del inquisidor Stele, el escenario para lo que podría ser la destrucción y la condenación de todo el capítulo de los Ángeles Sangrientos está preparado.



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por él poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables:

las numerosas legiones le la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo.

Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



UNO

El guerrero encontró en mitad de toda aquella locura un pequeño rincón oscuro, un diminuto santuario de silencio, donde podía aislarse. En cierto modo, era su refugio, un escondrijo donde lograba olvidar las dudas y el miedo y concentrarse en encontrar respuestas para las preguntas que lo acosaban. La estancia había sido antaño un almacén para productos químicos volátiles y peligrosos, y el aire de su interior todavía mostraba trazas de hidrocarburos. El hedor de aquellas sustancias había impregnado por completo las paredes de hierro.

Sacó la cabeza por la entrada para asegurarse de que nadie lo había seguido y luego empujó la pesada compuerta con el hombro hasta que chocó contra el marco con un chasquido profundo pero suave. Por último, echó los cierres. El biolumen del techo estaba agrietado y apenas brillaba. Un pequeño reguero de fluido luminoso de color verdoso manchaba la rejilla que lo rodeaba. La única fuente de luz auténtica era el hueco enrejado abierto cerca de la esquina superior de la pared, al nivel de suelo de la calle que había al otro lado. De vez en cuando, el lejano chasquido seco de los disparos de un rifle láser llegaba a través del enrejado y se oía el rumor parecido al oleaje de una multitud vociferante.

Se descolgó del hombro la pesada bolsa de yute y la dejó con cuidado en el suelo. La delicadeza de movimientos que mostraba contrastaba con su enorme figura musculosa. Incluso sin la servoarmadura característica de los Adeptus Astartes, el guerrero constituía una visión impresionante, a pesar de llevar puesta tan sólo una túnica. Sobresaldría por encima de cualquier humano incluso descalzo. El marine espacial llenaba la estancia sólo con su presencia. Con gestos suaves y reverentes apartó la tela del objeto que con tanto esfuerzo había recuperado de los escombros de la capilla. Había quedado enterrado allí, olvidado por los mismos que le habían mostrado devoción y que ahora adoraban algo nuevo y distinto. Aquel pensamiento hizo que en su rostro de rasgos duros comenzara a aparecer un gesto de furia, pero se obligó a tranquilizarse.

La bolsa de yute quedó abierta por completo y el marine espacial sostuvo en las manos un icono del Señor único y Verdadero. Era una representación del Dios-Emperador de la Humanidad, que se encontraba con toda su majestuosidad sobre el Trono Dorado de Terra. Pasó los dedos por el viejo icono desgastado. Lo habían

forjado con restos de bronce procedentes de una factoría donde se fabricaban proyectiles para los tanques Leman Russ de la Guardia Imperial. Lo coloco de sobre una caja vuelta del revés de modo que quedara bajo el rayo de luz procedente del hueco enrejado de la pared. El brillo tibio del sol lo envolvió con un débil halo. El marine cruzó los brazos sobre el pecho, con las manos abiertas y las muñecas cruzadas. Con los pulgares y el resto de dedos formó la silueta de un aquila imperial, con un ojo mirando al pasado y el otro observando sin parpadear el futuro.

El Ángel Sangriento inclinó la cabeza y se dejó caer de rodillas ante el Emperador. Luego abrió los brazos de par en par para dejar las muñecas al aire. La luz resaltó el entramado de cicatrices pálidas que le cubrían los antebrazos, los trofeos mudos de un centenar de batallas. En uno de los brazos mostraba un tatuaje de color rojo con la forma de una gota de sangre flanqueada por dos alas.

—En nombre de la Sagrada Terra —dijo en voz baja—. En nombre de Sanguinius, Señor de la Sangre, Ángel Rojo, Óyeme Señor de la Humanidad. Concédeme una fracción de tu sabiduría infinita y guíame. —Cerró los ojos—. Escucha estas palabras, la contrición de tu hijo errante, Rafen, de Baal Secundus. Te lo ruego, Señor Emperador, escucha mi confesión.

El inquisidor Ramius Stele se puso en pie. Había acabado de meditar y se concentró de nuevo en el presente. Se pasó una mano por la frente, y al hacerlo, tocó el electrotatuaje con la forma del aquila. Frunció el entrecejo. Cuanto más cerca estaba de conseguir cumplir sus planes, más parecía cansarse. Inspiró profundamente y se llevó una mano a la nariz con gesto distraído. Al retirarlas vio que se había manchado de sangre, y torció el gesto ante el fluido de color púrpura oscuro. Se limpió con cuidado con un pañuelo y contempló como la mancha se extendía por el tejido, avanzando igual que un cáncer por el hilo de algodón.

Stele arrugó el pañuelo y se lo metió en el bolsillo interior de la túnica. Luego se colocó mejor sobre los hombros el pesado abrigo propio de su cargo. El símbolo de la Inquisición, la “I” mayúscula estilizada de bronce adornada con un cráneo de oro blanco, le colgaba del cuello. Stele la acarició con los dedos con gesto ausente. A veces le daba la sensación de que el medallón era un dogal que le aprisionaba el alma y lo ataba al universo mezquino de lo humano. Contempló el emblema y le limpió una leve mancha de sangre. Pronto se libraría de él, se libraría de todas las ataduras que lo encadenaban al dios cadáver.

Stele miró a su alrededor un momento y contempló las paredes donde todavía permanecían las huellas de manos de color marrón oscuro y las manchas de vísceras. Aquel lugar había sido, durante la batalla de Shenlong, el escenario de algunas de las atrocidades más brutales de los marines del Caos de los Portadores de la Palabra,

donde los ciudadanos habían sido destripados vivos como sacrificio penitencial a los Poderes siniestros. Aunque la mayoría de las estancias de la fortaleza Ikari ya estaban limpias y consagradas de nuevo, Stele se había asegurado de forma discreta de que esa habitación llena de muerte se mantuviera como estaba. El inquisidor había descubierto que allí, donde las almas aullantes de los asesinados brutalmente habían grabado su dolor en la piedra y en el cemento, la membrana que separaba el mundo y la disformidad era más delgada. Mientras descansaba en aquel lugar, donde dejaba que su psique abandonara su envoltura orgánica, era capaz de captar la textura leve y seductora del empíreo, tentadóramente cerca de su alcance. Para él se trataba de una experiencia mucho más mística que arrodillarse con falsa devoción delante del Emperador de la Humanidad.

Stele dejó atrás la estancia húmeda y salió al exterior, donde se encontró a su guardia de honor, que lo esperaba. Eran mucho más altos que él, y con sus cubiertas protectoras rojas de ceramita y los bólters que empuñaban se asemejaban más a estatuas vivientes talladas en la propia roca. Tan sólo sus pulidos cascos dorados los diferenciaban del resto de los Ángeles Sangrientos. Stele no les prestó atención. No tenía ni idea de quiénes eran aquellos individuos, ni cómo se llamaban o cuáles eran sus esperanzas o sueños. Lo cierto era que le importaban menos que los servocráneos automatizados, que despegaron del suelo con sus propulsores gravitatorios en cuanto salió de la estancia. Los orbes plateados lo siguieron emitiendo un zumbido y atentos como halcones, con los marines dos pasos por detrás de ellos.

El encorvado lexmecánico de Stele lo estaba esperando en el cruce de pasillos. El siervo inclinó la cabeza en gesto de saludo.

—¿Habéis concluido vuestra meditación? —El servidor se ponía nervioso en los confines de la estancia, así que había preferido que esperara fuera mientras duraba la sesión—. Existen ciertos asuntos que requieren vuestra atención.

—Por supuesto.

Las últimas trazas del miasma negro que le nublaban la mente desaparecieron, y con ellas los vestigios seductores de las caricias de la disformidad. Lo echó todo de menos.

—Vuestro servidor Ulan ha desembarcado de la *Bellus* con ciertas noticias —siguió diciendo el lexmecánico—. Se trata de algo que no ha querido contarme.

¿Había una nota de orgullo herido en la voz del servidor? Stele lo dudaba mucho. La mentalidad de su ilota había sido tan improntada a su servicio que pocos vestigios quedaban en ella que se pudieran considerar rasgos de personalidad.

—Os espera en la capilla, inquisidor —añadió.

—Bien. La atenderé antes de que…

Un grito angustioso y sin palabras atravesó el aire y Stele se volvió sorprendido. Se llevó la mano de inmediato a la empuñadura de la elegante pistola láser que

llevaba al cinto, pero fue un gesto lento, casi indolente, comparado con los movimientos relampagueantes de su guardia de honor. Los Ángeles Sangrientos se dieron la vuelta con los bólters ya empuñados y en un instante los apuntaron contra un trío de figuras silueteadas en un pasillo lateral.

A la cabeza del grupo se encontraba un hombre de rostro rubicundo y ojos acuosos. Sus ropajes, y los de las mujeres que lo acompañaban, estaban desgastados y algo sucios, aunque eran de estilo rico y opulento. Stele llegó a la conclusión de que pertenecían a la clase mercantil de Shenlong, terratenientes desposeídos que se aferraban a los modales cortesanos anteriores a la invasión de los Portadores de la Palabra.

—¡Mi… Mi señor inquisidor! —exclamó el hombre con labios temblorosos—. Perdonadme, pero…

Dio apenas medio paso hacia Stele, pero uno de los marines colocó delante bloqueándole el paso como una pared escarlata.

—No te acerques —le advirtió el ángel sangriento.

El lexmecánico se volvió hacia el otro marine.

—¿Cómo es posible que estos civiles hayan conseguido llegar hasta aquí? Esta zona de la fortaleza Ikari está prohibida para todo el mundo a excepción de los servidores de Arkio el bendito y del Dios-Emperador.

De los labios de las dos mujeres salió un jadeo de asombro ante la mención del nombre de Arkio. El hombre hizo el signo del aquila e inclinó la cabeza.

—Por favor, perdonadnos, nobles señores, pero fue por devoción a su nombre por lo que nos atrevimos a aventurarnos más allá de las barreras que se encuentran abajo…

Stele alzó una ceja con gesto burlón y se acercó apartando con suavidad el bólter del marine.

—¿De verdad? ¿Y qué clase de devoción es la que queréis compartir?

El hombre se pasó la lengua por los labios.

—Yo… nosotros… esperábamos poder ver en persona al Bendito. Pedirle su bendición. —Se secó una lágrima de la comisura de un ojo—. Todo lo que teníamos nos lo arrebataron en la invasión. Ya no tenemos nada.

Stele soltó un bufido de burla en su interior. Aquel idiota pomposo estaba llorando por la pérdida de su dinero y de sus caprichos mientras que otros en Shenlong apenas tenían nada que llevarse a la boca para comer. Las palabras de semejante individuo no hicieron más que reforzar el odio del inquisidor hacia la corrupción del Imperio, el cadáver repleto de gusanos de una sociedad que sólo servía para glorificar a los poderosos y a los ricos. Stele no mostró ninguno de aquellos sentimientos.

—Aquellos de nosotros que mostremos nuestra devoción al Bendito seremos

recompensados —le respondió—. ¿Lo haréis vosotros?

El mercader se apresuró a asentir con fuerza y varias veces.

—¡Oh, sí, sí! Por aquel que nos ha liberado daría gustoso todo lo que pudiera. Tan sólo pido su benevolencia.

—Daríais gustoso todo lo que pudierais —repitió Stele.

Permitió que una leve sonrisa le asomara a los labios mientras contemplaba con detenimiento a las dos mujeres. El parecido entre ambas era evidente. La más joven, de quizá unos dieciséis años, lo miraba con los ojos abiertos de par en par. Era atractiva, aunque de un modo virginal, casi casto. La otra que tenía aproximadamente la misma edad que el propio inquisidor, mostraba un aspecto dócil, propio de alguien sometido. Stele las valoró a ambas. Quizá podría distraerse un rato.

—¿Son vuestra mujer e hija? —quiso saber, y la pregunta se quedó flotando en el aire.

—Ah… —El hombre intentó encontrar una respuesta pero no encontró ninguna.

Stele asintió.

—Llevadlas a mis aposentos —le dijo a su guardia de honor. Uno de los marines asintió y se llevó a las mujeres con un gesto del cañón del bólter—. Ya las llamaré cuando las necesite. —El inquisidor hizo un gesto de asentimiento en dirección al hombre—. Vuestra devoción es grande. El Bendito tiene un siervo digno en vos.

Stele se dirigió de nuevo hacia la capilla y oyó cómo a su espalda el individuo musitaba un agradecimiento entrecortado.



Rafen no se había atrevido a entrar en ninguno de los tabernáculos del interior de la fortaleza Ikari. Sabía muy bien lo que vería en su interior. Una multitud de habitantes de Shenlong habían empuñado martillos y cinceles contra los mosaicos y los frisos intrincados que la fuerza de invasión del Caos todavía no había destruido y se había dedicado a destrozarlos. El enemigo ya no estaba en el planeta, bien porque había muerto, bien porque estaba en fuga, pero la gente a la que habían sometido durante un breve período de tiempo completó las profanaciones que los Portadores de la Palabra habían comenzado. Tan sólo habían cambiado su objeto de veneración. En lugar de los símbolos imperiales autorizados, habían pintado representaciones burdas del emblema de los Ángeles Sangrientos y el recién creado icono de Arkio el Bendito, el halo dorado cruzado por una lanza centelleante. Aquella visión le quemó el corazón a Rafen igual que un lanzallamas, pero no se atrevió a expresar en voz alta las dudas que lo acosaban, y mucho menos confesarse en un lugar semejante. No tenía ninguna duda de que cualquier palabra que pronunciara sería transmitida de inmediato al alto sacerdote Sachiel, y permitir que se enterara de los pensamientos más profundos de Rafen sería un error muy grave.

Tampoco podía visitar una de las iglesias que los ciudadanos comunes utilizaban, allá en las extensiones urbanas que se apretaban entre las catedrales-factoría de miles de metros de alto de Shenlong. Un marine espacial, aunque no llevara puesta la armadura, no pasaría inadvertido entre la población, y al igual que los habitantes de la fortaleza habían aceptado a Arkio en su corazón, los ciudadanos normales habían sustituido al Emperador como objeto de adoración por aquel que ellos llamaban el Nuevo Señor de la Sangre.

Allí, en una estancia mal iluminada y lóbrega, bajo una calle destrozada por los disparos de artillería y abandonada por todos sus habitantes, Rafen había creado su propio lugar de adoración, un refugio pequeño y seguro desde donde ponerse en contacto con su dios sin que nadie se enterara de sus plegarias.

—Debo confesar —le dijo al ídolo de bronce del Dios-Emperador— que me vi obligado a renunciar a mi juramento de fidelidad hacia el verdadero señor de mi capítulo, de, darle la espalda a Sanguinius a favor de mi hermano…, el individuo al que llaman Arkio el Bendito. —Rafen controló el temblor de su voz—. No sé en qué se ha convertido mi hermano, pero sé que mi corazón no puede aceptar lo que Sachiel y Stele proclaman que es evidente. No puedo aceptar que Arkio es Sanguinius Renacido, y a pesar de saberlo, le juré lealtad. —Hizo un movimiento negativo con la cabeza como si respondiera a una pregunta muda—. Juro que no lo hice por cobardía. El gran sacerdote Sachiel me habría ejecutado sin duda alguna si no me hubiera arrodillado ante Arkio, pero sin mi voz, no habría quedado nadie que denunciara esta locura. Perdóname, mi señor, por esta hipocresía.

Rafen dejó escapar un suspiro angustiado.

—Concédeme la sabiduría para ver el camino —pidió con voz suplicante—. Te lo ruego, ¿qué quieres de mí? En Cybele, frente a los ataques de los repugnantes Portadores de la Palabra, estaba más que dispuesto a sacrificar mi vida y acudir a tu diestra en el Trono, pero en tu sabiduría, la *Bellus* vino en nuestra ayuda, y en ella, mi hermano. Creí que era una bendición ver a mi hermano pequeño después de tanto tiempo… Nuestros lazos de sangre son tan fuertes como la camaradería de mis hermanos de batalla.

El Ángel Sangriento recordó el momento en el que su hermano se alzó en el momento más desesperado de la batalla por aquel planeta con un plan para derrotar a los marines traidores. La increíble actitud de Arkio condujo a la destrucción de una nave de combate de los Portadores de la Palabra y a expulsar a los corruptos de Cybele. Al principio no había parecido más que un golpe de ingenio por parte del hermano de Rafen, pero luego el marine había salvado sin ayuda alguna a Sachiel de las garras de una criatura demoníaca, reunió a los guerreros a su alrededor y se convirtió en el líder que consiguió darle la vuelta al curso de la batalla. Para cuando se marcharon de Cybele a bordo de la *Bellus*, había marines que se preguntaban, y lo

expresaban en voz alta, si Arkio no habría sido tocado por espíritu de Sanguinius, y luego llegó el momento en que la Lanza de Telesto pareció demostrar la verdad de los rumores que se susurraban.

Stele dejó a su guardia ante las altas puertas de cobre de la capilla y entró. El lexmecánico de pies de hierro rematados por garras avanzaba tras él repiqueteando. La astrópata Ulan se encontraba en el centro de la estancia con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos sin vista se alzaron dentro de la capucha de su túnica negra e hizo un leve gesto de asentimiento.

—Mi señor inquisidor —lo saludó.

Su voz suave era el susurro del viento a través de las lápidas. Stele se acercó a ella y permitió por un momento que su mirada se desviase hacia el recipiente de titanio que se encontraba sobre el altar. Saber el poder que albergaba el largo contenedor le hizo sentir una ansia que nada más podía saciar. El inquisidor apartó la mirada con un esfuerzo casi físico y se concentró por completo en la delgada psíquica.

—Cuéntame.

Ulan dirigió el rostro hacia el lexmecánico, y Stele asintió. Se volvió hacia su servidor.

—Espera fuera.

El esclavo mecánico dio media vuelta y los dejó solos. Ulan comenzó a hablar en cuanto las puertas de la capilla se cerraron un retumbar sordo.

—Los planes a bordo de la *Bellus* siguen su curso, lord Stele —le informó con voz cautelosa—. Las preguntas sobre lo ocurrido con el astrópata Horin y su coro se han suprimido. No existe otro modo de ponerse en contacto con la galaxia si no es través de mí.

Stele hizo un gesto despectivo.

—¿Vienes a decirme algo que ya sé? —El inquisidor movió el índice y repitió sin darse cuenta el gesto de apretar el gatillo que había realizado cuando ejecutó al coro telepático de la *Bellus*—. Te asigné a la barcaza de combate para que fueras mis ojos y mis oídos.

—Y eso soy —contestó Ulan—. Tengo nuevas noticias. La advertencia enviada desde Shenlong hacia Baal, el mensaje para el comandante de los Ángeles Sangrientos… ha sido recibido.

—¿Dante ha contestado?

Ulan negó con la cabeza.

—El señor del monasterio de Baal ha preferido un enfoque más directo, mi señor. Ha enviado una nave. He interceptado las sombras de varias señales desde las

profundidades del Immaterium. No tardará en llegar.

Stele hizo un gesto de asentimiento.

—¿Sabes qué clase de nave? ¿Una más poderosa que la *Bellus*?

—Es poco probable. Sólo existe una nave de los Ángeles Sangrientos con un tonelaje equivalente al de la *Bellus* dentro del radio, operativo de Shenlong, la Europae, la nave personal de lord Mephiston.

—Dante no enviaría a su lugarteniente Mephiston sin una buena razón —comentó Stele en voz alta—. Todavía no, al menos. No, debe tratarse de otra nave.

—La llegada de nuevos refuerzos de los Adeptus Astartes pondrá en peligro nuestra estrategia —expresó Ulan con voz monocorde—. Se encontrarán fuera de nuestra esfera de influencia y serán una variable que no podemos medir. Debemos hacer frente a este asunto.

—Sí, eso haremos —replicó el inquisidor mientras estudiaba la situación—. Regresa a la órbita y mantente en tu puesto. Me avisarás en cuanto el enviado de Dante esté a distancia de contacto. —Stele jugueteó con el sello de pureza plateado e llevaba en la oreja—. Debo prepararme.

—No será fácil lograr que los recién llegados le entreguen su lealtad al Bendito —le advirtió Ulan—. La mejor opción es su exterminación.

—Tienes una mente demasiado estrecha, Ulan. El comandante Dante está a punto de darme una valiosa lección objetiva. Puedes irte. —Stele le indicó con un gesto de la mano que debía marcharse.

Una vez solo, el inquisidor dejó de controlarse y se acercó al altar y a la caja metálica que había encima. El cilindro de color gris plateado mostraba símbolos y sellos de pureza con los emblemas del Ordo Hereticus y de los Ángeles Sangrientos. Algunos estaban grabados sobre el propio titanio, otros estaban escritos sobre pergamino bendecido fijado al metal mediante gruesos discos de lacre estampados con símbolos votivos. Puso las manos sobre la superficie del contenedor y sintió la tibieza que irradiaba el objeto que albergaba. La Lanza de Telesto, una de las pocas armas de combate y objetos sagrados forjadas, o eso decían los mitos, por el propio Dios-Emperador. El inquisidor se sintió atraído de forma irresistible por el poder del artefacto, aunque se encontrara inerte.

Stele reprimió un arrebato de celos. La reacción siempre era la misma cada vez que pensaba en el marine Arkio y en su afinidad con el artefacto. Cuando la *Bellus* se adentró en el espacio orko para recuperar el arma arqueotecnológica, fue Stele quien se la arrancó de las garras al señor de la guerra piel-verde, fue Stele quien se alzó victorioso, pero los poderes de la lanza sagrada sólo se activaron en manos de Arkio. A un nivel básico, casi animal, no podía evitar tener un resentimiento constante hacia el joven astartes.

Se sacó aquellas ideas de la cabeza. La parte superior de la mente de Stele, el

mecanismo frío que calculaba el intrincado desarrollo de sus planes, sabía la verdad. Arkio era el candidato ideal para empuñar la lanza, el sujeto perfecto para ser adorado por sus hermanos de batalla. Y al final, la guía del propio Stele lo conduciría por un camino que llevaría al inquisidor a la posesión de un poder tal que haría que la lanza fuera poco más que el juguete de un niño en comparación.

—Mi hermano puso las manos encima de la Lanza de Telesto. —Las palabras de Rafen resonaron en las paredes metálicas de su improvisada celda de meditación—. La lanza sagrada que el propio Sanguinius poseyó antaño, y después…

La voz se le apagó cuando recordó como si hubiera ocurrido el día anterior lo que había sucedido semanas antes. Rafen sintió de nuevo por un breve instante el brillo divino de la lanza en el rostro, cuando la luz dorada surgió de la punta en forma de gota en el momento que Arkio alzó el arma en mitad de la Gran Capilla de la *Bellus*. Por mucho que lo intentara, Rafen no era capaz de explicar lo que había visto allí ese día. La repentina visión del rostro de su hermano transformándose en una breve encarnación del primarca de los Ángeles Sangrientos muerto tanto tiempo atrás, el alado lord Sanguinius.

—Fue su ejemplo el que nos iluminó el camino para tomar este planeta asolado. —El Ángel Sangriento inclinó más todavía la cabeza al pensar en la desolación de Shenlong—. Inspirados por la oratoria de Stele, mis hermanos reclamaron la oportunidad de poder vengarse de los Portadores de la Palabra que habían profanado Cybele. Tan sólo el hermano sargento Koris y sus camaradas veteranos pidieron precaución, y se les censuró por ello.

Las palabras le salieron de repente como un alud incontenible, como si al decirlas se quitara un peso insoportable de los hombros. El icono del Dios-Emperador lo observó con ojos tranquilos e inconmovibles mientras escuchaba al marine contarlo todo.

Abrió la boca para hablar de nuevo, y una oleada de emociones dolorosas lo atravesó. Rafen vio de nuevo el rostro de Koris ante él, los ojos del viejo perro de la guerra, siempre con una mirada dura, pero jamás sin honor. Uno de los mayores privilegios que Rafen había tenido a lo largo de su servicio era contar con el veterano como su mentor y amigo. Sin embargo, ni toda la fuerza de voluntad que su antiguo profesor poseía impidió que cayera en el siniestro abrazo de la maldición genética de los Ángeles Sangrientos, el ansia de combate enloquecida conocida como la rabia negra. Asignado a la Compañía de la Muerte, como ocurría con todos los guerreros que sucumbían a la sed roja, Rafen había observado a Koris mientras el viejo guerrero revivía el gran combate que Sanguinius había librado contra el architraidor Horus en las profundidades de la fortaleza Ikari.

—Murió allí —le contó Rafen a su dios—. Y te lo llevaste a La paz que se merece… Pero no se mostró dispuesto a morir con facilidad… Sus palabras… Me dejó con una advertencia.

El marine revivió aquel momento.

—Rafen, muchacho. Puedo verte.

—Estoy aquí, viejo amigo.

—El Más Puro me llama ya, pero antes debo… advertirte…

—¿Advertirme? ¿De qué?

—¡Stele! ¡No te fíes de ese malnacido! ¡El me ha hecho caer en esto! Arkio… Vigila a tu hermano, muchacho. ¡Ha sido maldecido con el poder para destruir a los Ángeles Sangrientos! ¡Lo veo! ¡Lo…!

—Ha muerto, y sin él me siento solo y perdido —admitió—, aunque todos mis hermanos han aceptado la causa de Arkio como la suya propia. No vi otra salida… Rompí la disciplina y todos los protocolos. —Negó con la cabeza al hacerse cargo de la enormidad de sus transgresiones—. Mentí para poder enviar un aviso al monasterio de Baal y al comandante general Dante con la esperanza de que él acabara con esta locura… Pero en tu sabiduría todavía debes guiarlo hasta aquí.

Rafen abrió los ojos y miró el icono del Dios-Emperador.

—Te lo ruego, mi señor, debo saberlo. ¿Soy yo el hereje, el traidor, el apóstata que tan sólo se merece la muerte? Si Arkio es verdaderamente el gran Sanguinius Renacido, ¿por qué tengo estas dudas? ¿Quién es el que se ha apartado del buen sendero, él o yo?

—¿Señor inquisidor?

Stele se volvió y vio que Sachiel se acercaba. La luz que entraba por los ventanales de la capilla se reflejaba en la armadura del gran sacerdote de los Ángeles Sangrientos y destellaba en los rebordes blancos que marcaban su equipo de combate. Stele bajó del altar y lo miró con expresión ceñuda.

—Sachiel. ¿Dónde está Arkio?

—El Bendito está contemplando las pruebas que se están realizando en la plaza, lord Stele. Me ha enviado a buscarlo —Sachiel se calló un momento, con el ceño fruncido—. Tiene algunas preguntas…

Stele se acercó a un par de puertas vidriadas y pasó la mano por encima de un discreto sensor colocado en la pared. Un mecanismo antiguo hizo que las puertas de vidrio se abrieran para dejar a la vista una amplia balconada de piedra que sobresalía de la zona central de la fortaleza. En cuanto las puertas abrieron, una muralla de sonido entró rugiente en la capilla. Era una caótica mezcolanza de cánticos, gritos de

victoria, los lamentos de los heridos y los disparos de múltiples armas. El inquisidor salió al exterior y se acercó al borde del balcón Sachiel lo siguió.

A sus pies, la inmensa plaza que se abría delante de la fortaleza Ikari estaba cubierta por un anillo de gradas y barracas construidas de cualquier manera que rodeaban un estadio improvisado. El suelo estaba cubierto de cadáveres y de fragmentos de revestimiento. Los destellos de los disparos centelleaban a un lado y a otro mientras decenas de individuos se enfrentaban, algunos armados simplemente con garrotes y cuchillos primitivos, otros con rifles láser y con armas de fabricación antigua. Los fieles rugían en las gradas celebrando cada muerte, y el número de combatientes disminuía de forma gradual.

Stele miró a Sachiel, quien contemplaba aquella batalla con una expresión despectiva. Era evidente que no se sentía impresionado por la ferocidad de la batalla.

—¿Cuántos hasta ahora? —le preguntó al sacerdote.

—Trescientos nueve elegidos en el último recuento —contestó—. El Bendito en persona está efectuando la selección.

Stele vio el reflejo de la luz del sol en una enorme figura de armadura dorada que sobrevolaba la batalla impulsado por dos enormes alas. La silueta mesiánica señaló un individuo nervudo que blandía dos espadas e hizo un gesto de asentimiento. Este dejó caer las armas y se echó a llorar de alegría. La multitud rugió su aprobación de nuevo.

—Uno más —comentó Stele—. Pronto tendremos los mil.

—Lo que decida el Bendito —respondió el sacerdote—. Tendrá su ejército.

El inquisidor apartó la mirada.

—¿No lo apruebas?

El rostro del sacerdote se enrojeció.

—¿Cómo puede preguntar algo así? Se hará lo que Arkio ordene, y él es el Renacido. Jamás cuestionaré su sabiduría.

Stele sonrió.

—Los Guerreros del Renacido —dijo señalando a los hombres agrupados en una de las zonas del borde del estadio—. Un millar de los más devotos y fieles al nombre de Arkio… Y sin embargo, hay algunos entre los Ángeles Sangrientos que ponen en duda su decisión de reclutar un ejército de fanáticos.

Sachiel parpadeó.

—No la ponemos en duda —le replicó—. Es sólo que… es algo nuevo para nosotros. Inquisidor, debéis comprender que hemos vivido siguiendo al pie de la letra las normas del Libro de los Señores y del Codex Astartes, y el reclutamiento de estos mortales va contra esas convicciones.

—Ya hemos dejado atrás el tiempo de los dogmas antiguos. Arkio el Bendito da paso a una nueva era para los Ángeles Sangrientos, y los Guerreros del Renacido no

son más que un aspecto. —Señaló al grupo de guerreros cansados y ensangrentados —. Míralos, Sachiel. Han luchado todo el día, y aun así, se sacarían el corazón si Arkio se lo pidiera. Cuando se embarque su glorioso viaje de regreso a Baal, los mil escogidos lo acompañarán. Serán la vanguardia de una nueva raza de iniciados para los Ángeles Sangrientos, una nueva generación de adeptus Astartes.

Al notar que el sacerdote no le contestaba, se volvió hacia él para exigirle una respuesta, pero se quedó callado al ver la expresión de sorpresa que mostraba el rostro de Sachiel.

—El Bendito… —empezó a decir el sacerdote.

Stele se vio azotado por una repentina y tremenda ráfaga de viento. El inquisidor retrocedió un paso trastabillando y tuvo que esforzarse por no llevarse las manos a la cara para protegerse. Una silueta, veloz y brillante, se abalanzó sobre el balcón y se quedó flotando allí arriba, tapando el brillo del sol de Shenlong. Sachiel hizo una profunda reverencia y se llevó un puño al símbolo de la gota alada que lucía en la placa pectoral. El inquisidor alzó la mirada y vio una faz de nobleza asombrosa, un semblante que unía un aspecto patricio con la promesa de un corazón siniestro en su interior. Un rostro que imitaba el del propio Sanguinius.

—Stele —dijo Arkio volando sobre unas alas amplias como velas blancas—. Quiero hablar contigo.



—Le he visto provocar la muerte de inocentes. —La voz de Rafen estaba cargada de angustia—. He contemplado a mi hermano escoger la muerte de hombres y mujeres que estaban completamente ansiosos por aceptar esa muerte, como si se tratara de alguna clase de bendición horrible. Esta no es la promesa a la que entregué mi vida como aspirante. Esta no es la voluntad del Emperador. Espero y rezo porque no lo sea. Arkio gobierna este mundo simplemente siguiendo sus arranques temperamentales. Sachiel es su instrumento y el inquisidor Stele su consejero, siempre a su lado. No está bien. ¡Por el Grial Rojo, mis propios huesos me dicen que no lo es! —El cuerpo de Rafen se agitó con una furia tremenda y se puso en pie, con los puños crispados. Sus palabras resonaron en las paredes de la estancia—. Ruego que lord Dante tenga la gracia y la sabiduría de solucionar este problema antes de que nuestro capítulo se divida, pero hasta que llegue ese momento, debo responder a la llamada de mi sangre. —Respiró profundamente y el arrebato de furia se apagó—. Hasta que reciba una señal clara e innegable, mi corazón será la brújula de mis actos a partir de este momento.

Rafen puso una mano sobre el icono del Emperador e inclinó la cabeza.

—Escúchame, escucha el juramento de Rafen, hijo de Axan, hijo del clan de la Llanura Rota, Ángel Sangriento, Adeptus Astartes. Reniego del falso juramento que

le hice a Arkio el Bendito y le ofrezco mi lealtad de nuevo a Sanguinius y al Dios-Emperador de la Humanidad. Lo juro por mi sangre, por mi cuerpo y por mi alma. —La declaración pareció absorber toda su energía, y Rafen dio un paso atrás trastabillando—. Lo juro —repitió.

Tras un largo momento, recuperó la compostura y abrió la puerta, pero antes de salir se detuvo a echar una última mirada al icono sagrado. Allí, en aquel lugar olvidado, el símbolo permanecería a salvo de aquellos que querían revisar sus creencias ante la nueva cruzada de sangre de Arkio.

—Hay algo sobre lo que no tengo duda alguna —le dijo al icono—. Un acto del que yo y sólo yo seré responsable. No sé con seguridad cómo y cuándo será, pero mi hermano Arkio morirá, y seré yo quien lo mataré. Lo sé por mi sangre, y eso me condena.

Rafen salió de la estancia. El tremendo peso de su dilema le pareció insoportable cuando salió al sol de Shenlong. Cruzó las calles y no miró atrás.

El inmenso cono de la fortaleza Ikari se alzó ante él para llenar el horizonte como una monstruosa montaña volcánica.



Dos

Arkio se posó sobre el suelo del balcón con un susurro de aire a través de las alas de su espalda, e inclinó la cabeza a un lado. Sachiel se dejó caer sobre una rodilla y apartó la mirada mientras que Stele hizo una leve reverencia. Ambos gestos parecieron satisfacer al Ángel Sangriento.

—Lord inquisidor, tengo algunas preguntas.

Su voz era tranquila, directa y confiada, sin rastro alguno de las dudas que lo habían acosado cuando era un joven. Stele contuvo el impulso de sonreír.

—Bendito, responderé a todo lo que sea capaz.

—Tu consejo ha sido muy importante para mí —empezó diciendo Arkio—. Tu guía me ha ayudado a comprender el camino que Sanguinius ha abierto ante mí.

—No soy más que la lámpara que ilumina el camino, oh grandioso —admitió Stele—. Acepté el gobierno de este mundo asolado porque lo encontré falto de fe. Ningún siervo honesto del Imperio habría hecho menos. Que pudiera ayudaros en esa empresa…

Arkio movió la cabeza en un breve gesto de asentimiento.

—Y lo hemos hecho bien, ¿verdad? La mancha del Caos ha sido erradicada de las calles de Shenlong.

Sachiel carraspeó para llamar la atención.

—Todos los Portadores de la Palabra que invadieron el planeta están muertos, mi señor, es cierto… Pero continúa la búsqueda para localizar y purgar a todos sus simpatizantes.

Stele observó cómo Arkio asimilaba las palabras del sacerdote. Muy poco tiempo antes, fue el propio Arkio quien sugirió que aniquilaran por completo el planeta antes que permitir la posibilidad de que sobreviviera alguna de las cohortes de los dioses del Caos. Pero eso había sido antes de la transformación, antes del duelo brutal con el apóstol oscuro Iskavan el odiado en el manufactoría situada bajo la ciudad. Junto a sus cambios físicos, Arkio había sufrido alteraciones internas. Se había convertido a todos los efectos en la reencarnación viviente del progenitor de los Ángeles Sangrientos, y el antiguo marine espacial disfrutaba de su recién encontrada divinidad. Llevaba puesta la armadura dorada de su capítulo con la arrogancia y la altanería de alguien que había nacido para llevarla. «Sí —se dijo Stele a sí mismo—.

Lo elegí bien».

—Los hombres murmuran y me ocultan sus miedos. —Arkio les dio la espalda y se acercó al borde del balcón para contemplar la lucha incesante en el estadio—. Pero los oigo a pesar de todo.

El rostro de Sachiel se retorció en un gesto de rabia.

—¿Qué clase de disensión es ésa? Lord Arkio, si existieran débiles e indecisos entre nuestras fuerzas, yo lo sabría. ¡La guardia de honor hará que sean repudiados por esa debilidad!

Stele alzó una ceja. Con apenas una insinuación Sachiel se había entregado con ganas a la función que el inquisidor había previsto para él. El sacerdote estaba tan concentrado en seguir la palabra de su nuevo señor que apenas se dio cuenta de que estaba aprobando la censura sobre sus hermanos de batalla.

Arkio hizo un lento gesto negativo con la cabeza.

—No, hermano Sachiel, no. Esos hombres no serán castigados por sus miedos. ¿Qué clase de líder sería si apartáramos a cada marine que se atreviera a hacerse preguntas? Sería un idiota.

Las alas del guerrero se habían doblado sobre sí mismas y estaban plegadas sobre la brillante armadura dorada de Arkio.

—Si al Bendito no le importa contarlo —dijo Stele—, ¿qué es lo que habéis oído?

—Mis hermanos tienen un conflicto interno, inquisidor. Me miran y ven la verdad de mi cambio, ven la mano del Gran Ángel sobre mi alma, y creen. Pero se ha extendido un rumor entre las filas de los Ángeles Sangrientos que se encuentran en el planeta ya bordo de la *Bellus*. —Señaló al cielo con un gesto—. He oído a los hombres hablar de Dante y de Mephiston y preguntas sobre nuestros hermanos en Baal.

—Temen que el comandante general no os acepte —manifestó Stele con voz tranquila, confirmando así el rumor que él mismo se había encargado de extender en secreto.

Había sido muy fácil encender los ánimos justicieros de aquellos marines que habían entregado su lealtad a Arkio. La naturaleza propia de cualquier devoto siempre es buscar al enemigo en todos aquellos que no comparten sus creencias.

Sachiel dejó escapar un bufido de impaciencia.

—Mi señor, este asunto resta importancia a vuestra Ascensión. Sí, es posible que nuestros hermanos de batalla del monasterio de Baal tengan sus dudas respecto a vos, pero en cuanto os vean, sabrán como yo que sois el Deus Encarmine, el Ángel Renacido.

Arkio se quedó con la cabeza agachada unos momentos.

—¿Estás seguro, amigo mío? Yo mismo tengo dudas todavía cuando veo mi propio rostro, y me maravillo de los cambios que he sufrido en él. Los mortales no

podrán evitar lo mismo, ni mucho menos.

Stele calló un momento en una pausa estudiada antes de contestar.

—Bendito, ya que habláis de ello, debo admitir que yo también he sido testigo de esas inseguridades entre mis cámaras. Preferí no contároslo porque creí que era un asunto por el que no debíamos molestaros. —Movió la cabeza en un gesto de arrepentimiento—. Os pido perdón.

—Pues cuéntamelo ahora, Stele. ¿Qué se dice?

—Es lo que habéis dicho vos mismo, gran Arkio. Los hombres se sienten apartados de sus demás hermanos repartidos por la galaxia, ya que han sido bendecidos por vuestra llegada entre ellos…, pero temen la reacción de Dante ante vuestra aparición.

El Ángel Sangriento lo miró con expresión de extrañeza.

—¿Por qué, Stele? ¿Por qué deberían temer algo así? Dante es un comandante excelente y honorable. Ha dirigido a nuestro capítulo frente a la adversidad y a las luchas durante más de mil años, y su fortaleza de carácter es impecable. —Arkio sonrió de oreja a oreja—. Estoy impaciente por mostrarle cara a cara este milagro.

Y allí estaba la oportunidad que Stele había estado esperando. Reunió con cuidado todas sus mentiras y las disparó contra su objetivo.

—Pero ¿os recibirá Dante, Bendito? Cuando entréis en el gran anexo de la fortaleza-monasterio, ¿se arrodillará Dante ante vos y os jurará lealtad como lo hemos hecho nosotros? ¿Se arrodillará el bibliotecario Mephiston? ¿Qué hay del hermano Lemartes, de Corbulo o de Argastes? ¿Verán ellos la verdad?

—¿Cómo podría ser de otra manera? —preguntó Arkio con un tono de voz sombrío—. ¿Por qué iban a dudar de mí?

—Dante no presenció vuestro milagro —apuntó Sachiel—. Os pedirá alguna prueba…

—¿Una prueba? —rugió Arkio, y extendió las alas en un centelleo blanco al mismo tiempo que los ojos le brillaban con una intensidad repentina—. ¡Las pruebas niegan la fe, y la fe es lo único que somos!

—Vos mismo habéis dicho que lord Dante ha dirigido a los Ángeles Sangrientos durante más de un milenio. —Stele dio un paso hacia Arkio—. Algunos dirían que ya es demasiado tiempo. Una persona así no cederá el mando con facilidad, Bendito, ni siquiera enfrentado a una divinidad como la vuestra. Y Mephiston… —Hizo un movimiento negativo con la cabeza—. El psíquico al que llaman el Señor de la Muerte siempre se ha comportado como si fuera el heredero ya elegido del señorío del capítulo. De estas personas… no esperaría un comportamiento magnánimo en un asunto como éste.

Arkio hizo un nuevo gesto negativo con la cabeza.

—No. No pienso seguir hablando de esto. Lo que me ha ocurrido es una

bendición del Emperador para cada Ángel Sangriento, para todo nuestro capítulo, no sólo para los marines que se encuentran en Shenlong o a bordo de la *Bellus*. He sido elegido, Stele, ¡elegido por el destino para convertirme en el receptáculo de un poder mayor que yo mismo! Sanguinius da a conocer su voluntad a través de mí, vuelve a nosotros después de estar tanto tiempo separados. No concibo que esta maravilla… —Se calló un momento y dejó al descubierto los colmillos mientras se esforzaba por reprimir la ira—. Que yo sea un motivo de cisma entre mis hermanos. ¡No! No será así.

Arkio se subió de un solo salto al pasamanos de la balconada y luego se elevó hacia el cielo desde allí, hendiendo el aire con sus grandes alas. La figura dorada descendió sobre el estadio rodeado por las aclamaciones estruendosas de sus guerrero y sus súbditos.

Stele contempló cómo se marchaba y notó que Sachiel se le acercaba.

—Ojalá sus deseos se hagan realidad —comentó el inquisidor con voz grave—. Pero es posible que no todo salga como espera el Bendito.

Sachiel tenía la mirada perdida, como si la mente del apotecario estuviese centrada en un punto lejano o en acontecimientos que todavía no se habían producido.

—Puede… puede que tengáis razón, lord inquisidor. Si Dante se niega a reconocer la Ascensión de Arkio, dividirá por completo a los Ángeles Sangrientos. —Al sacerdote le costaba expresar en voz afta aquella idea tan terrible—. Podría producirse una… guerra civil. Sería la mayor catástrofe que haya conocido nuestro capítulo.

—Así es, y una división como ésa no sería tan conveniente como la que creó a los capítulos sucesores: los Bebedores de Sangre, los Desgarradores, los Ángeles Bermejos, los Descarnados, los Sanguinarios…

—En todos ellos encontraríamos seguidores en cuanto se extendiera la noticia de la aparición del Bendito —se apresuró a interrumpirlo Sachiel—. Si ocurre lo que sospecháis, a Dante le será imposible negar el renacimiento cuando todos nuestros hermanos de batalla lo acepten.

El inquisidor dejó escapar un suspiro.

—Quizá, Sachiel, quizá. Espero que esas siniestras posibilidades se queden en eso, pero si no es así, debemos estar preparados.

El sacerdote contempló cómo Arkio ascendía y descendía sobre el gran estadio.

—¿Para hacer qué, mi señor? ¿Para enfrentarnos en una guerra contra nuestros hermanos? Apenas me atrevo a mencionar algo semejante.

—Si los Ángeles Sangrientos de Baal no están dispuestos aceptar lo que es el Bendito, el avatar del Mesías Sanguinario, es posible que tengamos que «animarlos» a que lo crean. —Stele miró fijamente a Sachiel y fijó sus ojos fríos y centelleantes en

los del sacerdote—. Si no lo hacen, los que se resistan a la voluntad divina tendrán que ser purgados.

El gran sacerdote respondió con un gesto de asentimiento lente y solemne, y Stele tuvo que ocultar una sonrisa.



Rafen se mantuvo apartado todo lo que pudo de las calles con mayor tráfico, pero al final se vio obligado a salir a la confusión interminable de los mercadillos, las capillas móviles y la multitud de habitantes de Shenlong. Se encontraba al otro extremo de la fortaleza Ikari, lejos de estadio improvisado, pero a pesar de ello, en el aire resonaban los cánticos enfervorizados del gentío, aullando rítmicamente el mar al estrellarse contra las rompientes. El marine distinguió a varios grupos de ciudadanos emocionados que se arremolinaban alrededor de altavoces improvisados instalados en las puertas y ventanas de algunas tiendas. Los artefactos estaban conectados de cualquier manera a las líneas de la red de comunicación de la ciudad-factoría. De los altavoces salían pequeños comentarios que eran respondidos con aullidos de entusiasmo por algunos y gemidos de frustración por otros. El fruto de los salarios, los puñados de billetes imperiales desgastados, cambiaban de manos a medida que los candidatos para los Guerreros del Renacido morían o eran elegidos para el millar que lo compondrían.

Rafen procuró por todos los medios mantenerse en el borde la avenida, con la cabeza inclinada y la capucha echada, pero poco podía hacer por evitar sobresalir por encima de los ciudadanos, el más alto de los cuales apenas le llegaría a la altura de los hombros. Se apartaban de su camino entre susurros de asombro como el agua al rodear una roca. Algunos de ellos, los más atrevidos, alargaban una mano y le tocaban el borde de la túnica; Pensó en enseñarles los dientes yen gruñirles para mantenerlos a raya, pero ¿de qué serviría inspirarles un mayar miedo a aquellas gentes?

Algo crujió bajo la suela de su sandalia, y Rafen se detuvo. Sacó con la punta del pie un objeto que había quedado medio enterrado en el suelo. Era algo recortado de una lata de raciones y que habían doblado hasta darle la forma de… ¿De qué? El marine se dio cuenta de que una chica flacucha lo estaba mirando con la boca abierta y llena de mellas. Estaba cubierta de suciedad y tenía una mejilla quemada. Delante de la chica había una caja llena de otros objetos metálicos como aquél. Rafen se acercó para distinguirlos mejor. Algunos eran copias burdas del emblema de los Ángeles Sangrientos, otros eran una reproducción de la Lanza de Telesto, y vio incluso la figura de un marine espacial alado. Señaló el objeto del suelo con el pie.

—¿Lo has hecho tú?

La chica asintió, pero su rostro no cambió de expresión. Rafen recogió del suelo

la figura rota y la colocó de nuevo en la caja. Al estar más cerca se dio cuenta de que la muchacha en realidad era una niña. En el lado de la cabeza que tenía quemado le faltaba un trozo de cabellera. Hizo un gesto de asentimiento. Era evidente que a la niña le había pasado rozando el halo de un disparo de plasma.

—Tienes suerte de estar viva —le dijo.

Ella asintió de nuevo, pero esta vez cerró la boca. Rafen vio en sus ropajes sucios una copia del emblema en forma de lanza con halo que los seguidores de Arkio habían popularizado. Frunció el entrecejo. Registró el contenido de la caja y luego levantó la cabeza para mirarla directamente a los ojos.

—No hay iconos del Emperador aquí —le dijo en voz baja—. A partir de ahora, no harás más de éstas, ¿entendido? Sólo símbolos del Dios-Emperador.

—Sí, señor —respondió por fin la niña, con una voz trémula y aguda.

Rafen se dio la vuelta y se puso en camino de nuevo hacia la fortaleza. A su espalda, el gentío de la calle se apresuró a pagarle lo que pidiera a la chiquilla, desesperados de repente por comprar uno de aquellos iconos tocados por un Ángel sangriento.

El capellán Delos lo estaba esperando al pie de la torre de la fortaleza.

—Rafen —lo saludó el sacerdote de armadura negra indicándole con un gesto que se acercara—. No te he visto a la hora del rezo…

—Disculpadme, capellán, pero hoy he rezado a solas. Necesitaba… aislamiento.

—Bien hecho. Los rituales de armado requieren la concentración más absoluta. —El sacerdote lo acompañó al interior del gigantesco atrio de la fortaleza y pasaron por delante de los montículos de varios metros de alto compuestos por objetos votivos y placas de invocación dejadas allí por los ciudadanos—. Sé que debe de ser un momento difícil para ti.

Rafen no dijo nada y siguió caminando. El capellán consideró aquel silencio como una expresión de asentimiento.

—La muerte del capitán Simeón en Cybele, la caída de Koris en la sed roja… —Negó con la cabeza—. Y tú hermano… Ninguno de nosotros hemos sufrido el torbellino de emociones por el que has pasado tú, pero me agrada que hayas llegado a entender la gloria que representa la bendición de Arkio.

—Sí. —Rafen mantuvo un tono neutral en la voz del que Delos no pareció darse cuenta.

—Me alegra que le juraras lealtad, hermano Rafen. Temía que tú también sucumbieras a la sed roja, lo mismo que Koris.

—¿Hubo guerreros que se negaran? —Preguntó Rafen de repente—. ¿Algún hermano de batalla se negó a doblar la rodilla ante Arkio?

Delos miró a Rafen con una sonrisa de satisfacción.

—Por supuesto que no. Ni un solo Ángel Sangriento negó su Ascensión.

—No, por supuesto que no.

El capellán se adelantó y abrió las puertas que daban a la cámara de consagración y lo invitó a que entrara. La estancia estaba sumida en la penumbra. La luz de los biolúmenes emitía un brillo difuso y vítreo sobre todo el lugar. Una araña de patas metálicas se movió entre las sombras, y apareció un tecnomarine.

—Hermano Lucion —lo saludó Rafen.

Lucion le hizo un gesto de asentimiento en respuesta y le señaló un banco de hierro. Encima estaban las distintas piezas de la servoarmadura de un Adeptus Astartes. Alrededor de ella se mantenía a la espera de las órdenes del tecnomarine un trió de servidores encorvados, con las herramientas preparadas.

—Empecemos —ordenó Delos.

Rafen se quitó la túnica sin ceremonia alguna y luego los demás ropajes y las sandalias. Quedó al descubierto la envoltura de color ébano del caparazón, un compuesto de plástico y distintas aleaciones. El oscuro material le había sido implantado bajo la piel del torso superior cuando tenía diecisiete años, como parte final del proceso de iniciación y transformación de un tribeño baalita a un marine espacial de los Ángeles Sangrientos. Los sensores neurales y los conectores para las transfusiones que salpicaban la superficie del caparazón se abrían igual que las bocas ansiosas de pájaros pequeños, listos para aceptar las clavijas de conexión con la nueva armadura.

Delos comenzó a balancear un incensario en forma de grial que sostenía en las manos al mismo tiempo que entonaba la Letanía del Armamento. Lucion emitió una orden en el chirriante código máquina y los servidores se pusieron de inmediato y al unísono a colocar las distintas piezas de la servoarmadura Mark VII sobre el cuerpo de Rafen. El marine espacial se unía al cántico cuando era necesario que respondiera para completar el rito. Las prendas térmicas le cubrieron la piel los músculos de miómero flexible rodearon los músculos de sus extremidades dispuestos a potenciar y aumentar su fuerza física. Sobre todo ello iba la capa externa de ceramita y plastiacero, con la dureza suficiente como para hacer rebotar un proyectil de bólter disparado desde veinte pasos de distancia. Rafen metió los pies desnudos a través del hueco de las grebas.

Los estabilizadores giroscópicos de las anchas botas se activaron con un zumbido.

Rafen, a medida que la armadura lo iba envolviendo, fue sintiendo una sensación de comodidad por el contacto y el olor familiar de su equipo de combate. La servoarmadura que había utilizado desde su iniciación había quedado destrozada en su enfrentamiento contra el campeón del Caos Iskavan. Las placas de protección que la componían, de siglos de antigüedad, habían quedado inutilizadas por las garras y las armas de filo del portador de la palabra. Quizá quedaran algunos componentes de su antiguo equipo en la armadura que se estaba poniendo, pero en su mayor parte

eran piezas procedentes de armaduras de marines muertos. En las superficies interiores de las botas, en las junturas de las muñequeras, en la placa pectoral, había líneas y líneas de escritura diminuta, cada una de ellas tallada con la punta de un cuchillo a lo largo de cientos de años. Cada pieza de la armadura llevaba la historia de su anterior propietario, una lista de honores con los nombres de aquellos ellos guerreros que la habían llevado puesta en incontables batallas. El equipo que Rafen iba a llamar suyo a partir de ese momento llevaba al servicio del capítulo medio siglo o más.

Uno de los servidores le entregó un guantelete, y Rafen se quedo inmóvil. En la guarda de la muñequera había grabado un nombre que conocía.

—Bennek —musitó.

—¿Hermano? —Lucion lo miró con expresión inquisitiva.

—¿Ocurre algo?

Rafen negó con la cabeza mientras recordaba la muerte de Bennek en Cybele. Su camarada había recibido el impacto de una arma de plasma y luego había quedado aplastado bajo una horda de Portadores de la Palabra. Rafen metió la mano en el guantelete y la cerró formando un puño. Juró en silencio vengar la muerte de su hermano de batalla.

Lucion se inclinó sobre él y le acopló la hombrera izquierda. Luego pasó la garra mecánica por encima de la gota de sangre alada que estaba grabada en su superficie. El tecnomarine aferró la pieza opuesta y se dispuso a colocarla sobre el hombro derecho, pero Rafen entrecerró los ojos y detuvo el brazo de Lucion con la palma de la mano. Señaló la hombrera derecha.

—¿Qué es eso?

Junto al emblema tradicional de la Tercera Compañía de los Ángeles Sangrientos, una gota blanca, la armadura mostraba un nuevo símbolo: una lanza dorada rodeada por un halo.

El capellán y el tecnomarine intercambiaron una mirada.

—Para hacer notar nuestra presencia como testigos de su aparición.

Rafen dudó y recordó su juramento. Apartó la mirada e hizo un gesto de asentimiento. Lucion acopló la pieza sin decir nada. Finalmente, la letanía concluyó con la bendición del capellán sobre el casco de Rafen. El marine permitió que los servidores se lo colocaran en la cabeza y oyó el siseo y el chasquido de la gorguera al encajarse con el resto de la armadura. Se sintió vivo de nuevo dentro de los confines de su armadura. La segunda piel de metal y plástico le parecía tan natural como respirar.

—Estoy protegido por el propio Emperador —dijo, recordando las palabras que pronunció Dante en la víspera de la campaña de Alchonis—. La rectitud es mi escudo. La fe mi armadura. El odio mi arma. No le temo a nada y me siento

orgulloso, ya que soy el hijo de Sanguinius, un protector de la humanidad. Sí, soy un Ángel de la Muerte.

—Sangre para Sanguinius —exclamaron Lucion y Delos al mismo tiempo—. Sangre para el Emperador. Sangre para Arkio, el Ángel Renacido.

Rafen torció el gesto en una mueca de desagrado bajo la máscara de la placa frontal del casco al oír aquellas palabras. Se puso en pie a la vez que Lucion le presentaba un objeto envuelto en un paño de terciopelo rojo. Rafen desenvolvió el paño que protegía su bólter y pasó los dedos por la superficie del arma. Era la única pieza de su equipo que había sobrevivido intacta a su combate contra Iskavan. El marine sintió una extraña tristeza al leer los grabados que había escrito a lo largo de sus años de servicio. Se dio cuenta de que el bólter era un resto del antiguo Rafen, el ángel sangriento que había estado satisfecho con su servicio al capítulo y al Dios-Emperador sin atreverse jamás a poner en cuestión su lugar en el esquema general de la vida. No era así en ese momento. Amartilló el arma y la cargó. Una vez realizado el último acto del ritual, Rafen colocó el bólter en posición de combate con un chasquido de las botas contra la piedra.

Una voz resonó en la entrada.

—Ah, mi hermano está completo de nuevo.

Delos y Lucion le hicieron una reverencia a Arkio mientras este entraba en la estancia. Incluso con aquella iluminación tan escasa, la armadura del Ángel Sangriento relucía como si poseyera una luminiscencia interior.

—Bendito… —empezó a decir el capellán, pero Arkio le indicó con un gesto de la mano que callara.

—Delos, si no te importa, querría hablar con mi hermano a solas.

—Por supuesto.

El capellán le hizo un gesto a Lucion y los dos marines se marcharon, seguidos por los tecnoservidores con sus andares torpes.

Arkio le puso una mano en el hombro a su hermano y sonrió.

—Te prometí que vivirías, ¿verdad?

Rafen recordó las palabras de su hermano tras el duelo con Iskavan.

—Sí, debo darte las gracias por seguir con vida.

La sonrisa de Arkio se ensanchó, y Rafen se sintió sorprendido de nuevo por la semejanza sobrenatural entre el nuevo aspecto de su hermano y las imágenes de Sanguinius que se veían en todas las capillas.

—No hacen falta formalidades entre nosotros, Rafen. Eres mi hermano de sangre además de mi hermano de batalla. —Se dio unos cuantos golpes con los dedos en la placa pectoral esculpida de su armadura—. Te quiero a mi lado. Tenemos por delante grandes obras que realizar, hermano, grandes hazañas que se relatarán a todo lo largo y ancho de la galaxia.

La pantalla interior del casco de Rafen le indicó las posiciones relativas de los Ángeles Sangrientos más cercanos. Había cuatro guardias de honor en el exterior de la cámara, junto a Delos y a Lucion. Incluso el más veloz de ellos se encontraba a diez segundos o más de ellos. Arkio estaba al alcance de su mano, aparentemente con la guardia bajada y relajado. Su hermano no llevaba puesto el casco, con la garganta al descubierto. Rafen fue consciente del peso de su bólter en el puño blindado, con un cargador lleno de proyectiles. No haría falta mucho. Con un giro de la muñeca podría colocar el cañón del arma en el pecho de Arkio y apretar el gatillo para disparar una ráfaga a quemarropa. Ni siquiera aquella bendecida armadura dorada podría resistir semejante ataque. Rafen se imaginó la expresión de asombro y de dolor que aparecería en el rostro de Arkio cuando los proyectiles le atravesaran el torso y esparcieran sus órganos transformados en un chorro de fluido y materia blanda. Casi le dio sensación de oler la sangre caliente, de captar el sabor en la lengua mientras la sed roja lo acechaba en los límites de la mente. La oportunidad estaba allí, en ese momento. Lo único que tenía que hacer Rafen era alzar el arma y matar a su hermano, y pondría fin a todo aquel asunto de la aparición. Aquella idea lo atraía y lo repelía en igual medida.

—¿Qué… qué hazañas?

Las palabras le salieron de la boca sin que pudiera impedirlo.

—Una cruzada de sangre —contestó Arkio con firmeza—. Una vez haya unido a todo el capítulo bajo nuestro estandarte, haremos que nos sigan todos los capítulos sucesores, todos los Hijos de Sanguinius. ¡Por el Grial, arrancaremos el cáncer del Caos de nuestra galaxia!

Arkio miró a su hermano con una expresión clara y pura en los ojos. El poder que emanaba de su ser era sobrecogedor a tan corta distancia. No era de extrañar que individuos de menor valía estuvieran dispuestos a morir por alguien como él.

A Rafen le dio la sensación de que su bólter era tan denso como el neutronio, que era demasiado pesado para moverlo.

—¿Cómo?

—Empezaremos por el Torbellino, hermano. Resulta apropiado que nuestro primer objetivo sea el nido de los Portadores de la Palabra, ¿verdad? Me encargaré en persona de que esa pandilla de miserables sea purgada del espacio hasta el último de ellos. —Al igual que el monstruoso Ojo del Terror, el horrible reino del espacio disforme conocido con el nombre del Torbellino era un portal de entrada a los dominios caóticos de los Poderes Siniestros, y en esa zona retorcida era donde los Hijos de Lorgar habían establecido su planeta base. Arkio asintió para sí mismo—. Creo que el comandante Dante les ha concedido el privilegio de seguir con vida durante demasiado tiempo. Tal y como dijo Sachiel, no es suficiente que los hayamos expulsado de Cybele y de Shenlong. Debemos expulsarlos de la existencia.

—El sacerdote —comentó Rafen con voz helada—. ¿Valoras más sus palabras que las del señor de tu propio capítulo?

Arkio entrecerró los ojos.

—Dante no está aquí, Rafen. Dante no vio, como nosotros hicimos, el propósito inmisericorde de las hordas de Iskavan. Si no hubiéramos intervenido habrían eliminado a todo un planeta. —Apartó la mirada—. Siempre he honrado al comandante Dante de palabra y hecho, pero ahora he cambiado de perspectiva, hermano. Fue quizá durante el tiempo que serví bordo de la *Bellus*, lejos de Baal, cuando me pregunté si quizá su liderazgo ya no podía ser más…

Rafen contuvo una exclamación.

—Algunos llamarían a eso disidencia.

—¿Quién? —Replicó Arkio—. ¿Quién se atrevería a decirme eso? ¿No fue nuestro antiguo mentor Koris quien dijo que las personas debían cuestionar todo lo que creían, y que si no, serian unas estúpidas?

—¿Y a qué le llevó eso? —Respondió Rafen con amargura—. Lord Dante es un gran comandante.

—Sí, quizá. Quizá lo era hace quinientos años, en la cúspide de sus poderes. Fue el inquisidor quien me lo hizo ver, Rafen. A pesar de todas sus victorias, ¿han ocupado los Ángeles sangrientos su lugar como los primeros entre iguales ante el emperador? Recuerda la muerte de nuestro hermano Tycho en la colmena Tempestora. ¿Cae uno de nuestros mayores guerreros y no se hace nada al respecto? Deberíamos haber enviado una fuerza de represalia que borrara una docena de planetas trivales orkos como pago de su fechoría. ¡Y Dante no lo hizo! —le dio la espalda a su hermano, lo que permitió a éste contemplar las alas dobladas—. A lo largo de mil cien años a la cabeza del capítulo más importante de las Legiones Astartes, ¿qué avances ha conseguido en la eliminación de nuestra maldición genética? ¡Ninguno!

Rafen no podía creerse lo que estaba oyendo, el evidente desprecio en la voz de Arkio.

—Hermano, ¿qué es lo que te ha llevado a esto?

Arkio lo miró fijamente.

—Me han abierto los ojos, Rafen.

—¿Stele? ¿Sachiel?

Intentó no mostrar burla alguna al hablar, pero no lo logro.

Arkio soltó a su vez un bufido de reproche.

—Rafen, para mí eres transparente. Ahora veo por qué no sigues nuestros ideales. No es tu voluntad lo que te lo impide, es tu orgullo. Tu… rivalidad con el sacerdote es profunda, ¿verdad? Ninguno de nosotros olvida que fue él quien casi impidió que te convirtieras en un iniciado del capítulo.

—Tienes razón —admitió Rafen—. Pero no se trata solo del desagrado que siento hacia Sachiel lo que me hace hablar así. Hermano, te ruego qué no sigas a ciegas los consejos del sacerdote y del inquisidor.

—¿A ciegas? —repitió Arkio enfureciéndose—. No, Rafen eres tú el que se niega a ver. —Se calló un momento y procuró tranquilizarse—. Pero todavía tenemos tiempo. Hermano, te mantengo cerca porque me recuerdas que no hay camino sencillo. Yo te cuestiono y tú me cuestionas. Eres el abogado del diablo. —Arkio volvió a mostrarle una de sus brillantes sonrisas y le palmeó el hombro—. Gracias.

Rafen se quedó mirando cómo se marchaba, con la mano que empuñaba el bólter tan rígida como si estuviera fundida en hierro.

Ulan flotaba en gravedad cero en mitad del silencio del Sanctus Astropathica de la *Bellus*. Una maraña de mecadendritos y de cables de bronce salía serpenteando de los agujeros de conexión que tenía en el cráneo y acababan enchufados en los bancos murmurantes de las máquinas cognitivas. La psíquica había extendido la mente todo lo que se había atrevido, con la energía dispersa en una amplia red. Mantener la concentración era vital: si permitía que sus pensamientos se desviaran aunque sólo fuera durante un parpadeo, lo poco que quedaba de lo que se podía considerar su personalidad sería destrozado por los vientos del empíreo. Se había convertido en una araña, apostada en el centro de una red que había tejido con su propia materia psíquica. Ulan se mantuvo al acecho desde allí, sensible a cualquier perturbación en la rugiente no materia de la disformidad, a la búsqueda de patrones repetidos.

Allí fuera había seres. Ulan tuvo mucho cuidado de no fijarse directamente en ellos, y los estudió atentamente por el rastro que dejaban a su paso, gracias al brillo del antiespacio extendido bajo ellos. Ulan mantuvo bajo un férreo control el terror que sentía hacia aquellas criaturas, ya que les gustaba el sabor del miedo. Incluso la más mínima muestra del mismo haría que cruzaran el vacío como depredadores marinos que olieran una gota de sangre en el océano.

Se marcharon con la misma rapidez con la que habían aparecido. Ulan se quedó flotando de nuevo, atenta y a la escucha.

Allí estaba su objetivo. Muy lejano, pero se acercaba con rapidez, atravesando el Immaterium como el filo de una espada. Un objeto fabricado por el hombre, veloz y de aspecto letal.

Ulan sonrió y se replegó de nuevo sobre sí misma. En cuanto se recuperó lo suficiente, se concentró en su dueño y le envió una sola palabra.

Pronto.



Ya era tarde para efectuar los Ritos de Disparo, por lo que la zona de tiro estaba desierta. Rafen se sintió encantado de que fuera así. No le apetecía tener compañía en ese momento, y las preguntas y los comentarios de sus hermanos de batalla no serían bien recibidos. Metió un cargador curvo en el bólter, apuntó y disparó varias ráfagas de tres proyectiles contra los objetivos rotatorios.

Unció el entrecejo al ver el resultado. La mira de su arma se había desviado cuando se le cayó de las manos en la manufactoría. Rafen ajustó con cuidado la guía del punto de mira.

Aquel acto sencillo y disciplinado lo ayudó a olvidar las preocupaciones que lo acosaban. Tan concentrado estaba que no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde de que alguien había entrado en la estancia.

Alzó la vista y soltó un bufido.

—Aquí estás —lo saludó Sachiel con una falsa alegría—. Tu nueva armadura te sienta bien.

Rafen volvió a concentrarse en su bólter. No tenía ganas de malgastar aliento en una amabilidad falsa hacia el gran sacerdote sanguinario.

—Me esforzaré por ser merecedor de ella.

—Me alegra oírlo. El Bendito estaba bastante preocupado con tu vuelta al estado de servicio activo. Arkio… parece tener una mayor permisividad con su pariente de sangre que con el resto de los mortales.

Rafen recargó el bólter con un golpe seco y fuerte.

—No te andes con rodeos conmigo, Sachiel —le replicó con sequedad. La poca tolerancia que sentía respecto al engreído sacerdote desapareció por completo—. ¿Has venido a decirme algo? Si es así, dilo de una vez y vete.

El rostro de Sachiel enrojeció, pero el sacerdote no dejó que la fina que sentía se notara al hablar.

—Algunos considerarían esa respuesta tan brusca una insubordinación, Rafen. Yo de ti, lo tendría en cuenta. —Se inclinó hacia él para hablarle con voz baja y amenazante—. Es posible que el Bendito soporte de momento tus dudas respecto a su divinidad, pero yo no abusaría más de su paciencia, hermano. Una persona inteligente haría bien en hacer caso de una advertencia y se mantendría callada.

—Algunos considerarían ese comentario una amenaza apotecario —le respondió Rafen imitando su tono de voz.

—Puede ser —aceptó Sachiel—. Si continúas desafiando a Arkio, llegará el día en que pierdas su favor. Cuando llegue ese momento, tendré el placer de declararte hereje.

Rafen se puso en pie con un movimiento furioso desde su posición de disparo, con el bólter todavía caliente en las manos. Su actitud pilló por sorpresa a Sachiel, quien retrocedió un paso.

—Te agradezco el consejo —le dijo Rafen con voz fría al mismo tiempo que apoyaba el arma en el hombro—. Si me disculpas, tengo ciertas obligaciones que atender a bordo de la *Bellus*.

—¿Qué obligaciones? —exigió saber el sacerdote.

—El recuerdo de los muertos, Sachiel. Debo presentar mis respetos a los caídos en la gran capilla de la nave.

Apartó al sacerdote y se alejó.

—Ten cuidado, Rafen —le gritó Sachiel mientras se alejaba—. Es posible que te reúnas con ellos muy pronto.



Tres

Rafen sintió cómo disminuía el tirón de la gravedad de Shenlong a medida que la Thunderhawk salía de la atmósfera del mundo forja. Miró a través de la portilla de observación. El cielo de color marrón había tomado una tonalidad purpúrea antes de volverse completamente negro. Alargó el cuello y distinguió la curvatura del planeta, con una capa de polución cubriendo el paisaje industrial.

El transporte se estremeció cuando cambió de rumbo. Rafen conocía el interior de aquella nave tan bien como conocía la letra de todos los himnos del capítulo. Habían sido muchas las ocasiones en las que había viajado en el abarrotado compartimento blindado de carga de una nave semejante, hombro con hombro junto a otros Ángeles Sangrientos. La vibración del suelo que tenía a los pies siempre le provocaba una sensación de impaciencia en el pecho. A menudo era precursora de una batalla, pero no era el caso ese día. En ese viaje, la Thunderhawk sólo llevaba municiones. Rafen casi se había esperado no encontrar un vuelo de regreso a la *Bellus*, que se encontraba en órbita alta sobre el planeta, pero por suerte, una de las naves auxiliares de la barcaza se estaba preparando para el despegue cuando llegó. El transporte estaba aprovechando los almacenes repletos de municiones del planeta forja para rearmar a la nave de combate, así que en vez de llevar el compartimento de carga lleno de Rhinos y marines para un asalto planetario, iba cargado de contenedores de misiles. Las cajas llenaban todos los huecos del compartimento y dejaban poco espacio para nada más.

Rafen no era el único pasajero. El cargamento lo supervisaba en persona el segundo al mando de la barcaza de combate hermano Solus. Rafen no recordaba haberlo visto nunca del puente de mando de la *Bellus*. Solus parecía más una extensión de la voluntad del comandante de la nave, el capitán Ideon, que una persona por derecho propio.

Solus lo saludó con un gesto rápido cuando pasó por la cabina.

—Pronto aterrizaremos —le comentó. El marine espacial se detuvo y se quedó mirando a Rafen con gesto inquisitivo—. No tenía conocimiento de que te hubieran ordenado regresar a la nave.

Buena parte de la tripulación de la *Bellus* había recibido permiso para bajar al planeta en un gesto de magnanimidad por parte del inquisidor Stele tras su

designación como gobernador temporal de Shenlong. Tras la derrota de la invasión de los portadores de la Palabra, el mundo forja había declarado una celebración general, y los servidores humanos y los tripulantes de la nave se habían mostrado encantados de unirse a las festividades. El ambiente alegre que Rafen había captado en el distrito Ikari estaba por todos lados, y en todas partes se respiraba la adoración a la figura de Arkio. Esa presión y el conocimiento de que Sachiel estaba vigilando todos y cada uno de sus movimientos le habían impulsado a buscar reposo en otro lugar en cualquier lugar, lejos de Arkio. Una temporada a bordo de los tranquilos pasillos de la *Bellus* le proporcionaría tiempo para pensar, o eso pensaba. Sin embargo, no le dijo nada de aquello a Solus.

—Mi mentor, el hermano sargento Koris, yace en la gran cámara de la barcaza —le contestó Rafen—. Deseo presentarle mis respetos y escribir su nombre en el Libro de los Caídos.

Solus asintió. Lo habitual era que esa ceremonia la celebrara un sacerdote sanguinario, pero a menudo los guerreros que habían servido al lado de los que habían muerto realizaban el ritual como una despedida personal y escribían el nombre del fallecido con su propia sangre como saludo final.

—No lo conocía personalmente. Por lo que sé, era un guerrero bastante… directo.

—Sí, eso era —confirmó Rafen.

—Es una pena que no viviera lo suficiente como para ver la Ascensión —continuó diciendo Solus—. Muchos de nuestros hermanos cayeron por defender ese trozo de roca.

Señaló con un gesto de la barbilla en dirección a Shenlong. Aunque era un marine espacial hasta la médula, Solus sentía el disgusto habitual de los viajeros espaciales respecto a los planetas.

Se abrió una compuerta con un silbido y entró un tripulante con el equipo de vuelo. Hizo una rápida reverencia ante Solus.

—Mi señor, acabamos de recibir una alerta de la *Bellus*.

—¿Sobre qué?

—Se acerca una nave estelar al planeta. Los cogitadores creen que se trata del crucero de combate *Amareo*.

Rafen se puso tenso.

—Uno de los nuestros —dijo, y sintió que se le aceleraba el pulso. La llegada de otra nave de los Ángeles Sangrientos solo podía significar una cosa: el mensaje clandestino que había enviado utilizando el transmisor del sargento Koris había llegado a Baal—. ¿Se sabe quién está al mando de ese crucero?

El tripulante asintió.

—Sí, señor. En el puente de mando de la *Amareo* ondea el estandarte del hermano capitán Gallio.

—Gallio… —repitió Rafen.

—¿Lo conoces? —le preguntó Solus.

—Sólo por su reputación. Mi último comandante, el capitán Simeón, era contemporáneo suyo.

Solus pensó en ello durante un momento y luego se volvió hacia el tripulante.

—Contacte con la *Bellus*. Informe al capitán Ideon que nos desviamos para encontrarnos con la *Amareo*. El protocolo exige que un oficial de rango elevado le dé la bienvenida a Galio a este sistema.

El tripulante saludó y regresó al puente de mando. Rafen esperó que se hubiera marchado para hablar.

—Mi señor, ¿la *Amareo* no debería ser recibida por un quórum de marines de rango superior?

Solus asintió.

—Es cierto, Rafen, pero con la mayor parte de la tripulación en la superficie del planeta para celebrar la Ascensión, dudo mucho que el capitán Ideon pueda encontrar a ninguno más. —Le indicó con un gesto que se pusiera en pie—. Tú y yo tendremos que bastar.



Los motores de la Thunderhawk retumbaron y la luz que entraba por la portilla cambió de naturaleza cuando la nave viró. Rafen volvió a mirar hacia el exterior y vio un destello plateado y rojo que flotaba en mitad de la oscuridad como un cuchillo arrojadizo. Tendría que posponer su búsqueda de tranquilidad.

El aviso de Ulan hizo que los labios exangües de Stele esbozaran una leve sonrisa. Estaba sentado con las piernas cruzadas en el centro de la habitación de la muerte, llena de manchas de sangre, sobre un abrigo de piel de gras que se extendía a su alrededor como un borrón de tinta derramada. Bajo aquella escasa luz parecía una especie de extraña protuberancia que surgiera de las manchas de color rojo seco. Stele echó un rápido vistazo a la puerta. Silo molestaban en ese momento, si le rompían la concentración, todo aquello no serviría para nada. Había colocado una alarma de repulsión conectada al interior del picaporte de la puerta, lista para liberar una tremenda descarga eléctrica contra cualquiera lo suficientemente estúpido como para intentar abrirla desde fuera.

Metió la mano en uno de la docena de bolsillos secretos que tenía en el abrigo y sacó dos frascos pequeños llenos de sangre fresca y brillante. Stele había sacado el fluido en persona de los cuellos de la esposa y de la hija del mercader mientras yacían a sus pies, muertas para que el líquido estuviera cargado con sus esencias vitales tras sus brutales asesinatos. Destapó los frascos y se pasó la lengua por los labios cuando el olor de la sangre le llegó a la nariz. Tenía que actuar con cuidado. Era importante

no desperdiciar ni la más mínima gota.

Stele cerró los ojos y torció las dos muñecas. El contenido de ambos viales cruzó el aire en un par de arcos húmedos que trazaron unas líneas precisas que se cortaron entre sí. En ese momento, la estancia sombría y cargada de sangre se estremeció bajo las huellas psíquicas de la agonía, y Stele deslizó su mente en el no espacio del borde de la disformidad. Para el ignorante y el falto de información, Ramius Stele poseía unos tremendos poderes psíquicos, pero lo cierto era que se trataba de un individuo con poderes mentales menores si se lo comparaba con muchos de los agentes telepáticos imperiales. El talento de Stele no se encontraba en la aplicación por la fuerza bruta de su capacidad psíquica, como ocurría con la de su servidora Ulan, sino en la utilización sutil de la misma. La mente de Stele no era una espada, sino un escalpelo, ah igualmente, algo mortífero si se utilizaba de un modo correcto.

El inquisidor hizo caso omiso de la tibieza turbadora de las energías que lo rodeaban y resistió el impulso de sumergirse en ellas como si fueran un océano calmado. Una vez firme su resolución, Stele dejó que sus sentidos sobrehumanos trazaran un mapa del espacio que rodeaba Shenlong en distintos tonos de fuerza psiónica. Allí arriba, donde se encontraba la *Bellus*, titilaba el débil brillo ambarino de las mentes latentes que se encontraban a bordo. Entre ellas, parpadeante y reluciente, estaba la peligrosa y brillante impronta psíquica de Ulan. Era una luciérnaga metida en una botella, y su poder rebotaba contra las paredes del aparato inhibidor que la obligaba a llevar puesto. Stele podría haber escogido canalizar su propio poder a través de la mente de ella, pero su carácter errático era demasiado impredecible como para algo que requería un manejo tan delicado.

Extendió su mente un poco más e hizo caso omiso de los puntos de luz que se encontraban a bordo de una nave que flotaba a mitad de camino entre la *Bellus* y la nave recién llegada. Su espíritu se aproximó a la *Amareo* y notó una oleada de miedo cuando captó el brillo claro y continuo de la mente un psíquico a bordo. Se había sentido preocupado hasta cierto punto ante la posibilidad de que el architelépata fuera el primero en enfrentarse a Arkio. A pesar de toda su arrogancia Stele no era tan estúpido como para pensar que podría enfrentarse con éxito al Señor de la Muerte. Al menos, no en esos momentos. Sin embargo, tal y como había predicho, el jefe bibliotecario había enviado a alguien en su lugar, y era la mente entrenada de su sustituto la que brillaba allí arriba. No mostraba la coloración aleatoria y enloquecida de la mentad de Ulan, era la mentalidad aguda y afilada producto de la psykana librarius.

Stele se recordó que eso era un motivo mayor todavía para tener mucho cuidado. El inquisidor alzó las manos para que sus dedos fantasmales apenas rozaran la corona del aura del psíquico y dejó que los detalles superficiales de la mente del bibliotecario se revelaran por sí mismos. El Ángel Sangriento no llevaba puesta la capucha

psíquica, lo que era una suerte, ya que hacía que su tarea fuera más fácil. La mayor habilidad del inquisidor era su sutileza. Su objetivo no sospecharía jamás que el siniestro contacto de Stele se estaba extendiendo por toda su mente como una oscura mancha de aceite.

—Te llamas… —dijo Stele en voz alta en mitad del aire húmedo—. Eres el hermano Vode, epistolario de Mephiston. Te ha enviado… Te ha enviado para probar la mente de Arkio… —Y allí estaba, flotando entre los pensamientos de Vode, quizá demasiado débil incluso para que el propio marine espacial captara la fría astuta de la duda y de la sospecha.

Stele se echó a reír con una carcajada suave en lo profundo de su garganta. Mephiston había enviado al mejor de sus bibliotecarios para aquella misión, pero al hacerlo había abierto la mente de Vode a la idea de que se enfrentaría al alma de los herejes. Stele colocó sus manos sobre los recientes recelos de Vode y empezó a acariciarlos para hacerlos más profundos.

Incluso a una distancia tan lejana, uno de los rasgos característicos de los Ángeles Sangrientos, el odio del psíquico por los apóstatas, se extendió por el espacio mental como un fluido negro.

Con una presión fantasmal, Stele hizo crecer las dudas de Vode mientras unas gruesas gotas de sudor le cubrían la frente debido al esfuerzo y a la concentración.

El hermano capitán Gallio entró en la galería de entrenamiento del crucero y encontró en seguida a Vode. El bibliotecario estaba enfrascado en una serie de katas reglamentarias, un complejo entramado de ataques, esquivas y bloqueos. Vode empuñaba en las manos una hacha psíquica de aspecto formidable, que medía la mitad de altura del propio Gallio y estaba forjada con acero reluciente de las fundiciones de la Luna. La cabeza del hacha se estremecía bajo la luz, y el filo cristalino relucía debido a las llamaradas fantasmales provocadas por la energía psíquica.

El capitán pasó con rapidez los ojos por encima de aquella curva metálica, como si no fuera capaz de soportar la visión del arma. Gallio, como la mayoría de los Adeptus Astartes, mantenía una profunda desconfianza hacia todo aquello que estuviera relacionado con los psíquicos. Para él, todos aquellos que poseían esos poderes aberrantes debían ser considerados un peligro o, como mínimo, ser compadecidos. Era a través de aquellas mentes como se habían abierto los primeros portales a la disformidad, y por ellos habían pasado los poderes del Caos al acecho que habitaban en el Immaterium. Ese era el miedo inherente al don psíquico: que aquellos que fueran débiles de mente resultaran seducidos por la energía primitiva del espacio disforme. Esas almas se convertían en conductos de las inteligencias demoníacas, habitáculos de carne para que esas criaturas habitaran en su interior.

Galio se acercó con cuidado a Vode sin dejar de observar el baile preciso del

estilo de combate del psíquico. No había ni un solo movimiento inútil: cada golpe simulado con el hacha era preciso y directo. Cada partícula del instinto de combate de Gallio estaba destinada a combatir el Caos, y cierta parte de su ser estaba convencida de que aquellas mentes embrujadas sólo merecían la muerte, y sin embargo, allí delante tenía a un psíquico con el emblema de los Ángeles Sangrientos. Era un individuo que personificaba tanto la magnificencia de un marine espacial como el potencial siniestro de un psíquico monstruoso. La dualidad del asunto lo inquietaba.

Vode dio la vuelta y se detuvo. El hacha psíquica quedó zumbando entre los dos. Los ojos de Vode tenían un color tan pálido que casi eran grises. Gallio contuvo la sensación de repugnancia que lo asaltó cuando el leve brillo del arma absorbió toda la humedad del aire.

—Honorable capitán —lo saludó Vode en voz baja sin mostrar preocupación alguna por la expresión de Gallio—. Estoy preparado. ¿Cuáles son sus órdenes?

Gallio pensó que Vode no se parecía en nada a su señor, el famoso Mephiston. El Señor de la Muerte era un individuo delgado, una figura imponente con una armadura de tonos rojos y dorados, mientras que Vode era un guerrero de baja estatura y aspecto rudo con la piel del color de la madera oscura.

—Se acerca un transporte procedente de la *Bellus*. Debemos prepararnos para recibirlo.

A diferencia de los marines normales de los Ángeles Sangrientos, la armadura de los bibliotecarios era de color azul, con una de las hombreras de color rojo carmesí. Gallio pensó que aquello era otro factor que los diferenciaba del resto de sus hermanos.

Vode asintió.

—Como ordenáis.

El psíquico guardó con cuidado el hacha en una funda que llevaba a la espalda. Los leves destellos de luz blanquecina que brillaban en su superficie se apagaron. Vode hizo un leve gesto con la cara y algo se movió en el interior de la gorguera de su armadura. A partir de unos abultamientos que le rodeaban la cabeza surgieron unos paneles formados por circuitos y elementos de cristal que se extendieron hasta formar una capucha triple. Gallio contempló con cierto disgusto cómo las piezas de la capucha psíquica de Vode se conectaban solas a los enchufes de bronce del cráneo del marine.

—¿Sientes… algo? —le preguntó el capitán.

Vode sonrió levemente.

—Las miles de formas del traidor son sutiles y complejas, hermano. Las descubriré si se encuentran aquí, pero de momento, no hay na…

La expresión del rostro del psíquico cambió de un modo inmediato. Entrecerró los ojos y apretó los labios.

Gallio llevó la mano de forma instintiva a la pistola bólter que llevaba en la funda del cinto.

—¿Hermano Vode?

El momento pasó, y el bibliotecario sacudió la cabeza.

—Una sombra pasajera —le aclaró—. La corrupción de los Portadores de la Palabra todavía persiste en este sistema, hermano capitán. De forma leve, como un humo que se desvanece…

La respuesta no satisfizo mucho a Gallio.

—Por aquí —le indicó al bibliotecario.

Vode siguió a su superior. Parecía a punto de fruncir el entrecejo. Por un instante, por un brevísimo momento, el psíquico había captado la existencia de algo corrupto. Pasó los dedos por el trío de sellos de pureza que llevaba en la placa pectoral de la armadura y le dio vueltas a aquella sensación. El peso de esa nueva duda lo empezó a carcomer.

La rampa de desembarco de la Thunderhawk se abrió como una boca bostezante y Solus salió seguido de Rafen. Miró a su alrededor, al interior del hangar de la *Amareo,* y vio una docena de naves de la misma clase en las rampas de lanzamiento, armadas y preparadas para el ataque. Un destacamento de marines espaciales se encontraba a la espera de su llegada formando dos líneas. Parecían ser la guardia de honor, pero podían convenirse fácilmente en una unidad de combate. Había otros Ángeles Sangrientos por allí, en grupos de dos y de tres, y los observaban con miradas frías y penetrantes. La impresión que Rafen sacó de todo aquello era de alerta: los guerreros a bordo de la *Amareo* no estaban seguros de qué iban a encontrar en Shenlong, por lo que se habían preparado para cualquier eventualidad. Sintió una leve aprensión, ya que aquellos hermanos de batalla se encontraban allí sólo porque habían recibido un mensaje secreto, el que él había enviado, y Rafen sintió también algo de responsabilidad por ellos.

Captó la armadura oscura de un bibliotecario cuando llegaron al suelo del hangar. El psíquico se mantenía al lado de un ángel Sangriento de rango elevado que los estudiaba de un modo inquisitivo.

Solus se llevó un puño al símbolo de la gota de sangre que llevaba en la placa pectoral.

—El hermano Solus y el hermano Rafen piden permiso para subir a bordo.

El marine espacial le devolvió el saludo.

—Permiso concedido. Soy el capitán Gallio. —Señaló con un gesto del mentón al bibliotecario—. El epistolario Vode, mi ayudante.

—No esperábamos vuestra llegada.

Gallio miró fijamente a Solus.

—Hermano, creo que ya sabéis por qué estamos aquí. He venido por orden

expresa del comandante general Dante en persona para ver con mis propios ojos lo que está ocurriendo en Shenlong.

—¿Habéis venido a venerar a Arkio el Bendito? —Pregunto Solus—. Eso suponía.

—Ya veremos a quién se venera y a quién no —dijo Vode irrumpiendo en la conversación. Estudió sin disimulo alguno tanto a Rafen como a Solus, y ambos sintieron la presión de la mente del psíquico en las suyas propias.

—¿Por qué partieron de Cybele cuando la *Bellus* había recibido órdenes de permanecer en su puesto? —exigió saber Gallio, yendo directamente al meollo del asunto.

Solus hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—No sé nada de esas órdenes, capitán Galio. Mi comandante el hermano capitán Ideon, siguió las directrices del inquisidor Stele, así que levamos anclas y nos dirigimos a toda velocidad a este sistema. Nuestras órdenes después de la victoria en Cybele fueron contener y destruir a la horda de Portadores de la Palabra que había aquí.

Gallio frunció el entrecejo.

—Esas órdenes no fueron autorizadas por Baal.

—Si es así —replicó Solus—, ¿cómo sabían que la *Bellus* se encontraba aquí?

—Alguien envió un mensaje a la fortaleza-monasterio —le informó Vode—. El contenido de ese mensaje provocó ciertas cuestiones de seguridad en la zona.

—Aquí sólo hay leales Hijos de Sanguinius —le respondió Solus con cierta furia —. ¿Quién envió ese mensaje? ¡Quiero saber su nombre!

—El hermano sargento Koris.

—Koris ha muerto —les informó Rafen sin poder evitar un tono de dolor en la voz—. Murió durante el ataque contra la fortaleza Ikari. Yo mismo lo vi morir.

Gallio y Vode intercambiaron una mirada.

—El contenido del mensaje le pareció de extrema gravedad a lord Dante. Koris, si se trataba de él, habló de una «transformación». Bajo órdenes de Dante, he sido enviado en su nombre para evaluar todo lo ocurrido.

Rafen sintió que se le cerraba la garganta. Los ojos del bibliotecario no se habían apartado de él, y la poderosa mirada de Vode hacía que el marine se sintiera como una mota diminuta bajo la lente de un microscopio. «Lo sabe». El Ángel sangriento era capaz de sentir la visión interior de Vode registrando su mente.

Solus señaló con un gesto a la Thunderhawk, con el rostro tenso por la preocupación.

—Quizá deberíais acompañarme a la *Bellus*, capitán. Podríamos proporcionarles informes tácticos completos sobre la batalla de Cybele y…

—Si esa… «Bendición» de la que habláis es cierta, no me entretendré en debatir

los asuntos que la rodearon —lo interrumpió Galio con brusquedad—. Contestadme, Solus: ¿dónde puedo encontrar al inquisidor Ramius Stele y al hermano Arkio?

El rostro de Solus se ensombreció por la ira. La rudeza de Galio era ofensiva.

—Lord Stele ha tomado el mando de Shenlong y dirige el planeta desde la fortaleza Ikari, en la capital. Arkio el Bendito reside en la carilla principal del mismo lugar.

Vode dejó de mirar a Rafen y le hizo un gesto de asentimiento a Gallio.

—Entonces, allí es donde debemos ir.

Solus dio un paso adelante.

—Es el Ángel Renacido. No se le puede llamar para que acuda así, sin más.

—Hasta que decidamos algo al respecto, él no es nada de eso —le contestó Vode con fría certidumbre.

Rafen vio una oportunidad para hablar de nuevo y la aprovecho.

—Hermano Solus, este asunto se resolverá con rapidez si hacemos lo que el capitán Gallio pide. Con vuestro permiso. Acompañaré al capitán a la superficie para ayudarlo en todo lo posible.

Solus miró con dureza a Gallio y luego a Rafen.

—Puede que tengas razón, hermano. —Se dirigió de nuevo al interior de la Thunderhawk—. Una vez vean al Bendito, cualquier duda desaparecerá por completo. —Los miró por última vez cuando llegó a la compuerta de acceso—. Regresare a la *Bellus* y avisaré al inquisidor de vuestra llegada inminente.

Rafen se volvió cuando la rampa se cerró con un estampido y vio que Vode lo estaba observando fijamente de nuevo.

—Estoy a vuestro servicio —les dijo.

Gallio señaló una lanzadera que estaba aparcada cerca de allí.

—Por aquí. Aprovecharemos el viaje para que me cuentes todo que sabes sobre Arkio.

—Sí, Rafen —añadió Vode—. Nos gustaría saber más cosas sobre tu hermano pequeño.



La estatua había sido trasladada desde la gran cámara de la *Bellus* y se había llevado a la capilla para ocupar un lugar de honor delante del altar. Habían colocado la representación del Emperador de la Humanidad con toda la ceremonia apropiada detrás la estatua, por encima de la cual sobresalía como un padre vigilante por encima del hombro de un hijo diligente. Arkio pasó los dedos desnudos por encima de la piedra antigua. El mármol rosado procedía de una cadena montañosa de Baal Primus.

Tocó el rostro de la estatua. El parecido le resecaba la garganta. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, con los músculos del cuello tensos. La corona de

agujas que le rodeaba la melena suelta representaba el brillo de un halo. Arkio siguió con el dedo la línea de la nariz, la mandíbula, y luego el cuello hasta llegar al esternón. Como si tuviera voluntad propia, su mano se acercó a su rostro y siguió el mismo recorrido. Las siluetas de ambos rostros eran tan parecidas que casi aparecían idénticas.

Dio un paso atrás y contempló la estatua del Ángel Sangriento Sanguinius al completo. Las alas de serafín se alzaban por encima de los hombros. El Puro llevaba puesta la túnica de un iniciado, una señal de humildad, y tenía los brazos abiertos de par en par. En la mano derecha sostenía la figura en forma de cráneo del Grial Rojo, del que caían las cuatro gotas de sangre que Sanguinius había derramado por su capítulo. El brazo izquierdo lo tenía vuelto hacia abajo, y de la muñeca le brotaba un torrente del fluido bendito.

Con una gracia exquisita, Arkio se mantuvo en equilibrio sobre el último peldaño que daba al altar y desplegó las alas que tenía dobladas detrás de los hombros. Aquellas poderosas extremidades ya no le resultaban desconocidas, y esas alas angelicales se habían convertido en una parte más de su cuerpo como cualquier otra. Extendió los brazos e imitó la postura de la estatua. Echó la cabeza hacia atrás y dejó al descubierto la garganta.

—Es algo magnifico. —La voz de Sachiel estaba cargada con una emoción apenas contenida. Arkio abrió los ojos y se relajó mientras el sacerdote sanguinario se acercaba. Sachiel le hizo una reverencia—. Bendito, está confirmado. Una nave de combate procedente de Baal se ha colocado al lado de la *Bellus* y ha enviado un grupo de marines que se acerca en estos instantes.

Arkio le indicó a Sachiel que se alzara y escuchó con atención mientras el sacerdote le transmitía el resto del mensaje de Solus.

—El capitán Gallio viene acompañado del bibliotecario Vode y de vuestro hermano Rafen —concluyó. Un leve tono de enfado apostilló la mención de Rafen.

El Ángel Sangriento no prestó atención a aquel detalle.

—Tan pronto —murmuró—. Dante se ha movido con mayor rapidez de la que me esperaba… Pero eso no será un problema. Ordena que le proporcionen al transporte de Gallio un corredor de vuelo prioritario. —Arkio señaló con un gesto el techo—. Que dirijan la nave a la plataforma de aterrizaje del tejado de la fortaleza.

Sachiel tragó con fuerza.

—Mi señor, ¿lo veis conveniente? Quizá sería más prudente hacerle aterrizar en el espaciopuerto y traer escoltado al grupo del capitán. Podríamos… controlarlo con mayor facilidad si las circunstancias lo hiciesen necesario.

Arkio negó con la cabeza.

—Lo que tenga que pasar, pasará. Miraré a Gallio directamente a los ojos y únicamente le ofreceré la verdad. Lo que haga a partir de ese momento será sólo

decisión suya.

El sacerdote se quedó dudando.

—Bendito, como siempre, mostráis la sabiduría del Gran Ángel, pero debo confesaros que temo la reacción de estos recién llegados.

Las puertas de la capilla se abrieron mientras Sachiel hablaba el inquisidor Stele cruzó el umbral seguido de las sombras flotantes de sus servocráneos.

—Debo unir mi voz a la de mi camarada —dijo Stele mientras se acercaba—. Habla por la preocupación que siente hacia vos y hacia vuestra empresa, Arkio.

—Gracias por acudir —le contestó Arkio—. No querría seguir adelante sin tu consejo, Stele.

El inquisidor respondió con un gesto de asentimiento elegante.

—Disculpad mi retraso, pero estaba meditando…

Stele se pasó un pañuelo por la frente. Una leve capa de sudor le cubría la cabeza de forma de bala debido al esfuerzo mental que había realizado en la habitación de la muerte.

Arkio se los quedó mirando.

—Tomo nota de vuestras consideraciones, pero mantengo la orden. Gallio y Vode vendrán directamente a mí y yo les contestare todas las preguntas que me hagan. —Se irguió y se volvió levemente para mirar la estatua de Sanguinius—. Es mi deber con el capítulo.

—Por supuesto —aceptó Stele—. Para ello, ¿puedo sugerir que procedamos tal y como exige la ceremonia? He reunido a la guardia de honor que debe acompañaros.

Arkio hizo un breve gesto de asentimiento y se alejó de la estatua para acercarse al balcón, desde donde se veían las pruebas de combate que continuaban celebrándose con furia allí abajo.

Sachiel se inclinó sobre Stele.

—El momento ha llegado, mi señor inquisidor —le dijo en voz baja—. Ahora sabremos en quién depositan su lealtad los guerreros de Dante.

—Así es —murmuró Stele—. Arkio espera lo mejor, paro nosotros… nosotros debemos estar preparados para lo peor.

—De eso no cabe la menor duda —respondió el sacerdote con los ojos encendidos con el fervor del converso.



—Fui yo quien envió el mensaje. —Rafen se quedó contemplando el despliegue de emociones que apareció en el rostro de Gallio mientras el capitán estudiaba aquellas palabras—. Utilicé el comunicador de Koris mientras él yacía ya muerto y envié un mensaje a la *Bellus* para que lo retransmitiera a Baal.

—Un subterfugio —comentó Vode con voz ominosa—. Lo que has hecho viola

todos los protocolos de disciplina y los rituales hacia los muertos.

Rafen asintió con gesto compungido mientras la Thunderhawk se estremecía al atravesar la atmósfera.

—Soy muy consciente de ello.

—Las escrituras son muy claras al respecto: tan sólo un tecnomarine podrá manejar el equipo de un fallecido si las circunstancias no son desesperadas —añadió Gallio.

—El futuro de nuestro capítulo estaba en peligro —replicó Rafen un poco más efusivamente de lo que le hubiera gustado—. ¿Qué circunstancia podía ser más desesperada?

Gallio pensó cuidadosamente en las palabras de Rafen.

—El problema relativo a tus actos es secundario respecto al problema que tenemos entre manos. Rafen, cualquier decisión sobre si te has comportado de un modo inapropiado o no queda aplazada de momento. —Apartó la mirada—. Lo que nos has contado sobre el cambio sufrido por Arkio es… sorprendente.

Vode asintió.

—Sí. Y terrible también. Siento que están actuando fuerzas que se encuentran más allá de mi capacidad para definirlas. Son grandes poderes que actúan al unísono.

El bibliotecario había acercado de forma inconsciente las manos a su hacha psíquica y flexionaba los dedos sobre la empuñadura.

Gallio notó aquella pequeña muestra de nerviosismo del psíquico, pero no comentó nada.

—Rafen, conoces a Arkio mejor que nadie. Esos cambios físicos de los que hablas ya son bastante inquietantes, pero su alma… Quiero que seas sincero: cuando miras el alma de tu hermano, ¿qué es lo que ves?

El enorme cuerpo del marine se estremeció de forma voluntaria.

—Cuando éramos jóvenes, yo era el imprudente, capitán. Arkio era abierto y directo, era puro de espíritu… Fue su influencia la que me ayudó a cambiar de actitud. El pequeño ayudo al mayor. —Rafen se perdió por un momento en los recuerdos—. Ahora… ese joven ha desaparecido. Detrás de esos ojos sigue habitando el alma de Arkio, si eso es lo que de verdad queréis saber… Pero a pesar de todos los cambios que han ocurrido en él a lo largo de estas semanas, su comportamiento es lo que más se ha visto alterado.

—Explícate —le ordenó Vode con la voz llena de tensión.

—Arkio se ha convertido en alguien arrogante cuando antes era humilde. Sea quien sea la mano que lo guía, Arkio lo cree todo a pie juntillas. En el fondo de su corazón, Arkio está convencido de que es el Deus Encarmine.

—¿Y si nos vemos obligados a sacarlo de ese error? —Le preguntó Gallio—. ¿Qué ocurrirá?

Rafen se dio cuenta de que ya no podía sostenerle la mirada al capitán.

—Temo pensar en ello. Temo pensar en ello.

En el largo silencio que siguió a aquella contestación, el suelo de la nave se inclinó cuando el transporte se dispuso a atravesar las nubes para dirigirse hacia las grandes extensiones de factorías.

—Ya estamos cerca —comentó de repente Vode.

Gallio miró a Rafen de un modo calculador una última vez, y luego hizo un gesto a los guerreros de su guardia personal.

—Preparados para el aterrizaje.

Una figura de armadura negra los estaba esperando cuando bajaron de la plataforma de aterrizaje. Los cuatro guerreros de Gallio se colocaron en fila detrás del capitán, junto a Vode y a Rafen. El capellán saludó al oficial y al bibliotecario, aunque a Rafen lo recibió con un gesto de asentimiento cauteloso.

—Soy el hermano Delos. Bienvenido a Shenlong, capitán Gallio. Es un honor dar la bienvenida a un guerrero de tanta fama dentro del capítulo.

Gallio hizo caso omiso del saludo de bienvenida y sostuvo en alto un cilindro metálico.

—Traigo una carta del señor del capítulo. Hablo en su nombre. Capellán, quiero ver al guerrero Arkio.

Delos titubeó un momento. Miró el cilindro, luego a Rafen y finalmente a Gallio.

—Como deseéis, capitán. El Bendito os recibirá en la capilla de la fortaleza. —Se dio la vuelta—. Seguidme.

Rafen se mantuvo en silencio mientras se adentraban en la fortaleza Ikari. Tomaron el ascensor recién reparado para descender a los niveles centrales. Sintió por segunda vez la presión del escrutinio por parte de todos los ojos que lo rodeaban. Cuando pasaban al lado de los grupos dispersos de marines, de fieles y de peregrinos, las conversaciones cesaban y una sospecha apenas disimulada los recibía a cada paso.

—Saben que hemos venido a juzgarlo —susurró Vode—. Los ofendemos al pensar siquiera en la posibilidad de hacerlo.

Las puertas de cobre de la capilla se abrieron para dejarlos pasar al interior y Gallio adelantó con paso firme a Delos para entrar el primero. Arkio se levantó del estrado donde se encontraba sentado, y el asombro casi hizo que el capitán se detuviera.

—¡Por la sangre del Emperador! —musitó Gallio.

Lo que tenía delante de él era una representación viviente y asombrosa de Sanguinius, con las alas relucientes como la luz del sol y la armadura resplandeciente con un brillo suave. Arkio inclinó la cabeza y Galio se dio cuenta de que tenía que resistirse físicamente al impulso de ponerse de rodillas. Una energía personal palpable restallaba en el aire y atraía todas las miradas hacia Arkio.

—Por el Trono, es el Puro.

El que había musitado aquello con voz apagada y reverente era uno de los guerreros de Gallio.

Que aplastó aquellas palabras con un comentario feroz.

—Eso está por ver.

El bibliotecario seguía empuñando el hacha psíquica. No se encontraba en una postura de combate, pero estaba lo bastante cerca como para que cualquier guerrero veterano tomara precauciones.

Rafen sintió una mano en el hombro. Delos lo detuvo en la entrada de la capilla.

—Espera, muchacho. Será el Bendito quien decida cómo se resuelve esto.

El marine dudó cuando Arkio se acercó a los hombres llegados desde la *Amareo*. A la espalda de su hermano se encontraba Sachiel, que mostraba un gesto de evidente impaciencia, mientras que el inquisidor se mantenía entre las sombras. Stele parecía enmudecido, con la mirada perdida en la lejanía y desenfocada.

—Soy Arkio. Te saludo como a un hermano y te honro como representante de lord Dante. —La figura dorada se inclinó levemente y las puntas de las alas tocaron el suelo de mosaico—. ¿Qué queréis de mí?

—La verdad —contestó Gallio—. Saber qué fuerza os ha llevado a esta… —dudó durante un momento mientras buscaba la palabra adecuada— transformación.

Sachiel dio un rápido paso adelante con el rostro enrojecido.

—¿Qué fuerza? —repitió—. Hasta los ciegos sabrían la respuesta esa pregunta. ¿Es que no la ves tú mismo? Es el Bendito Ángel Renacido. —A Sachiel le brillaron los ojos—. Sanguinius ha regresado.

—Todos llevamos el fluido vital del Gran Ángel en nuestro interior —le replicó Vode con furia a Arkio—, pero no proclamamos que queremos usurpar su puesto. Nuestro primarca murió hace milenios, ¡pero tú te atreves a suponer que puedes tomar su nombre!

Arkio movió la cabeza en un gesto negativo pero tranquilo.

—Yo no supongo nada. Tal como me pediste, sólo ofrezco la verdad.

—Tu verdad —replico Gallio—. Si eres lo que dices que eres, nos acompañarás a Baal, donde la veracidad de lo que proclamas será estudiada. Dejarás libre este mundo y el inquisidor devolverá el gobierno de Shenlong al Imperio. —Se calló un momento—. Lord Dante lo ordena, y debes obedecer sus órdenes.

Rafen mantuvo la mirada fija en Stele. El agente del Hereticus se pasó una mano por la frente sin dejar de mirar al bibliotecario Vode. El Ángel Sangriento volvió su mirada hacia el psíquico y vio que estaba tenso por la furia que sentía.

Luego Arkio pronunció las palabras que más temía Rafen.

—Ahora estoy más allá de la autoridad de Dante.

—¡Hereje! —El insultó salió de los labios de Vode. Su piel oscura palideció de

rabia—. La mano del Caos se oculta en ti. ¡Eres impuro!

Las palabras del psíquico hicieron que la propia capilla se estremeciera y un relámpago blanco sacudió el suelo. Ocurrió con tanta rapidez que Rafen sólo vio un borrón de color azul y amarillo. Vode se lanzó a la carga contra Arkio con el hacha psíquica cargada de energía llameante. La hoja curvada se estrelló contra el guantelete de la armadura dorada y un trueno ensordecedor les torturó los oídos.



Cuatro

La mente de Vode se ahogaba en espesos torrentes de odio glutinoso y negra y aceitosa oscuridad. Al principio, en ese instante a bordo del crucero de ataque, había pensado que nada del breve contacto que había saboreado sobre sus sentidos psíquicos había pasado como un diáfano velo. Aquí una bocanada, luego nada. El espacio mental sobre Shenlong todavía estaba sucio por el paso de los Portadores de la Palabra, su desagradable impronta era como una cicatriz profana únicamente visible para un psíquico como él. La brillante pureza su hacha psíquica era reconfortante. Era un talismán, un insignia de su bendecida vida como marine espacial al servicio del Emperador.

Vode escuchó las palabras de Rafen mientras se aproximaban la fortaleza Ikari. Externamente fijada en la cara del Ángel Sangriento, su intuición preternatural zumbaba como una de alarma más y más fuerte en sus oídos cuanto más se acercaban a la capilla. El bibliotecario trató de retener la sensación de atraparla con las manos y deducir algo sensato de ella, pero era como tratar de capturar el perfume de una única orquídea negra en medio de un mar de hediondos cementerios. Y entonces, en la capilla, fijó la vista en la armadura dorada e instintivamente supo que había encontrado el epicentro de esta gran madeja de corrupción. El psíquico Ángel Sangriento se había enfrentado a ese tipo de brujos anteriormente: totalmente inmaculados, perfectos y bellos. En su interior estaban podridos, con el corazón roído por los gusanos bombeando sangre corrupta a través de sus huesos vacíos.

Luchó para apartar la imagen, alejarla de su mente. Durante un segundo, todo pareció cambiar y oscilar, y una parte de el gritó «¡No!». El engaño tejía el aire. Percibió al hombre del Ordo Hereticus en el suelo de piedra, medio cubierto por las sombras. Por un instante pareció que él, no el ser alado, era la fuente de toda la oscuridad. La confusión hizo que Vade frunciera el ceño; tenía que estar seguro.

Entonces, tan rápidamente como había llegado, la impresión lo abandonó y la sibilante presión tras sus ojos regresó con fuerza decuplicada. Vode miró hacia Arkio mientras la figura acorazada hablaba en un tono sedoso con el capitán Gallio. El psíquico tuvo dos visiones de él, una superpuesta a la otra, ambas luchando por prevalecer en el ojo de su mente. Allí estaba el Ángel Renacido, un nuevo Sanguinius glorioso y sin mácula en su sagrada perfección, radiante como el propio trono de

Terra, pero también había otro.

Verlo le revolvió el estómago. La armadura dorada estaba abollada y sin brillo, ennegrecida por la sangre vertida. Su cara de agrietada porcelana blanca no tenía ojos, sólo pozos de espacio vacío; y las alas, hediondas masas cubiertas de piel y aguijones cubiertos de garfios y garras rotas. Habló y el ruido hizo que Vade sintiera cómo le subía la bilis a la garganta.

—Ahora estoy más allá de la autoridad de Dante —se había mofado.

Si los demás en la capilla vieran a Arkio como él lo veía, o bien quedarían anonadados por su repugnancia, o hipnotizados por la ilusoria belleza del apóstata. Con el rabillo del ojo vio que Stele se movía nerviosamente, pero el estallido de rabia que a la vez lo dominaba, hacía que el inquisidor pareciera inmaterial. Si nadie allí quería o era capaz de actuar, Vode era el único que podía detener esa parodia de la majestuosidad del primarca. El atronador corazón de la rabia negra acudió a él y el bibliotecario lo notó crepitar en el mango de su hacha psíquica. Gritó su maldición con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Hereje! La mano del Caos se oculta en ti. ¡Eres impuro!

El arma de Vode se movió como si la guiara la mano del propio Dios-Emperador, trazando un centelleante arco hacía el cráneo del pretendiente. Cada gota de poder mental fue canalizado hacia su hacha psíquica.

—¡Engendro infernal! —escupió. El filo cristalino golpeó la protección de Arkio con un rugido de aire dividido. Como agua vertiéndose de un cuenco de cristal, el fuego psíquico blanco azulado surgió del filo del hacha, crepitando alrededor de Arkio en ribetes inofensivos. Una invulnerable esfera carmesí y dorada danzó a su alrededor al límite de lo perceptible, anulando totalmente el ataque de Vode.

El reductor de Sachiel estuvo en su mano en cuanto el bibliotecario golpeó, danzando, buscando un objetivo. El dorado casco de la guardia de honor de Arkio le hizo desenfundar sus armas con un acto reflejo, y observó que la escolta de Gallio hacía lo mismo. El capitán de la *Amareo* estaba gritando, alargando una mano mientras con la otra trataba de desenfundar su pistola bólter. Una voz gritaba desde las puertas de la capilla, una indistinguible figura rojiza con forma humana agarrando una figura negra, y todo ello en el transcurso de un latido de corazón.

La otra mano de Arkio se elevó y empujó a Vode. El epistolario salió despedido hacía atrás, con las botas arañando el suelo mientras trataba de mantener el equilibrio. Con una ceja enarcada, Arkio arrancó el hacha psíquica de allí donde descansaba, alojada entre placas de oro. El Bendito cogió el arma y cerrando la mano, rompió el mango del hacha en dos.

Vode gritó y lanzó una cortina de rayos hacia él, saltando hacia el desprotegido cuello de Arkio, con los colmillos centelleado. Una vez más, un movimiento acelerado emborronó su forma dorada y estiró una mano. Los rapidísimos dedos

afilados de Arkio atravesaron la placa pectoral de ceramita de la servoarmadura de Vode y se hundieron hasta los nudillos.

El bibliotecario sostenía su bólter, y mientras empezaba a vomitar sangre, Vode dejó que sus proyectiles iluminaran la sala.

Unos proyectiles perdidos impactaron cerca de Sachiel, lo que empujó a éste a ponerse en movimiento Arremetió contra Gallio con el reductor, arrancando parte del cuero cabelludo del capitán de los Ángeles Sangrientos. No se pronunció ninguna orden, pero ante la acción del sacerdote, en la capilla se liberó un pequeño infierno. Los Ángeles Sangrientos de la guardia de honor de Arkio y el destacamento de Gallio abrieron fuego los unos contra los otros. Ardientes proyectiles se entrecruzaron por la sala en una aullante telaraña de muerte.

—¡No! —El grito era de Rafen, pero fue engullido por la onda de choque de los disparos, y con una fuerza que ocultaba su edad, el capellán Delos trató de detenerlos.

Arkio arrojó el cadáver de Vode como si fuera un trozo de carne podrida, impertérrito ante los proyectiles que rebotaban en su placa pectoral de ceramita. Las tropas de Gallio, si superadas en número por la guardia de honor, se vieron sacudidas por la multitud de proyectiles bólter que atravesaron su equipo de combate, acribillándolos. Gallio fue el último en caer, derramando abundante sangre arterial por cada juntura de la armadura. La pistola se deslizó de sus dedos sin vida y el capitán cayó de rodillas con los ojos vidriosos.

Arkio se le acercó y sostuvo el mentón de Gallio en su mano.

—Habéis dado vida al peor de mis temores —dijo al moribundo—. No seréis el último en perecer.

El capitán tuvo un último estertor, y murió; el combate había durado apenas un instante.

La rabia dominó a Rafen, que golpeó a Delos, derribando al capellán de negra armadura. Se abrió paso a la fuerza entre las filas de hombres de casco dorado y cayó de rodillas sobre el ensangrentado mosaico del suelo. Repentinamente rodeado de muertos, sintió ganas de llorar.

—¿Qué… qué habéis hecho? —apenas pudo pronunciar.

Arkio lo miró directamente a los ojos y la sangre se heló en las venas de Rafen.

—Estos hombres —dijo su hermano señalando con la mano a los aún calientes cadáveres— estaban aquí para destruirnos Lo supe en cuanto entraron en la habitación. —Levanto la mirada, dirigiéndose a todos los Ángeles Sangrientos de la capilla—. Escuchadme, hermanos. Hemos sido traicionados. Estos hombres han venido a condenarme, no a conocerme.

—La verdad no puede ser cuestionada —dijo Sachiel, respondiendo a la arenga —. El psíquico de Gallio era un asesino. Dante teme al Bendito, teme la amenaza que Arkio representa.

—Habéis matado a nuestros hermanos de batalla —dijo Rafen con voz queda.

Arkio negó con la cabeza, con un destello de dolor en los ojos.

—No, Rafen. Ninguno de estos hombres eran mis hermanos de ninguno de nosotros. En su sangre pude ver su auténtica naturaleza. Dante reniega de mí.

Del altar llegó un ahogado estertor, y Stele cayó hacia adelante con la cara desencajada y sudando abundantemente. Con ojos desorbitados por el esfuerzo, el inquisidor jadeó en busca de aire. Rafen sintió el mismo sabor actínico de corrupción psíquica en el aire que cuando Stele había torturado al prisionero de los Portadores de la Palabra que habían capturado en Cybele.

—Señor —preguntó Sachiel—, ¿qué pasa?

—La nave… —jadeó Stele—. Posiblemente más de la estirpe de Vode… Hay más a bordo de la nave… No dejáis que…

Sachiel se encontró con la mirada de Arkio y la figura dorada asintió secamente.

—No voy a arriesgar a ninguno más de mis hermanos. —Arkio volvió la cabeza y habló por un comunicador oculto en el cuello—: *Bellus*, contesta.

La revelación de las intenciones de su hermano asustó a Rafen.

—Arkio, no tratarás… —Sachiel se interpuso entre los dos hermanos bloqueando la mano extendida de Rafen.

Arkio lo miró. El peso de los siglos brillaba en sus ojos.

—*Bellus* —dijo, llegando inmediatamente su voz al capitán Ideon a bordo de la barcaza de batalla—. El capitán Gallio y sus hombres han resultado ser traidores al camino de Sanguinius. No podemos permitir que la *Amareo* sobreviva.

El aliento de Rafen se congeló en su garganta, y por un instante de esperanza pensó que Ideon iba a rehusar cumplir la orden; el hermano capitán era un veterano guerrero, no un fanático tan fácilmente influenciable como Sachiel.

Entonces toda esperanza se desvaneció.

—Vuestra voluntad será cumplida, Bendito —respondió Ideon a través de la distante y mecánica voz del comunicador.

Muy por encima de ellos, las baterías de estribor de la barcaza de batalla cobraron vida cuando emergieron los cañones. Baterías de misiles, lanzas y cañones láser emplazados en cúpulas y torretas centraron la forma afilada del crucero rápido de ataque *Amareo* en sus miras. Estando en espacio aliado, sin ninguna amenaza discernible, el oficial al mando del crucero no había asignado energía a los escudos de vacío, por lo que la *Amareo* estaba desnuda ante la andanada de fuego de una nave que empequeñecía cincuenta veces el tonelaje de la suya. Ideon no vaciló en cumplir la orden; el mero concepto de ese pensamiento jamás cruzó por su mente. Había visto a Arkio con lo que quedaba de sus ojos, había sentido el ardiente poder de su aura por medio de la red sensora de la *Bellus*. El hermano capitán no albergaba duda alguna, y disparó.

Tal vez fue una pequeña bendición el que los hombres bordo de la otra nave jamás fueran conscientes del ataque. Murieron sin saber de dónde había llegado el golpe, e extinguiéndose sus vidas en un instante. La *Amareo* estalló bajo la infernal tormenta de energía, y en un suspiro la barcaza de batalla volvía a estar sola en los cielos encima de Shenlong.

Rafen estaba sentado al borde de la cámara de la capilla, en los estrechos escalones que bajaban hacia el suelo de mosaico, y notó que no podía moverse. El distante destello de un recuerdo le volvió a la mente mientras estaba allí sentado, con los ojos perdidos y los hombros hundidos. Cuando era un niño, cuando su viaje hasta la Caída del Ángel estaba a doce ciclos de distancia, Rafen había quedado separado de su tribu durante una migración. Cuando una tormenta de arena se había abatido sobre él, desorientándolo y haciendo que se perdiera, vagó entre las punzantes nubes de polvo hasta llegar a una formación rocosa, donde había esperado a que le llegara el fin. Pasaron horas mientras observaba cómo la tormenta arreciaba, y supo que era como si hubiera sido empequeñecido por la fuerza de cosas más grandes que él. Contra la tormenta, su carne y sus huesos eran totalmente inefectivos; darse cuenta de su impotencia le había hecho reflexionar. Finalmente llegó ayuda. Su padre Axan surgió de entre las nubes y lo llevó a un sitio seguro, pero Rafen jamás olvidó el vacío que la tormenta había creado en su interior.

En esos momentos, con el olor a cordita quemada y a sangre vertida todavía presente en el aire, sintió nuevamente esa sensación. Con todos los poderes, toda la fuerza y resistencia que le proporcionaba ser un marine espacial, Rafen se sentía más indefenso y débil a medida que los eventos se sucedían ante él, aplastándolo a su paso. Miró pero no vio los cuerpos de Gallio, Vode y los demás. El Ángel Sangriento sentía un gran vacío en su interior, como los iconos de hojalata que había visto en la caja de la niña. Había sido su audacia lo que había traído la *Amareo* a Shenlong, su osadía al enviar un mensaje secreto al comandante Dante, y ahora sus hermanos guerreros estaban muertos. «Si me hubiera quedado callado, esos hombres seguirían vivos —lo atormentaba su voz interior—. Mis manos están manchadas con su sangre».

Sachiel convocó un grupo de servidores.

—Coged a esos traidores y quemadlos —ordenó—. No deben contaminar la presencia del Bendito ni un segundo más.

Arkio se arrodilló cerca de los restos de Galio, estudiando la destrozada cara del muerto.

—Espera —dijo tranquilamente. Sus palabras fueron apenas un susurro, pero se transmitieron como un trueno—. Sacerdote, debéis recolectar las glándulas

progenoides de estos hombres y aseguraos de que sean conservadas junto a los de nuestros caídos a bordo de la *Bellus*.

—¿Señor? —Sachiel parpadeó—. Pero esos apóstatas han demostrado que no son merecedores de vuestra benevolencia se han opuesto a vos.

El rostro de Arkio parecía compungido.

—En vida, sí. Pero tal vez en la muerte puedan renacer para seguir la voluntad de Sanguinius.

Stele se secó la frente con un delicado pañuelo.

—Sin duda sois el Hijo del Ángel, Arkio. Incluso ante unos traidores mostráis clemencia.

La figura con la armadura dorada levantó la cabeza. Las lágrimas manaban de sus ojos.

—Lloro por el destino perdido, lord Stele —le dijo—. Estos hombres podrían haber estado a nuestro lado si hubieran podido elegir. Pero Dante los ha adoctrinado en el miedo. Miedo de mí.

El inquisidor observó al silencioso Rafen con el rabillo del Ojo, pero siguió hablando con Arkio.

—Bendito, es como había esperado que fuera. Aunque la voluntad del Dios-Emperador permite que nuestra especie domine la galaxia, hay quienes utilizan sus palabras para sus propios fines egoístas… —Dudó, respirando profundamente. El esfuerzo que Stele había realizado influenciando la mente de Vode lo había debilitado mucho—. Los nobles principio del Imperio se ven asfixiados por los prejuicios de hombres con una visión limitada… y vos sois la personificación de una amenaza a esta situación. —Señaló a los muertos—. Esta es la prueba de ello.

—¿Qué significa esto? —Delos articuló la pregunta que flotaba en las mentes de todos los marines espaciales de la sala. Todos ellos habían visto el milagro de la Aparición de Arkio con sus propios ojos, y no albergaban duda alguna de unirse a su causa, pero la línea sangrienta que habían cruzado ese día los hacía reflexionar. Al igual que el capellán, todos miraron a Arkio en busca de guía.

Sachiel habló por él.

—Significa que hay un cisma en nuestro capítulo, hermanos. El comandante Dante no quería aprender del Bendito, sino juzgarlo y ajusticiarlo. Dante niega la Ascensión, y debe ser obligado a ver lo erróneo de su proceder.

—Conocí al comandante —dijo Delos—, y en sus ojos vi a un hombre que no puede ser fácilmente influenciable. Si no se retracta y se une al estandarte del gran Arkio voluntariamente ¿qué haremos?

Sachiel recorrió la sala con la vista, encontrando la mirada de cada hombre en su interior, de todos excepto Rafen.

—Todos los que se opongan al Ángel Renacido son desleales, y no merecen

llevar el sagrado legado de Sanguinius. La única recompensa para ellos es compartir el destino de Gallio y sus asesinos.

Otro marine habló:

—Lo que estás sugiriendo… —dudaba y temía acabar la frase— es equivalente a una guerra civil. Nos veremos obligados a luchar contra nuestro propio capítulo.

—Mirad a vuestro alrededor, camaradas hermanos —interrumpió Stele—. Vuestra mano se ha visto obligada a actuar. ¡Ya lo habéis hecho! —El inquisidor señaló los fragmentos del hacha psíquica de Vode—. Han venido a asesinar a Arkio para conservar a Dante al mando de los Ángeles Sangrientos.

—Pero Vode era un guerrero condecorado —dijo Delos—. Él simplemente no…

—Hermano —intervino Arkio, y el capellán calló inmediatamente—. El psíquico me miró y no vio nada más que muerte.

Delos asintió ligeramente con la cabeza.

—Perdonadme Bendito. Como decís, así ha sido.

Con un abrupto movimiento, Rafen se puso en pie.

—¿Y ahora qué, hermanos? ¿Vamos a declarar una guerra santa contra los nuestros? ¿Hemos de tomar las armas y encabezar una invasión de Baal o, tal vez, de la propia Terra?

—Ten cuidado, Rafen —empezó a decir Sachiel, pero Arkio lo silenció con una mirada.

—No, no, sacerdote. La pregunta de Rafen merece una respuesta.

—No debemos seguir este camino, Arkio. —La voz de Rafen sonaba desesperada —. Demos medía vuelta y rechacémoslo. No podemos combatir a otros Ángeles Sangrientos. Si luchamos entre nosotros, seremos destruidos como si nuestros enemigos nos borraran de la existencia.

Stele tomó una vacilante bocanada de aire, observando cuidadosamente a los dos hombres. El futuro estaba en la balanza en ese preciso instante; los delicados planes del inquisidor estaban atrapados como una mosca en el ámbar. La respuesta de Arkio a su hermano de sangre la liberaría o destruiría totalmente las meticulosas maquinaciones de Stele.

—Como siempre, mi hermano mayor va directo a la raíz del problema, y por eso le estoy agradecido. —Negó con la cabeza—. No, Rafen, no quiero sembrar la insurrección en nuestro capítulo. Este asunto debe resolverse antes de que se vierta más sangre. Tienes razón, debemos evitar la guerra. —Arkio se volvió hacia Sachiel —. Los enviados de Dante querían llevarme encadenado a Baal, donde seguramente sería maltratado y golpeado como un atribulado mutante. No voy a someterme a ello.

—¿Qué sugerís, Bendito? —le preguntó el sacerdote.

—Elegid una localización en territorio neutral —ordenó—. Encontrad un mundo en el que podamos encontrarnos cara a cara, en términos de igualdad. Enviad a Dante

el mensaje de que quiero resolver esta división entre nosotros. —Miro a Rafen con ojos encendidos—. No he abrazado la gloria del Deus Encarmine para malbaratarla enfrentando a los Ángeles Sangrientos entre ellos.

—Se hará vuestra voluntad —dijo Sachiel—. ¿Y qué pasa con vuestros seguidores plebeyos?

Arkio se irguió cual alto era y se dirigió a las ornamentadas puertas de acero cristalino que conducían a la balconada de la capilla.

—Me dirigiré al pueblo y a mis Guerreros del Renacido merecen comprender lo que ha pasado aquí hoy, y adónde nos conducirá todo ello. —Los guardias de honor abrieron las puertas mientras se aproximaba—. Debo llevar mi millar conmigo —declaró—, y después, a Baal. —Arkio salió a la pálida luz del sol en Shenlong, y la adulación de la multitud ahogo cualquier otro sonido.

Rafen observó cómo sus hermanos se regodeaban en el brillo de su adoración.

—¿Buscas la muerte? —dijo una voz cerca de su oído. Rafen se volvió para encararse con Sachiel. El sumo sacerdote sangriento se encontraba junto a su hombro con la cara enrojecida por la rabia contenida—. Para mí será un placer concedértela, si eso es lo que deseas.

Ignoró el cargado reductor que Sachiel sostenía en la mano. El resto de miradas estaban concentradas en Arkio, que empezaba su discurso para la ciudad-factoría.

—¿De qué tienes miedo, sacerdote? —Dijo en voz baja—. ¿Tu fe en Arkio es tan frágil que el aliento de mí voz puede hacerte temblar?

La cara de Sachiel se ensombreció.

—¡Eres tú quien no cree! —siseó—. Incluso ante la evidencia de los hechos, te niegas a declararle absoluta lealtad a Arkio.

—Ya hice mi juramento de lealtad…

—¿Lo hiciste? —El sacerdote le puso una mano en el pecho—. ¿Lo hiciste aquí? —Rafen vaciló por un segundo, y Sachiel sonrió maliciosamente—. Yo creo que no.

Un movimiento captó la atención del marine; sin ser visto por Arkio y los demás, el inquisidor estaba moviéndose silenciosamente entre los oscuros claustros de la capilla, hacia las puertas de cobre.

—Soy un leal Ángel Sangriento Hijo de Sanguinius —dijo Rafen al sacerdote con un tono lleno de convicción—. Eso jamás ha sido puesto en duda.

Ahora fue Sachiel quien vaciló.

—Yo… yo he sido el más piadoso servidor de el Puro durante tantos años como tú, Rafen.

—Sí —asintió Rafen—. Pero la mera piedad puede cegarte. —Apartó la pistola de Sachiel y se alejó de él, siguiendo a Stele fuera de la sala—. Recuerda esto la próxima vez que tengas la tentación de derramar la sangre de otro hermano.

Rafen dejó solo al sacerdote. Sachiel tenía la frente fruncida y acariciaba

distraídamente el reductor, con la mente perdida en el fino trabajo y las curvas del consagrado artefacto. En lo más profundo de la mente del sumo sacerdote sangriento, latía un pequeño fragmento de duda.

El esfuerzo de cada paso pesaba duramente en Stele mientras se movía por los sombríos corredores de la fortaleza. Un observador casual no habría visto nada raro, posiblemente una ligera premura en su avance y una gran profundidad en su respiración. Era un gran tributo a su entrenamiento en el Orto Hereticus. El inquisidor estaba fatigado, mucho más de lo que había osado mostrar a Arkio y sus Ángeles Sangrientos. Los suyos eran animales depredadores. Podían oler la debilidad como el rastro de una herida abierta. Su actuación había llegado a una fase crítica y no podía permitirse la más mínima debilidad.

Stele se detuvo un momento a descansar y volvió a secarse la frente con el pañuelo, frotando el tatuaje del águila. La tensión de sus músculos estaba desapareciendo, pero todavía le dolían por el esfuerzo físico de gastar todas sus reservas psíquicas en Vode. Inspiró profundamente. Había habido un instante en la capilla en que el agudo foco psíquico de Stele había vacilado, sólo un instante. El epistolario se había dado cuenta inmediatamente y había centrado su ojo interior en el inquisidor, viéndolo como lo que realmente era, el manipulador que movía los hilos de los eventos que estaban produciéndose. Todo el plan de Stele se había casi cumplido. Si Vode se hubiera dado cuenta de que era él, no Arkio, la fuente de las oscuras energías de la sala, el inquisidor habría muerto por el hacha de Vode; «gracias a la disformidad, no ha sido así», se dijo a sí mismo. Stele había logrado recuperarse, obligando a Vode a dirigir su arma una vez más contra Arkio, y las cosas habían vuelto a encauzarse. Mientras invocaba sortílegas capas de energía invisible para proteger al joven marine espacial. Sachiel y los demás habían seguido el papel que se les había otorgado hasta llegar a la conclusión prevista. Los actores estaban interpretando sus papeles como él había determinado.

Las habitaciones que Stele había ocupado como residencia estaban cerca, y mientras se aproximaba pudo notar como la fuerza le empezaba a volver; aun así, debería realizar un trance recuperador para estar preparado para el siguiente paso. Se permitió sonreír. Esa era la belleza de su plan, consideró el inquisidor, la belleza de las grandes maquinaciones. Stele no había forzado a esos hombres a apartarse del camino elegido por medio de pura coacción física. Ese tipo de acción carecía de sutileza y precisión. No, las habilidades de Stele consistían en pujar suavemente, en pronunciar una palabra amable en la oreja del dubitativo. Su experiencia le permitía guiar amablemente a los rectos y honorables hacia unos lugares en que fácilmente pudieran tomar decisiones cuestionables. Hombres como Arkio o Sachiel. El inquisidor los conduciría a pasar por encima de una línea moral; y luego otra y otra, hasta que se encontraran en el camino de la condenación.

Había hecho esto en muchas ocasiones, y era muy bueno en ello. Pero ésta era su obra más grande. Anteriormente había influido en hombres, a veces naciones, que se habían perdido. Arkio, Sachiel, los Ángeles Sangrientos… Manipular un capítulo de los más leales marines del Emperador sería la cúspide de su gloria.

La puerta de sus habitaciones se abrió bajo su mano, pero Stele dudó. Sintió una presencia cercana. Interiormente frunció el ceño. Alguien estaba siguiéndolo, yendo tras él por las sombrías salas de la fortaleza. Si hubiera recuperado toda su capacidad, habría detectado inmediatamente al observador, pero su fatigada mente todavía zumbaba. Cuidadosamente, para no dar a entender que se había dado cuenta, entró en la habitación y dejó que la puerta quedara abierta tras él.

«La mano del Caos se oculta aquí». Las palabras giraron una y otra vez por la mente de Rafen mientras seguía el paso de Stele. Procurando mantenerse fuera de la visión del inquisidor. Había visto la forma en que Vode había mirado a Stele en la capilla, la momentánea mirada de pura repulsión en su cara. ¿Qué había visto el bibliotecario? Las entrañas de Rafen se removieron al pensar en la brujería que había circulado entre los dos hombres. Por mucho que le disgustara el arrogante Sachiel, Rafen no podía creer que el sacerdote sangriento se hubiera aliado con los Poderes Ruinosos, y pese a todos los cambios que se habían producido en Arkio, sus hermanos se negaban a considerarlo un traidor.

Stele. El aguardaba en un aparte, oculto, pero plenamente visible, siempre presente con una palabra o hecho cuando había que tomar una decisión. El sargento Koris había muerto maldiciéndolo, y una vez más, Rafen se preguntó que conocimiento había conseguido su viejo mentor bajo las garras de la letal sed roja.

El Ángel Sangriento vio la puerta abierta y se escabulló en el interior. La habitación estaba en silencio. Los últimos vestigios de la pálida luz diurna lograban pasar a través de unas pesadas cortinas de brocado para iluminar una serie de habitaciones, que se desvanecían de la vista a medida que el sol se ponía bajo el horizonte industrial. Antaño, éste había sido el dominio del gobernador de Shenlong, y Stele lo había ocupado como su residencia en este planeta en los días posteriores a la muerte de Iskavan, el Apóstol Negro. Rafen se movió cerca de unos grandes tapices que mostraban la historia del mundo forja, desde su descubrimiento en un distante pasado hasta la consagración del planeta como manufactorum de armas.

—No hagas cumplidos, Rafen. —La voz de Stele parecía proceder de todas partes a la vez—. Entra.

El marine frunció el gesto, pero hizo lo que le decía. Stele surgió de una masa de sombras en el extremo más alejado de la habitación. La luz de la ventana lo envolvió en sombras grisáceas, como un dibujo al carbón sobre papel satinado.

—¿Has venido a matarme, Rafen? —Dijo como de pasada—. ¿Quieres mi muerte?

Rafen observó la habitación en busca de cualquier indicio de los flotantes servocráneos del inquisidor, y los vio zumbando tranquilamente en el techo, siguiéndolo con sus ojos de cristal. Las agujas del pequeño láser lo seguían mientras se movía.

—¿Tu asesinato acabaría con toda esta locura, inquisidor? —le replicó.

—¿Locura? —repitió Stele, tomando asiento en una silla muy grande—. ¿Es eso lo que ves en los planes del Bendito? —Al sentarse pudo disimular perfectamente su agotamiento.

—Desde la Herejía de Horus los astartes no se habían enfrentado a otros astartes, pero he presenciado ese mismo crimen en la capilla. —La mandíbula de Rafen se endureció por la rabia—. No hicisteis nada para detenerlo.

Stele inclinó la cabeza y asintió sin hablar. Lentamente, con cuidado empezó a acumular lo que le quedaba de su fortaleza mental.

Rafen no se dio cuenta.

—¿No forma parte del código del Ordo Hereticus buscar y purgar a los que se apartan de la Luz del Emperador?

—¿Estás sugiriendo que Arkio es un hereje, Rafen?

—Yo… —El marine vaciló ante la pregunta, no deseando vocalizar tal afirmación —. Su camino… conducirá únicamente a la oscuridad y la muerte.

El inquisidor lanzó una exclamación de rechazo.

—Considera esto, Rafen. Tal vez no es Arkio, el apóstata, sino Dante.

Los ojos de Rafen brillaron de rabia.

—¿Osáis profanar el nombre del comandante? —Sus manos se convirtieron en puños—. Tal vez sois vos el causante del desorden aquí.

Esperaba que el inquisidor se enfureciera, pero en vez de Stele ello lo miró con intensidad. Tenía una mirada que casi podría haber sido piadosa.

—Camarada, hermano —empezó con voz paternal—. Tú y yo nos encontramos en una encrucijada de la historia. No es ningún deshonor estar asustado por los eventos que han tenido lugar en las últimas semanas. La ascensión al poder de tu hermano en Cybele, la emergencia de la que fuiste testigo en el manufactorum… Un hombre menos capaz se habría desmoronado bajo el peso de todo ello.

Rafen sintió que sus palabras de réplica morían en su garganta, como su enfado desaparecía.

—Pero tú, Rafen, tú estás en otra encrucijada. Tu elección es una a la que ningún otro Ángel Sangriento debe enfrentarse. No puedes seguir adelante sin resolverla primero. —La voz de Stele en ningún momento subió de volumen, pero pareció que crecía hasta llenar la habitación, presionando al joven Ángel Sangriento desde todos lados—. Estás lleno de preguntas y confusión —prosiguió el inquisidor.

Rafen asintió para sí mismo. Las dudas, la constante desconfianza que lo había

acompañado desde la batalla de Cybele, le volvieron de golpe. Como una negra y sofocante espiral de humo, los oscuros pensamientos surgieron de lo más profundo de su alma. Rafen trastabilló un paso al sentir de repente sus consecuencias como una fuerza física.

—¿Por qué sigues cuestionando a tu hermano? —Lo apremió Stele—. ¿Es por qué realmente dudas de en qué se ha convertido, o es porque estás celoso de tu hermano más joven?

—No… —Rafen se obligó a pronunciar esas palabras—. Padre… El…

La presencia de Stele parecía atravesar la percepción de Rafen.

—Lo miras y te ves rechazado, ¿verdad? —Señaló al marine con un afilado dedo mientras alzaba la voz—: Lo ves resplandeciente en la armadura dorada del Gran Ángel y gritas: «¡Debería haber sido yo!».

—Sí. —La réplica vino de ningún lugar, sorprendiendo al propio Rafen en cuanto la dijo—. No. Yo no… ¡Arkio no está preparado! —trastabilló hacia atrás, cubriéndose la cara con las manos. Dudas y recelos que jamás hubieran afecta a Rafen estaban ahora surgiendo de su interior como una marea hedionda. Crecientes espirales de desesperación lo envolvieron.

«¡Soy un Adeptus Astartes —le gritaba la mente—, no debo rendirme!».

—Pero debes hacerlo —le respondió Stele. La voz del inquisidor le resonó hasta la médula de los huesos—. Debes rendir tu vida por Arkio, ¿no lo entiendes? Eres tú el que le impide alcanzar su auténtica grandeza. ¡Es tu influencia lo que lo ata! Siempre lo has tratado como un inferior, el joven que no está preparado, pero en realidad eres tú quién le teme. —Rafe ya estaba de rodillas, y la alta figura de Stele se inclinaba sobre la suya, dominante y monstruosa—. Tú jamás podrás admitir que su éxito será tu fracaso.

En los recovecos de la mente de Rafen revivió el momento en que fue rechazado en la Caída del Ángel, cuando salió al desierto para sufrir una innoble muerte antes que enfrentarse a la tribu por su incapacidad.

Stele vio el recuerdo y lo transformó en una arma, manipulando la voluntad de Rafen con toda la fuerza psíquica que pudo reunir.

—Deberías haber muerto ese día. Deberías haberlo dejado solo para que cumpliera su destino…

—Si. —Rafen se atragantó con la palabra, trastabillando bajo el peso del brillo suicida que lo estaba envolviendo—. Padre, te he fallado…

Stele apenas podía contener la fría sonrisa que amenazaba con reflejarse en sus finos labios. Con un último esfuerzo, embistió con un negro cuchillo psíquico de pura miseria contra la atribulada alma de Rafen.

—Todavía puedes salvarlo, Rafen.

«Sálvalo, sálvalo, sálvalo, sálvalo, sálvalo, sálvalo, sálvalo» . Las palabras

reverberaban en su sensorium.

—¿Cómo? —aulló.

—Muere. —La voz de Stele retumbó como un trueno—. Muere por tu hermano, Rafen. Acaba con tu vida y libéralo.

“Libéralo, libéralo, libéralo, libéralo, libéralo, libéralo, libéralo, libéralo”.

—No… no… ¡no! —De repente Rafen estaba corriendo. Las paredes pasaban rápidamente junto a él. Salió a la ciudad, chocando por las calles, ajeno a todo y destrozado.

Debes morir —dijo la voz en su cabeza—, *traidor a la sangre debes morir*.

—Debo morir —sollozó. Y cayó de rodillas.

La visión de Stele se estrechó al jadear en busca de aire. El fluir de su sangre y los acelerados latidos de su corazón le reverberaban en los oídos mientras trataba de sentarse en la silla. El esfuerzo de presionar a Rafen lo había dejado seco. Su voluntad psiónica le estaba drenando la fuerza vital para mantener la presión. Cayó al suelo desmadejadamente. Una gutural y seca risotada se escapó de sus labios.

—Rafen debe morir —dijo en voz alta, y a continuación se sumió en la inconsciencia.



Cinco

Rafen corrió.

Las calles de la ciudad, la mayoría de ellas todavía sin energía después de la invasión del Caos, se abrían ante él. Yermos de retorcidos cañones de piedra llenos de sombras atrajeron al Ángel Sangriento. Tropezó en agujeros abiertos en la ciudad por el fuego de las lanzas y en los lugares en que los Portadores de la Palabra habían sido aniquilados.

Corrió para escapar del dolor, con el negro miasma de desesperación pisándole los talones, con negros tentáculos de oscuridad siempre a su espalda, hambrientos de él. Era un motor en marcha sin objetivo alguno, su mente vacía de todo menos de miseria.

No podía detenerse. Si se detenía, la melancolía lo engulliría y estaría perdido, destruido por la propia marea de culpa liberada por su mente. Lo que había presenciado lo destrozaba como una tormenta de espinas. La transformación de su hermano, la muerte de sus hermanos de batalla en Cybele y otra vez en Shenlong, todo ello le pesaba y lo abrumaba. La pura angustia lo ahogaba. Rafen observó a sus camaradas muriendo a su alrededor, incapaz de detenerlo. Su mente desvariaba mientras recordaba todas y cada una de las almas que conocía y se habían extinguido. Deseaba haber sido él en vez de ellos.

Su madre murió al dar a luz Omeg su amigo de la infancia, fue mordido por una serpiente escudo. Toph, el aspirante, destripado por escorpiones de fuego. Crucius, abatido en Ixion. Simeón, quemado vivo por plasma. Koris sucumbió a la sed. Gallio, acribillado…

Caras, voces, gritos, un torrente de ellas giraba a su alrededor. Había alguna distante parte de él que lo llamaba, algún inviolado fragmento del alma de Rafen que todavía tenía suficiente fuerza para resistir, pero esa voz se hacía más tenue por momentos. El toque de la fuerza psíquica del inquisidor Stele había abierto el lugar dentro del marine espacial en que éste guardaba todas sus recriminaciones, y ahora éstas campaban libremente, atormentando a Rafen, sumiéndolo en sus propios remordimientos.

Incontrolado, el Ángel Sangriento se encontró cayendo, chocando contra una puerta de acero. La escotilla se partió bajo su peso, y Rafen la atravesó en un amasijo

de armadura y extremidades. Con las manos en la cabeza, rodó sobre sus rodillas. A través de los ojos empañados observó el lugar al que había ido a parar, y un pinchazo de sorpresa lo dominó por un instante. A su alrededor había una sala de paredes metálicas en penumbra y con un fuerte olor a productos químicos. Contra una pared había un ídolo de bronce del Dios-Emperador que lo observaba.

—¿Cómo? —preguntó al cargado aire. Tal vez la mano del Emperador lo había guiado hasta allí, tal vez había sido por mera casualidad, o por algún primitivo reflejo animal, pero la huida de Rafen desde la fortaleza de Ikari lo había traído de vuelta a la improvisada celda de meditación que había creado para sí entre las ruinas.

Rafen levantó una temblorosa mano y recorrió con los dedos el icono; el amarillento metal era cálido al tacto. Bajo la mirada fija del Emperador, el aplastante peso de su culpa lo golpeo con fuerza, y emitió un gemido de angustia, un grito salvaje y reverberante.

—Sagrado Señor, te he fallado. Mi vida… no tiene ningún sentido. Estoy destrozado y derrotado. La culpa me abruma…

La mano del marine se cerró alrededor de su cuchillo de combate y desenfundó la brillante hoja de filo fractal. Sus manos parecían estar trabajando con voluntad propia, siguiendo de forma inconsciente la compulsión suicida colocada en la mente de Rafen por la siniestra influencia de Stele. La punta del arma tocó la parte baja de su placa pectoral y, al seguir presionando hacia abajo, llegó inexorablemente a su carne.

Era otro el que movía su cuerpo, Rafen no era más que una marioneta realizando las acciones que el poder negro de la sugestión le obligaba a hacer. El cuchillo rozó la ceramita roja de su placa pectoral y se abrió camino a través de la armadura mientras su mano lo impulsaba hacia arriba.

—Estoy acabado… —La hoja de Rafen estaba junto a su cuello, con el serrado borde presionando la carne de la garganta. La sangre se acumuló en el punto en que el cuchillo había abierto una herida, y recorrió el filo del arma, sus nudillos desnudos y la muñeca.

Sintió dolor, el dolor y el olor de su propio fluido vital. Las sensaciones desgarraron el velo de desesperación que envolvía el alma de Rafen, atravesando la niebla que enturbiaba su mente. Jadeó, y en un instante todo cambió.

Una estremecedora sensación recorría al Ángel Sangriento moviendo todos y cada uno de sus músculos como si alguien hubiera tensado una cuerda. El latido dual de sus dos corazones retumbó en los oídos de Rafen, el rápido fluir de la sangre por sus arterias se convirtió en un rugiente torrente. La adrenalina recorrió su cuerpo, llenando el vacío dejado. Era como un recipiente vacío que se llenaba de repente de energía fundida. La boca del marine se llenó de saliva al pensar en el rico fluido vital entre sus labios. Su visión, enturbiada instantes antes por taciturnas sombras, se

ennegreció por la roja niebla de la pasión.

Rafen tembló por el poder puro que lo llenaba, dejando que le lavara el insidioso veneno de la melancolía. Conocía esta sensación muy bien, era la precursora de la rabia negra. El Ángel Sangriento inclinó hacia atrás la cabeza con el blanco brillante de sus caninos al descubierto. La sed roja lo estaba inundando, disolviendo las toxinas psíquicas dejadas por la potente brujería mental de Stele.

Y aun así, su cuchillo seguía junto al cuello, con el metal mordiendo la carne y amenazando con cortar arterias. Un pequeño espasmo de la muñeca sería suficiente. En el interior del marine estaba librándose una guerra. Rabia contra desesperación, furia versus miseria, odio ardiente chocando contra una angustia fría que paralizaba la mente.

—¡Yo… no… voy… a morir! —gritó Rafen. Había llegado demasiado lejos, luchado demasiado duro para sucumbir ante sus propios miedos interiores—. ¡Soy un Adeptus Astartes rugió! Soy uno de los Elegidos del Emperador. —La sangre fluía por su placa pectoral, manchando las blancas alas de metal que envolvían el símbolo de la gota de rubí—. ¡Escúchame Sanguinius! ¡Soy un Ángel Sangriento!

Su visión se nubló cuando espinas de blanquecina luz dorada se materializaron en el aire a su alrededor. Las palabras de Rafen se ahogaron en un jadeo cuando la presión creció en el interior de su cabeza, presionando desde los límites de su percepción. Atisbó un halo de brillo iluminador alrededor del icono de bronce en los pocos segundos antes que la luz lo cegara. La radiación tocó su piel con cálida delicadeza, como el beso de un perfecto día de verano. El corazón de Rafen se hincho; el dolor, la sangre y la miseria totalmente erradicadas de su interior.

Su visión se concentró en un único punto, una cara, una figura, una forma que se abría en el vacío ante él, formándose a partir de las motas de polvo en el aire. Era mucho más grande que él, haciendo que, en comparación, pareciera un niño. Llenó la habitación, aunque la sala jamás hubiera podido contenerlo. La forma dorada cobró forma y se definieron sus rasgos: ojos, nariz, boca. Rafen jadeó con un pensamiento fijo en sus labios.

—Sanguinius…

Éste no era ningún pretendiente, ningún Ángel Renacido, ante él no había un simple hombre transformado. La embelesante y dolorosamente perfecta cara del primarca de los Ángeles Sangrientos miró a Rafen, una visión del Gran Progenitor de su capítulo invocada por la propia sangre que corría por sus venas. Cada hermano de batalla portaba una pizca del Más Puro en su interior. Desde la fundación de los Ángeles Sangrientos, los cónclaves de los sacerdotes sangrientos del capítulo han mantenido la fuerza vital de su largo tiempo muerto señor en el sagrado Grial Rojo, y durante su preparación en el capítulo, los iniciados beben de la sagrada copa que contiene un filtro de este fluido primordial. Rafen sintió esta sangre dentro de la suya

como si pudiera tocarla. El Ángel Carmesí recorrió con la mano la cara de Rafen y, con infinita ternura, apartó el ensangrentado cuchillo. De repente, el cuchillo pareció de nuevo suyo. Su cuerpo respondía nuevamente a sus órdenes, y no a las sugestiones de otro.

Rafen inclinó la cabeza hasta la parte plana del cuchillo y lamió su propia sangre. Su intenso sabor cobrizo era fuerte y embriagador. La violencia interior, el desgarrador poder salvaje de la sed roja remitió a medida que bebía, y con ella la visión, el aura dorada se desintegraba sobre él. La mano de Rafen trato de alcanzar a su primarca.

—Mi Señor, ¡ayudadme! —gritó—. ¿Qué debo hacer?

Los cristalinos ojos azules de Sanguinius tomaron un triste distanciamiento, mirando la manchada arma en la mano de Rafen, y luego volvió a encontrarse con la mirada del Ángel Sangriento. Rafen imitó la acción de su señor, estudiando el arma que tenía en la mano.

Cuando volvió a levantar la mirada, estaba solo. Rafen permaneció allí sentado hasta el amanecer, sopesando su cuchillo en la mano y pensando.



Un pesado golpear en las resistentes puertas de madera de nya se insinuó en la mente de Ramius Stele, arrancándolo involuntariamente del profundo y reparador sueño. El ruido parecía que llevaba bastante tiempo produciéndose.

Stele se volvió allí donde había caído al suelo. Tenía una mancha de sangre seca pegada a la mejilla, donde se había golpeado contra las irregulares losas de piedra. Mascullando una maldición para sí mismo, logró incorporarse hasta simular una posición erguida, sintiendo náuseas por la enfermiza debilidad de su estómago. Había recuperado la energía, pero todavía se sentía aletargado por el esfuerzo de sus excesos psiónicos. Sacudió levemente la cabeza para alejar estos pensamientos de la mente. Era el momento de una nueva comunión, y no sería propio de él mostrar fragilidad.

Stele avanzó hasta la puerta, limpiándose la mancha seca de la cara, y la abrió. Un siervo de los Ángeles Sangrientos reaccionó con sorpresa cuando lo hizo. Había estado a punto de volver a aporrear la puerta y ya tenía la mano levantada como si fuera a golpear al inquisidor. El siervo retrocedió un paso, haciendo una contenida reverencia.

—Disculpad, lord Stele, pero temía que no me oiríais…

Stele levantó una mano para hacerlo callar.

—Estaba ocupado con otra cosa. —Si el villano vio alguna indicación de fatiga en su cara, no dijo nada—. ¿Qué sucede?

El siervo del capítulo tiró de algo que había detrás de él en las sombras del corredor y, con pasos silenciosos, una mujer jorobada avanzó, conducida hasta la luz

por una cuerda atada a su cuello. Stele le arrancó el saco de tela que le cubría la cabeza para verle la cara. El siervo retrocedió sintiendo náuseas por la visión. La mujer no tenía ojos. Los Portadores de la Palabra se los habían arrancado. Las orejas y la nariz también le habían sido cercenadas, y en su frente, como parodia del electrotatuaje del águila imperial de Stele, había una estrella de ocho puntas.

El inquisidor asintió. Este sería un recipiente adecuado. Cogió la cuerda de la mano del siervo y lo despidió.

—Vete. Ya te haré llamar más tarde para que te encargues de los restos.

A la pobre desafortunada no le habían preguntado si quería recibir voluntariamente la marca del Caos Absoluto. Lo más probable es que hubiera esperado morir en el ataque de los portadores de la Palabra. En vez de ello, algún subordinado del castellano Faikir, el corrupto invasor que había ocupado Shenlong antes de la llegada de los Ángeles Sangrientos, la había elegido para utilizarla de mensajera esclava. Muchas de estas pobres almas seguían con vida en los laberintos de los manufactorums. La mayor parte habían sido eliminados en muestra de piedad después de que sus caóticos amos hubieron sido derrotados, pero algunos escaparon a las zonas industrializadas. Los habitantes del lugar habían cazado a los que quedaban, trayéndolos a la fortaleza como una especie de ofrenda, de la misma forma que una mascota felina entrega a su amo sus presas medio muertas. Cuando les traían alguna relativamente intacta Stele lo arreglaba para que fueran secretamente encerradas en las mazmorras bajo la fortaleza. Inocentes manchados por el toque del Caos. Sus cuerpos profanados ofrecían un gran potencial arcano si se controlaba correctamente.

Stele desató la cuerda y dejó que la mujer vagara ciegamente por la gran habitación. Sus manos se agitaban con movimientos ansiosos, buscando desesperadamente una pared que no se encontraba ni remotamente cerca. Observó a la esclava llegar al centro de la habitación y golpearse con la ornamentada mesa que él había colocado allí. La jarra de icor que había sobre ella se derramó y manchó los dedos de la esclava. Con una enigmática mirada en su destrozada cara, levantó la mano manchada y se tocó los labios, el único sentido que conservaba.

Stele sonrió. El preparado confeccionado con los corazones de los Portadores de la Palabra muertos se le agarró al cuello y emitió un ahogado grito. La esclava cayó al suelo y empezó a fundirse como la cera caliente. Huesos y órganos, manojos de nervios, fibras musculares, todo cambió y mutó, brillando húmedamente a la luz de las velas fotónicas mientras tenía lugar una susurrante metamorfosis. Finalmente, la esclava se levantó y en las vacías cuencas crecieron nuevos ojos, con los que miró al inquisidor.

Stele hizo una reverencia teatral. Había visto este truco de salón demasiadas veces como para sentirse impresionado. Un efímero y potente fragmento de monstruosa voluntad psíquica se encontraba dentro de la esclava, convirtiéndola en el medio de

comunicación con su infernal cohorte, a muchos años luz de Shenlong.

—Señor de la guerra Garand, encantado de volver a verlo.

El pequeño fragmento de la esencia del señor de la guerra del Caos se examinó a sí mismo, la fundida forma de materia corpórea del mensajero.

—Una estructura muy débil para una fuerza como yo. No dudara mucho. —Mientras Garand hablaba a través de una garganta destrozada, la energía del Príncipe Brujo quemaba la vida esclava humana—. Tal vez sea mejor así.

—¿Por qué? —preguntó Stele, aproximándose a la forma poseída.

—Porque así podré evitar su usualmente tedioso parloteo. —Garand vomitó sangre—. Habéis estado en esa maldita esfera durante más de un mes solar, y aun así, parece que no habéis hecho demasiados progresos.

Un nervio en la mandíbula de Stele tembló.

—¿Cómo sabéis eso? —le espetó. Su fatiga permitió que aflorara brevemente su preocupación—. Vuestro limitado intelecto no puede comprender la sutilidad de mi actuación. —Hizo un gesto despectivo hacia el mensajero—. Estas comunicaciones que me veo obligado a tener con vos no hacen sino desviar mi atención de lo que queda por hacer.

El avatar material de Garand lo miró de reojo.

—¿De verdad? —se mofó—. Y aun así soy yo, a quién consideráis «de limitado intelecto», quien os permite cimentar vuestra posición de autoridad con este ganado humano. —El cuerpo se inclinó sobre él. El hedor psíquico de la mente de Garand enturbió los sentidos telepáticos de Stele—. He roto el pacto secreto del codex de los Portadores de la Palabra para trazar un camino para vuestras maquinaciones, ¡escoria humana! He sacrificado una hueste entera en esta aventura. ¡No lo olvidéis jamás!

La cara de Stele se agrió.

—No hagáis que parezca tan difícil, señor de la guerra. Vos en persona le habríais arrancado la cabeza a Iskavan, el Odiado, si no hubiera muerto aquí. Él su novena hueste no tenían valor alguno para los Poderes Ruinosos.

Garand emitió una protesta.

—Aun así… yo he cumplido mi parte del pacto. Vos os retrasáis con la vuestra. —Escupió una masa globular de carne necrótica al suelo—. Hay planes mucho más importantes en juego, Stele. Mucho más importantes que acabar con esos malditos gusanos sangrientos… Si no podéis cumplir con vuestras obligaciones…

—Necesito más tiempo —le espetó Stele—. Los eventos están adquiriendo su propia inercia. Los poderes de Arkio todavía están desarrollándose, la fe de sus seguidores se hace más fuerte día a día…

—Malgastáis vuestro aliento explicándome todo esto —dijo Garand, y asintió a las sombras—. No es a mí a quién tenéis que justificar vuestra conducta dilatoria…

A Stele se le cortó la respiración cuando algo oscuro y frio llenó la habitación

como un eclipse psíquico. Un hedor que únicamente podía existir en la irrealidad de la disformidad impregnó toda la habitación. En muchas millas a la redonda, la comida se pudrió de repente, el vino se convirtió en vinagre dentro de botellas cerradas, los neonatos fueron alumbrados muertos. En órbita alta, a bordo de la *Bellus*, el ojo ciego de Ulan derramó lágrimas de sangre.

—No —dijo Stele, negando débil y quedamente. La palabra chocó con unos negros cortinajes de formas que silbaban y zumbaban sobre él.

De cada rincón oscuro llegaban insectos, no en enloquecidos enjambres o demenciales ejércitos, sino en cuidadosas, silenciosas y ordenadas filas. Había moscas de todos los tamaños y colores, arañas y escarabajos a centenares de miles. Venían juntos, formando una masa informe y, en pocos instantes, se convirtieron en la informe silueta de un demonio, unidos por un único deseo maligno.

—Malfallax. —Stele pronunció el nombre del señor disforme e inclinó la cabeza —. No esperaba poder saludar a vuestra magnificencia.

—Así es mejor —dijo en tono ronco producido por el raspar de alas quitinosas entre ellas—. Inesperado. —Se inclino y lamió la seca mancha de sangre.

El avatar de Garand se pegó al suelo haciendo una gran genuflexión.

—Gran Malfallax, Transformador y Monarca del Rencor. Vuestra presencia nos honra.

El demonio no hizo caso del portador de la palabra.

—Sssssstele —saboreó el nombre—. Nuestro antiguo trato está floreciendo, pero te demoras. ¿Por qué?

La intensa presencia psíquica del demonio oprimía a Stele.

—Ellos… no pueden ser forzados, mi señor. Conducir estos astartes lejos de la voluntad del dios carroñero al camino del ocho requiere tiempo y una maligna determinación.

—Un lujo que ya no poseéis —replicó la criatura—. En el ojo, el tiempo cambia y varía, como hacen todas las cosas. Debéis acelerar vuestros planes.

Stele frunció el ceño.

—Mi señor, si nos movemos demasiado rápidamente, todo lo logrado hasta ahora podría perderse. La ofrenda de Garand se habrá desperdiciado…

Al mencionar su nombre, el avatar del señor de la guerra interrumpió. Algunas partes de la forma carnosa estaban ardiendo, crepitando y quemándose.

—El ha hablado. Procedéis con demasiada lentitud. Debéis avanzar de una vez, o tendré que eliminar este mundo con vos en el.



Baal. Antaño el planeta había sido verde, cientos de miles de años atrás, antes de la existencia del Imperio. Antaño, frondosos bosques y océanos rebosantes de vida

habían cubierto este mundo, pero ahora todo ello permanecía únicamente en los mitos. Su legado se conservó en archivos fosilizados cuando el planeta se vio sacudido por fuerzas catastróficas, arrasando la superficie hasta convertirla en una ardiente esfera de arena y rocas de color rojo sangre. El nombre del mundo procedía de una muy remota historia humana, un nombre que los hombres habían otorgado al rey de las bestias demoníacas, como su homónimo, Baal era un amo implacable, un lugar que podía destruir a los incautos y a los descreídos.

Era muy adecuado, pues, que los Ángeles Sangrientos hubieran llegado allí y lo hubiesen transformado para sus propósitos. El comandante Dante cruzó los baluartes de la fortaleza monasterio. El constante viento del desierto tiraba levemente del dobladillo de sus ropas. Por encima del horizonte podía ver las formas de las lunas de Bazi, con sus resplandecientes superficies, en el cielo vespertino.

Las constantes tormentas de óxidos en la atmósfera superior hacían que el cielo centelleara con un débil brillo rosáceo. Los ojos de Dante recorrieron el paisaje, resiguiendo las líneas del Gran Cañón al norte, y las elevadas cimas de las montañas del Cáliz. A pesar de los milenios, el guerrero todavía se conmovía ante su visión. Baal vivía en su corazón, al igual que en el de todos sus hermanos de batalla. En el Libro de los Señores había un pasaje que hablaba del nacimiento del planeta como un lugar creado por el Dios-Emperador para probar a los creyentes. Si ése era el verdadero propósito de Baal, los Ángeles Sangrientos lo habían conseguido. Habían tomado un mundo que mataba todo lo que osaba hollar su superficie y lo habían convertido en su hogar. Baal jamás podría ser domado, eso era algo que sólo podían conseguir los dioses, no los hombres, pero había aprendido a respetar a sus amos. El duro entorno vivía en armonía con sus habitantes. Sólo allí, en el sanctum inferior de la fortaleza, podía encontrarse todavía el antiguo y olvidado carácter del planeta.

Dante atravesó una ornamentada compuerta hecha de bronce y placas de diamantes sintéticos para entrar en el arborentum. El aire era cálido y húmedo, muy distinto de la abrasadora sequedad del exterior. Un ligero aroma dulzón a marga inundo sus fosas nasales. Del blando suelo de tierra grisácea, los árboles y plantas crecían hacia el abovedado techo hecho de lentes ovales. Cada cristal era tan grande como un ojo de leviatán, forjado siguiendo un procedimiento perdido en lo más profundo de la historia. Tal vez al principio las ventanas de diamante habían sido diáfanas, pero ahora estaban llenas de cicatrices blancas causadas por incontables siglos de abrasión, dejando pasar únicamente una luz lechosa y vaga sobre el vasto jardín.

El Ángel Sangriento caminó con cuidado entre el frondoso follaje, abriéndose paso entre troncos de árboles leonados. Algunos de sus hermanos cuestionaban el valor de este lugar; se preguntaban por qué debían mantenerse unos valiosos servidores para seguir cuidando del arboretum. Dante sospechaba que consideraban el

lugar como una mera excentricidad, una diversión personal para el señor de los Ángeles Sangrientos. Tal vez era todas esas cosas a la vez, pero también una conexión vital con el pasado de BaaI. Cada una de las plantas que allí crecían y se desarrollaban se habían extinguido en el mundo exterior. El jardín era un portal al pasado, un recordatorio de cómo pueden crecer las cosas para acabar convirtiéndose en polvo, como el futuro que les esperaba. Era un recuerdo viviente de la lucha de la vida contra el peso de la historia.

—Calistarius —dijo gentilmente Dante al aproximarse a un claro. Ante él, un hombre con unas sencillas ropas de oración permanecía con una rodilla hincada en tierra, resiguiendo con sus dedos los pétalos de un manto de flores blancas.

—Mi señor —dijo Mephiston, levantando la mirada hacia el—. No había escuchado ese nombre en voz alta desde hacía muchos años. —El bibliotecario jefe de los Ángeles sangrientos miró a Dante con ojos entrecerrados y la mirada ardiente que hipnotizaba las mentes de sus enemigos ausentes—. Hace siglos que no soy el hermano Calistarius.

El comandante estudió la cara de su amigo y camarada. Dante había estado allí, en el planeta Armageddon, la noche que había emergido de entre las ruinas de la colmena Hades, renacido como Mephiston, Señor de la Muerte. Calistarius había sucumbido a la sed roja y enterrado vivo, considerado muerto hasta que una visión del primarca le había guiado de vuelta la vida.

—Perdóname —dijo Dante—. Por un instante mi mente ha retrocedido hacia el pasado. Hacia tiempos menos complejos.

—En este lugar es fácil perderse en la historia antigua. Otros pueden dudar del mérito de este jardín, pero yo no.

Dante asintió levemente con la cabeza; el psíquico había reflejado con palabras sus pensamientos.

—Me han dicho que querías hablar conmigo.

—Sí, mi señor. Creo que es mejor que hablemos a solas, por si orejas o mentes incautas oyen algo de lo que tengo que deciros. —Hizo un gesto a su alrededor—. Habitualmente vengo aquí a meditar, comandante. La tranquilidad del pasado de Baal facilita el paso al empíreo.

La cara de Dante se puso seria. Por el tono de su viejo colega podía deducir que las noticias de Mephiston no eran buenas.

—¿Qué tienes que decirme?

—La mente de Vode se ha callado, mi señor. Mientras descansaba aquí proyectando mi mente hacia el vacío, sentí el extremo de la onda de su aullido psíquico.

—¿Muerto?

—Sí —dijo tristemente Mephiston—. Y Gallio con él. Todos y cada uno de los

hombres enviados a Shenlong han muerto en un destello de fuego.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó Dante.

—Las sendas de la disformidad nunca son inmutables —replicó Mephiston—. Como la arena del desierto, lo real se escapa entre mis dedos. Pero por mi espada que puedo afirmar que esos hombres están muertos.

Una fría y enfermiza familiaridad invadió a Dante, una que había conocido un millón de veces desde su primera misión como guerrero Ángel Sangriento. Sentía la muerte de cada hermano de batalla con tanta intensidad como si fuera el primero que muriera bajo su liderazgo.

—¿Cómo?

—Sólo puedo hacer conjeturas —añadió el psíquico—. Pero si Arkio ha sido tocado por el Caos…

—Tiene que haber otra explicación —le espetó el comandante—. Un accidente. Tal vez han sido atacados por fuerzas enemigas…

El viejo camarada de Dante negó lentamente con la cabeza.

—No, mi señor —dijo con total convicción.

—¿Estás sugiriendo que los nuestros han derramado la sangre que también es suya? —gruñó Dante—. Rezo para que estés equivocado.

—Yo también —asintió Mephiston. Permaneció en silencio unos instantes antes de volver a hablar—. La misión de la *Amareo* no seguirá siendo secreta para nuestros hermanos para siempre, comandante. Pese a mis mejores esfuerzos, la noticia no se extenderá entre los hombres. Pronto empezarán a hacerse algunas preguntas.

Dante negó con la cabeza.

—Yo no revelaré ninguna noticia de esta "transformación" hasta que sepamos toda la verdad que se oculta tras ella, Si crecen los rumores de una segunda llegada del Gran Ángel habrá disensiones entre los guerreros.

—Y un cisma es algo que no podemos permitirnos. —Su mirada se encontró con la de Dante—. Mis dudas se han despejado, mi señor. Creo que ese chico, Arkio, es un falso mesías. El miedo es la única razón para que haya matado a los hombres de Gallio.

—Pero has dicho que no puedes estar seguro de lo que pasó.

Mephiston frunció el ceño.

—Siniestras amenazas nos acechan. Están entretejiéndose en una telaraña de engaños y nos hemos visto atrapados en ella fuerzas ocultas, odios encarnados están trabajando para manipular los eventos. Ese Arkio es el centro de todo ello, comandante.

—Sólo podemos estar seguros enfrentándonos a él en persona —dijo Dante—. Hasta entonces, queda una carta desconocida y sin descubrir en el tarot.

El psíquico volvió a sumirse en el silencio, estudiando las delicadas plantas que

tenía a sus pies.

—¿Conocéis esta flor, comandante?

—Redkin —replicó Dante—. No ha existido en este planeta en estado salvaje desde el trigésimo octavo milenio.

Mephiston pasó un dedo por los duros y rugosos pétalos de la flor, cuyos bordes aserrados le hicieron sangran Instantáneamente, los capilares de la petiola empezaron a absorber el fluido, que hizo que la planta se volviera escarlata.

—Las raíces de la planta se entremezclan con las otras plantas que la rodean —dijo el bibliotecario—. Comparte el botín que obtiene. —Con un estallido carmesí, la coloración se propagó por todas las plantas del grupo. Los dedos de Mephiston se cerraron alrededor de la flor y la aplastó, dejando gotear un poco de su propia savia en el oxidado suelo—. Al igual que nosotros, uno da fuerza a los demás. Pero si esta unidad se rompe… —Hizo una pausa y volvió la cabeza—. Tenemos compañía.

Dante se dio la vuelta al oír el ruido de la compuerta al abrirse. Un servidor mensajero avanzó sobre sus pies metálicos. Antaño había sido un ser humano; ahora era un aparato al servicio del Imperio con la mente borrada de cualquier rastro de personalidad, un autómata sin cara hecho de carne e implantes de acero. Su inexpresivo rostro miró a derecha e izquierda, localizando finalmente al comandante de los ángeles Sangrientos.

—Con vuestro permiso, comandante Dante. Ha llegado un mensaje de Shenlong. Sólo para vuestros ojos.

—Habla —ordenó.

—Vía el conducto telepático Ulan a bordo de la barcaza de batalla *Bellus*, al mando del hermano capitán Ideon, protocolo omnisocto —recitó, descargando el texto del sistema de comunicaciones psíquico del monasterio—. El sumo sacerdote sangriento hermano Sachiel, elegido de Arkio el Bendito, solicita una audiencia con el comandante Dante en el mundo templo de Sabien dentro de nueve días solares, en nombre del Ángel Renacido.

—El Ángel Renacido. —Mephiston repitió el título con una mueca en los labios —. Ese cachorro me parece que no conoce la modestia.

Dante estuvo perdido en sus pensamientos por unos instantes.

—Sabien. Lo conozco bien. Había una guarnición de los Ángeles Sangrientos en los peores días de la campaña Phaedra. —Frunció el ceño—. Muchos de los nuestros dieron su sangre por cada metro de ese planeta maldito.

—Un mundo monumento abandonado —dijo el psíquico—. Un lugar perfecto para una emboscada. —Se puso de pie con fuego ardiendo en sus ojos—. Mi señor, es una clarísima trampa.

—De eso podemos estar seguros —asintió Dante—. Pero este sacerdote, Sachiel, si realmente habla en nombre de Arkio, sabe muy bien que estoy obligado a aceptar

el encuentro.

Los ojos de Mephiston se entrecerraron.

—Comandante, ¿no estaréis pensando en aceptar esta supuesta «audiencia»? Si Arkio quiere hablar con vos, debería venir a Baal.

—No lo hará —dijo Dante—. Y yo no voy a arriesgar más vidas para traerlo aquí por la fuerza de las armas. No, debemos descubrir la verdad sobre Arkio y determinar si realmente es Sanguinius Renacido, o un impostor.

—Para eso debería concentrar mi visión en él.

Dante asintió.

—Y eso harás. Vendrás conmigo a Sabien, y yo haré que Arkio responda por sus actos.

Mephiston negó con la cabeza.

—No puedo permitirlo. Ángel Sangriento dedicó una fría mirada al bibliotecario.

—¿Tú también me desafías?

—Perdonadme, gran Dante, pero sois el comandante de este capítulo. Vuestro lugar está aquí, en el trono de Baal. Yo me encontraré con ese Arkio a solas. Como vuestro segundo, no puedo permitir que os expongáis a tal peligro.

Dante enrojeció de cólera.

—¡Durante once siglos he dirigido a mis hombres desde primera línea! Ahora un rapaz presume de ser la cabeza de mi capítulo, ¿y me pides que me quede atrás?

La firme mirada de Mephiston jamás vacilaba.

—Con el permiso de mi comandante, yo estoy más preparado para esta misión. Pese a toda vuestra grandeza, no poseéis la visión disforme que yo poseo. Mi visión verá el corazón del pretendiente tan claramente como la luz del día, y no dudaré en ejecutarlo cuando llegue el momento. —Puso una mano sobre el hombro de Dante, un gesto de familiaridad que ningún otro Ángel Sangriento vivo hubiera jamás osado realizar—. Mi señor, cuando los hombres se enteren de lo de Arkio, se harán preguntas. Todos ellos se dirigirán a vos en busca de guía.

—Y por tanto debo estar aquí para responder a esas preguntas. —Dante frunció el ceño. Después de un largo lapso, habló de nuevo—. Muy bien. Tus consejos siempre han sido acertados, Mephiston. Y ahora también los aceptaré. Por orden mía, reúne una fuerza de los hermanos más veteranos y toma el mando de la barcaza de batalla *Europae*. Te otorgo plenos poderes para hablar en mi nombre y en el de los Ángeles sangrientos.

El Señor de la Muerte se golpeó el pecho con el puño e inclino la cabeza como saludo.

—Por Sanguinius y el Emperador —dijo.



Rafen entró en la capilla sin ser visto y se deslizó entre las sombras hacia el altar. Apenas había dado un paso cuando la cristalina voz de Arkio lo llamó.

—Rafen, te he visto. —Su hermano se levantó de la posición de oración y le hizo señas de que se adelantara—. Ven. Estamos solos.

El marine se dirigió al tenuemente iluminado crucero.

—Dicen que mañana Sachiel elegirá a los mil y consagrará la Cruzada de la Sangre. —Su voz estaba agarrotada por la emoción.

Arkio asintió.

—Así será.

—¿Y cuántos morirán? —Preguntó Rafen—. ¿Cuántos Ángeles Sangrientos e inocentes más perecerán?

—Sólo aquellos que se opongan a la voluntad de Sanguinius.

Rafen vaciló un instante.

—Hermano, te lo suplico. No sigas adelante. Te lo imploro en nombre de nuestro padre, ¡no lo hagas! Conducirás a los Ángeles Sangrientos a la autodestrucción.

En cualquier momento esperaba que Arkio se volviera contra él para golpearlo por su presunción, pero en vez de ello la figura dorada lo miró con tristeza y piedad.

—No, hermano. Yo los liberaré. Con tu ayuda y la de Sachiel, Stele y todos los demás, iniciaremos una nueva era para nuestros hermanos de batalla.

—Arkio. —Rafen notó cómo su voz flaqueaba—. ¿No puedes ver el derramamiento de sangre que se abre ante ti?

Su hermano se alejó de él, regresando a su posición de rezo, ignorándolo como a un vasallo irrelevante.

—Soy el ojo del infinito, el Deus Sanguinius. Si hay que derramar sangre, será derramada en mi nombre.

Rafen no encontró más palabras y se quedó en silencio. Dio la espalda a Arkio y se alejó de allí.



SEIS

Dentro de los confines de la improvisada arena, su guerra había arreciado durante días y noches sin parar. Algunos de ellos habían sido soldados de las Fuerzas de Defensa Planetaria de Shenlong, desesperados por recuperar un poco de honor después de haber fallado tan miserablemente contra los invasores del caos; otros no eran más que ciudadanos corrientes, desposeídos por los Portadores de la Palabra, perdidos y vagando sin objetivo entre las cenizas de su ciudad. Todos ellos tenían espíritus que no daban la talla, con grandes vacíos en sus corazones que únicamente podían llenarse por alguien que les ofreciera esperanza.

Arkio el Bendito lo hizo; los habitantes de Shenlong creían que habían sido abandonados por el Imperio. Sus oraciones de salvación no habían sido atendidas y, mientras los marines traidores los subyugaban, los viles demagogos del culto a los Portadores de la Palabra se mofaban de ellos por su lealtad a un emperador que les había dado la espalda. Habían sido sus peores días. Algunos habían desfallecido bajo el yugo de la opresión y se habían suicidado, otros habían renegado de su lealtad a Terra y habían abrazado el culto del archienemigo. El pueblo había afrontado su destino con melancolía, convencidos de que la ayuda jamás llegaría.

Arkio cambió todo esto. En alas del fuego sagrado, bajo de los cielos y aplastó a los Portadores de la Palabra con su lanza sagrada. En menos de un día, el Ángel Renacido y sus cohortes limpiaron Shenlong de enemigos y liberaron a sus habitantes. Todos ellos estaban más que dispuestos a olvidar su devoción a un fantasma distante sobre un trono situado a un millón de años luz de distancia; todos estaban más que dispuestos a hincar la rodilla por un dios que caminaba como un hombre, pasando entre ellos como una visión de luz dorada. Arkio era su salvador, y lo amaban por ello.

Cuando Sachiel, el sacerdote del Bendito, anunció que Arkio iba a reclutar un ejército del pueblo, innumerables hombres y mujeres respondieron a la llamada. Estarían orgullosos de dar sus vidas por su nuevo salvador, aprovechando cualquier oportunidad de estar un poco más cerca de su magnificencia. Habría una selección, había dicho Sachiel, para reclutar un millar de almas para unirse a Arkio en su Cruzada de la Sangre. Los elegidos se convertirían en Guerreros del Renacido, y a cambio de sus corazones y almas recibirían el regalo de una nueva vida. Los

penitentes hablaban en susurros del lejano mundo de Barl, el lugar de nacimiento del Bendito, donde las leyendas decían que los hombres normales podían transformarse en avatares casi tan poderosos como él, los Adeptus Astartes. No hubo escasez de voluntarios.

En la gran plaza ante los escalones de la fortaleza Ikari se improvisó una arena y en su interior los aspirantes a guerreros se enfrentaron los unos a los otros. Únicamente los más fuertes, los más despiadados llegarían a formar parte del millar. Empezaron su pequeña guerra, dominada por la gigantesca torre, y lucharon y lucharon. Vida tras vida, hora tras hora, su número se redujo. Los supervivientes acercándose más al millar cada vez que el día sucedía a la noche, que sucedía al día.

Alactus y Turcio abrieron la puerta mientras el sumo sacerdote sangriento se aproximaba. La luz del amanecer se reflejaba en el blanco dorado de su armadura. Dentro de la arena los combates eran cada vez más silenciosos y más infrecuentes, pues las batallas masivas de los días anteriores habían dejado paso al desgaste. Cientos de ciudadanos habían perecido en esos primeros «todo vale». Litros de sangre habían teñido de marrón las losas que pisaban. Algunas de las armas eran toscas, como porras, hachas, grandes herramientas metálicas robadas de las catedrales-factoría; otras eran más letales. Algunos de los candidatos poseían armas de proyectiles, lanzallamas e incluso láseres, armas saqueadas de los cadáveres de la guerra y ahora utilizadas para matarse los unos a los otros.

Mientras Turcio miraba, el Ángel Sangriento pudo ver un tiroteo que estaba desarrollándose entre dos hombres, uno apenas capaz de sostener la ametralladora pesada en sus manos, y el otro devolviendo el fuego con un tipo de láser pequeño. La figura con la ametralladora lanzó un grito de guerra y trato de cargar contra su enemigo, pero el arma era demasiado voluminosa y pesada para que un humano no acorazado pudiera manejarla. Tropezó, y la figura con el láser lo acribilló a rayos. Se hundió en el suelo con el cuerpo ardiendo.

Sachiel se detuvo en la puerta de la arena y susurró una orden por su comunicador. En respuesta, sonó una sirena de aviso desde uno de los balcones de lo alto de la torre fortaleza. El grave aullido planeó sobre la plaza, haciéndose el silencio a su paso. Era la señal acordada: la prueba había acabado. Por toda la arena los combates se detuvieron y se bajaron las armas. Los que todavía podían moverse salieron de sus coberturas hacia el espacio abierto en el centro del campo de batalla. En las improvisadas gradas erigidas a lo largo de los edificios que rodeaban la arena, la gente se precipitó hacia adelante ansiosa de ver quiénes eran los seleccionados.

La sirena dejó de sonar y Sachiel disfrutó del silencio. Parecía que todos los ojos de Shenlong estuvieran fijos en él. El Bendito había encargado al sacerdote la misión de hacer la selección final, y ése era un trabajo que estaba más que ansioso de realizar. Entró en la arena con Turcio y Alactus a su lado. La mirada de Sachiel

recorrió las caras de todos los que había a su alrededor. Todos estaban ensangrentados y sucios por el esfuerzo de la lucha. En sus ojos se leía la incuestionable disposición a hacer lo que les ordenaran, y esa revelación le hizo henchirse de poder. Esos hombres seguirían a Arkio hasta las puertas del infierno sin hacer pregunta alguna.

Pensar que había albergado dudas acerca de crear un ejército ahora le parecía ridículo. Evidentemente, no eran más hombres, no eran más que rivales para un marine espacial como él, pero aun así, este batallón de villanos tendría su misión en el campo de batalla. El mero hecho de que unos ciudadanos comunes estuvieran dispuestos a sacrificar sus futuros por Arkio demostraba el poder del Bendito. Cuando la Cruzada de la Sangre empezara, las filas de los Guerreros del Renacido se multiplicarían por diez, incluso por veinte. Se olvidó de todas sus anteriores cuitas. ¿Quién podía cuestionar la sabiduría del Bendito?

Un movimiento atrajo su atención y miró hacia abajo para ver a una mujer con el pelo muy alborotado que trataba de ponerse en pie. No pudo hacerlo. Tenía varias heridas lívidas y supurantes en el costado. Sachiel estudió la herida con ojo práctico. Un marine espacial podría sobrevivir a un corte como ése, pero un hombre normal no tenía ninguna posibilidad. La mujer lo miró a los ojos, y en los suyos había una súplica tan pura y de corazón que hizo detenerse al sacerdote. Este se detuvo junto a ella.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Mi-M-Mirris —tosió ella—. Mirris Adryn.

Sachiel vio los restos de una insignia colgando de su hombro. Los habitantes de Shenlong tenían una tradición según la cual el grupo y rango de un ciudadano se mostraba por medio de lazos atados a la ropa. La mujer llevaba los colores de una maestra madre de tres hijos.

—Mirris —dijo gentilmente—, tus hijos están orgullosos de ti.

—Sí. —Ella se obligó a sonreír. Las lágrimas le resbalaban por la cara. Sabía que la muerte la aguardaba, y que jamás lograría cumplir su sueño de unirse a la cohorte de Arkio.

—Déjame hacerte un regalo —empezó Sachiel, y desenfundó su reductor del cinto—. ¿Deseas la paz del Bendito, Mirris Adryn?

—Señor, el ofrecimiento del reductor es únicamente para astartes —dijo Alactus con una mueca de disgusto en la cara.

Sachiel lo acalló con una mirada.

—Todos los que sirven al Ángel Renacido deben compartirlo.

Los ojos de Mirris brillaron, aceptando la bendición.

—Sí, mi señor, la deseo.

Le hizo un elegante asentimiento y le disparó en el corazón. El proyectil de cabeza redonda hecho de titanio estaba diseñado para atravesar la endurecida

ceramita y el plastiacero de una servoarmadura de los marines espaciales y perforar la endurecida caja torácica que protegía los órganos internos. Era la última y más honorable solución para los hermanos de batalla demasiado cercanos a la muerte para poder recuperarse. Contra una carne normal, sin mejoras genéticas, abrió en el pecho de la maestra una cavidad tan grande como el puño de Sachiel. Con delicadeza, cerró los ojos de Mirris y se incorporó, limpiando las manchas de sangre del arma.

—Incluso en la muerte, el millar servirán al Bendito como monumento a su rectitud —dijo con voz suficientemente clara y fuerte para que lo oyeran en toda la arena.

Turcio miró a la mujer muerta. El débil olor de su sangre le llegaba a la nariz a través de los filtros del casco. El fuerte aroma despertó algo primordial en su interior. La batalla estaba próxima.

Sachiel avanzó decididamente, enfundando el reductor y abriendo los brazos al máximo. Se movió entre la multitud de desaliñados y fatigados guerreros, tocando en el hombro a unos, saludando con la cabeza a otros. Cada uno de los agraciados se inclinó como respuesta, y los que había a su alrededor se encogían para ver toda esa grandeza entre ellos. Un hombre tras otro, Sachiel eligió a los mil. Aquellos que no recibieron la bendición observaban en silencio, otros rompían a llorar. Alactus vio dos hombres ponerse las armas en la boca y quitarse la vida antes que aceptar su derrota.

En el centro de la arena se encontraban los restos de un Land Raider de los Portadores de la Palabra, una requemada caja de metal retorcido y protuberancias óseas destruido por la andada inicial de la *Bellus*. Se subió a lo alto de los restos del vehículo para dirigirse a la gente congregada ante él.

—Vuestras vidas han acabado —les dijo—. Fuerais lo que fuerais antes de este momento, fueran cuales fueran vuestras palabras y acciones antes de hoy, a partir de este momento no son más que humo. Habéis muerto, y habéis renacido. Vosotros sois el millar.

Un desigual grito de alegría surgió de entre los hombres la arena, rápidamente seguido por los observadores en las gradas y las calles cercanas. El sonido se propagó como una ola, y Sachiel se imaginó que podía oír a todo el planeta gritando.

—¡Sois los primeros en tener el honor de ser Guerreros del Renacido, los elegidos de Arkio el Bendito, los servidores del nuevo Ángel Sangriento. Vuestros nombres pasarán a la historia junto al de las legiones de Sanguinius, junto al nombre del propio Arkio!

Los mil levantaron sus armas y dispararon al aire como ruinosos clarines de agradecimiento.

—Recordad bien este día —les dijo—, pues jamás volverá a repetirse. En el futuro, los hombres mirarán a Shenlong y os verán a vosotros como ejemplo de

principios y lealtad. Os conocerán como lo hago yo, como héroes de las guerras que se avecinan.

El rugido volvió a levantarse y, esta vez, rasgó el aire como un poderoso trueno.

Una sonrisa sarcástica se formó en los labios del inquisidor cuando el clamor penetró la ventana de vidrios tintados de la capilla. El grito tenía tanta fuerza que los antiguos paneles vibraron bajo cada vítor, y la retórica del sacerdote hacía que el sonido creciera y decreciera como si estuviera dirigiendo una orquesta. Consideró a Sachiel con fría diversión; todos los hombres tenían sus debilidades, incluso los preternaturales superhumanos como los marines espaciales, y la clave para manipularlos era aislar y explotar estos defectos. Para hombres como el difunto sargento Koris se precisaba una mayor dedicación que con otros, y con Rafen el esfuerzo casi lo había matado, pero esperaba oír hablar pronto del hermano de Arkio, tal vez encontrado muerto en algún recóndito callejón de la ciudad tras haberse quitado la vida él mismo.

Stele se había visto forzado a sumergirse en lo más profundo de la desesperación de Rafen para poder controlarlo, pero el caso de Sachiel era completamente diferente. Era un hombre extremadamente arrogante dentro de una estirpe de arrogantes. La piedra de toque del sacerdote era su sentido de superioridad. Stele descubrió que Sachiel había nacido en lo más próximo a la nobleza aristocrática que podía encontrarse en Baal Primus. Una tribu guerrera muy bien posicionada, con numerosas tierras en la Primera Luna, que consideraba la ascensión las benditas filas de los Ángeles Sangrientos como algo natural, y Stele no dudaba ni por un instante que Sachiel imaginaba su futuro dentro del mando del capítulo en los siglos venideros. Stele había trabajado muy cuidadosamente para preparar a Sachiel, durante los años de la misión de la *Bellus* en el espacio orko para recuperar la Lanza de Telesto, incitando la amenaza a la vanidad que aguardaba en sus entrañas, alimentándola y cultivando sus pretensiones. Él había permitido que Sachiel ascendiera rápidamente de rango y, a cambio, ganó un aliado de confianza. Combinado con su fanática devoción sacerdotal al culto de Sanguinius, Stele tenía un agente que implementaría voluntariamente sus planes sin ni tan sólo considerar los auténticos motivos ocultos tras ellos. Mientras Stele mantuviera su propósito oculto bajo el manto del renacimiento del primarca, Sachiel lo seguiría dócilmente.

Se alejó de la ventana. Arkio no estaba presente y, para su irritación, la guardia de honor estacionada a la puerta de la cripta interior no dejaba entrar al inquisidor. El joven volvía a estar allí encerrado, entrando en comunión con la lanza sagrada. En verdad, la afinidad de Arkio con el arma arqueotecnológica era una fuente de preocupación para Stele. Se preguntaba qué secretos guardaba el artefacto, secretos que únicamente alguien con sangre astartes podía llegar a descubrir. El Ángel Sangriento estaba meditando en el sanctum, esperando captar algún fragmento del

alma de su primogenitor en el arma que una vez Sanguinius había hecho suya. Stele elevó una silenciosa suplica los Poderes Ruinosos para que no encontrara nada parecido. Si Arkio empezaba a exhibir signos de peligrosa independencia, todos los cuidadosamente trazados planes de Stele no habrían servido para nada.

Un nuevo rugir llamó su atención hacia la multitud abajo congregada. Sachiel estaba pronunciando un encendido discurso.

El sacerdote sujetaba en sus manos el cáliz símbolo de su oficio. Lo levantó en alto, y el sol del amanecer resplandeció en la réplica del Grial Rojo atrayendo su mirada por un instante. «Un día —se dijo a sí mismo—, utilizaré el auténtico Grial Rojo, aunque tenga que arrancarlo de los dedos muertos de Corbulo». La desnuda avaricia de sus pensamientos le causó un estremecimiento. Era un deseo oculto, algo de lo que jamás osaría hablar en voz alta, y de repente se sintió vigorizado por él, envalentonado ante tan audaz disensión. Los mil inclinaron las cabezas bajo la forma del cáliz.

—La sangre de los siglos fluye por todos nosotros —dijo, repitiendo las frases del Libro de los Señores sin ser totalmente consciente de ello—. Los Hijos de Sanguinius se levantaran para arrebatar la galaxia a todos aquellos que se opongan al orden ya la luz. —Lo aclamaron vívidamente, enloquecidos y desenfrenados—. ¡El Bendito ilumina el camino, nosotros debemos encabezar la marcha y recibir a los que loen su nombre!

—¡Arkio!

—¡Arkio!

—¡Alabémoslo!

Todas las voces se elevaron en adulación.

—Llevaremos la luz a aquellos que ven la verdad, y el fuego que todo lo consume a los que la niegan. —Sachiel golpeo con el grial su placa pectoral, situándolo junto a sus corazones Estaba temblando de pura emoción—. ¡Escuchadme! Soy la mano derecha del Ángel Renacido. Os he transmitido su llamada para la gloria. Tomad las armas, Guerreros del Renacido, tomad las armas y preparaos para la guerra. —Sachiel echo hacia atrás la cabeza y gritó al cielo—. En el día de hoy, el viejo orden ha muerto. En el día de hoy todos nosotros hemos vuelto a renacer. ¡En el día de hoy empieza la Cruzada de la Sangre!

—¡Arkio! ¡Arkio! ¡Arkio! ¡Arkio! —El cántico fue aumentando de intensidad hasta saturar el aire.



A pesar de la luz de la mañana, Rafen únicamente podía ver sombras. Desde el techo de la fortaleza observaba al sacerdote continuar con su grandilocuente discurso, una pequeña figura roja y blanca que podía borrar de su vista con el grosor de su pulgar.

Pero eso no silenciaba su voz, pues cada una de las palabras de Sachiel estaba siendo transmitida por la red de comunicaciones de los Ángeles Sangrientos y los telégrafos de las ciudades de Shenlong.

—A aquellos que tratan de controlamos, ¡nosotros los repudiamos! —Los gritos del sacerdote llegaban a su auricular, y un segundo después el viento le llevaba esas mismas palabras—. El Imperio está ahogado por burócratas mediocres y dementes degradados, ineptos que limitan el destino de la humanidad que nos legó el Emperador. Sanguinius lo sabía. ¡Murió en la guerra con el architraidor Horus para que el Emperador pudiera vivir!

El labio de Rafen se curvó en una fea mueca; Sachiel estaba manipulando la verdad para que se adaptara a su sermón. El sacerdote seguía avanzando él mismo y llevando a su audiencia hacia el frenesí.

—Pero ahora el Más Puro ha regresado a nosotros, y su mirada es firme. Ha venido a nosotros porque esta plaga de deficientes ha cruzado las estrellas, envenenando incluso los rangos superiores de los propios Ángeles Sangrientos. No podemos soportar por más tiempo que la voluntad de nuestro capitulo, nuestra especie, sea controlada por hombres ineptos. Hoy ha llegado el día de entrar en acción, ¡en el nombre de Arkio!

La multitud rugió el nombre de su hermano, haciendo temblar las rocas. Rafen miró hacia el cuchillo que tenía en la mano todavía manchado con su propia sangre seca. Horas antes había estado a punto de quitarse la vida, y ahora estaba a punto de volver a hacerlo, pero esta vez por decisión propia.

—¡Abandonamos el gobierno del autodenominado Adeptus Terra! —gritó Sachiel —. ¡Negamos el mando de Dante! Consideramos que no está a la altura. ¡A partir de este momento únicamente obedeceremos las órdenes del Bendito! —La multitud hervía alrededor del sacerdote, y los mil exigían respuestas, suplicándole que les diera las órdenes. Querían saber qué debían hacer, pues no estarían completos sin un edicto que seguir—. Guerreros, yo os lo ordeno: embarcaréis como cohortes de los Ángeles Sangrientos a bordo de la *Bellus*, la sagrada nave de la Cruzada de la Sangre. ¡Juntos nos enfrentaremos a Dante y le exigiremos que Arkio ocupe su legítimo lugar como señor del capítulo!

—El juramento de Vandire… —Rafen sintió el impacto de las palabras como si fuera un golpe físico. Jamás había dudado que antes o después escucharía en voz alta esa herejía, pero incluso así, oírlo le causaba nauseas. Sachiel estaba allí, de pie incitando al asesinato y la sedición y, para eterna vergüenza de Rafen, había hermanos de batalla que respondían a la llamada. De repente se sintió cubierto de oprobio y humillado, avergonzado de admitir que él compartía la sangre de esos traidores.

—Baal volverá a nuestro redil —rugió Sachiel, llegando al clímax—. Todos los

Ángeles Sangrientos y sus sucesores hincarán la rodilla ante el gran Arkio, o se enfrentarán al olvido. —El grito de respuesta lo traspasó todo, y la ardiente vergüenza de Rafen se enfrió hasta convertirse en odio glacial. ¿Es que ninguno de esos ciegos podía verlo? Era tan claro como la luz del día, estaba allí, delante de ellos, disfrazado con las ropas de sus camaradas, apelando a su naturaleza más básica, a sus miedos y esperanzas secretas.

—Caos. —Rafen escupió la palabra de su boca. La mano de la estrella de ocho puntas movía a Sachiel y a los demás como marionetas estúpidas sobre un vasto tablero de juego, reuniéndolos para unos hechos tan terribles que estaban mucho más allá del entendimiento de esos ciegos y engañados locos—. Que me maldiga, pero no pienso consentir que esto siga adelante.

—¿Hermano? —dijo una voz detrás de él. Rafen se volvió abruptamente. Había sido tomado por sorpresa, pues sus siniestros pensamientos y la rabia hacia la multitud lo habían distraído. Lucion se aproximó a él con una mirada inquisitiva en la parte superior de su cara, allí por donde sobresalía de la media máscara de la placa del respirador. El tecnomarine Ángel Sangriento se detuvo. Tenía los brazos relajados a los lados, pero el servobrazo de su espalda se estremecía por la preocupación—. ¿Qué acabas de decir?

Rafen miró el cuchillo que tenía en la mano y volvió a mirar a Lucion, con su armadura de ceramita roja y la dentada rueda metálica.

—Arkio no es un mesías —le dijo al tecnomarine Ángel sangriento—. Mi pobre hermano es una marioneta inconsciente.

La cara de Lucion se quedó blanca por la impresión.

—¿Cómo puedes decir algo así? Tú, que de todos nosotros eres el hermano del Bendito.

—¿Cómo? —Repitió Rafen mientras avanzaba hacia el tecnomarine—. Lo digo porque soy el único en este desesperado mundo con los ojos suficientemente claros para ver.

El hermano Lucion retrocedió hacia la plataforma de servicio que recorría la parte superior de la fortaleza Ikari.

—No, no. —Agitó las tres extremidades en el aire por delante de su cara, como si pudiera hacer desaparecer las palabras de Rafen como si fueran un molesto insecto—. Estás loco.

Rafen desenfundó su bólter y apuntó directamente a la frente de Lucion.

—Al contrario —le dijo—. Me temo que soy el único hombre cuerdo. —El negro túnel del cañón del arma no tembló. El marine espacial sintió una extraña calma cayendo sobre él, como si las partes finales de su plan encajaran perfectamente en su sitio. Desde el día que esta locura había empezado en Cybele, una lenta quemazón de certeza había ido tomando la forma en el alma de Rafen. En la médula de sus huesos

Sabía que era lo correcto, y ahora había llegado a cobrar forma. El miedo, el constante y terrible miedo de que Arkio muriera por su mano se desvaneció. Al estudiar la confusa cara del tecnomarine, Rafen decidió que tomaría su vida, y la de cualquier otro caprichoso y mentiroso mortal que se hubiera apartado del camino de la luz—. El corazón latiente de esta fortaleza, el núcleo. Tú has hablado con su espíritu máquina.

Lucion le respondió con un lento y preocupado asentimiento de cabeza.

—Sólo de forma casual. No entiendo totalmente los caminos de los espíritus de los reactores, pero…

Rafen señaló hacia la plataforma elevadora con el arma.

—Vas a llevarme hasta allí, o te mato aquí mismo.

Descendían por el interior de una torre cónica en la abierta jaula de metal del montacargas. Lucius susurró una rápida letanía sobre los controles y, con un quejido de metal contra metal, la plataforma inició una caída controlada pasando un nivel tras otro. Rafen seguía apuntando al tecnomarine, no dejando que su bólter se desviara de la cabeza de Lucion.

Rafen recordó un ascensor similar en un búnker de las Fuerzas de Defensa Planetaria en Cybele. El y Lucion también habían estado allí, así como Arkio y Sachiel, descendiendo hacia la oscuridad pensando únicamente en la venganza. Parecía que hacía mucho tiempo, como si hubieran pasado años en vez de semanas desde aquello. Por un instante, el peso de su desanimo trató de cubrirlo como una pesada capa, pero Rafen lo rechazó con un furioso parpadeo.

Lucion estaba hablando consigo mismo. Al principio Rafen pensó que estaba rezando o, peor, utilizando su comunicador para pedir ayuda.

—Es una prueba —estaba diciendo el tecnomarine en voz alta, dando voz a sus pensamientos—. Es una prueba de lealtad. El Bendito está poniendo a prueba mi lealtad.

—¿Harías cualquier cosa que él te pidiera? —preguntó Rafen.

—Sin ninguna duda —replicó Lucion instantáneamente, como si la respuesta fuera tan evidente como la marca de servicio de su frente—. El es el Bendito.

Parte de Rafen sintió odio y repulsión por su hermano de batalla al escuchar la respuesta de Lucion. Tal vez, en las mentes más débiles de los hombres ordinarios, no era sorprendente que los ciudadanos aceptaran tan fácilmente la causa de la supuesta divinidad de Arkio, pero ver que era tan fácilmente aceptada por las tropas de su propio capítulo lo ponía enfermo.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar, hermano, que estas cometiendo un terrible error venerándolo?

—¿Por qué iba a pensar una cosa así? —Replicó Lucion—. Por la gracia del Omnissiah, Sanguinius nos ha sido devuelto.

Toda la rabia que había ido creciendo en Rafen durante semanas de repente encontró una válvula de escape.

—¿Le salen alas y de repente se convierte en un dios-príncipe? ¿Eres tan crédulo que no puedes ver nada más allá de su armadura dorada?

Habían estado descendiendo en casi total oscuridad durante varios minutos y, por tanto, Rafen únicamente podía ver atisbos de la cara de Lucion. Emociones conflictivas pasaron por ella antes de que asintiera para sí.

—Una prueba —repitió—. No seré considerado inadecuado. Puedes llevar mis palabras al propio Ángel Renacido.

Con un chasquido metálico, el montacargas se detuvo.

—Loco —dijo Rafen por lo bajo, y se dirigió a la puerta.

Sin preocuparse por si todavía tenía el arma apuntándole, Lucion abrió la malla y avanzó hacia el subnivel de la fortaleza, Un reflector montado en su hombro iluminaba el camino, y Rafen siguió el brillo del bulbo de sodio blanco.

El tecnomarine retiró cuidadosamente un anillo de cuentas de plegarias de una cerradura rotatoria y dio energía a una serie de gruesas escotillas de acero. En el interior había consolas y paneles con trabajos tan intrincados y diversos que a Rafen le recordaron inmediatamente el puente de la *Bellus*.

—Una pregunta —dijo a Lucion—. ¿En cuál de ellas habita el espíritu máquina del núcleo de energía?

Lucion frunció el ceño y, a continuación, señaló un módulo grande y profusamente decorado.

—Allí. Aunque el programa del espíritu se extiende por todo el sistema del reactor, cuidando del núcleo de fusión, los refrigerantes, el regulatarium…

Rafen no entendía la mayor parte de la terminología del tecnosacerdote, pero captó lo suficiente para cumplir su propósito. Aspiró profundamente.

—El espíritu de la energía. Quiero matarlo.

Lucion parpadeó.

—¿Te he oído bien? Rafen, tal vez estás llevando esta prueba demasiado lejos, pero yo no puedo…

El negó con la cabeza y levantó el bólter.

—No es ninguna prueba, sacerdote. Haz lo que te digo.

La cara del tecnomarine palideció.

—Lo que me pides es una locura, hermano. Incluso si pudiera hacerlo, algo así enfurecería al núcleo de fusión. Llegaría a un nivel crítico en pocos instantes y detonaría con suficiente potencia como para abrir un agujero en el planeta. ¡Todos seríamos destruidos!

—¿Arkio también?

Finalmente Lucion comprendió las intenciones de Rafen.

—¡Oh, santa Terra, no! ¡Hermano, por favor! No pienso tener nada que ver en esto.

Empezó a balbucear y Rafen lo ignoró; el tecnosacerdote no iba a ayudarlo más. Señaló la consola.

—Es ésta, ¿verdad? —Sin esperar confirmación, Rafen levantó su arma y yació un cargador de proyectiles bólter contra el aparato. Lucion lanzó un grito, pero su voz se perdió en el repentino aullar de las sirenas de alarma.

El tecnomarine trastabilló hacia adelante, negando con la cabeza.

—¿Qué, qué has hecho? ¿Qué has hecho?

Rafen recargó su arma. Estaba tratando de encontrar una respuesta para el sacerdote cuando el sonido de pies metálicos señaló la llegada de más hombres. Unas figuras con armaduras roja aparecieron por la compuerta del otro extremo de la habitación, visible a través del humo de la consola y la luz espectroscópica de las sirenas de alarma.

—Hemos oído disparos —gritó uno de ellos.

—¡Traidor! —Aulló Lucion—. ¡Rafen se ha vuelto contra nosotros!

La reacción automática de los marines fue levantar sus armas y disparar. Rafen se dio la vuelta para alejarse, y efectuó varios disparos mientras atravesaba la compuerta para dirigirse al montacargas. Las estelas de las trazadoras recorrieron la sala, alcanzando a Lucion en el fuego cruzado. Este retrocedió a causa de los impactos, y cayó contra la consola destruida.

Rafen llegó a la jaula de metal cuando los otros marines espaciales salieron por la escotilla en su persecución, haciendo hablar a los bólters. Olvidando cualquier pensamiento sobre que sus objetivos eran también Ángeles Sangrientos, Rafen devolvió el fuego. Los disparos silbaron por encima de su cabeza, alcanzando parte de los cables del montacargas y partiéndolos en una ruidosa explosión. Rafen esperaba que la jaula cayera repentinamente hacia la estigia oscuridad hasta el fondo del pozo, pero sucedió lo contrario. Los disparos habían partido el control del contrapeso y, de repente, la plataforma salió disparada hacia arriba, dejando tras ella una estela de chispas. La aceleración empujó a Rafen contra el suelo mientras el montacargas se dirigía a toda velocidad hacia el círculo de luz que había encima de él.

En el interior de la sala, Lucion trató de avanzar, utilizando una mano para aguantarse los intestinos y órganos internos que trataban de escapar por la herida del vientre. Allí, rodeado por las luces y sonidos de las creaciones más sagradas del Omnissiah, el tecnomarine se sentía vivo aunque la sangre le manara abundantemente. Con la otra mano se quitó el guantelete para que su última sensación fuera el toque de su carne contra la sagrada tecnología. Lucion sujetó una gruesa palanca bajo la runa que decía PARADA DE EMERGENCIA en la antigua

lengua, y tiró de ella. Con un súbito parpadeo, las luces dentro de la fortaleza parpadearon mientras Lucion cortaba el flujo del reactor de fusión antes de que llegara a niveles críticos.

—No has logrado ninguna victoria, traidor —jadeó—, ninguna victoria…



Los tecnosacerdotes insistieron en reconsagrar la sala antes de empezar a trabajar en ella, y eso les tomó buena parte del día, pero cuando el débil sol de Shenlong empezó a ocultarse tras el horizonte, la fortaleza Ikari y los distritos a su alrededor dispusieron de luz y energía una vez más, y el pueblo vitoreó la benevolencia de Arkio al salvarlos de la oscuridad y el frío.

Su ídolo no oyó su agradecimiento a través del velo de rabia que lo envolvía.

—¡Respuestas! —vociferó a Sachiel. El empuje de su rabia hizo temblar al sacerdote de la cabeza a los pies—. ¡Exijo respuestas! ¿Qué engendro de la disformidad ha logrado entrar en mi fortaleza y dejarla impotente? Dímelo.

Stele alisó sus ropajes formales al entrar e hizo una le reverencia.

—Yo puedo contestaros, gran Arkio, pero he de advertiros, las respuestas son muy duras.

—¿Duras? —le espetó, apartándose de Sachiel para centrarse en el inquisidor—. ¿Crees que soy un niño al que debes aislar de las maldades de este mundo? Dímelo, Stele, o te lo arrancaré.

La fuerza de las palabras del joven hizo vacilar a Stele un breve instante. La maligna luz de la rabia negra asomaba a los ojos de Arkio, convirtiendo su patricia y hermosa cara en la de un dios furioso con grandes colmillos. El aspecto de Arkio era idéntico al del sagrado tapiz de Sanguinius bajo la sed de sangre que colgaba en los claustros de Baal.

—Mi señor, he preparado una lanzadera para llevaros a ambos a la *Bellus*. Ya no estáis a salvo aquí en Shenlong —empezó a decir Stele, recuperando su aplomo—. Entenderéis mi preocupación cuando me explique. —Hizo una seña hacia las velas fotónicas de la sala—. El cobarde saboteador que hay entre nosotros, la víbora en vuestro pecho, ha intentado sofocar la voluntad de las máquinas que dan energía a este edificio Si hubiera tenido éxito habría provocado una catástrofe.

—Explícate, señor inquisidor —aventuró Sachiel, ganándose una mirada furibunda de Arkio.

Stele prosiguió, encontrando la medida de su actuación.

—Si no hubiera sido por el valor y sacrificio desinteresado del hermano Lucion, el espíritu máquina se habría vuelto turbulento, posiblemente liberando el fuego del átomo en su corazón. —Hizo una pausa calculada—. La fortaleza Ikari y todas las criaturas vivas en un radio de seis kilómetros habrían sido inmoladas en una tormenta

nuclear.

—¿Quién ha hecho esto? —Rugió Arkio—. ¿Un portador de la palabra descontrolado? ¿Uno de los huéspedes de Iskavan que ha escapado de la red de nuestras escuadras de ejecución?

El inquisidor inclinó tristemente la cabeza.

—No, Bendito. Me horroriza tener que decir que el culpable ha sido un Ángel Sangriento.

Arkio se quedó petrificado como una estatua, con las alas rígidas. Tras él, Sachiel dio un cauteloso paso hacia adelante.

—¿Y cuál es su nombre? —preguntó el sacerdote.

—Sospecho que había un apóstata entre nosotros cuando la bruja mental de Vode llegó con Gallio y sus otros asesinos —se burló Stele—. Desde entonces he averiguado que el comunicador del difunto hermano sargento Koris se utilizó para enviar un mensaje a Baal para avisarlos. Vinieron únicamente porque el traidor que hay entre nosotros llamó al loco de Dante y le rogó que enviara asesinos para acabar contigo, gran Arkio.

—Un hombre todavía leal a Dante, al antiguo orden, ¿aquí? —la voz de Arkio tembló, incrédulo, demasiado seguro de su majestad—. ¿Después de todos los milagros que he realizado?

Stele asintió.

—Pero lo peor es su identidad, Bendito.

—Di quién es —le espetó Sachiel—. Nombra al bastardo traidor y haré que mi guardia personal lo cace y descuartice como a una alimaña.

El inquisidor deseaba desesperadamente sonreír, pero eso habría estropeado la obra.

—Mi señor, el traidor es vuestro hermano. El traidor es Rafen.

El rugido de rabia que surgió de la garganta de Arkio golpeó como una fuerza elemental, reverberando por toda la ciudad como un trueno fantasmal.



SIETE

La calle estaba siendo barrida por los proyectiles, disparos silbando junto a los talones de Rafen, aullando al rebotar en los adoquines para acabar abriendo agujeros en las paredes. El Ángel Sangriento hizo un movimiento arriesgado al saltar por encima de un murete para lanzarse hacia la protección de un módulo de carga. Disparó una ráfaga instintiva contra sus perseguidores, esperando lograr mantenerlos con la cabeza agachada.

Rafen los atisbó como imágenes efímeras, con una armadura roja idéntica a la suya y los brillantes cascos dorados reflejando la luz. La guardia de honor de Sachiel lo había perseguido en las callejas y él los había conducido en una magnífica danza por todo el distrito de los almacenes. Cada vez que trataban de acorralarlo, él encontraba una ruta para salir de su red, pero cada huida era más complicada que la anterior.

Comprobó el cargador curvo de su bólter: estaba medio vacío. Rafen frunció el ceño. Las tropas del yelmo dorado estaban cerrando el círculo, haciéndole malgastar una preciosa munición. Simplemente, había demasiados a los que enfrentarse, y antes o después Rafen estaría demasiado fatigado para luchar contra ellos. Hubo un momento en el que habría deseado enfrentarse a la élite de los Ángeles Sangrientos, poniendo a prueba sus habilidades contra ellos en un juego de guerra, pero esto no era ningún ejercicio, y los hermanos de batalla que lo perseguían no llevaban proyectiles de prácticas en sus armas. La guardia de honor había recibido una orden: capturarlo vivo o muerto.

Rafen se arriesgó a echar un rápido vistazo a su alrededor. En la parte de la ciudad-factoría, potentes monorraíles de carga transportaban cajas y cabezas explosivas desde las cadenas de montaje a los almacenes. Altísimas torres de fabricación se elevaban hacia el cielo, empequeñeciendo las toscas formas de los almacenes. Consideró sus opciones. Si no podía encontrar una forma de escapar de los hombres de Sachiel, acabarían cazándolo. Necesitaba toda su concentración simplemente para mantenerse un paso por delante de ellos, y un simple error por su parte podría dar al traste con su huida. Unos disparos rebotaron en el exterior del módulo de carga cuando la guardia de honor descubrió su posición. Una oleada de calor lo golpeó en la espalda cuando un impacto de plasma abrió un profundo agujero

en el metal. Tenía pocos segundos para tomar una decisión.

Los ojos de Rafen se fijaron en un almacén con filas de tubos de misiles. El edificio estaba a oscuras y silencioso; probablemente ente era usado como almacén temporal para la munición. Eso serviría. El Ángel Sangriento tomó su última granada de humo y soltó el seguro con el pulgar. Dejando caer el huevo de metal, salió de su cobertura y se lanzó a la carrera. Oyó disparos persiguiéndole y, después, el sonido hueco del aire deslazado por la granada al explotar. Un espeso velo de humo metálico saturado de complejas cadenas químicas surgió de la granada y llenó la calle. La guardia de honor avanzó lentamente a través del humo, con visibilidad nula al quedar los sistemas ópticos de sus cascos anulados a causa del humo. Sus cabezas se movían en silenciosa conversación, enviándose mensajes en una frecuencia codificada que el comunicador de Rafen no podía mostrar.

Más allá, Rafen cargó con el hombro contra una puerta de madera, que se partió bajo su peso. Entró rápidamente en el interior, donde fue recibido por un bosque de cabezas explosivas que ocupaban todo el edificio. Hellstrikes construidos para los anclajes de los cazas Lightning y los bombarderos Marauder apilados como leña recién cortada. También podía ver las gruesas formas de los misiles Mantícora colocados en estructuras de madera, listos para ser cargados en las plataformas de disparo. Las bombas de varios megatones clase Atlas incompletas estaban dispuestas verticalmente sobre sus aletas aerodinámicas, apilándose hasta casi tocar el techo de hierro. Rafen enfundó su bólter y avanzó entre los inertes troncos de acero, penetrando más hacia el interior.

Sachiel jamás dejaría de perseguirlo, eso era seguro. Rafen había aprovechado su oportunidad de acabar con esta locura de una vez por todas en el núcleo del reactor, pero su improvisado plan había fracasado. Había permanecido largo tiempo en el techo de la fortaleza Ikari, esperando la erupción de la fusión consumiéndolo todo, pero ésta no había llegado jamás. Una vez más se encontraba corriendo, y ahora tenía tras él un planeta entero de fanáticos. Rafen necesitaba reunir todo su ingenio para planear su siguiente movimiento, pero mientras las tropas del yelmo dorado lo persiguieran, se veía obligado a permanecer a la defensiva. Sachiel únicamente descansaría cuando Rafen estuviera muerto, por lo que debía encontrar una forma de morir…, por el momento.

Oyó un sonido metálico por encima de él, y el Ángel Sangriento se quedó muy quieto, creyendo por un instante que la guardia de honor estaba yendo a por él a través del techo; pero entonces el ruido se convirtió en un precipitado y parloteante rugido, y se dio cuenta de que se trataba de lluvia. Los cielos marrones de Shenlong se abrieron dejando caer un fuerte chaparrón de agua contaminada que rebotaba en el techo del manufactorum. Hilillos de color óxido penetraron por las grietas del hierro corrugado, acumulándose en el suelo de piedra. Rafen oyó el ruido de botas pesadas

pisando los pequeños charcos.

Los hombres de Sachiel que lo siguieron al interior del almacén enfundaron sus armas al entrar. Un gesto del veterano sargento fue la única orden que necesitaban para que, como un solo hombre, desenfundaran sus armas de combate cuerpo a cuerpo y se dispersaran para registrar el edificio. Ninguno de ellos osaría disparar un proyectil bólter o de energía allí dentro. Un solo proyectil perdido podía acabar con sus vidas en un instante si alcanzaba una de las cabezas activadas.

Rafen se movió. En una pasarela elevada localizó una serie de inacabados y esqueléticos Mantícora sobre una base de madera. Con un fuerte tirón abrió los pétalos metálicos que protegían la unidad detonadora interior, exponiéndola al aire. Como la mayor parte de los otros misiles del almacén, los Mantícora inacabados no tenían todavía su volátil combustible de promethium, ni la densa matriz explosiva que le proporcionaba su terrible potencia destructiva, pero las barras del detonador estaban colocadas, y uno solo de ellos equivalía a una docena de proyectiles perforantes. Rafen arrancó fibrosos alambres de las entrañas del misil y los utilizó para atar un cuarteto de granadas de fragmentación. Su improvisada bomba estaba casi acabada cuando al repiqueteo de la lluvia se le unió un nuevo sonido, el desgarrante rugido de una espada sierra.

Rafen reaccionó instantáneamente, esquivando a duras penas el golpe del arma de combate cuerpo a cuerpo. El ataque del guardia de honor pasó justo frente a él con un fuerte ruido de los dientes de aleación de tungsteno, que se clavaron en la madera de la base arrancando grandes astillas. Rodó hacia atrás mientras el marine espacial volvía a golpear. Esta vez su espada sierra rebotó en un poste metálico. En los límites de la pasarela, Rafen apenas tenía espacio para maniobrar, y la punta de la espada sierra cortó su armadura al rozar la placa pectoral. El golpe dejó una muesca de un dedo de ancho en la ceramita.

—Asqueroso apóstata —gruñó una voz desde el interior del yelmo dorado—. ¡Sangrarás por tu perfidia contra el Bendito!

Rafen paró un tercer golpe con un tubo de metal que arranco de la pasarela, pero la espada partió la improvisada arma por la mitad. El Ángel Sangriento presionó con su mano libre el casco iniciando un enlace de voz con los demás perseguidores del almacén.

—Lo tengo. Dirigíos a mí posición…

Rafen saltó hacia adelante antes de que pudiera acabar la frase y clavó las manos en las hombreras de su adversario. Con un repentino movimiento hacia abajo, Rafen golpeó al guardia de honor en el casco, sobre el puente de la nariz, rompiéndole las lentes ópticas. El impacto del golpe hizo trastabillar al marine. Rafen estaba demasiado cerca para que el atacante pudiera utilizar su espada contra él, por lo que retrocedió a trompicones. El pie derecho del guardia de honor resbaló por el suelo

hasta allí donde acababa la pasarela. Al perder el equilibrio, el Ángel Sangriento cayó desde la altura de Rafen con un aullido de rabia y perdió la espada sierra de entre sus dedos.

El marine rebotó contra un montón de herramientas y chocó contra el suelo de piedra con un ruido sordo. Sin aliento, aún le quedó suficiente ímpetu para desenfundar y disparar una lluvia de proyectiles de su pistola bólter contra la pasarela, ignorando en medio de su rabia el riesgo de los rebotes. Rafen retrocedió y se agarró a una palanca de la pasarela, bajándola sin pensar conscientemente en ello. El mecanismo abrió una serie de compuertas que sostenían un tambor de Hellstrikes por encima de ellos, y la munición cayó desde lo más alto del almacén aplastando al guardia de honor bajo su peso, como si hubiera sido golpeado por un martillo hidráulico.

Rafen apartó de su mente una mareante y enfermiza sensación al ver cómo el marine espacial se agitaba y finalmente moría bajo el peso del enorme armatoste. Todo había pasado muy rápido.

—Primarca, perdóname —susurró, con la sangre helada—, porque he matado a un hermano de batalla… —Siempre había sabido que ese momento llegaría desde el instante en que escuchó a Sachiel negar el derecho de Dante y exhortar a los Ángeles Sangrientos a olvidar su herencia, pero nada lo había preparado para el impacto físico que conllevaba. La sangre de un Ángel Sangriento le manchaba las manos. Y éste no sería el último, admitió Rafen para sí mismo.

Una voz gritó desde abajo, y Rafen atisbó una armadura roja y una máscara dorada moviéndose entre el anodino gris de los fuselajes de los cohetes.

—¡Allí! —Gritó la voz—. Arriba. Cercad al traidor y atrapadlo.

Traidor. Rafen se sintió fuera de la realidad al sentir el odio de sus compañeros centrado en él, pero en su corazón sabía que no era cierto. Se detuvo, activó el temporizador de sus granadas y quitó el seguro. Unos proyectiles bólter silbaron junto a sus hombreras; era evidente que la guardia de honor había abandonado toda precaución después de que hubiera matado a uno de ellos.

Rafen se agachó detrás de una de las bombas Atlas inertes y la empujó con el hombro, haciendo caer el fuselaje circular de su soporte. El alto tubo de metal se movió y osciló peligrosamente. Rafen se abalanzó violentamente contra él el peso del Atlas se desplazó repentinamente inclinándose en la dirección contraria. Rafen trastabilló hacia atrás por la pasarela mientras el tubo hueco caía sobre otro de los suyos que, a su vez, derribó a otro. Los Atlas sonaron como campanas al chocar el uno el otro, tambaleándose como bolos gigantes, arrancando soportes y dispersando a los hombres de Sachiel que había debajo de ellos.

En la confusión, Rafen agarró una cadena que colgaba de una viga de soporte y descendió por ella, saltando para aterrizar en posición defensiva sobre el suelo de

piedra. Echó un último vistazo a su casera bomba de tiempo, contando los segundos y apoyándose en las rodillas. Había una reja circular en el suelo, rodeada por pequeños ríos de agua de lluvia procedentes de todos los rincones del edificio. Hundiendo los dedos en la rejilla metálica, Rafen lanzó un grito de rabia y tiró de ella. Los viejos pernos cedieron con un crujido similar al de unos huesos al romperse.

«Será en cualquier momento». Apartando la reja, Rafen se sumergió en el fango del canal de drenaje, por el que circulaban veloces corrientes de color tierra incrementadas por la repentina tormenta. Notó cómo el empuje del agua de la alcantarilla lo arrastraba, raspando su armadura en las paredes cubiertas de mugre.

Los guardias de honor estaban muy próximos a él cuando los detonadores de las granadas de fragmentación se activaron. Los explosivos detonaron formando una atronadora bola naranja que alcanzó los detonadores del interior de los Mantícoras en una reacción en cadena. En una décima de segundo explotaron los misiles, propagando el fuego hacia los cohetes armados. Las llamas crearon nuevas llamas, y el fuego causo más explosiones, hasta que todo el manufactorum voló por los aires en una infernal tormenta rojo sangre.

A kilómetros de distancia, en la fortaleza Ikari, una onda sonora rompió contra los antiguos cristales de las ventanas de la capilla en una docena de puntos.



Sachiel se apresuró por los corredores de la *Bellus* sin disminuir el paso mientras los siervos del capítulo se apartaban como podían de su camino. Las noticias bullían en su interior, al sumo sacerdote sangriento le había herido tan profundamente el mensaje que portaba que pensaba debía desembucharlo cuanto antes. Los marines espaciales se ponían firmes a su paso, golpeando con el puño sus placas pectorales como saludo mientras los siervos se humillaban en una profunda reverencia.

Había habido un tiempo en que Sachiel se habría castigado a sí mismo por disfrutar de la veneración de los creyentes. En el Credo Vitae había edictos y juramentos que debían cumplir los sacerdotes sangrientos para poder dedicarse a la sagrada Sangre del Capítulo renunciando a cualquier gloria personal, pero en aquellos momentos, esas antiguas y débiles palabras parecían muy distantes y ajenas. El corazón de Sachiel se aceleró al darse cuenta de ello.

Desde la Ascensión de Arkio no había pasado ni un instante en que el sacerdote no hubiera pensado que él mismo estaba bendecido por haber sido testigo de tal milagro, y aún más por haber sido llamado por el Ángel Renacido para que le sirviera como ayudante y leal comandante. Una sonrisa asomó en la cara de Sachiel al entrar en la cavernosa catedral, moviéndose entre los claustros para dirigirse al sanctum interior. Desde su juventud, jamás había dudado de que había sido tocado por la grandeza. Muchos de sus contemporáneos lo habían llamado arrogante por atreverse

a decirlo en voz alta. Que todos ellos siguieran con sus ridículos celos, pensó, pues él había demostrado que tenía razón. El gran Sanguinius, al que Sachiel había consagrado su vida, había recompensado al sacerdote mucho más allá de sus sueños más exagerados. Estar presente en un evento de esa magnitud demostraba las mentiras de todos los que lo habían censurado. Sachiel ya no era un simple sacerdote, era la mano del Bendito, ¡y eso era glorioso!

Sus dedos toparon con la bolsa de terciopelo que colgaba de su cinturón y la réplica del cáliz de los Ángeles Sangrientos que llevaba en ella. No por primera vez, Sachiel imaginó el momento en que tomaría el auténtico Grial Rojo de sus manos y aceptaría la misión de ser el sumo sacerdote de todo el capítulo. Ese pensamiento hizo que su corazón se acelerara. El poder, magnífico y desnudo, se encontraba a su alcance.

El sacerdote entró solo en el sanctasanctórum que únicamente los elegidos de Arkio podían hollar. Normalmente habría habido marines de guardia a la entrada, pero la devastación causada por el traidor Rafen había exigido que todas las tropas disponibles regresaran al planeta. Un breve destello de inquietud cruzó sus pensamientos, pero lo desechó. Sachiel había esperado, poder presentar sus noticias al Bendito en persona, pero el capitán Ideon le había informado de que su señor estaba descansando en sus habitaciones. Sachiel lo aceptó asintiendo con la cabeza. Incluso un dios príncipe con el poder de un primarca debía descansar en algunas ocasiones. En vez de ello, Sachiel acudiría a Stele para informarlo de lo que había sucedido en Shenlong. La explosión del depósito de misiles había destruido seis bloques a su alrededor… Algunos de los hombres más leales del sacerdote habían resultado incinerados en la explosión, pero su sacrificio había valido la pena por haber acabado con la vida de la espina que tenía clavada en el costado: la muerte del descreído y falso Rafen. Podía jurar que nada había sobrevivido a la cataclísmica explosión.

—Estás muerto, Rafen —dijo Sachiel al frío e inerte aire de la capilla. Simplemente con pronunciar estas palabras el sacerdote se quitó un gran peso de su corazón. Desde la primera vez que se habían visto, Sachiel y Rafen habían hecho surgir lo peor del carácter de cada uno. Ahora, el hermano del Bendito estaba muerto, el último lazo de unión de Arkio y sus leales con los viejos códigos de los Ángeles Sangrientos había desaparecido, y con él el más odiado antagonista de Sachiel. Ahora podía admitir y liberar el sentimiento que había ido creciendo en su interior. Sachiel detestaba la silenciosa fuerza de Rafen, la forma en que se burlaba de cada palabra que salía de su boca, como si él fuera el que había sido ordenado en lugar del sacerdote. Odiaba la facilidad que tenía Rafen de ganarse el respeto de los hombres que servían con él, mientras Sachiel permanecía distante e indiferente hacía los marines espaciales de rango inferior al suyo. El placer que tendría en anunciar el fin

de Rafen sería tan dulce como un delicado y añejo amasec.

El sacerdote sangriento se detuvo ante la ventana de cristal que mostraba a Sanguinius ante el Cónclave de la Sangre, y algo en la cara del progenitor le hizo recordar de repente las últimas palabras que le dijo Rafen: «La mera piedad puede cegarte».

—Loco. —Sachiel escupió el insulto automáticamente, pero incluso al hacerlo, una insistente irritación se apoderó de su mente. Se odiaba a sí mismo por admitirlo, pero el desertor le había despertado dudas con esas malditas palabras. Sachiel miró a los ojos del primarca en busca de claridad y se permitió la indulgencia de dudar. El camino de Arkio había roto con la tradición de su capítulo, rompiendo viejos códigos de conducta que anteriormente parecían inviolables. Como había dicho el propio Ángel Renacido, estaban escribiendo un nuevo capítulo en la historia de los Hijos de Sanguinius, y las leyes impuestas por viejos y desapasionados guerreros como Dante eran demasiado constreñidas, demasiado limitantes. En algún profundo rincón, el entrenamiento y el adoctrinamiento durante décadas de dogmas de los Ángeles Sangrientos se rebelaban ante la idea de la Cruzada de la Sangre de Arkio y de su emergencia. Pero Sachiel había visto a través del brillo divino de Arkio, había sentido el aura divina de la Lanza de Telesto sobre él. Eso eran pruebas, no las caducas palabras de hombres muertos hacía muchos milenios.

Pasado su instante de debilidad, Sachiel reanudó su marcha hacia las habitaciones de Stele. El hermano Solus le había informado de que el inquisidor había dado instrucciones de no ser molestado, pero Sachiel le ordenó que se apartara. Esas instrucciones no eran aplicables al sumo sacerdote del Renacido y, después de todo, Sachiel sabía que Stele se sentiría muy complacido de recibir la noticia de la muerte de Rafen. Que su cuerpo no hubiera sido encontrado era una mera formalidad. Tras una explosión como ésa, todo lo que debía quedar del hermano de Arkio apenas sería suficiente para llenar un cáliz.

Cuando Sachiel se aproximó a las puertas de la habitación de Stele, después de atravesar las vacías alcobas de la guardia, notó algo extraño en el aire. Un débil y casi indetectable tufillo a azufre y piel muerta. Obviando la sensación, el sacerdote abrió las puertas y penetró en la estancia. La atmósfera en el interior era densa y oleosa, con una potencia oscura. Oyó voces, algunas parecían proceder de una distancia imposible, otras emitían un crujiente y sibilante susurro. Mezclado con ellas oyó al inquisidor murmurando una áspera súplica. Sin esperar a anunciarse, el sacerdote apartó los voluminosos cortinajes que bloqueaban la entrada y penetró en la cámara.

Lo que allí vio hizo que un inarticulado grito de conmoción surgiera de sus labios, y Sachiel recurrió a su pistola como autodefensa.

El sanctum de Stele era una sala abovedada, suficientemente grande para albergar una cañonera Thunderhawk con las alas totalmente desplegadas. Candelabros de

velas fotónicas proporcionaban una débil y amarillenta luz que no podía penetrar las sombras que cubrían la habitación. Había algunos globos biolumínicos flotando gracias a sus impulsores gravíticos, pero ellos también estaban ahogados por la arcana y líquida oscuridad que lo envolvía todo. A un lado había una humeante escultura hecha con carne humana podrida cubierta de nervios. Sachiel conocía demasiado bien el olor a putrefacción por los campos de batalla en que había estado. Era deforme y fea como un pecado, una parodia de la vida deformada por la mano de un escultor demente. Los huesos y cartílagos del cuerpo habían sido reordenados para representar una jorobada forma musculosa. Poseía un gran parecido a la armadura de los portadores de la Palabra que habían ejecutado en Shenlong.

La cosa de carne abrió un orificio húmedo en su cabeza emitió un furioso quejido y, de espaldas a la puerta, Stele tiró el cuello para observar al aturdido sacerdote. El inquisidor estaba pálido y totalmente sudado. Las normalmente feroces y duras líneas de su cara granítica eran blandas y pálidas.

El sacerdote era únicamente consciente de ello de forma totalmente periférica, pues su mirada había sido captura por la cosa que se elevaba muy por encima de ellos, retorciéndose y oscilando bajo una brisa inmaterial. Parecía la pictoimagen de un huracán, una congelada torre de viento y restos de tormentas que de alguna manera había tomado la forma de una criatura viva. Boquiabierto, Sachiel comprendió de pronto forma que la estaba hecha de papel. Por todas las paredes de la habitación de Stele había libros abiertos con los lomos rotos y las cubiertas destripadas, arrancadas las páginas para dotar de materia a la criatura demoníaca que crujía y crepitaba como hojas muertas.

—¿Qué es esto? —La irritación burbujeó en la boca del avatar, que expulsaba fétidos vapores por aberturas que tenía por todo el cuerpo.

Stele tragó aire y se volvió hacia Sachiel.

—Tú, vanidoso imbécil —le espetó, iracundo—. Dije sin interrupciones.

Sachiel trató de decir algo, pero no emitió ningún sonido. No podía apartar la mirada de los intrincados pliegues de pergamino de la despiadada y monstruosa cara del demonio. Con un demoledor golpe de claridad, el sacerdote fue repentinamente consciente de con qué se había topado: Stele, el sirviente de confianza de Arkio, estaba aliado con los Poderes Ruinosos. La idea lo puso en movimiento. Tenía que huir, escapar y avisar al Ángel Renacido de que una víbora mucho más venenosa que su hermano se ocultaba entre ellos…

—Mátalo —murmuró el demonio con palabras moduladas por el sonido de las páginas al pasar.

—No —gruñó Stele—, lo necesito vivo… Me es muy útil.

El sacerdote levantó el arma y su dedo presionó el gatillo pero cometió el error de encontrarse con la maligna mirada de Stele y, de repente, todas sus funciones

musculares cesaron.

—Nnnnnn. —La mente de Sachiel recordó el instante en Cybele en que el inquisidor había paralizado a un francotirador de los Portadores de la Palabra con un bloqueo mental similar. Utilizando hasta la última partícula de voluntad, el sacerdote luchó contra la presión en su mente.

—Ah —dijo Stele con los ojos llorosos. El esfuerzo era muy duro para él tan poco tiempo después de haber gastado toda se potencia en el Ángel Sangriento unos pocos días antes. Vaciló y sintió cómo la tenaza fantasmal empezaba a aflojarse.

Páginas de antiguos dogmas, documentos llenos de escritura arcana y páginas ilustradas crujieron junto a él, cambiando y recomponiéndose en formas que bien podrían haber sido hombres, pero también bestias.

—¿Deseas preservar a este humano? —preguntó la criatura lanzando bocanadas de aire contaminado.

—Sí, gran Malfallax —logró decir Stele—. Lo necesitamos.

—Muy bien —respondió el demonio, y los papeles giraron alrededor de Stele como un pequeño tifón, realizando con sus bordes cientos de pequeños cortes en su piel desnuda. De su latiente corazón aún flotando en las profundidades del empíreo. Malfallax proyectó una porción concentrada de sí mismo por la puerta abierta en la mente corrompida de Stele. Una perla negra de energía disforme penetró brevemente en el inquisidor y, de repente, toda su fatiga y debilidad desapareció, siendo reemplazada por una vertiginosa claridad de mente—. Un regalo —susurró la criatura.

El color regresó a la cara de Stele, que apretó los dientes.

—Sois muy gracioso, gran rencoroso. —Sus ojos se centraron en Sachiel, despellejando su mente abierta a la oscura voluntad del psíquico—. Arrodíllate, sacerdote —ordenó.

Sachiel notó que no quedaba resistencia alguna en su interior e hizo lo que le habían ordenado, dejando caer al suelo el reductor que tenía en la mano. Su cabeza nadó con la enfermiza sensación de un recuerdo, como si su memoria reciente se rebobinara en centelleantes fotogramas de dolor. Stele recorrió los pensamientos del sacerdote sangriento tan fácilmente como lo habría hecho con las páginas de un libro.

Stele lanzó un gruñido de alegría al leer sus intenciones.

—¿Venías a decirme que Rafen está muerto? Por una cosa tan insignificante no vale la pena que se me moleste.

Era como si Sachiel estuviera arrodillado al borde de una tumba sin fondo. La mente del sacerdote aleteaba como un insecto atrapado en ámbar. «Stele está contaminado por el Caos y, si eso es así, todo lo que ha tocado también está contaminado por la corrupción. Por la sangre del primarca, ¿qué hemos hecho? Estoy contaminado. ¿Los Guerreros del Renacido también? ¿La Lanza? Incluso Arkio el

Bendito…».

Stele negó con la cabeza.

—Para —dijo, deteniendo los pensamientos de Sachiel con un gesto—. No, sacerdote, no puedo dejar que vayas por ese camino. Tu misión todavía no ha acabado. —Sus ojos brillaban, y el inquisidor lanzó un efímero dardo a la mente del Ángel Sangriento. Sachiel gritó cuando Stele abrió su ojo psíquico y extirpó hábilmente sus recuerdos, cubriendo de oscuridad todo lo sucedido desde el momento en que entró en el sanctum. Una gota de fluido surgió de la comisura de los labios de Sachiel.

—Frágil pequeño hombre-bestia —dijo el último avatar de Garand con una mueca mientras se le desprendían trozos de carne muerta con cada palabra—. Su mente se va a romper bajo tus atenciones.

—No lo creo —le replicó Stele, retirando la aguja de su poder psíquico de un Sachiel con los ojos en blanco—. No recordará nada de lo que ha visto.

Una ruda risa cacareó a través de los chamuscados papeles.

—Ah, Stele, cada vez te distancias más de tus raíces humanas y te acercas más a nosotros con cada uno de tus gestos.

—Me complace oír eso de vuestra boca —afirmó Stele con una forzada sonrisa. En el ojo de su mente, la oscura semilla de poder de Malfallax estaba asentada en su alma, brillando con la estrella de ocho puntas sobre su superficie—. Y aunque me honra aceptar la marca, gran manipulador, tal vez sería mejor que la retirarais, por ahora.

Las páginas vibraron como un enjambre de avispas.

—Consérvala, amigo mío. Será importante en los días que se avecinan. Debemos empezar, pues —rechinó Garand. Con un encogimiento de huesos rotos, el señor de la guerra de los Portadores de la Palabra abandonó la forma que había adoptado y la dejó morir.

Gentilmente, los restos de papel deshilachado empezaron a separarse flotando mientras Malfallax abandonaba el reino material, dejando al inquisidor con un mero cadáver descompuesto y el silencioso sacerdote por toda compañía. Stele miró como caían las páginas, a la vez reconfortado y temeroso por la bendición que su monstruoso señor le había otorgado.



El muelle estaba muy animado por el ruido y el movimiento, los hombres se movían como hormigas alrededor de pantalones y pasarelas. Docenas de feos cargueros con forma de proyectil esperaban en reposo sobre raíles verticales. Hilillos de oxígeno líquido vaporizado formaban nubes blancas en el aire. Las naves de transporte, generalmente atestadas de cajas de munición y misiles, estaban siendo ocupadas por

una carga humana. Cientos y cientos de hombres, un andrajoso ejército vestido con capas y trozos de armadura, formaba solemnemente en los módulos. Aquí y allí podían verse unas altas figuras con armadura roja impartiendo órdenes y conduciendo a los variopintos soldados hacia sus puntos de partida.

Rafen observó desde un lugar privilegiado en un edificio quemado, estudiando el ir y venir de la multitud, estudiando la ordenada procesión con ojo práctico. Mantuvo su comunicador sintonizado en la frecuencia de los Ángeles Sangrientos de los muelles, escuchando sus comunicaciones mientras descansaba, atendiendo sus heridas. En las alcantarillas, la explosión del almacén había impulsado un torrente de agua pútrida que arrastró a Rafen con él sacudiéndolo como una porquería más. Sellado en el interior de su servoarmadura estanca, el marine espacial se había visto forzado a seguir la onda de choque mientras cada impacto contra las paredes del túnel lo acercaba un poco más a la inconsciencia. El accidentado viaje a través de los conductos fue un torbellino de ruidos y dolor, pero finalmente la corriente se detuvo y lo depositó en una cámara inundada en los niveles inferiores de la ciudad-factoría. Rafen flexionó el brazo y gimió. Su piel estaba cubierta de moretones y rozaduras en los puntos donde había sufrido un impacto tras otro, y tenía el brazo dislocado. Con cuidado, se cogió de la muñeca y tiró. Con un sordo crujido de cartílago, la articulación volvió a su sitio. Se estremeció por el dolor que acompaño esta maniobra.

Utilizando el cañón de una chimenea abandonada, Rafen había trepado hasta encontrar su actual escondite. Examino su situación, comprobando sus armas y los suministros que le quedaban. El Ángel Sangriento le consideraba tras las líneas enemigas y actuaba en consecuencia. No tenía ni idea de cuánto tiempo podría permanecer oculto, pero sin duda podían pasar días antes que se retiraran todos los cascotes del almacén y se contabilizaran los cadáveres. Tenía un cierto margen de maniobra, pero éste no era demasiado grande.

El rugido de un cohete atrajo su atención de nuevo hacia el muelle. Con un quejido de metal contra metal, una pasarela de lanzamiento cayó y uno de los cargueros despegó hacia el oscuro cielo seguido de una nube de llamas amarillas. Se desplegaron las alas de la nave mientras ésta ascendía y Rafen observaba cómo partía, desapareciendo en un enfermizo brillo al penetrar en la capa baja de nubes. Aproximadamente otro medio centenar de hombres del ejército de villanos de Arkio partía en dirección a la *Bellus*. Se intercambió un gran flujo de órdenes por el comunicador. El resto de lanzamientos ya estaban casi preparados para el despegue. Legiones de fanáticos, todos ellos adornados con el tosco símbolo del halo y la lanza de los Guerreros del Renacido, se movían arriba y abajo, ansiosos de abordar las naves que los llevarían junto a su mesías.

Arkio estaba a bordo de la barcaza de batalla. Rafen había captado una breve

mención al Bendito y había deducido su significado. Con su hermano a bordo de la *Bellus* y el ejército que Sachiel había formado con los habitantes de Shelong uniéndose a él en masa, la situación era evidente. La Cruzada de la Sangre iba a empezar, y la gigantesca nave de guerra pronto partiría. Rafen volvió a colocarse el guantelete y selló las uniones de su equipo. Ya había fallado dos veces en sus intentos de acabar con esta perversión de la voluntad del Emperador. A solas con Arkio en la fortaleza, había sido su propia debilidad la que le había impedido acabar con la vida de su hermano, y en el núcleo del reactor, el azar le había impedido destruir la torre. Si la *Bellus* partía sin Rafen, Stele tendría libertad total para manipular a Sachiel y Arkio hacia los fines que el inquisidor decidiera. La mente del marine regresó a la visión que había tenido en su improvisado retiro espiritual, como había hecho en numerosas ocasiones en los últimos. Sostuvo en la mano una vez más su cuchillo, y a continuación lo devolvió a la funda de la bota con decidida determinación.

Bajo la plataforma del muelle había una red de soportes que se extendían hasta el seco fango del lecho del río. Acumulaciones naranja de óxido rodeaban cada perno y soldadura, liberando fragmentos de escamas rojizas con cada sacudida de los motores de los transportes que estaban siendo alzados por encima de ellos. Rafen se abrió paso a través de pasarelas rotas y palos doblados y eligió una plataforma en el borde sur del muelle, en el que unos larguiruchos bípodes Sentinel acababan de ser estibados en varios contenedores de carga. El Ángel Sangriento emergió directamente bajo las abiertas mandíbulas de los motores de la nave, que vibraban mientras el piloto-servidor del morro completaba la secuencia final de cuenta atrás. Los módulos atestados de soldados fueron sellados. No se abrirían hasta que la nave hubiera aterrizado en la plataforma de carga presurizada de la *Bellus*, por lo que Rafen no podía entrar allí. La cabina, muy por encima de él, en la punta del cohete, tampoco servía. Demasiado pequeña y demasiado llena de maquinaria arcana y otras complejidades del Adeptus Mechanicus.

Así pues, sólo quedaba una ruta para que un fugitivo abordara la barcaza de batalla. No podía arriesgarse a acompañar a los otros Ángeles Sangrientos a bordo de una lanzadera o Thunderhawk. Incluso con la suciedad que cubría su armadura podía ser detectado y reconocido. Una vez a bordo de la *Bellus* sería otra historia, pues la gigantesca astronave tenía muchos lugares en los que una alma cuidadosa podía ocultarse. Rafen cogió la escala de mantenimiento y subió a través del nido de tuberías y canales de alimentación que cargaban los motores de combustible de promethium. Mientas los cohetes gemían por encima de él, impulsó su voluminosa figura a través de una abertura y encontró un soporte en forma de uve en el que podía acomodar su armadura. El tronar de los motores aumentó en un ensordecedor crescendo pese a la protección amortiguadora del ruido de su casco. Rafen echó un último vistazo al monitor de soporte vital de su muñeca. Todos los sellos de vacío de

su armadura estaban intactos. Con dificultad hundió sus endurecidos dedos de ceramita en las vigas y se afirmó en su posición. Rafen cerró los ojos y empezó a rezar a Sanguinius cuando la gravedad lo golpeó.

Colgando de la parte inferior del carguero, Rafen se sujetó con férrea determinación mientras el muelle, la ciudad y después el paisaje cubierto de nubes de Shenlong desaparecía por debajo de él.



OCHO

Rafen se ocultó en los oscuros rincones del compartimento carga, donde únicamente los servidores ciegos cazadores de ratas se aventuraban. Con cuidado, quitó la patina de hielo que se había formado en la superficie de su armadura. Los ribetes de escarcha tintineaban al ser barridos por el guantelete. El doble latido de los corazones del Ángel Sangriento resonaba con fuerza en sus oídos, pues estos órganos tenían que proporcionar oxígeno adicional a su corriente sanguínea, contrarrestando los leves efectos secundarios de su viaje por el vacío. La armadura de Rafen lo había protegido bien, pero aun así, el extremo frío del espacio le había arrebatado el calor corporal los músculos del marine estaban tensos. Normalmente, un marine espacial puede permitirse el lujo de tomar un sacramento químico antes de aventurarse en el vacío, un filtro proporcionado por los sacerdotes del capítulo que estimula las gandulas mucranoides del astartes, convirtiendo su sudor en un compuesto complejo que protege su piel de estas temperaturas tan extremas. Rafen no había podido disponer de ese lujo y el beso del oscuro vacío lo había golpeado con toda su fuerza.

Las máquinas y los hombres del muelle de carga se movían en sincronía a medida que llegaba cada transporte. Las lanzaderas se detenían el tiempo justo para dejar su carga de soldados antes que gigantescas grúas elevaran las naves hasta las bocas de repostaje o directamente a la posición de despegue para que regresaran a Shenlong. Cada nuevo grupo de fanáticos de Arkio era conducido hacia las bodegas por algún servidor o siervo del capítulo. Éstos disponían de porras eléctricas para mantener controlados a los miembros más inquietos de los Guerreros del Renacido. Rafen utilizó las magníficas prestaciones de los sensores ópticos de su casco para observar los movimientos de los siervos. De vez en cuando algún hermano de batalla intervenía, supervisando la operación.

Interiormente, Rafen se sentía incómodo y en conflicto personal. En todos los aspectos había superado el punto de no retorno. Se sentía confundido, extraño, por encontrarse en medio de sus hermanos y, a pesar de ello, en medio de adversarios. Cada fibra de su ser se rebelaba contra la no deseada sensación de disgusto. Como todos los suyos, Rafen había llegado a conocer la camaradería de sus iguales. Los Ángel Sangrientos eran una gran familia, una hermandad en todos los sentidos conocidos. Por derecho, la *Bellus* se suponía que había de ser un santuario, un lugar

en el que se encontrara a salvo y a gusto. Pero en vez de eso, estaba en una zona peligro tan letal como un campo de minas de fusión o en una biotelaraña. Mientras Sachiel creyera que estaba muerto, el facto sorpresa estaba de su parte, pero tenía que ser muy cauteloso para no desaprovechar su única ventaja. Demasiados hombres a bordo de esta nave conocían su cara, y ser descubierto representaba una inmediata condena a muerte. Incluso con la armadura sellada, si se movía libremente entre los otros astartes, sólo era cuestión de tiempo antes de que alguien le preguntara. Rafen necesitaba encontrar algún lugar en el que su presencia no fuera cuestionada.

Se sacudió el frío cuando otro carguero pasó rugiendo junto a él. La nave en forma de proyectil aterrizó en la plataforma con un ruido pesado y un chorro de chispas naranja. Un aro de cobre y hierro forjados rodeó el transporte como una gigantesca mano y movió la nave hasta la rampa de desembarco.

Rafen salió de su cobertura y trató de mantenerse estable sobre los pies. Como en muchas naves espaciales al servicio del emperador, los tecnosacerdotes de la *Bellus* animaban al espíritu máquina de la barcaza de batalla a reducir la gravedad en los hangares de carga para que ésta pudiera ser manejada con más facilidad. Rafen se sentía muy liviano, y se preparó para el necesario cambio en su forma de andar. Una nube de vapor blanco surgió de los respiraderos dorsales de la nave, ocultando momentáneamente la rampa y la grúa. Rafen salió rápidamente del lugar en que se ocultaba, aprovechando el vapor para cubrirse. Con las largas zancadas que le habían enseñado a dar, el marine cruzó bajo la nave, que se movía muy lentamente y apareció al pie de la rampa, como si hubiera estado allí todo el tiempo. La nave de carga tocó la rampa con un sonido hueco, y todas las compuertas del casco se abrieron a la vez.

Los hombres salieron rápidamente de la nave en una irregular oleada, todos ellos temblando y con escalofríos, algunos por el frío y otros por el temor. Rafen vio cómo un par de ellos caían de rodillas. Al principio pensó que podrían haber resultado heridos, pero entonces se dio cuenta de que estaban besando el suelo, haciendo una genuflexión en honor a la que consideraban la nave sagrada de Arkio. Todos los conscriptos llevaban armas, en cierta forma. Algunos tenían rifles, otros espadas, lanzas y otros aparatos afilados de aspecto casero. Muchos de ellos llevaban armaduras hechas con trozos de metal, aunque unos pocos mostraban oscuras túnicas balísticas de malla. Equipo de las Fuerzas de Defensa Planetaria, Pensó Rafen; o bien se trataba de antiguos miembros de las FDP de Shenlong que habían sobrevivido a la invasión de los Portadores de la Palabra, o eran oportunistas que habían saqueado los cuerpos de los muertos. La expresión del marine espacial se agrió. En cualquiera de los dos casos, no eran gente merecedora de poner el pie en una nave de combate como la *Bellus*. Hasta el más miserable de los siervos del capítulo era más noble que esa chusma.

Los guerreros se detuvieron torpemente al ver al Ángel Sangriento de pie delante de ellos, acobardados por su presencia tanto por la inimaginable visión del cavernoso interior de la astronave. Rafen podría jurar que ninguno de esos hombres había abandonado jamás su planeta natal. Escudriño sus caras y vio algunas con la mirada vacía y ausente de los verdaderos fanáticos, mientras que otras eran brutales y crueles, lo más degenerado de los desechos de Shenlong. A Rafen se le escapaba cuál podía haber sido el motivo por el que Sachiel había elegido a esos hombres. Ninguno de ellos se acercaba ni por asomo a los estándares del capítulo. Todos ellos eran buenos sólo para morir delante de los cañones de las armas enemigas y taponarlos con sus cadáveres. Ésa era una táctica básica y poco noble, más adecuada para los traidores del Caos que para los Hijos de Sanguinius.

—¿Señor? —Un siervo se le acercó con una mirada extrañada en la cara—. ¿Puedo ayudarlo?

Rafen miró al siervo.

—Debes escoltar a estos hombres abajo, ¿verdad?

—Sí, mi señor. ¿Hay algún problema?

Negó con la cabeza.

—No, el sacerdote Sachiel ha ordenado que yo acompañe a este grupo… Quiere que supervise el tránsito.

El siervo asintió.

—Como ordenéis, mí señor. —Con un movimiento de su porra eléctrica, el siervo encaminó a los soldados fuera de la rampa.

Las desharrapadas figuras desfilaron delante de él, algunos evitando su mirada, otros estudiándolo con una mezcla de odio y miedo. Entre los hombres, una cara llamó la atención de Rafen, una cara cetrina y ojerosa encima de los restos uniforme de un oficial de las FDP. El hombre inclinó la cabeza al pasar y Rafen lo observó marchar. Había visto al soldado en el interior de la fortaleza Ikari después de que los guardias de honor de Sachiel hubieran abatido a un grupo de inocentes rechazados. El hombre le había agradecido el «regalo de la muerte» otorgado a su hermana, que murió en el fuego cruzado, como si hubiera sido una especie de bendición. Ahora parecía desprovisto de cualquier espíritu, una cáscara vacía manchada de sangre y movido únicamente por su creencia en la divinidad de Arkio.

Rafen siguió al grupo por los resonantes corredores de la nave y por las amplias cavernas de los puentes inferiores. Llamarlos «puentes» era un eufemismo, los espacios entre el casco parecían un cañón estigio con placas de crecimiento fungoide extendiéndose por inclinados muros. Secciones de puente sobresalían aquí y allí, pero nunca eran suficientemente amplias para llegar hasta las Costillas del armazón interno de la nave. Telarañas de cables, redes y puentes de cuerda los mantenían unidos. Los guerreros se acondicionaban lugares para vivir y dormir con hamacas

improvisadas y contenedores de carga desechados. Eran como una sucesión de puentes rotos formando un arco sobre un valle situado tan abajo que el suelo se perdía en la oscuridad total.

Los recién llegados fueron recibidos con una bienvenida de miradas gélidas y amenazas veladas. Perdió de vista al oficial de las FDP cuando los hombres se dispersaron entre la comunidad de la chatarra, donde la ley de la selva cobraba vigencia mientras algunas figuras entre los grupos luchaban por un lugar para dormir. Rafen dejó atrás al siervo del capítulo y recorrió el campamento, abriéndose paso entre crujientes planchas y caballetes hechos con restos. Había altavoces por todo el lugar, todos ellos conectados con la red de comunicaciones principal de la nave con redes de cable tendidas de forma apresurada por los servidores siguiendo las órdenes del inquisidor Stele. Reverberando y vomitando estática, repetían constantemente grabaciones de los discursos de la victoria de Sachiel en Shenlong mezclados con himnos imperiales. Los conscriptos se reunían alrededor de algunos de los altavoces, uniéndose a la cacofonía. Por todas partes podía verse pintado el símbolo del Ángel Renacido. Rafen se detuvo delante de uno y pasó el dedo por la marca todavía húmeda. Levantó el guantelete hasta la mascarilla respiradora y olió: era sangre humana.

El marine atisbó por encima del borde de la pasarela en que se encontraba, preguntándose cuántos de los elegidos de Arkio habían encontrado su final en la oscuridad del fondo. Pese las grandilocuentes palabras y la oratoria de Sachiel, el ejercito de los mil parecía compuesto por los más despiadados y vehementes pobladores de Shenlong. Utilizarlos como hombres al servicio de la gloria de Sanguinius era un insulto Gran Ángel.

Rafen se adentró más en los puentes, perdiéndose en sus apenas iluminados espacios. Allí abajo no había ningún hombre que conociera su cara, y nadie le llamaría la atención. Se ocultaría a la vista de todo el mundo y se prepararía. Cuando los Guerreros del Renacido fueran llamados a las armas, él estaría allí para detener a su hermano, o morir en el intento.



—El último grupo de cargueros está atracando —anunció Solus con su sombría y átona voz—. Los visioingenieros informan que el nivel de energía de los motores es óptimo. Todos los ritos de transición se han completado y la *Bellus* está preparada para zarpar.

—Proceda. —La orden llena de estática provenía del vocoimplante del cuello del hermano capitán Ideon. Su cara permaneció impasible—. Preparados para el tránsito a la disformidad en cuanto alcancemos las coordenadas del punto de transición.

Solus dudó. Cualquier otra persona no lo hubiera notado, pero Ideon había

servido con los Ángeles Sangrientos como su ayudante de campo durante décadas, y el humor del hombre era tan evidente para el capitán de la astronave como el temperamento del espíritu máquina de su nave.

—¿Hay algo más? —preguntó Ideon.

Mientras la *Bellus* se alejaba de Shenlong, el planeta se deslizaba por el ventanal delantero, y con él los restos de la *Amareo,* algunos de los cuales todavía ardían al caer de la órbita superior. Solus observó los restos y luego apartó la mirada.

—Señor, yo…

Las hojas de bronce del iris del puente se retrajeron hacia las paredes con un bien aceitado silbido hidráulico, y Sachiel entró en el puente, con sus eternos guardias de honor un par de pasos por detrás. Ideon lo observó aproximarse con sus propios ojos y a través de los de los servidores de guardia del puente, recibiendo todos los datos en su cerebro a través del complejo bosque de mecadendritas que lo conectaban al trono de mando. Solus se calló, tragándose sus palabras.

El sumo sacerdote sangriento parecía fatigado, tenía círculos oscuros bajo los ojos y su cara estaba más pálida de lo habitual. A través de los monitores infrarrojos, Ideon registró una temperatura corporal levemente superior a la usual, y el brillo de sus ojos era más fuerte que nunca.

El sacerdote saludó al capitán.

—Hermano Ideen, ¿cuál es la condición de la barcaza de batalla del Bendito?

—Todo está dispuesto, Sachiel —replicó—. El navegante me asegura que las oraciones calculatorias de la trayectoria se han completado. La *Bellus* entrará en el empíreo según lo previsto.

—Excelente. El gran Arkio no pide otra cosa que una total eficiencia. —La voz de Sachiel se elevó al final de la frase y parpadeó, como si el esfuerzo de pronunciar esas palabras fuera una dificultad para él. Sus ojos recorrieron el puente, pasando por el inclinado grupo de siervos que estaban operando las consolas del cogitador, hasta llegar a Solus, en el amplio ventanal de observación. Se dirigió al Ángel Sangriento —. ¿Hermano? —dijo Sachiel distraídamente—. Pareces distraído. ¿Qué te preocupa?

Solus levantó la mirada, no hacia Sachiel sino hacia Ideon. El capitán permaneció, como siempre, como una estatua inmóvil sobre su trono elevado. Solus se volvió hacia el sacerdote después de un tiempo considerable.

—Sachiel, quisiera que me respondierais una pregunta.

—Pregunta lo que quieras —le espetó el sacerdote, quizá un poco demasiado rápido.

—¿A qué enemigo nos vamos a enfrentar, hermano?

Sachiel asintió nuevamente.

—Ah, ya veo. El asunto de la destrucción de la *Amareo,* ¿verdad? Te preocupa

dar la orden de disparar a una nave del capítulo, ¿verdad? —Cuando Solus no respondió, prosiguió—: Escúchame, hermano. Los hombres a bordo de esa nave eran asesinos enviados para matar al Ángel Renacido y purgar a cualquiera que le hubiera jurado lealtad. Esa verdad es totalmente evidente. —Se le acercó y le cogió el brazo —. Hiciste la única cosa posible, ayudaste a salvar la vida del Bendito.

Solus evitó su mirada.

—Yo… yo he hecho el juramento por Arkio y por la lanza sagrada, Sachiel, y no pienso desfallecer ante cualquier cosa que me pidáis, pero esto… —Miró a través de la ventana hacia las estrellas—. Esos hombres eran nuestros hermanos de batalla, y hemos luchado junto a algunos de ellos. Que nos viéramos obligados a exterminarlos como a unos herejes cualesquiera me revuelve las tripas.

La voz del sacerdote era baja, pero se transmitió por toda la cámara.

—Solus, hermano Solus. Entiendo tus sentimientos. En la oración también he confesado mis… —Se detuvo, con la cara enrojecida. Sachiel se pasó un dedo por un ojo que le temblaba, como si estuviera conjurando un dolor interior. Tras una breve pausa, continuó como si nada hubiera pasado—. Mis errores, sí. Para con lord… lord Stele. —Sonrió—. Pero me di cuenta de que esos hombres habían abandonado el camino del primarca. Que estaban aquí con intenciones asesinas, lo que los convertía en nuestros enemigos.

—Podríamos haber hablado con ellos —apuntó Solus—, razonar con ellos. Tal vez habrían pensado de otra forma si hubieran comprendido el gran milagro de Arkio…

—No, Solus, no. —La expresión de Sachiel era de extrema tristeza—. Ya estaban perdidos para nosotros antes de llegar a Shenlong. Como aquellos que se apartaron de la gracia del Emperador en los años siniestros, esos hombres habían elegido un camino que los llevaba a enfrentarse a nosotros. Fue su elección, hermano, no la nuestra. Tú y yo, todos nosotros, seguimos fieles al Más Puro. —Señaló hacia los distantes restos del crucero de ataque—. Ellos nos obligaron a actuar. Esas muertes recaerán sobre sus propias cabezas.

—Sí —reconoció finalmente Solus—. Perdonad mi exabrupto, sacerdote, los últimos días han puesto a prueba mi fe.

—Como debe ser. —La voz de Ideon zumbó y rugió desde su vocoimplante—. Arkio nos ha traído una nueva vida, y la *Bellus* será el carro que lo conducirá hasta el final de la galaxia.

La cabeza de Sachiel hizo una leve reverencia.

—Que así sea.

Por el poder de fuerzas que superaban el entendimiento humano, el tejido del espacio empezó a agitarse y cambiar alrededor de la proa de la *Bellus*. Desde los lugares en que el pensamiento y la energía se convierten en una mezcla homogénea,

la pura esencia mental de la disformidad penetró en la realidad de la materia, abriendo una tosca y sanguinolenta puerta al vacío. Fue una violenta supernova en miniatura en medio de la oscuridad, un torbellino al interior del cual se arrojó la barcaza de batalla. El tiempo, elástico y fluente como la cera fundida, envolvió a la nave y la proyectó a través de grandes distancias. La *Bellus* despareció del reino de los hombres propulsada por las salvajes corrientes y las tormentas de energía del Immaterium.



En otro lugar y tiempo, la misma impensable inversión de las leyes naturales estaba ocurriendo. Una nave leviatán emergió del fantasmagórico espacio de la disformidad con una violenta descarga de radiación exótica, restallantes colores y enfermizos halos de relámpagos recorrieron el gigantesco casco de hierro de la nave. El propio espacio parecía reacio a dejar que la nave permaneciera en su interior, como sí el gigantesco artefacto fuera una especie de cáncer metálico que crecía y contaminaba el vacío con su presencia. Desprendiendo haces de energía arcana, la nave de combate salió del reino del empíreo no regresó a la tranquila y obstinada realidad. Las mandíbulas de los motores, con sus toberas de escape tan grandes como volcanes, se encendieron cuando se conectó la potencia de avance de sus antiguos motores de fusión, dirigiendo con letal determinación a la nave de guerra *Misericordia* hacia su destino.

Era una visión horripilante, un motor de tortura de más de un kilómetro de largo. Baso sus cañones, muchos gimientes mundos humanos habían sido destruidos o doblegados, como se doblegaba a los hombres encerrados en sus calabozos. La nave de guerra tenía el aspecto de una daga ancha con una proa serrada como una punta de flecha, cubierta de cuchillas que crecían hacia atrás, hasta el castillo dorsal que formaba el puente, y por debajo se extendían las afiladas aletas estabilizadoras. De hasta el último rincón sombrío surgían cañones, rompiendo la roja piel de su casco como costillas rotas. La nave estaba adornada con miles de calaveras. Las más grandes estaban hechas de huesos obtenidos de los cadáveres de enemigos muertos, fusionados para adoptar la forma de esos recordatorios de victorias. En la proa de la nave, un diseño había sido formado con piezas rotas de metal y ceramita alrededor de una estrella de ocho puntas. Representaba la aullante cara de un demonio con fauces y cuernos que gritaba su desafío y oscuro odio hacia todos los enemigos de la *Misericordia*. Al igual que los cráneos, el símbolo estaba construido con despojos de combates, pero en vez de huesos, la monstruosa cara estaba configurada a partir de las naves y armaduras de los Adeptus Astartes que habían tenido la desgracia de caer ante esta máquina de guerra.

En el sanctum de mando en lo alto de la ciudadela del puente, unas figuras se

movían siguiendo una precisa y cuidadosa danza alrededor del señor de la guerra Garand. Las siluetas de los servidores pasaban arriba y abajo con sus pies metálicos en forma de garra raspando el suelo del puente mientras cumplían sus tareas. No se oía ni una palabra, excepto el bajo y balbuceante chirrido en código máquina entre los esclavos. El sonido recordaba a Garand los chirriantes insectos depredadores del maldito mundo forja de su capítulo, Ghalmek.

Delante de él podía ver el proyector hololítico de la *Misericordia* mostrando su destino, el planeta templo de Sabien. Parecía una bola de hierro envejecido, como los proyectiles escupidos por los viejos cañones de planetas prenucleares, lo que le hizo recordar a Garand Fortrea Quintus. El recuerdo del planeta hizo que el señor de la guerra del Caos retrocediera a través del velo de la memoria hasta miles de años atrás en un instante.

La delgada lengua del señor de la guerra surgió de entre sus labios para lamerse distraídamente las púas de su barbilla. Si, la similitud era remarcable, y la conexión le aportó el despertar de la anticipación en el oscuro corazón del comandante. Aunque habían pasado eras desde el día en que Garand había puesto el pie en Quintus, su memoria de esa gloriosa campaña seguía igual de vibrante y sensual como siempre.

El olor de la sangre vertida llegó a su nariz y cerró los ojos, permitiéndose el lujo de regodearse por un instante. En esos días Garand había sido el segundo al mando del hermano capitán Jarulck cuando, increíblemente, los Portadores de la Palabra todavía seguían al servicio del dios carroñero de la humanidad. Sonrió. Incluso entonces, el capítulo había buscado la perfección del camino de las ocho puntas, y los miembros de las otras Legiones Astartes habían estado demasiado ciegos para ver el toque del Caos en ellos. El gran Lorgar, primarca de los Portadores de la Palabra, había cargado junto a dos mil hombres para someter el planeta, y lo habían hecho con el ansia de la batalla en sus ojos. Garand recordó la encendida oratoria de Jarulck a los nativos quintianos, las palabras de poder que habían atraído a los villanos a miles bajo su estandarte. Cuando avanzaron sobre la fortaleza del enemigo en los últimos días del conflicto, sus hordas de seguidores habían perecido también a miles, mientras que los Portadores de la Palabra apenas perdieron unos pocos de sus efectivos. Los cadáveres de los fanáticos formaron rampas que las tropas de Garand utilizaron para llegar a los baluartes. Fortrea Quintus cayó, pero no para el Emperador. Con la bendición de Jarulck, a Garand se le confió la misión de adiestrar al pueblo. El se aseguró de que, aunque aparentemente el mundo era leal a Terra, su cara secreta siempre estuviera a favor del Caos.

Cuando Horus inició su gran cruzada contra la débil humanidad, a Garand le había enorgullecido saber que los quintianos habían matado a todos los lacayos del Emperador en el Planeta en cuestión de horas. Por su aportación, Garand se forjó un lugar en el camino al alto mando de la Legión de los Portadores de la Palabra con la

bendición del gran Lorgar, pero Fortrea Quintus siempre había permanecido cerca de su negro corazón como el lugar de su primera gran victoria. La sonrisa en la contorsionada y cornuda cara de Garand se desvaneció. Su aspecto se deformó al reflejo de su terrible temperamento. La conversión de Quintus había sido fuente de orgullo para el señor de la guerra, pero también de su enemistad, pues poco después de la muerte de Horus, cuando las legiones del Caos estaban desorganizadas y dispersas, su preciada victoria fue convertida en cenizas por los altaneros Ángeles Sangrientos. Garand y los suyos estaban lejos, librando batallas mientras se retiraban a sus mundos en el Torbellino. Los Portadores de la Palabra habían quedado aislados de los planetas que habían convertido; no habían podido estar allí para resistir la autodenominada «purificación» de las legiones del dios carroñero.

Garand escuchó con impotente silencio las desesperadas transmisiones de los astrópatas mientras los Ángeles Sangrientos arrasaban Fortrea Quintus, no dejando a nadie con vida. El preciado logro de su juventud había ardido hasta convertirse en cenizas, haciendo nacer en su interior un odio duro como el diamante contra los Hijos de Sanguinius. Habían pasado siglos, pero el rencor jamás había remitido. En un mundo de guerreros que alimentaba su odio como cuchillas afiladas, Garand cultivó su desprecio por los Ángeles Sangrientos hasta convertirlo en algo letal e infinito en su pureza.

Sabien llenaba la centelleante holopantalla, y más allá de ésta, el planeta real ya era visible como un disco eclipsado por un gigantesco sol rojo anaranjado. Al señor de la guerra casi se le hacía la boca agua por la anticipación de la batalla que estaba a punto de tener lugar. Le encantaban los gritos de impotencia clamando por una patética piedad que siempre lanzaban sus enemigos cuando la hueste de los Portadores de la Palabra desembarcaban en uno de sus «mundos santos», cómo aullaban y lloraban al saber que las legiones del Caos habían mancillado sus ridículas adoraciones de ese cadáver que tanto reverenciaban. Como ordenaba el Libro de Lorgar, los Portadores de la Palabra eran únicos entre las apóstatas legiones de marines del Caos. Ellos eran los únicos que conservaban los sacerdotes y dogmas que sus capítulos habían seguido mientras eran leales a Terra, pero en cuanto hincaron la rodilla, ante los Poderes Ruinosos, sus predicadores y psíquicos adoptaron la marca del Caos absoluto, el Blasfemo Embrujo. Ahora, cuando un mundo caía bajo su poder, los Portadores de la Palabra erigían grandes monumentos a los dioses oscuros del Torbellino, profanaban las iglesias humanas y desacralizaban ritualmente cualquier cosa que proclamara la gloria en nombre del Imperio. Esto, y mucho más, era lo que Garand tenía pensado para Sabien.

El planeta era un mundo templo para los Ángeles Sangrientos. El señor de la guerra no sabía casi nada de por qué los cachorros astartes lo habían denominado así, pero aún le importaba menos. Había sido el lugar de algún gran conflicto y, en su

tonta y sensiblera forma de actuar, los Ángeles Sangrientos habían aislado el planeta para convertirlo en lugar de peregrinaje. Sabien no tenía valor táctico alguno. No disponía de bases, ni minerales que pudieran ser explotados, ni tan sólo de una población que pudiera ser atormentada y asesinada, pero para los Portadores de la Palabra, poner el pie en él sería como asestar un duro golpe al honor de la Legión Astartes, como escupir en el ojo de su precioso Sanguinius.

—Gran Príncipe Brujo. —Un servidor se dirigió a él desde el pozo de control a sus pies—. En breve entraremos en órbita. La fuerza de asalto espera vuestra bendición para desplegarse.

Garand ni se dignó mirar a los ojos al esclavo.

—Enviadlos. Que mi lanzadera personal esté preparada. Bajaré cuando las tropas hayan iniciado su ocultación.

Por mucho que odiara al traidor Stele, estaba obligado a admitir que el humano le había proporcionado exactamente lo que necesitaba. Con las coordenadas galácticas de Sabien, un mundo cuya localización era desconocida para todos excepto para las cartas estelares más secretas de los Ángeles Sangrientos, había sido fácil para la veloz *Misericordia* llegar al planeta de que llegaran los demás protagonistas del pequeño drama de Stele. Consideraba que el inquisidor era un tipo afectado, arrogante y demasiado enamorado de su propia inteligencia. En otras circunstancias, Garand habría estado muy complacido de separar el cuello del psíquico de su cabeza. «Y tal vez todavía tenga la oportunidad de hacerlo», se dijo, pero la Gran Bestia Malfallax deseaba que Stele fuera la herramienta que iban a utilizar contra el enemigo.

Frunció el ceño. El ojo del poderoso Abaddon estaba fijo en esa empresa, y no le gustaría que no obtuvieran resultados. Garand había destinado buena parte de su legión a ese objetivo, permitiendo que el loco de Iskavan fuera sacrificado en beneficio de las complicadas maquinaciones de Stele, pero no sentía por el inquisidor más que un frío desprecio. Después de todo, un traidor a su propia especie seguía siendo un traidor, y ¿quién podía asegurar que no volviera a cambiar de bando? Evidentemente, en el Imperio había quienes llamaban a Garand y a los suyos traidores, pero como muchas de las ovejas del Emperador, no entendían nada. Ningún marine del Caos era un traidor. Si acaso, eran los más leales de todos, pues habían abandonado todo lo que los hacía débiles para jurar lealtad a las fuerzas más poderosas de toda la creación.

La ensoñación de Garand se perdió mientras estudiaba el grueso anillo de asteroides que envolvía Sabien en un amplio cinturón elíptico. Supuso que era todo lo que quedaba de alguna luna, sin duda destruida en el conflicto que había hecho de Sabien la esfera maldita que era actualmente. Los sistemas del espíritu máquina de la nave de guerra confirmaron que la irregular nube de piedras era rica en materiales densos, opacos a los sensores, que encubrirían adecuadamente la presencia de la

Misericordia. Miró hacia arriba y vio los parpadeos de las luces alejándose del casco de la nave. La mano en forma de garra del señor de la guerra agarró con fuerza el ennegrecido entramado metálico que tenía delante con embelesada expectación. El grandioso plan del señor demonio Malfallax había dado un paso más hacia su mortífera conclusión. Ese día acabaría con la renuncia de los Ángeles Sangrientos a su pacto de lealtad con el Emperador y su entrega al Caos, o acabaría con los huesos de todos ellos entremezclados con los de sus hermanos ya enterrados en las criptas de Sabien.

El sueño.

Al principio había sido una irritación menor, alguna pieza de su vida pasada afectando las posibilidades que el destino le había deparado. Llegaba en esos momentos en que descansaba, en los breves períodos de reposo cada vez menos necesarios mientras las maravillas de su nuevo cuerpo se le revelaban. Al principio el sueño únicamente aparecía cuando Arkio dormía, pero ahora que la Cruzada de la Sangre iniciaba su andadura, sus apariciones habían empezado infiltrarse en sus vigilias. Siempre que su mente empezaba a distraerse de los asuntos importantes, allí estaba.

Arkio se arrodilló ante el gigantesco friso de Sanguinius en La gran sala, con su magnificente cara mirándolo, reflejando sus propios rasgos en la mandíbula y el mentón, en la nobleza de la boca y los ojos. Sus blancas alas argénteas se movían por voluntad propia, desplegándose elegantemente en un susurro, con las puntas colgando para situarse junto a las doradas hombreras de su armadura artesanal como una capa de nieve. Descansando junto al altar de arenisca roja de Baal estaba el santificado cilindro de metal que contenía la lanza sagrada. Arkio abrió la caja para que la luz de color miel de la antigua arma quedara libre para iluminarlo. Al posar la mirada en la Lanza de Telesto, Arkio sintió una vez más el zumbido del poder desatado en sus venas. La preternatural potencia de la línea sanguínea del Ángel Sangriento corría con fuerza por él.

Arkio inclinó la cabeza; ninguno de los capellanes, con su negra armadura y sus cascos con forma de calavera, había osado acercársele cuando entró, y sin pronunciar una sola orden, habían sellado la cámara. No podía verlos, pero sabía que se habían reunido en el extremo más lejano de la nave principal de la catedral, observándolo con reverente silencio. Arkio hizo el símbolo del águila, sintiéndose aliviado al hacerlo.

—El Más Puro, escúchame. Proporcióname tu guía. Soy tu contenedor y tu mensajero. Conoceré los designios de Sanguinius para hacerlos míos. Proporcióname el entendimiento de esta visión que me persigue…

Arkio cerró los ojos y dejó que el sueño se desplegara en su mente. Ya hacía días que la *Bellus* viajaba por la disformidad, reteniéndolo, resistiendo su tirón. El toque del empíreo parecía alimentarlo y reforzar su influencia.

Empezaba en Baal, como siempre lo hacía. A la cabeza de un grupo de hombres y marines espaciales de un millón de almas, Arkio marchaba hacia las puertas de la fortaleza-monasterio. Junto a él había astartes con armaduras de todos los tonos carmesíes, no sólo Ángeles Sangrientos, sino también guerreros de los capítulos Desgarradores, Bebedores de Sangre, Ángeles Bermejos, y otros. Había hombres con la armadura negra de la Compañía de la Muerte, con sus grebas marcadas con la cruz roja que los señalaba como víctimas de la rabia, pero marchaban junto a él con la misma tranquilidad que sus hermanos de batalla. Su mera presencia era suficiente para calmarlos.

Las puertas erosionadas por el viento se abrían ante Arkio y el monasterio se presentaba ante él y sus cruzados. Todos en su interior, marines y apotecarios, tecnosacerdotes y siervos del capítulo, todos, hincaban una rodilla en tierra y agachaban la cabeza a su paso. No se oía ni el clamor popular ni los gritos enfervorecidos de los habitantes de Shenlong. Aquí en Baal solamente podía oírse el viento, y el silencio de esos devotos marcaba su devoción hacia él. Nadie osaba hablar en presencia del Ángel Renacido, tan grande era su reverencia.

Atravesando el silencioso claustro y penetrando en el gran salón, vio la cara de los más grandes Ángeles Sangrientos saludándolo, golpeándose el pecho con el puño cuando él pasaba junto a ellos. Argastes, Corbulo, Lemartes, Moriar, Vermento. Incluso los muertos más venerados lo saludaban. Tycho estaba hombro con hombro con Lestrallio, y por un instante le pareció ver a Koris entre ellos, pero su figura parpadeó, y después sólo quedaron sombras.

En el altar, bajo las gigantescas estatuas de Sanguinius y del Emperador se encontraban Dante y Mephiston. Hubo un instante en que sus miradas se cruzaron, y Arkio temió verse forzado a sacar la lanza ante ellos, pero tanto el comandante supremo como el Señor de la Muerte se inclinaron ante él. Entonces, y sólo entonces, pudieron oírse las voces de los guerreros, e hicieron temblar las columnas del cielo al gritar su nombre.

Pero en las sombrías esquinas algo fétido acechaba.



—Señor inquisidor, ¿qué vamos a hacer con esto? —Dijo Delos conteniendo a duras penas un cierto temor en la voz—. ¿Veis la luz que cae del Bendito?

La cara de Stele se endureció al ver los colores amarillo blanquecinos que danzaban sobre la forma dorada de Arkio en el otro extremo de la sala. El intenso brillo de la Lanza de Telesto lo rodeaba como la cálida luz del verano.

—Sí, capellán, actuasteis correctamente al hacerme llamar. Esto… esto es una manifestación de la voluntad del Ángel Renacido. Está rezando en busca de guía ante las batallas que nos aguardan… —La mentira surgió con facilidad de su boca. Delos intercambió miradas con los otros sacerdotes.

—Pero su cara… se deforma y se mueve, lord Stele. Jamás había visto algo como esto… Y sus gritos… Podría jurar que Arkio siente un gran dolor…

—¡No! —le espetó Stele—. No puedes ni imaginarte los caminos de la lanza sagrada, sacerdote. Arkio está en comunión con la sangre que corre por sus venas, nada más. El debe… debe encontrar consuelo para hacer esto solo.

—Pero nosotros no podemos…

—Debéis dejarlo —atronó el inquisidor—. Yo velaré al Bendito. —Cuando Delos vaciló, señaló con el dedo las puertas de la capilla—. ¡Fuera! —La voz de Stele se convirtió en un rugido—. En nombre de Sanguinius, os lo ordeno.

En cuanto las puertas de madera se cerraron, Stele empezó a correr hacia el altar. Había un hedor en el aire, un hedor que le era familiar como el sonido de su propia respiración: carne muerta, sangre caliente, hierro frío.

Caos.



Nueve

El sueño se intensificó y se volvió oscuro. Se convirtió en una pesadilla.

Y ahora todo se transforma en cenizas.

En el instante de su mayor triunfo, cuando todo Ángel Sangriento vi yo jura fidelidad a Arkio, las sombras que estaban reuniéndose en las esquinas inundan su campo de visión. Una oleada, de sangre descompuesta lo cubre todo, convirtiendo a los hombres en cadáveres putrefactos; sus cuerpos flagelados bajo el empuje de la ola, la ceramita convertida en papel, y la piel agrietándose alrededor de los grisáceos huesos. Los muros de piedra se fracturan y caen envejeciendo eones en pocos segundos. El propio Baal grita agónico cuando la polución se extiende por su superficie. Los muertos se dirigen hacia él, un océano de esqueléticos dedos con garras arañando su armadura dorada. Dante y Mephiston lo agarran, gritando de dolor y con los menguantes ojos suplicando saber la razón por la que los ha abandonado.

La boca de Arkio no forma ninguna palabra, ni tiene ninguna respuesta para ellos. Lo único que sabe es que esa gran corrupción es culpa suya.

La oleada de ruinas llega a sus botas y lo cubre como un hongo de crecimiento rápido. La armadura dorada se convierte en bronce deslustrado y, después, en óxido oscuro. La voz de Arkio encuentra tiempo para lanzar un grito que desgarra el alma.

El sonido que emitieron los labios de Arkio hizo que Stele se detuviera al llegar a los pies del altar. El grito rebotó en las paredes de la gran sala, haciendo vibrar los soportes de las velas fotónicas y de los incensarios que colgaban de cadenas a gran altura. Observó nerviosamente las puertas, pero permanecieron cerradas. Al menos el capellán se había tomado su orden en serio. La cosa no tomaría un buen cariz si Delos y sus hermanos de batalla observaban lo que estaba a punto de suceder. Stele hizo una mueca al penetrar en el halo proyectado por la lanza. El toque del arma provocó complejas y embriagadoras emociones en el interior del inquisidor, que se vio obligado a relegarlas a lo más profundo de su mente. Necesitaría toda su habilidad para concentrarse en ese momento y lugar.

Arkio estaba temblando, con la piel blanquecina y cubierta de sudor. Parecía que unas formas se movían por debajo de la superficie de su elegante cara. Unos delgados cilios con forma de gusano surgían de la curva entre sus mejillas y su mandíbula.

Stele lanzó una maldición. El insensato joven se había causado todo eso a sí mismo. Incapaz simplemente de dejar en paz la lanza sagrada, Arkio había pasado demasiado tiempo bajo la radiación del aparato, y ahora los arquitectos de su cambio estaban en peligro de estropearse. Oscuras lesiones, duras y negras como perlas extrañas, le estaban apareciendo en el cuello y en la frente. Algunas de ellas se habían abierto como ojos.

—Demasiado pronto —murmuró—. Es demasiado pronto. La mutación era estable. Estoy seguro de ello.

Apartó la capa y colocó sus manos a ambos lados de la cabeza de Arkio. Reprimiendo una repentina necesidad de abandonar, el inquisidor reunió sus fuerzas y dejó que sus sentidos psíquicos se extendieran por la piel bajo sus manos. Delicadamente, sus dedos empezaron a fundirse con la materia de la cara de Arkio.

El peor de los horrores se había reservado para el final.

Allí donde sus hermanos de batalla habían caído, nuevas y monstruosas criaturas cobraron forma, reconstruyéndose a partir de los restos de huesos y armaduras. Esas cosas se acercaban. Criaturas malditas, enfermizas parodias de la nobleza de los Ángeles Sangrientos, con su armadura carmesí manchada con la sangre de inocentes, las alas blancas del símbolo del capítulo convertidas en huesos y espadas, y la lágrima roja húmeda de entrañas. De sus cuerpos surgían cuernos y colmillos. Su execración superaba incluso la de los traidores Portadores de la Palabra. Por todas partes sus deformes hermanos pintaban cruces de ocho puntas, inclinando hacia atrás la cabeza para llamar al Caos.

El aire se espesó alrededor de Arkio cual arenas movedizas. Trató de alcanzar la lanza sagrada, el último faro de pureza, mientras su piel se separaba de los huesos. Sus dedos tocaron el cálido metal…

El brazo de Arkio se dobló bruscamente, un títere movido por un marionetista descuidado, y sus dedos rozaron la Lanza sagrada.

Un aire caliente chisporroteó alrededor de los dos hombres y Arkio fue empujado hacia atrás.

Las repulsivas infecciones de su piel burbujearon y reventaron. Fuera de la vista, bajo su placa de armadura pectoral, nuevas protuberancias cancerosas surgieron en el perfecto cuerpo de Arkio y vomitaron pus amarillento. Óseas excrecencias de materia distorsionada presionaron la jaula que era su piel. La carne del joven marine espacial, tan perfecta y tan magnífica, estaba pudriéndose desde el interior.

—¡No! —Gritó Stele—. Todavía no. No voy a permitirlo. —Moviéndose por su carne, los dedos del inquisidor se hundieron en la columna de Arkio, palpando y sintiendo el negro huevo de corrupción que había sido plantado allí muchos meses

antes.



Y la Lanza de Telesto lo rechazó.

Dolor. Grandes espadas de agonía, más poderosas de lo que los mortales pueden comprender, se clavaron en Arkio. Retrocedió y su cuerpo cambió; la mano chamuscada se retorció y tembló. Se convirtió en un nido de tentáculos y garras Se toco la cara y encontró, un huerto de espinas y zarzas, negras lenguas chasqueantes y carne derretida. La oleada oscura estaba dentro de él, reescribiendo su alma. Podía verlo allí, grabando en él la marca del Caos absoluto.

Y también había una bestia rugiente junto a él, el odioso corazón de la sed roja, al que dio la bienvenida. Arkio trastabilló y cayó.

Se había convertido en el No Bendito.



Allí, allí estaba, sujeto a los huesos de la columna vertebral de Arkio como una telaraña. Finas líneas de líquido oscuro surgían de su forma ovalada, miles de nervios que penetraban en todos los órganos y elementos del cuerpo del Ángel Sangriento. Eran tan delicados, tan sutiles, que sólo abriéndolo o desgarrando su mente psíquicamente se podía descubrir dónde se encontraba ese veneno en el interior de Arkio. Era un negro corazón de puro Caos. El objeto era vidrioso y duro, un fragmento de alguna forma creada con el pensamiento por Malfallax. El Monarca del Resentimiento lo había hecho con su propia esencia, entregando la semilla a Stele el día en que ese intrincado plan se había convertido en una realidad. No había nada en Arkio que no hubiera sido afectado por las mutaciones creadas por el huevo. Sus cilios lo habían infiltrado todo, deformando la carne del joven; había sido esto lo que finalmente le había proporcionado sus alas, su cambio, su emergencia.

Stele arrulló el huevo, lo sujetó y calmó al maligno parásito. En estos momentos debía ser muy cuidadoso. Mientras la mutación progresara lenta y sutilmente, la mácula del cuerpo de Arkio pasaría indetectada, pero la obsesión del estúpido cachorro por la Lanza de Telesto había agitado la semilla. Si no podía calmarla, todos sus cuidadosamente labrados planes se verían frustrados.



Anteriormente allí era donde acababa la visión, pero esta vez siguió adelante.

Algo venía Un hombre de armadura carmesí, inmune a la mutación y corrupción que lo rodeaba. Las oleadas de podredumbre se retiraban a su paso. La versión

traidora de Arkio escupió y abominó.

Hubo un parpadeo de luz amarilla. De repente, la lanza sagrada cruzó la sala y fue aparar a las manos del recién llegado. Arkio, ceceando a través de las numerosas bocas cubiertas de brotes de deformes colmillos, pronunció su nombre:

—*¡Raaaaaaffffffffffennn*!

Su hermano no lo reconocía. Rafen apuntó a Arkio con la Lanza de Telesto y la clavó en su corazón.

Traicionado, mutado, cambiado y descartado, Arkio murió gritando.



Arkio desfalleció y cayó al suelo de piedra de la gran sala respirando con grandes dificultades. Hábilmente, Stele se retiró de la carne del cuello del marine, tras lo cual, la abertura se selló como la superficie de un lago. Unos hilillos de sangre manchaban los dedos del inquisidor, que se los secó con un pañuelo.

—Rafen… No… —gimió la figura dorada.

Stele hizo una mueca ante la mención del hermano de Arkio, observando cómo las lesiones de la cara del Bendito se reducían hasta desaparecer, ocultándose las bocas de pústulas supurantes entre los pliegues de la piel. Una vez más, Arkio era perfecto, un ideal de alabastro del Más Puro. Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Stele? —exclamó—. Amigo mío, ¿qué ha sucedido?

El inquisidor mostró una cara de preocupación que ocultaba su auténtico enojo.

—Bendito, loado sea Sanguinius por que estáis bien. Me temía lo peor…

Arkio se puso de pie, con las alas plegándose a su espalda.

—He tenido… una terrible visión, inquisidor. Una victoria arrebatada por la marea del Caos.

La cara de Stele siguió totalmente impávida.

—Debéis de estar equivocado, Bendito.

El miró hacia sus manos y, a continuación, a la zumbante forma de la lanza.

—La lanza… —empezó a decir Arkio recuperando la voz— se volvía contra mí.

—Imposible —dijo Stele con tono tranquilizador—. Una cosa así jamás podrá suceder. —Se acercó a la lanza que estaba en el altar—. Mirad aquí, Más Puro. La lanza sagrada es exclusivamente vuestra. Tocadla.

Dubitativamente, Arkio extendió una mano hacia el arma, recorriendo con los dedos la forma de una figura encapuchada que había en el asta. La Lanza de Telesto brilló bajo su caricia. El alivio recorrió la cara del marine.

—¿Veis? —Stele sonrió—. No era ninguna visión, Arkio. Simplemente el peso de estos días cayendo sobre vos. La lanza sagrada es vuestra —repitió. Interiormente, el inquisidor quedó aliviado. Sus cuidados habían sido suficientes y las mutaciones habían sido suprimidas, de forma que el arma de Telesto no podía reaccionar ante

ellas, de momento.

—Era tan real —estaba diciendo Arkio—. Podía sentir la mano de la disformidad en mi interior…

—Vuestra mente cambia al igual que lo hacen vuestro cuerpo y espíritu, Bendito —dijo Stele—. Sólo vos podéis saber qué destino os ha reservado Sanguinius. Tal vez esta… visión era una especie de advertencia…

—Explicaos —exigió Arkio, desapareciendo sus dudas a medida que regresaban sus formas señoriales.

—Tal vez… tal vez el Gran Ángel os estaba mostrando lo que sucedería si le falláis…

—Si… —Arkio se alejó—. Eso no debe suceder jamás, Stele. Con vuestros consejos, la Cruzada de la Sangre prenderá las estrellas con su fuego virtuoso.

El inquisidor se hizo a sí mismo un gesto de asentimiento. La crisis había pasado.

—Así será, Bendito. Y empezaremos por el planeta Sabien.

Arkio asintió y se dirigió en solitario al crucero de la catedral. Stele observó las plumas de sus alas oscilando mientras se movía. Sólo era cuestión de tiempo que la mácula de la mutación volviera a hacerse visible, pero si todo seguía su curso de acuerdo al plan, para cuando eso sucediera Arkio y sus Ángeles Sangrientos estarían glorificando el nombre del Caos y lo recibirían como el regalo que realmente era.



Chorros procedentes de los motores de propulsión surgieron de la parte inferior de la Thunderhawk cuando aterrizaba bajo la gravedad de Sabien. Desde la rampa de despliegue la proa de la nave se inició una dispersión de movimientos precisos y rápidos. Cuatro Ángeles Sangrientos, cada uno sosteniendo un bólter en posición lista para el combate, se abrieron en abanico para adoptar una formación en cuña. Sus ojos escudriñaban constantemente los alrededores en busca de cualquier signo de movimiento.

Por detrás de ellos surgió una figura tan alta como un dreadnought, avanzando con fría decisión por el puente. Dos marines más, un avezado veterano y un tecnosacerdote, lo seguían pisándole los talones.

—Desplegad a los exploradores —ordenó. Su voz pudo oírse por encima del rugido de los motores de una segunda y una tercera Thunderhawk que estaban aterrizando en las proximidades—. Quiero que se establezca un perímetro de seguridad, hermano sargento. Aparentemente somos los primeros en llegar, pero las apariencias pueden ser engañosas.

—A vuestras ordenes, mi señor. —El veterano saludó y se fue a la carrera, gruñendo órdenes a un grupo de exploradores marines espaciales con armaduras ligeras.

El otro guerrero se detuvo para escuchar una voz en su comunicador.

—Mensaje de la *Europae*, mi señor. La nave ha establecido órbita geoestacionaria sobre esta posición. Esperando órdenes.

Mephiston pisó la superficie de Sabien e inspiró profundamente. Cientos de aromas asaltaron sus potenciados receptores sensoriales, que procesaron rápidamente en su cerebro los olores en categorías bien conocidas. «Muerte. Este planeta huele a muerte».

—¿Lord Mephiston? —insistió el tecnomarine, vacilante alrededor del jefe bibliotecario. Incluso entre los miembros su propio capítulo, el psíquico supremo de los Ángeles Sangrientos era tan temido como respetado.

—La *Europae* debe permanecer en máxima alerta de combate —respondió Mephiston estudiando la zona de aterrizaje—. ¿Qué hay de los contactos sensoriales esporádicos del anillo de asteroides? —Miró hacia arriba. En lo alto podía verse un fantasmagórico brillo blanquecino dividiendo en dos el cielo azul anaranjado, la gruesa banda de rocas y asteroides capturados que rodeaban Sabien, los restos de la que fue la luna más grande del planeta.

—Ninguna otra detección —informó el marine—. Los informes de los cogitadores concluyen que los contactos debían ser refracciones solares en los cristales de hielo, o posibles proyecciones termales.

Mephiston arrugó el labio ante esta evaluación.

—Ya veremos. —Dejó al tecnosacerdote atrás y avanzó, seguido por la escuadra táctica. No se valía de la más característica guardia de honor de marines en misiones planetarias, prefería la compañía de las tropas regulares de los Ángeles Sangrientos. Era mejor ver de primera mano la disposición de los hombres que había ordenado el comandante Dante para observar signos de defección o corrupción.

Ésta no era la primera vez que Mephiston ponía el pie en Sabien. Una vez, varias generaciones atrás, había estado en ese mismo lugar, respirado el mismo aire. Entonces era un hombre muy diferente, era el hermano Calistarius, un mero codiciario a muchos siglos de los eventos de la colmena Hades que lo convertirían en Mephiston, el Señor de la Muerte. Y sin embargo, por mucho que pareciera haber cambiado en todos esos años, Sabien no había cambiado en absoluto. El mundo templo seguía siendo el mismo, como lo había sido durante los cientos de años pasados desde que el humo y las cenizas de la brutal campaña Phaedra se habían asentado. En ese tiempo, Sabien había sido el foco de la mayor pérdida de vidas del capítulo de los Ángeles Sangrientos desde las batallas de la Herejía de Horus, y cuando el mundo fue finalmente pacificado al coste de innumerables vidas humanas, la Iglesia imperial había confiado su custodia a los Hijos de Sanguinius. El punto de su desesperada defensa contra los enemigos de la humanidad se convirtió en un lugar de peregrinaje, y había sido en uno de estos viajes que el psíquico había visitado por

primera vez Sabien.

La aguda vista de Mephiston recorrió la irregular silueta del horizonte. Las Thunderhawk habían aterrizado en la plaza la ciudad donde había tenido lugar el principal enfrentamiento de la campaña. Aquel espacio estaba cubierto de mampostería derruida hasta donde el ojo podía ver, mástiles rotos de hierro oxidado desprendidos de los restos de las derrumbadas columnas. Lo que quedaba de la arquitectura creada en el antiguo estilo de la Vieja Terra podía verse por todas partes. Largas salas y claustros se mezclaban con las torres de la catedral que antaño habían cortado los cielos con su magnificencia. Ahora, las calles de Sabien estaban cubiertas de cascotes y las torres habían sido abatidas. Una sola construcción sequía en pie en medio de la plaza. Inclinada por las detonaciones de proyectiles mucho tiempo atrás, una estatua en lo alto de una columna de piedra seguía vigilando la ciudad muerta. De alguna forma, la figura del ángel jamás había sido alcanza en medio de la locura de los combates por Sabien. Y allí seguía, incluso ahora, con sus rasgos erosionados a formas vagas, y como símbolo de la voluntad humana.

El bibliotecario apoyó la mano en la empuñadura de la enfundada espada psíquica y cerró los ojos. Sutilmente invocó la energía del movimiento acelerado que bullía en su mente, moldeándola y absorbiéndola en sus sentidos. El exultante torrente de potencia lo recorrió como un escalofrío, y Mephiston permitió que su mente se liberara de su envoltorio de carne y hueso. Unos brillos azules flotaron alrededor de los cráneos con cuernos que decoraban su capuchón psíquico, y el Señor de la Muerte exploró en busca de vida. El fantasma de su yo psíquico se deslizó por entre las desoladas calles como un aliento de energía mental cambiando y fluyendo por el aire.

Los muertos habían dejado su impronta en el paisaje psíquico de Sabien. Entre las ruinas de la ciudad no había ningún lugar que no presentara cicatrices de muerte violenta. Angustia y dolor puro estaban grabados en las piedras, de forma tan evidente para los sentidos de Mephiston corno las chamuscadas sombras de figuras humanas tras una explosión nuclear. Los desvanecidos gritos de los Ángeles Sangrientos colgaban de los bordes de su percepción espiritual; los fantasmas lo llenaban todo. Un nervio se tensó en la mandíbula del Señor de la Muerte. Incluso para un bibliotecario de su considerable disciplina era difícil discernir entre el ruido opaco de la ciudad maldita y buscar más allá. Frunció el ceño. Allí parecía que había algo, en el límite de su visión mental, pero era efímero, oculto entre el desorden de los muertos en la guerra. Tal vez…

La cabeza de Mephiston se volvió bruscamente con un movimiento rápido, y el tecnomarine se quedó petrificado, sorprendido por el gesto. El psíquico Ángel Sangriento miró hacia arriba. Las estrellas vespertinas estaban surgiendo lentamente en el cielo azul oscuro, y un brillante punto fijo mostró la posición de la *Europae*. Ya vienen, susurró para sí mismo con voz extremadamente baja para que nadie más lo

oyera.

Como el nacimiento de una nueva constelación, la visión interior de Mephiston pudo ver el grupo de mentes brillantes acercándose al planeta a gran velocidad, y entre ellos, pudo leer los extraños vaivenes de una mentalidad como ninguna con la que se hubiera encontrado anteriormente.

Hubo un crepitar de estática procedente del comunicador del tecnomarine y éste miró hacia Mephiston.

—Mi señor, mensaje de la *Europae*. La barcaza de batalla *Bellus* ha llegado.

Él asintió.

—Lo sé. Puedo sentirlos.

La *Bellus* presentó la proa acorazada a su nave hermana a medida que reducía la velocidad. Ambas naves eran prácticamente la imagen especular la una de la otra. Los gigantescos cascos estaban erizados de cañones y tubos lanzamisiles. Ambas mostraban un gigantesco círculo con el símbolo del capítulo bajo la cresta dorada del águila imperial, pero las similitudes acababan en la superficie. A lo ancho de la órbita de Sabien, las tripulaciones de ambas naves se vigilaban mutuamente con suspicacia. Era muy extraño ver dos naves de esta clase el mismo lugar. Este tipo de despliegues generalmente eran el preludio de una guerra a gran escala, y había muchos Ángeles Sangrientos a bordo de la *Bellus* y de la *Europae* que se preguntaban si iba a producirse una batalla.

En el puente de mando, el capitán Ideon estudió la otra nave con todos sus recursos tácticos, como habría hecho con cualquier nave enemiga.

—Solus —dijo—. Las paletas sensoras de cuadrante delantero de babor detectan lo que podría ser una fluctuación en los refrigerantes del motor.

El ayudante de Ideon asintió desde su puesto en el cogitador primario.

—Confirmado, capitán.

—Introduce esta información en los servidores artilleros. Puede sernos útil si llegamos al enfrentamiento.

En la ventana de observación, Stele hizo un alto en su conversación con Sachiel para dirigirse al capitán.

—Me entristece que deban tornarse estas precauciones, pero después del incidente de la *Amareo*…

—Podéis estar seguro de que la tripulación de la *Europae* está haciendo exactamente lo mismo con nosotros —le espetó Arkio. Estaba rígido por la tensión y, con largas zancadas, pasó junto al sacerdote sanguinario para dirigirse al trono de mando.

—Ideon, ¿detectas cualquier otra nave en la zona?

El capitán parpadeó mientras dirigía los ojos y oídos de la *Bellus*.

—No, Bendito —respondió tras unos instantes—. Por ahora, ningún otro

contacto.

—Parece que Dante mantiene su palabra —apuntó Sachiel. El sacerdote parecía mutado, pues ya no vociferaba—. Tal vez haya visto un camino pacífico en medio de este… —Sachiel se atragantó con la palabra—. Este… este desorden.

Stele le lanzó una mirada de soslayo.

—Así debe ser. Pero respetuosamente sugeriría que no por eso bajemos la guardia. Si el comandante Dante decide…

—Dante no está aquí —interrumpió Arkio con voz acerada—. Lo siento en los huesos. Ha enviado a su segundo, el psíquico Mephiston. —El marine espacial de dorada armadura miro a Stele a los ojos—. ¿No lo sentís, inquisidor?

Cautelosamente, Stele extendió una pequeña parte de su poder mental hacia la superficie de Sabien, y se detuvo igualmente rápido al comprobar que tenía razón. El Señor de la Muerte los aguardaba. Durante un breve instante, una sombra de preocupación cruzó la cara del agente herético.

Arkio se aproximó a Ideon y le confirmó la orden.

—Que toda la nave permanezca en estado de guerra, capitán. Estas son mis órdenes. Los Guerreros del Renacido me acompañarán a Sabien. Lance los transportes y las Thunderhawks. Me encontraré con Mephiston a la cabeza de mi gente.

—He seleccionado una compañía de marines, Bendito —añadió Sachiel—. Vuestro ejército será sin duda una visión gloriosa.

Arkio asintió.

—Acompáñame, sacerdote, y tú también, inquisidor. Vamos a hacer historia.

Stele hizo una profunda reverencia y siguió al Ángel Renacido fuera de la sala. Al entrar en los resonantes corredores, se quedó unos pasos atrás y habló rápidamente por un comunicador oculto en su gorguera.

—Ulan, escuchadme. Acudid a la bahía de carga y preparaos para desembarcar en el planeta. Voy a necesitaros en la superficie.

—¿Mephiston? —le llegó como respuesta.

—Daos prisa —replicó, apresurando el paso.



Por todas partes a bordo de la *Bellus*, los transportes estaban recibiendo su carga. Cada nave en forma de proyectil recibía su pasaje de humanos fanáticos armados. Las órdenes de Ideon atronaban en todos los puentes de la nave, llamando a las armas y preparando las tropas para el desembarco. En los días que habían pasado desde su partida de Shenlong hasta su llegada allí, los Guerreros del Renacido se habían vuelto más intranquilos y estaban impacientes por entrar en acción. En todos los grupos se notaba la tensión mientras subían a los transportes. Su ansia por demostrar su valía a

Arkio era más fuerte que sus miedos.

Rafen se unió al final de un grupo de soldados, manteniéndose lo más alejado posible de los demás marines espaciales que conducían al variopinto ejército hacia los transportes de tropas. Oculto en los puentes inferiores, el viaje había transcurrido muy rápidamente para el Ángel Sangriento pues se había sumido intermitentemente en un trance de sueño, manteniéndose alerta con la mitad de su cerebro mientras la otra dormía gracias a su nódulo catelepsiano. Rafen estaba agradecido a la capacidad de ese implante. Sospechaba que los sueños que un verdadero descanso pudiera traerle no le habrían gustado.

Los soldados esclavos avanzaban por la rampa de abordaje como un grupo inconexo e indisciplinado, la antítesis total de las perfectas formaciones de los Adeptus Astartes. Cuando entraban en los cargueros, una figura pasó junto a ellos dando órdenes. Otro marine.

Rafen se lamió los resecos labios. Ese iba a ser el momento de la verdad. Si su subterfugio fallaba en ese momento, jamás llegaría vivo al planeta. Hizo un leve saludo al otro Ángel Sangriento y pasó junto a él, subiendo por la rampa hacia la nave.

—Hermano —dijo el marine—. ¿Estás supervisando este grupo? Creía que era yo el que debía acompañarlo… —Su voz se perdió en un tono confuso. Rafen lo reconoció en cuanto el brillo biolumínico le iluminó la cara. Alactus.

Rafen siguió caminando e hizo un gruñido que esperaba fuera suficiente.

—Espera —prosiguió Alactus—. Yo te conozco, ¿verdad? —Su ceño se frunció—. ¿Cuál es tu nombre?

¿Cómo podía no conocerlo?, se preguntó Rafen. Habían servido al capítulo durante décadas.

—¡Hermano! —El grito detuvo a Rafen en lo alto de la rampa y se volvió a medias para mirar por encima de su hombro. Alactus tenía la mano en la empuñadura de la pistola bólter—. Te he hecho una pregunta. —El marine se acercó más, con una evidente mirada de sospecha en la cara—. Quítate el casco.

El miró al transporte; los fanáticos ya estaban asegurados en el interior, y ninguno de ellos podía ver lo que sucedía fuera de la nave. Rafen se volvió para enfrentarse al cauteloso Alactus. No había nadie más en los alrededores, sólo los dos Ángeles Sangrientos.

—Quítate el casco —repitió Alactus con la pistola bólter ya en la mano—. No volveré a repetirlo. —El tono de su voz era afilado como un estilete, el marine mataría a Rafen si éste no respondía.

Rafen asintió con la cabeza y descendió por la rampa, liberando el anillo conector de su casco mientras lo hacía. Se detuvo delante de Alactus y se quitó el casco. Cuando su mirada se encontró con la de su hermano de batalla pudo ver la impresión

en su mirada.

—¡Rafen! —dijo Alactus con voz cavernosa—. Pero tú estabas muerto…

—No —le replicó y con un rápido movimiento, Rafen lanzó su casco al otro marine espacial y corrió hacia él. Acalló el malestar que sentía en su interior por el hecho de estar atacando a un antiguo camarada, pues al hacer eso Rafen se sentía sucio, pero sabía que no tenía alternativa. Si no mataba a Alactus sería él quien moriría.

Alactus fue tomado por sorpresa, y el casco de ceramita lo golpeó, arrancándole la pistola bólter de las manos. El arma cayó lejos mientras Rafen lo golpeaba de nuevo, haciéndole caer al suelo.

—¡Traidor! —le escupió Alactus desenfundando su cuchillo—. Sachiel nos dijo lo que hiciste, lo que trataste de hacer. Asesinaste a Lucion.

—No quería hacerlo…

—¡Mentiroso! Tú, repugnante miserable, te alzaste contra tus hermanos. Trataste de destruir la fortaleza. Nos habrías matado a todos. Habrías matado al Ángel Renacido.

La furia ardió en el interior de Rafen.

—Eres un idiota. No soy yo el traidor, lo eres tú. ¡Tú y todos los que seguís la equivocada locura de Arkio!

—No. —Alactus negó con la cabeza—. No escucharé tus falsedades. El es el Más Puro reencarnado…

—No es nada ni remotamente parecido —replicó Rafen—. Abre los ojos, hombre. Abre los ojos y descubre la verdad. Arkio es más que un peón. Stele está detrás de todo esto, ese brujo mental de los ordos está nublando la mente de todos para sus propios fines.

—¡Mentiras! —Alactus se lanzó contra él con su arma por delante. Rafen lo bloqueó, pero el cuchillo abrió una brecha en su armadura—. Y pensar que confiaba en ti —gruñó el otro marine—. Pensar que luchamos juntos en nombre del Emperador cuando no eras más que un agente del Caos. —Empujó con más fuerza el cuchillo y Rafen tuvo que acallar un grito de dolor—. Te voy a matar como regalo al Bendito.

La mano de Rafen subió hasta encontrar el cuello de Alactus. Los dedos enfundados en ceramita mordieron con fuerza la carne y apretaron.

—Perdóname… —susurró, los dos atrapados en un abrazo mortal. Rafen sentía el cuchillo cortando y rasgando, pero no soltó su presa. Brotó sangre de los labios de su hermano de batalla y los huesos del cuello crujieron.

—Maldito… seas… —Alactus se ahogó y murió en sus brazos.

Rafen lo dejó sobre el puente y arrancó el cuchillo de la herida con un aullido de dolor. Se miró las manos, la sangre las cubría con espesas y acusadoras manchas.

Recordó al Portador de la Palabra que había matado en Cybele de la misma forma. El aire le oprimió el pecho.

—Sanguinius —preguntó en voz alta—, ¿cuándo terminara toda esta locura?

Pero no recibió respuesta alguna. Cuidadosamente, Rafen volvió a ponerse el casco, deteniéndose a recuperar la pistola bólter antes de abordar la nave de transporte. La escotilla se cerró detrás de él, dejando el cadáver de su camarada flotando en el vacío mientras la lanzadera partía hacia Sabien.



—Los exploradores informan de que no hay contactos a lo largo del perímetro exterior —dijo el sargento—. La zona de aterrizaje está desprovista de cualquier signo de vida.

Un principio de burla asomó en una esquina de los finos labios de Mephiston.

—Sólo porque no hayan encontrado nada no significa que no esté allí. Esté atento, sargento.

El Ángel Sangriento asintió gravemente y señaló hacia el cielo.

—Mire hacia allí, señor. Naves.

Una lluvia de transportes y naves de carga descendían para aterrizar en la parte más despejada de la plaza, en la esquina noroeste.

—Preparaos —dijo Mephiston a sus hombres—. Estad preparados para cualquier cosa.

Figuras con harapientos uniformes improvisados emergieron de las lanzadoras junto con los puntos rojos de los Ángeles Sangrientos. El sargento frunció el ceño estudiando a los guerreros con sus sistemas ópticos de largo alcance.

—¿Qué es esto? —Dijo en voz baja—. ¿El pretendiente ha traído un ejército de pueblerinos con él?

Utilizando unos ornamentados magnoculares, el bibliotecario observó las figuras que se movían siguiendo una pobre aproximación de un desfile.

—Ah —dijo después de unos instantes—. Sus ojos, sargento. Mire a sus ojos. Dígame lo que ve.

El ángel sangriento hizo lo que le habían dicho.

—Parecen… maníacos, tal vez.

—Sí. Esos hombres tienen el fuego de la creencia prendido en su interior. Y aquellos que no lo tengan lo compensarán con un terrible temperamento. —Los dedos de Mephiston repiquetearon en la culata de su pistola de plasma—. Obsérvelos. Son de un comportamiento impredecible, si se dan las circunstancias apropiadas.

El sargento volvió a señalar.

—Allí, mi señor. ¿Lo veis? No puedo estar seguro.

El Señor de la Muerte no necesitó que le aclararan donde mirar: flotando como un

serafín entre el grupo de vagabundos, Arkio se aproximaba hacia ellos. Su armadura captaba el rojo anaranjado del sol poniente de Sabien, reflejándolo en la ceramita dorada como fuego líquido. Unas amplias alas blancas formaban un arco por encima de sus hombros.

—Por la sangre del Emperador… —jadeó el sargento—. Casi podría ser…

—No lo es —rechinó duramente Mephiston—. Permítase creer eso y no tendrá ninguna utilidad para mí.

—Perdonadme, mi señor, es sólo que… jamás había visto nada igual.

El bibliotecario podía sentir los mismos pensamientos en la superficie de las mentes de todos los Ángeles Sangrientos de su guardia. Endureció la mandíbula y repasó ligeramente las reservas psíquicas de su movimiento acelerado. Suavemente Mephiston utilizó ese poder para reforzar la voluntad de sus hombres, borrando cualquier germen de duda antes de que se hiciera mayor.



Rafen hizo gestos bruscos con su bólter para que los soldados esclavos fueran dónde él quería. Oculto entre la masa de fanáticos, estaba suficientemente apartado de los marines leales a Arkio para que nadie lo volviera a reconocer. Frunció el ceño tras el visor de su casco. Allí, a cierta distancia por delante de él, avanzaba su hermano, y a su lado estaban el sacerdote Sachiel, Stele y el séquito del inquisidor. Vio al leximecanico arrastrando los pies, las formas flotantes de los servocráneos y una mujer con capa cuyos rasgos eran invisibles bajo una voluminosa capucha. Rafen decidió esperar una oportunidad. Su plan, si podía llamarse así, iba tomando forma sobre la marcha. Tal vez, si se presentaba la oportunidad, podría aproximarse a Arkio sin ser visto y, entonces… ¿Se atrevería a verter otra vez la sangre de un hermano? ¿Incluso si esta vez la sangre era, además, la de un familiar? Fue incapaz de hacerlo en Shenlong y, estudiando sus sentimientos, Rafen no podía estar seguro de si ahora podría.

Al pie de la Thunderhawk Rafen pudo ver otra figura, una inconfundible forma extraída de un libro de historia. Reconoció inmediatamente al jefe bibliotecario de Dante, el psíquico más poderoso del capítulo y, según decían algunos, de todas las Legiones Astartes, que observaba cómo se aproximaban. Rafen recordó el aspecto pétreo de una estatua en los claustros de Caída del Ángel: Mephiston, el Señor de la Muerte. Su nombre lo tenía bien merecido, pues sólo él había penetrado en el desconocido vacío de la maldición genética de los Ángeles Sangrientos y había sobrevivido únicamente gracias a su extrema fuerza de voluntad Mephiston había superado las duras pruebas de la locura de la sed roja y había sobrevivido para contarlo. Los hombres decían que mirar a los ojos del Señor de la Muerte era como ver una ventana a la rabia negra y los lugares oscuros que esperaban más allá del

reino de los vivos. Se sabía que la ardiente mirada de Mephiston había detenido en seco a sus enemigos, que se habían echado a temblar y a llorar.

Como correspondía a un hombre de su categoría, el psíquico llevaba una capa carmesí cubierta de cráneos de hueso, y mostraba el símbolo del cráneo de la muerte a gran tamaño en sus hombreras. Las dos protuberancias del poderoso capuchón psíquico se prolongaban por encima de su cabeza, y la parte superior de su armadura parecía carne desollada, reflejando fibras musculares cruzadas con símbolos de muerte y joyas con forma de gotas de sangre. Era el extremo más oscuro del espectro en contraposición a la brillante forma dorada de Arkio.

—Lord Mephiston —dijo Arkio, inclinando la cabeza a modo de saludo—, me honráis con vuestra presencia aquí. Gracias por venir.

El psíquico estudió al joven. El sargento tenía razón, el parecido de Arkio con el Gran Ángel era extraño. Era casi como si una estatua de Sanguinius se hubiera sacudido su epidermis de piedra y se hubiera bajado del plinto de una capilla. Pero por mucho que la imagen coincidiera con la de las leyendas que habían dado forma a su devoción durante tantos años, Mephiston podía sentir la mácula de algo nauseabundo y corrupto en el aire, flotando como humo de tabaco viejo. Fue muy cauteloso para no mostrar ni la más remota apariencia de obediencia al hombre de la armadura dorada. Este era el que había ordenado la destrucción de Vode, el protegido de Mephiston, y ejecutar a sangre fría a la tripulación del capitán Gallio, algo que el bibliotecario no olvidaría fácilmente.

Pero aun así… Había una pequeña voz en el interior de la mente de Mephiston, un último fragmento de su vieja personalidad como hermano Calistarius, que se sentía intimidado por lo que Arkio había llegado a ser, ese perfecto avatar del gran Sanguinius. Silenció la discordia en su interior y concentró su psicoesencia en un único lugar.

—Vos sois el que llaman Arkio el Bendito. —No era una pregunta—. Afirmáis que sois el recipiente del Soberano Angélico.

—Yo no afirmo nada —dijo Arkio—. Simplemente soy.

Por primera vez sus ojos se encontraron, y desde los oscuros pozos del alma, Mephiston volcó su mirada hipnotizante sobre el joven con tal fuerza que la descarga mental entre ambos hizo que los demás se echaran a temblar allí donde estaban.

—Eso ya lo veremos —lo desafió el Señor de la Muerte concentrando su torva mirada en el alma de Arkio.



DIEZ

La oscuridad se enroscó en el cielo vespertino y cruzó el horizonte con profundas sombras. Algunos Guerreros del Renacido se movieron nerviosamente y murmuraron, y sus armas temblaron al sostenerlas aún con más fuerza, asustados por lo que iba a suceder a continuación. Rafen avanzó entre las filas de hombres para poder observar mejor el enfrentamiento entre las voluntades titánicas de Arkio y de Mephiston. Podía notar la espesa y grasienta textura del aire gélido, el mismo aroma aceitoso que había percibido cuando Stele concentró sus poderes psíquicos, pero esta vez la magnitud era cien veces mayor, y la atmósfera estaba tan espesa alrededor de Rafen, que se sentía como si estuviera avanzando por un pantano. Podía notar cómo crecía el fuego infernal bajo la frente del Señor de la Muerte; las dos brasas de amenaza controlada que eran sus ojos actuaban como faros lejanos.

El hedor de la magia mental estaba por doquier, y Rafen sintió cómo la bilis le subía a la garganta. Estar tan cerca de una manifestación de fuerza psíquica tan fuerte le hacía sentirse sucio e impuro.

Ahora que estaba más cerca, podía ver la cabeza rapada de Stele, con el brillo del pendiente argénteo de pureza en su oreja. El inquisidor parecía incómodo, como si el esfuerzo de permanecer junto al aura de Mephiston fiera demasiado duro para él. A su lado, la mujer que acompañaba a Stele temblaba bajo su capucha. Rafen hubiera podido jurar que veía pequeños hilillos de humo saliendo de los agujeros de su nariz. El marine espacial agarró con más fuerza la empuñadura de su pistola bólter y se obligó a sí mismo a acercarse todavía más.

La mirada era una lente que abría el mundo oculto a la percepción de Mephiston. El poder ardiendo en su interior brillaba a través de las puertas de su visión como el rayo de un faro devoto, acobardando a los débiles y a los impuros en cuanto caía sobre ellos. Su visión más allá de la visión destruía las ilusiones de la realidad y dejaba al desnudo las almas para que el Señor de la Muerte pudiera examinar su pálida y desnuda verdad. Vio a Arkio como si fuera un esquema anatómico dibujado en algún libro de texto del magus biologis: capas de piel, huesos, músculos y nervios, todas visibles para él. El chico era como de vidrio, y la visión de Mephiston brilló en su interior, iluminando cada esquina de su espíritu como si un sol abrasador pasara a través de un prisma.

Allí. Estaba muy bien escondido, enterrado bajo numerosos niveles de protecciones y trampas para la mente. Esa materia trabajaba en el interior de los huesos y la carne del cuerpo del marine espacial, pero la contaminación no podía ocultarse de los poderes de visión de Mephiston. La elipse negra flotaba entre la perfección física astartes de Arkio, destruyendo el sagrado diseño orgánico del Ángel Sangriento. La semilla del Caos brillaba y latía.

En cierta forma estaba un poco desilusionado. Tal vez había una parte de él, por pequeña que fuera, que esperaba que la historia de Arkio fuera cierta; pero en vez de ello, Mephiston se encontraba frente a un engaño, un mutante ignorante de su propia naturaleza envenenada. Otros hombres habrían sentido piedad, pero él no.

El Señor de la Muerte estaba maravillado por la perfección y la ingenuidad de la contaminación; era una auténtica obra de arte psiónica, la construcción de un hacedor que a la vez era genial y demencial. Llevaba la marca inconfundible de El Que Cambia las Cosas en todos y cada uno de sus aspectos. Resiguió los finos filamentos desde la infección, trazando las líneas de la mutación, la reordenación de la carne que había alterado al chico hasta convertirlo en el simulacro que era ahora. Débiles brillos de contacto destellaron en el aura de Arkio, doblándose como flores buscando el sol, todos ellos volviéndose hacia un hombre.

Stele. Mephiston podía oler las emociones corno la sangre vertida, un cóctel de arrogancia luchando contra el miedo controlado, el deseo y la avaricia que ardían bajo la débil capa de fría serenidad. Pero el inquisidor no era quien realmente movía las marionetas. Como un espejo dentro de un espejo, Stele era a su vez controlado por otro intelecto. Dejó que su visión se deslizara hacia la mujer. Con ella fue como el aceite sobre el agua, repeliéndolo instantáneamente. La visión de Mephiston no podía penetrar en ella.

—Decidme, señor —dijo Arkio—. Ahora que habéis mirado en mi alma, ¿qué habéis visto? —La tensión en la plaza podía cortarse con un cuchillo tras estas palabras—. ¿Negaréis la obra del Gran Ángel en mí? ¿O aceptaréis que soy la encarnación del Deus Sanguinius?

Mephiston retiró la mirada psíquica con una sonrisa sardónica en los labios.

—Si vuestra divinidad simplemente igualara la magnitud de vuestra arrogancia, muchacho, podríais ser lo que aparentáis.

—¡Cómo osáis! —Le soltó Sachiel avanzando un paso—. Es el Ángel Renacido, la luz de…

—Silencio, sacerdote. —El psíquico hizo que se detuviera con una simple mirada, y Sachiel se cogió el cuello, tosiendo.

La expresión amable de la cara de Arkio se desvaneció bajo una máscara de neutralidad.

—Mephiston, tened cuidado. Os ofrezco la posibilidad de uniros a mi Cruzada de

la Sangre. No me juzguéis a la ligera. Uníos a mí, y os recibiré como mi hermano de batalla.

El psíquico arqueó una ceja, calibrando el momento.

—¿Y si no lo hago?

—Será muy malo para vos, Señor de la Muerte. Los granos de arena de vuestra vida ya están utilizando tiempo robado. Si volvéis a ponerlos a prueba no tendréis tanta suerte como en Armageddon.

Una suave risa se escapó de los labios del psíquico, y cedió dejar hablar al chico.

—Vuestra presunción me divierte, Arkio. Decidme, esta «cruzada» vuestra, ¿quién os ha otorgado el derecho de declararla? Habláis como si vuestra voz fuera la que dirige nuestro capítulo.

—Y así debería ser —replicó Arkio—. Vuestro amo Dante ha permanecido demasiado tiempo al mando de los Ángeles Sangrientos. Debe apartarse para dejarme paso.

El frío humor desapareció de la cara de Mephiston en un instante.

—Él no hará tal cosa por un pretencioso cachorro como vos. —La voz del bibliotecario era dura como el acero y llena de amenazas.

Arkio lo observó cuidadosamente.

—Tal vez no. Si no abandona su ridículo miedo de mí, lo liberaremos de su cargo. Con todo el esfuerzo que eso requiera. —La figura de armadura dorada llamó a tres de los guardias de honor de Sachiel, y los tres acudieron portando un cilindro de titanio. Arkio abrió la caja y dejó que la radiación de la lanza sagrada iluminara el oscuro paisaje. Con un movimiento rápido, Arkio desenfundó la antigua arma y describió con ella un brillante arco de luz.

—La… la Lanza de Telesto… —Las palabras procedían de los labios temblorosos del tecnomarine.

Arkio apuntó la lanza hacia Mephiston y lo miró a lo largo del asta del arma.

—Lo juro por la sangre del primarca que corre por mis venas. Sabed, bibliotecario, que soy la encarnación del Ángel Sangriento. Soy Sanguinius Renacido. —Rayos dorados crepitaron alrededor del filo en forma de lágrima en la punta de la lanza—. Juradme fidelidad o pereced. La elección es vuestra.

Durante un vertiginoso instante, Mephiston sintió que el mundo giraba a su alrededor al ver la lanza. «¿Cómo puede ser? ¡Empuña el arma sagrada!». Una tormenta de parloteantes dudas engulleron al Señor de la Muerte. Era imposible pensar que un degenerado impostor fuera ni tan sólo capaz de poner la mano sobre la lanza, y aun así Arkio empuñaba el arma como si hubiera nacido para ello. «¿Me habré equivocado? ¿Podría ser realmente el Ángel Renacido? ¿Quién más podría conocer el poder del artefacto de Telesto?». Mephiston desechó sus agitados pensamientos sacudiendo la cabeza. Pequeños dardos de fuego azul crepitaron por su

cristalino capuchón psíquico.

—No —gruñó. Allí estaba utilizándose algún tipo de magia, una brujería tan sutil e insidiosa que incluso una arma forjada en la Sagrada Terra podía ser engañada—. No voy a dejarme engañar, pretendiente. Tus trucos de salón no son rival para mi fe. —La mano del Ángel Sangriento había bajado hasta la empuñadura de su espada psíquica, la antigua espada mental Vitarus—. Ningún auténtico hijo de Sanguinius hincará jamás la rodilla ante vos, charlatán. Sois una mentira.

Una oleada de rabia recorrió a los Guerreros del Renacido y se oyeron algunas manifestaciones de ira violenta entre los leales a Arkio. Rafen dejó que lo empujaran hacia adelante. Arkio negó con la cabeza con preocupación.

—Pobre viejo loco. Estás infectado por el miedo de Dante, como lo estuvieron Vode y Gallio antes que tú, como todo hombre equivocado que se sienta bajo el sol de Baal y cree que es un auténtico Ángel Sangriento. Yo soy el camino —gritó, blandiendo la lanza—. Soy el auténtico Renacido. Tu ceguera me enferma, brujo mental. Me das pena.

Las tropas de Mephiston se agruparon, y sus bólters resonaron al amartillarlos. El bibliotecario se alzó en toda su gran altura, superando por mucho la forma dorada de Arkio y sus brillantes alas blancas.

—Guárdatela para ti, infeliz. Tú y tu cómplice de los ordos. ¡Todos estáis negros por la mancha del Caos! Apestáis… —golpeó con un cobrizo dedo enguantado al inquisidor, que recibió la acusación con una mueca—. ¡Este fantoche es un lacayo de los Poderes Ruinosos, y aquellos que hagan caso de sus palabras están igualmente condenados con el estigma de la herejía! —Las palabras del psíquico arrancaron un coro de protestas y ultrajantes recriminaciones—. Ramius Stele, yo te declaro traidor. Conspiras con los poderes oscuros y te deleitas en la corrupción. ¡Tú eres el arquitecto de esta apostasía!

—¡No! —rugió el inquisidor con un grito que resonó en las distantes ruinas como un trueno—. El Bendito tiene razón. ¡Proscribís todo lo que teméis! Vuestras palabras son mentiras Mephiston, mentiras. ¡Arkio es Sanguinius!

—Entonces podrá demostrarlo —le espetó en respuesta el Señor de la Muerte—. En el Libro de los Señores se dice que el Más Puro podía enfrentarse a cualquier guerrero que jamás hubiera existido. Si eso es así, tal vez vuestro supuesto «Bendito» no tendrá inconveniente a enfrentarse a un autentico Ángel Sangriento en combate singular: —Mephiston mostró sus colmillos—. Si es el receptáculo de la voluntad del Soberano Angélico, deberá salir victorioso. Si no es más que un impostor, morirá.

Observó las consecuencias de su desafío mientras éste se extendía entre los leales a Arkio, sintiendo la mezcla de rabia y miedo que engendró. Asintió para sí mismo; ésa era exactamente la reacción que había buscado. Jugando con el loco joven como si estuviera a su merced, Mephiston lo había conducido a ese momento, y ahora

degollaría al impostor como una bestia de presa. La destrucción tan brutal y plenamente visible de su figura dorada era algo necesario. Cuando Arkio muriera bajo la espada psíquica de Mephiston, sus discípulos y seguidores se desmoralizarían. Su confusión haría más fácil la tarea del Señor de la Muerte de ejecutarlos. Esta insurrección había de ser aplastada de la forma más pública y sangrienta posible.

Los hombres de ambos bandos empezaron a retirarse, dejando sitio para el inminente duelo. Sachiel había recupera una vez más la voz.

—Es una trampa —escupió con las venas del cuello tan tensas e hinchadas por la rabia que parecía al borde de la locura—. No podéis aceptar, Bendito. El psíquico os está manipulando.

Arkio dedicó al sacerdote una breve y benevolente mirada.

—Sachiel, amigo mío. Vuestra preocupación por mi bienestar es inconmensurable pero innecesaria. No voy a rechazar este duelo. Si Mephiston desea ver el poder del Ángel Rojo furioso, ¡por el grial que se lo mostraré! —Avanzó unos pasos pavoneándose con una mueca en la cara. La lanza sagrada descansaba bajo la curva de sus alas—. Me enfrentaré a cualquier hombre aquí —le dijo Arkio al bibliotecario — y lo someteré a la gracia del Emperador, sabedor de la verdad de mi divinidad. —Hizo el gesto de abrir los brazos para abarcar a todos los hombres allí reunidos: Ángeles Sangrientos, leales y soldados esclavos por igual—. ¿Quién de los aquí reunidos quiere enfrentarse a mí en combate? ¿Quién quiere verter su sangre para demostrar la rectitud de mis acciones?

La espada Vitarus susurró al ser desenfundada.

—Arkio —gruñó Mephiston—. Será mí…

—¡Yo me enfrentaré a él! —El grito cortó el aire e hizo que todas las cabezas se volvieran, las manos congeladas en las armas.

—¿Quién? —dijo el sargento junto a Mephiston—. Viene de allí. —El veterano señalaba la masa de hombres de Arkio con su arma.

La perplejidad del psíquico aumentó cuando la turba de harapientos soldados se abrió para dejar paso a un único Ángel Sangriento. Su armadura era la típica de un marine táctico. Descolorida por las manchas de sangre y con un agujero en su placa pectoral. Mientras Mephiston lo miraba, el marine pasó junto a la escolta de Arkio y se quitó el casco. Por primera vez vio una expresión en la cara del pretendiente que no era ni de rabia ni de arrogancia, sino de pura estupefacción.

—¡Rafen! —A Arkio se le atragantó el nombre—. Sobreviviste…

—¡Imposible! —gritó Sachiel desenfundando su arma—. La factoría se desintegró cuando él estaba dentro, no puede haber…

—Silencio, estúpido —lo increpó Stele, obligándolo a bajar el arma—. Parece ser que vuestras noticias de su muerte eran prematuras.

Rafen y Arkio se sostuvieron largo tiempo la mirada.

—Hermano —dijo la figura dorada—, no pensaba que mis ojos pudieran volver a verte.

—Soy un superviviente —le replicó Rafen, reflejando en su voz el peso de todo lo que le había sucedido—, y todo ello nos ha conducido a este punto.

—Trataste de destruirme, Rafen. Me diste la espalda. —Las palabras de Arkio estaban cargadas de emoción, dolor y furia. El negó con la cabeza.

—Yo no te he traicionado, hermano. Tú te has traicionado a ti mismo. Te avisé. Te rogué que te alejaras del abismo. —Rafen miró a lo lejos—. No quisiste hacerme caso.

—Y todo ello nos ha conducido a este punto —repitió. Arkio—. Muy bien, hermano. Si un hijo de Axan debe morir hoy, entonces morirá.

El Señor de la Muerte volvió a enfundar su espada psíquica e indicó a Rafen que se acercara.

—Venid aquí, hermano. Si queréis hacerlo, dejadme que os, conozca.

Rafen se arrodilló ante Mephiston y levantó la cabeza.

—Sí, lo deseo. —La luz tras los ojos del psíquico brilló y marcó a fuego un camino en la mente de Rafen. Este sintió cómo su cuerpo se tensaba y la mano de Mephiston lo retuvo, agarrándolo por la barbilla para que no pudiera huir.

La poderosa mirada interior del bibliotecario destruyó cualquier defensa que Rafen pudiera haber pensado que poseía, recorriendo los corredores de su psique en una inundación de poder. Le pareció que el cerebro se le había convertido en magma incandescente, burbujeando y ardiendo mientras tormentas de recuerdos largo tiempo olvidados fueron extraídos y examinados. Nada de lo que era Rafen escapó a la mirada de Mephiston.

Por un breve instante, sus mentes quedaron unidas cuando el Señor de la Muerte escudriñó la conciencia del marine Mephiston cató el corazón de Rafen, los colores y sombras de su alma; vio fragmentos del hombre que ni siquiera el propio Rafen podía comprender. Deber y honor endurecían su espíritu, forjados en Rafen como los anillos de edad de un árbol nya. Hubo una vez en que ese hombre había sido terco y arrogante, cuando su mente se preocupaba únicamente de su propia gloria; ese Rafen había desaparecido, como un niño se convierte en adulto al obtener todos los conocimientos de las duras lecciones de la vida. El marine encarnaba los ideales de las Ángeles Sangrientos. Era noble pero humilde, un guerrero pero no un beligerante. «Entre todos esos hermanos que han perdido el camino, sólo éste camina por el camino de la sangre. No podría encontrar mejor adalid».

Mephiston sintió algo más, de lo que sólo quedaban fragmentos y astillas en el espíritu de Rafen, el toque de algo superior. Las marcas del poder de una criatura con poderes muy por encima de los del Señor de la Muerte habían influenciado brevemente a Rafen.

Una visión…

El bibliotecario lo liberó y se apartó, calmando el fuego de sus ojos. Se produjo un instante de muda conversación entre los dos hombres, una tristeza por lo que Rafen había visto y lo que él sabía que debía hacerse.

—Él es de vuestra sangre —dijo Mephiston.

—Sí, mi señor —asintió.

—Rafen, tú eres leal a nuestro código. Me apartaré para dejarte ocupar mi lugar en este desafío. —Mephiston hizo una seña al veterano que estaba junto a él—. Sargento, entregad a este hombre vuestra espada de energía.

El marine desenfundó el arma y la presentó a Rafen, quien la aceptó con una leve inclinación de cabeza. Giró el arma entre sus manos, con los dedos encajando perfectamente tras la puntiaguda guarda y su estriada empuñadura. La espada resonaba con una aletargada amenaza, su pulida hoja argéntea captaba el color del cielo anaranjado sobre su superficie. Rafen resiguió la forma de la media águila tallada en la empuñadura.

—Una arma magnífica —afirmó.

Mephiston retrocedió para dejarle sitio.

—Este asunto se decidirá hermano contra hermano, con la victoria para el creyente.



Perfecto.

Stele casi se rió en voz alta cuando Rafen cogió la espada. Eso era ideal, él no podría haberlo hecho mejor, ni llegar al clímax con un final tan exquisito. Hermano enfrentado a hermano, con la muerte como única recompensa por la estúpida presunción de Rafen. Este enfrentamiento sería un magnífico final para el turbulento marine, y finalmente Stele se libraría de ese irritante personaje que le había entorpecido desde el mismo instante en que había llegado a los cementerios de Cybele. Era lamentable que el hermano de Arkio hubiera demostrado ser tan resistente al culto que Stele había creado entre los Ángeles Sangrientos; un guerrero con una alma tan desafiante e infatigable habría sido una magnífica contribución a la tropa del Ángel Renacido. Si hubiera hecho como sus hermanos de batalla y hubiera aceptado de corazón la recién encontrada divinidad de Arkio, Rafen ya sería el comandante en jefe de las fuerzas de la Cruzada de la Sangre, en vez de convertirse en su primera víctima, y sus fluidos vitales habrían sido el vino de la consagración.

«No —se dijo Stele—, es mejor que muera». Mientras siguiera vivo sería un factor aleatorio, una carta desconocida en los juegos que el inquisidor había urdido y trazado. Había sido puro azar que el marine espacial estuviera en Cybele cuando Garand envió los Portadores de la Palabra a atacarlos, pero su presencia había crecido

rápidamente desde una preocupación menor al más importante problema. Rafen jamás entregaría libremente su corazón a su transformado hermano. Stele lo había sabido incluso cuando Arkio le hizo jurar lealtad en la capilla de la fortaleza Ikari, por lo que había de ser destruido.

Rafen moriría por la mano de su propio hermano, y con eso Arkio se vería irremediablemente ligado al camino que lo separaba de la luz del Emperador hasta el fin de los tiempos. Cuando la sangre de su pariente más cercano manchara su dorada armadura, cuando ésta se vaporizara por la ardiente hoja de la lanza sagrada, Arkio habría cortado la última conexión que mantenía con la humanidad. Una vez muerto Rafen, Arkio penetraría más profundamente en la senda de la estrella de ocho puntas sin tener nada que lo retuviera. Mataría su conciencia junto con su hermano.

Stele notó la atención de Mephiston centrada en él y miró al bibliotecario con el rabillo del ojo, incapaz de mirarlo directamente a la cara. Tal vez el psíquico sentía en parte sus pensamientos, o tal vez no. Importaba poco. Esperaría a que la luz se desvaneciera en los ojos de Rafen y entonces daría la señal para empezar la masacre. Con la asfixiante capa mental de Ulan para protegerlo, los leales se abalanzarían sobre el Señor de la Muerte y sus hombres en tal número que no sobreviviría ninguno de los marines espaciales de Dante.

Y si la cosa no se desarrollaba así, había una carta más que Stele todavía podía jugar, un nuevo participante que podía entrar en el campo de juego.

Rafen activó el arma y la sostuvo sobre su pecho, con la punta dirigida hacia el cielo. Le ofreció a su hermano un severo saludo.

Como respuesta, los ojos de Arkio se entrecerraron hasta apenas distinguirse mientras dejaba que la Lanza de Telesto se deslizara por sus dedos hasta su longitud total. Plomizos destellos de relámpagos de color ámbar crepitaban alrededor del filo y el dorado icono de Sanguinius grabado en la empuñadura.

Ambos hombres permanecieron inmóviles durante un instante; la batalla se sumió en el silencio a la espera del repentino flujo de acciones musculares, tratando de adivinar la más pequeña pista que revelara las acciones del oponente. Las batallas guerrero contra guerrero como ésta eran habituales en las guerras del Imperio, donde los conflictos muchas veces se solucionaban con un combate singular entre los campeones de cada bando. Al igual que todo Adeptus Astartes, Rafen y Arkio habían sido entrenados para luchar solos, como un ejército de un solo hombre. En el pasado, cuando eran iniciados, habían entrenado juntos en numerosas ocasiones. Entonces se habían conocido lo suficiente para poder contrarrestar cualquier ataque y neutralizar todas las defensas, pero el tiempo había cambiado a ambos.

Rafen se entregó al momento, dejando que su mente y su espíritu flotaran juntos, mezclándose en un único motor de acción y movimiento. Arkio lo observó impasible y sin moverse, como una estatua dorada entre las ruinas desprovistas de color de la

plaza de la ciudad. La concentración de Rafen se centró en la forma de un hombre. Un enemigo.

Y de repente estaba en movimiento, con un rugido surgiendo de su boca y los colmillos descubiertos por la rabia de combate. El poder de la espada zumbaba a su alrededor en un castigador arco de plata líquida. Arkio reaccionó, haciendo girar la lanza en un brusco gesto defensivo, siguiendo la finta de Rafen. Con su otro brazo, Rafen levantó el pesado y tosco mazacote de su pistola bólter y disparó una ráfaga de tres proyectiles.

Arkio se recuperó con sorprendente rapidez y giró la brillante lanza como si fuera una hélice, creando un brillante disco en el aire con su siseante asta. Los proyectiles bólter chirriaron al ser cortados por el parpadeante escudo. Rafen prosiguió en la línea de su ataque inicial y giró sobre su bota, asestando un golpe bajo con la espada. Esta cortó el aire al resbalar Arkio sobre un poco de tierra suelta. En un parpadeo, apuntó la lanza hacia Rafen.

Su hermano observó la infinitesimal pérdida del equilibrio del pie atrasado de Arkio y avanzó, dibujando una telaraña de líneas hacia él. La punta de la lanza se encontró con la espada de energía y ambas vomitaron violentas explosiones de chispas furiosas estallando como fuegos artificiales al encontrarse y separarse, encontrarse y separarse, y volver a encontrarse.

Arkio retrocedía paso a paso, sin mostrar prisa ni emoción. El abanico de luz creado por la lanza que hacía girar estaba siempre allí donde la espada de Rafen golpeaba, deteniendo sus salvajes ataques, parando todos los golpes y cortes con un rapidísimo movimiento. Para el ojo no acostumbrado parecía que la figura de la armadura dorada estuviera a la defensiva, desviando una infinita lluvia de golpes. Algunos de los Guerreros del Renacido lanzaron algunos silbidos, hasta que los marines leales que los dirigían los criticaron con dureza. Arkio dejó que Rafen gastara la energía de su asalto en una lluvia de golpes, utilizando a la vez la mínima cantidad de esfuerzo en evitarlos. Había esperado algo mejor de su hermano.

Rafen no era tonto. Si proseguía su ataque un segundo más, Arkio se revolvería y contraatacaría. Arremetió hacia adelante, un movimiento fácilmente calculado para que pareciera la acción de un guerrero frustrado y desesperado. Arkio lo recibió impasible, bloqueándolo, y abriendo una ventana de oportunidad en su lado izquierdo durante un mero parpadeo. El marine alado era poderoso, sin duda, pero le faltaba la experiencia de su hermano mayor. Rafen jamás habría caído en la trampa de la finta, pero Arkio lo hizo.

La pistola bólter surgió de la nada, colocándose de repente en la frente de Arkio, con el cañón aún caliente por la descarga de ozono. El dedo de Rafen presionó el gatillo.

Arkio reaccionó con una velocidad preternatural. Sus alas plegadas se extendieron

en una explosión de blanco brillante y salió disparado hacia arriba, apartándose de la línea de fuego de Rafen. La figura dorada describió un rápido y grácil arco por encima de la cabeza de su hermano, girando y aterrizando en el suelo a veinte pasos de distancia. Rafen rotó sobre su posición, siguiendo a Arkio con el arma. Disparó cuatro proyectiles a la forma voladora, siguiendo a su objetivo, pero fallando todos ellos por una mera fracción de segundo.

El suelo tembló y osciló cuando Arkio volvió a aterrizar, causando con el impacto una onda de choque en los restos de cientos de años de antigüedad que había a su alrededor. Una mueca estropeó sus rasgos perfectos mientras giraba la lanza para presentar la brillante punta a Rafen. El dorado brillo y las partículas chisporroteantes se reunieron en una zumbante esfera de energía en la punta del arma. Incapaz de esquivarla, Rafen vio cómo se acercaba y levantó las manos, con la pistola y la espada cruzadas sobre la cara como una desesperada invocación al águila imperial.

El chorro de poder ultraterreno lanzado por la lanza sagrada rasgó la distancia que separaba a ambos hombres, abriéndose y convirtiéndose en una valla de llamas amarillas. Cuando engulló a Rafen, éste sintió cómo su carne ardía; recordó a los portadores de la Palabra, sus cuerpos reducidos a cenizas en las profundidades del manufactorum de Shenlong. Por un instante, Rafen pensó que su mundo había acabado, pero entonces las llamas se apartaron, dejándolo herido pero vivo. Se tocó la cara haciendo caer una pequeña capa de cenizas allí donde su epidermis había sido vaporizada.

—Alabado sea Sanguinius —oyó que decía Mephiston—. ¡La Lanza de Telesto conoce el alma de sus hijos! ¡Ha retirado su fuego sagrado de Rafen!

El marine asintió para sí mismo; evidentemente, el arma estaba codificada genéticamente. Únicamente podía ser utilizada por aquellos que llevaban la huella genética del primogenitor que había en su interior, y no causaría daño a aquellos que llevaban la misma marca en su sangre. Rafen vio un ligero toque de preocupación en los ojos de Arkio; no podría acabar con él con una exhibición de poder como la utilizada contra los malditos marines traidores. Era lo correcto, la lucha se ganaría o perdería únicamente por medio del poder marcial, no por la fuerza de las armas utilizadas. Gruñendo, Rafen se abalanzó una vez más hacia Arkio, con la siseante punta de su espada de energía por delante.

Arkio masculló una maldición, reprochándose haber olvidado que el arma tenía un sistema de protección genéticamente codificado. Cogió la lanza firmemente con las dos manos, como si fuera un bastón. Bloqueó el ataque de Rafen, cada espada rebotó al impactar en la irrompible asta del arma, lo que le hizo perder el equilibrio y la posición, dándole la vuelta a la maniobra que su hermano había utilizado instantes antes.

Trozos rotos de ferrocemento y fragmentos de piedra se desplazaron bajo la bola

de Rafen, que afirmó el pie, negándose a dejar que Arkio lo derribara. Espada y lanza volvieron a encontrarse, presionando cada una el pecho del otro guerrero. Ardientes destellos de luz saltaban entre ellos. Los hermanos luchaban mano a mano, empujando al otro con toda la fuerza que podían reunir.

—Ríndete Rafen —gruñó Arkio—. Ríndete ante mí y acabaré rápidamente.

—No pienso rendirme a la corrupción —jadeó él—. Hermano, todavía debe quedar algo del hombre que conocía en tu interior, algún trozo de tu alma que siga siendo pura.

—Yo soy la pureza personificada. —La piel de la cara de Arkio estaba enrojecida por la rabia, los dientes al descubierto. Loco ignorante, te opones al verdadero señor. Yo soy el Deus Sanguinius…

—¡Tú eres un fraude! —Gritó Rafen con un aullido—. No eres más que una marioneta de esos bastardos de los ordos. El te hizo esto, convirtiéndote en esta obscenidad mutante.

Arkio inclinó la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido.

—¡Mentiroso! ¡Traidor! ¡Cobarde! —con un gigantesco y violento impulso, el marine alado levantó la lanza y golpeó en el centro del torso de Rafen con la fuerza de un trueno.

El impacto alcanzó al Ángel Sangriento como un proyectil de cañón y Rafen salió despedido hacia atrás. Voló por los aires, disparando de forma refleja su pistola bólter; los disparos rebotaron en las rocas o alcanzaron sólo indirectamente la armadura de. Arkio. Rafen cayó con un estruendo de piedras rotas y levantó una gran nube de polvo por los aires. Se debatió, resbalándole los pies al tratar de incorporarse.

Arkio fue consciente de su nombre en el viento, el pulso latente de los cánticos de los Guerreros del Renacido al notar que el final de su adversario estaba próximo. La sangre, ardiente como el hierro fundido, congestionó su cuerpo con energía asesina, desarrollando el potencial desenfrenado de la rabia negra que lo envolvía. Arkio emitió un inarticulado grito de total y absoluta furia y saltó por los aires trazando una curva con sus alas. La lanza zumbó y vibró en sus manos, agitándose como una montura desbocada, pero él la obligó a dirigirse hacia Rafen. La lanza trató de alejarse de su objetivo pero, en su ira, Arkio no la dejó.

En lo más alto de su trayectoria, Arkio, giró y volvió a caer en manos de la gravedad, frenando la caída con las alas como un halcón abalanzándose sobre su presa. La hoja en forma de lágrima centelleó en la oscuridad.

Sus huesos todavía estaban doloridos por el impacto, pero Rafen se obligó a levantarse para hacer frente al ataque; la borrosa forma dorada, la lanza apuntando a su corazón. Los ojos de Rafen se encontraron con los de Arkio y el marine saltó para enfrentarse antes a él.

El instante se alargó como plástico fundido. Girando, oscilando, la lanza no

impactó bien, y fue rechazada por la hombrera de Rafen en medio de una lluvia de chispas. El marine se desplazó, sobrepasando la guardia de Arkio. Ambos hombres se cruzaron en el aire a menos de un palmo de distancia. La espada de Rafen encabezaba su movimiento, y la crepitante espada encontró un breve punto que morder. El arma abrió una pequeña herida en el ala de Arkio, una explosión de sangre roja en medio de una flor carmesí, con plumas sueltas cayéndole encima como una lluvia de pétalos.

Ambos hombres aterrizaron pesadamente, pero sólo uno de ellos sangraba. Rafen giró la espada para poder ver el fluido que había mojado la hoja. Era oscuro como el vino y espeso como el alquitrán: estaba contaminado.

—¡Primera sangre! —gritó uno de los hombres de Mephiston, pero su grito quedó ahogado por los rugidos y gruñidos de los leales de Arkio.

—No… —La palabra fue corta y lastimera, una negativa infantil de algo que el ojo veía pero se negaba a creer. Las manos de Sachiel le cubrieron la cara, y sólo entonces se dio cuenta de que la voz había sido la suya. Una gran mancha carmesí desfiguraba el inmaculado equipo dorado de Arkio, y la contemplación de su ofensa ardió en la visión del sacerdote como una marca de fuego.

La aguda y desgarradora agonía de la herida parecía haberse trasladado inmediatamente a todos los miembros de la escolta de Arkio; la terrible conmoción de ver a su señor herido por un simple marine les golpeó con fuerza. Durante un largo segundo todos ellos quedaron anonadados por la enormidad de lo sucedido.

Sachiel podía oler la sangre. Como sacerdote sanguinario, el olor del fluido vital era tan distintivo como el buqué de un buen vino o el aroma de una delicada flor. Sachiel había trabajado con sangre durante todo su servicio como apotecario del capítulo; había catado miles de muestras y manipulado muchos miles más en el cumplimiento de sus funciones. En los campos de batalla había visto grandes lagos de ella vertida tanto por enemigos como por aliados, había sido testigo de cómo manaba como una fuente roja de las arterias de hombres que aullaban en busca de la paz del Emperador. Sachiel conocía el aroma de su propia sangre, así como el de la de Sanguinius, tal y como había sido recogida y conservada en el Grial Rojo de Baal. El hedor de la que manaba de Arkio golpeaba sus sentidos como un puño de hierro. Notó la corrupción, negra y ruinosa, alguna hedionda semilla de corrupción moviéndose y creciendo en el interior de las venas del Bendito.

Los estómagos de Sachiel amenazaban con rebelarse y arrojar sus contenidos al suelo. Era imposible. El sacerdote escarbó en su interior en busca de una explicación y no encontró ninguna. Sus sentidos jamás lo habían traicionado anteriormente, y no lo hacían ahora. Sachiel se dio la vuelta, apartándose de la visión, aunque el aroma lo envolvía en invisibles oleadas. Su mirada se fijó en Stele. El inquisidor estaba gruñendo alguna orden a su encapuchada bruja psíquica. Stele se dio cuenta de su mirada por una fracción de segundo y Sachiel lo vio todo desde el principio.

—Tú —logró decir Sachiel, la palabra burbujeando desde algún lugar muy profundo y oculto—. Tú… —Como la hierba al quebrarse, las compulsiones que Stele había colocado en la psique de Sachiel a bordo de la *Bellus* se rompieron de repente. Tal vez fue el impacto de ver herido a Arkio, tal vez un último fragmento de honorabilidad dentro de Sachiel saliendo a la superficie, pero en un instante el sacerdote quedó libre del control del psíquico sobre su voluntad.

El mundo de Sachiel, tan perfecto y racional, tan cuidadosamente organizado para servir a su ego, cayó sobre él. Inundaciones de recuerdos olvidados se desintegraron, y el sacerdote hincó las rodillas aullando. Cada línea que había cruzado, cada elección que había realizado para su mayor gloria, Stele había estado allí para ayudarlo a hacerlo. La garganta de Sachiel rugió más fuerte a medida que el hedor de la mutación llenó cada uno de los poros de su piel, contaminándolo y ahogándolo.

—Oh señor —gimió. Amargas lágrimas resbalaron por su cara—. ¿Qué he hecho? —Miró a Stele y vio que el inquisidor también lo miraba con una expresión de total desprecio en su boca—. ¿Qué me habéis hecho?

Stele se arrodilló y le susurró al oído.

—Os he dado las herramientas para destruiros a vos mismo.



ONCE

La lluvia empezó a caer del oscuro cielo, como un susurro de gotas cayendo que salpicaban el paisaje gris de la ciudad-templo. Siseó entre las formas de los harapientos guerreros mientras éstos corrían para colocarse a ambos lados de Arkio.

Entre sus líneas, el sacerdote y el inquisidor se encararon el uno al otro. Las lágrimas de Sachiel se perdían en la violencia de la lluvia mientras agarraba con los dedos puñados de barro en el lugar en que había caído de rodillas. La fría y sucia lluvia lo limpió por fuera y por dentro, llevándose las escamas de ceguera voluntaria de los ojos del sacerdote. La perfidia de Sachiel le fue repentinamente revelada con una total y demoledora claridad. Ninguna excusa podía justificarlo, ninguna palabra era suficientemente fuerte para detener la marea de repugnancia hacia sí mismo que lo embargaba.

—Yo… estoy… corrupto… —jadeó, maldiciéndose con sus propias palabras.

Stele le miró con completo desdén. Cualquier familiaridad o camaradería que el inquisidor hubiera mostrado hacia Sachiel se desvaneció de su expresión, por lo que comprendió que Stele jamás había ni tan sólo considerado al sacerdote como algo más que un instrumento. Había sido algo que podía utilizarse y, después, desecharse.

—He tratado de reteneros durante mucho tiempo —la voz de Stele era baja, por lo que sólo Sachiel podía oírlo—, pero parece que habéis sobrepasado vuestra vida útil para mí.

El sacerdote luchó para ponerse en pie, pero su cuerpo parecía pesar varias toneladas. La carga de los pecados que había cometido lo estaba presionando contra las ruinas.

—¿Arkio lo sabía? Yo jamás os hubiera seguido si…

Stele se rió:

—¡Qué tópico sacerdote Pensáis en vuestra propia reputación antes que en el destino de vuestro capítulo!

—¡Vos me hicisteis esto!

—Vos me dejasteis hacerlo. Secretamente lo deseabais, Sachiel, ansiabais el Grial Rojo, alimentabais vuestro resentimiento… Erais perfecto, vuestra obsesión en vos mismo os cegó en todos los pactos que realizasteis. —Dejó escapar una áspera risa—. Ángel caído, mirad lo alto que habéis caído desde vuestra percha. —Una luz infernal

brilló en la mirada de Stele y el sacerdote sintió la enfermiza caricia de su toque mental—. Vos no habéis sido el primero —dijo la voz en su cabeza con el siseo de una serpiente—, y no seréis el último.

La terrible magnitud de la maquinación del Caos se hizo evidente en la mente de Sachiel, y eso convirtió en hielo sus corazones.

—No…

—Oh, sí —le replicó Stele, y a través de la herida abierta y sangrante de la psique del sacerdote, envió un arge\u0301nteo martillazo de poder mental.

El grito de Sachiel se mezcló con el aullido del trueno y la sangre empezó a brotar de sus fosas nasales, y a derramarse a través de los lagrimales de sus ojos.

—¡Muere! —Stele le desgarró desde el interior, destruyendo su mente como si fuera leña—. Perece, Sachiel. Te lo ordeno, muere por mí.

El cuerpo envuelto en ceramita roja y blanca cayó en un charco de fluidos carmesíes, lanzando su último aliento de vida al viento.

Stele disimuló una sonrisa y en su lugar simuló una virtuosa furia.

—Asesino —gritó, señalando con un dedo acusador a Mephiston—. Mirad, el bibliotecario ha matado a nuestro hermano Sachiel. Ha quemado su voluntad desde el interior con su visión bruja.

La terrible furia del ejército humano y de los marines leales cobró forma al apuntar las armas hacia Mephiston y sus Ángeles Sangrientos. Estaban al borde de una locura alimentada por la adrenalina, y sólo hacía falta una palabra de Stele para que sobrepasaran el límite.

El se la proporcionó.

—¡Atacad! ¡Destruidlos a todos en nombre de Arkio!

La chusma era una entidad viva que respiraba, una máquina de guerra hecha de carne y hueso, ceramita y acero. Se movió tan rápidamente que Rafen fue cogido con la guardia baja. Las figuras con capas rojas adornadas con la lanza y el halo envolvieron la forma flotante de Arkio en un avance imparable. Había también marines leales entre la masa de gente, escupiendo fuego con sus bólters.

Los hombres de Mephiston abrieron fuego sobre los Guerreros del Renacido, dejando surcos carmesíes. Los disparos y los gritos se mezclaron en una sinfonía de destrucción, potenciado por el repiqueteo de la lluvia que caía. Rafen golpeó y paró con su espada cuando la masa lo alcanzó, separándolo de su objetivo. Perdió de vista a Arkio cuando la figura dorada se elevó por los cielos y retrocedió hacia el borde de la plaza. Para entonces estaba demasiado ocupado luchando, concentrando toda su atención en la miríada de adversarios que se abalanzaban sobre él. Su pistola bólter agotó la munición y pasó a utilizarla como un garrote, demasiado inmerso en el fragor del combate para perder el tiempo en recargada. La espada de energía subía y bajaba, abriendo camino entre hombres parloteantes que morían con el nombre de su

hermano en los labios.

Por primera vez en lo que parecían siglos, Rafen sintió el familiar cosquilleo del ardor de la batalla en su interior, la sombra de la rabia negra. Seleccionó a los fanáticos hasta perder la cuenta de a cuántos había matado, pero los guerreros de Arkio todavía tenían una gran superioridad numérica a su favor. Cerca de él escuchó el crepitante zumbido de una espada psíquica. Rayos azulados lamieron las nubes bajas cuando el Señor de la Muerte se unió a la batalla.

A su alrededor el combare arreciaba y bullía, pero Stele permaneció incólume; su leximecánico gemía hecho un tembloroso ovillo a los pies de Ulan, mientras la psíquica mutante extendía su campo de anulación alrededor de ellos. El inquisidor examinó el cáliz que tenía en las manos. Lo había arrancado del cinturón de Sachiel cuando la luz desapareció de los ojos del sacerdote, llevándose la bolsa de terciopelo que contenía la réplica del sagrado artefacto de los Ángeles Sangrientos. Sonrió. Este simple abalorio había sido la semilla de la perdición de Sachiel. El apotecario siempre había soñado ser el Guardián del Grial Rojo, ascendiendo hasta el puesto más alto del escalafón de la clerecía sanguinaria. Había acumulado un gran rencor contra Corbulo, el hermano de batalla que ocupaba ese puesto en Baal, y que había sido la puerta de entrada que permitió a Stele manipular al sacerdote. Encogiéndose de hombros, arrojó la copa de cobre lejos de allí. Ahora no era más que un objeto inútil, con tan poco valor para el inquisidor como el frío cadáver de Sachiel. Golpeó al sacerdote muerto con la punta de la bota. Stele estaba satisfecho de haberse librado de ese estúpido con exceso de autoestima. Un cabo suelto menos del que ocuparse.

Ulan gruñó de dolor.

—Uf… difícil… —dijo a través de los dientes apretados—. La visión de Mephiston… más fuerte… —Una línea de sangre púrpura le cayó por la nariz.

Stele hizo un gesto despreciativo.

—En seguida. ¿Dónde está Arkio?

—Atormentado —logró decir Ulan con todos los nervios de la cara temblando—. Busca… consuelo.

—No podemos perder el impulso del ataque —gruñó. Las cosas ya se habían desviado demasiado de los cuidadosamente trazados planes de Stele con la repentina aparición de Rafen y la herida de Arkio en un momento de distracción—. Escúchame —ordenó.

La delgada y pálida chica se inclinó hacia él; el leximecánico murmuraba asustado en docenas de lenguas distintas.

—Señor… —dijo ella débilmente—. Yo… estoy al límite de mis…

—Sí, sí —la recriminó, ignorando la agonía que radiaba su aura—. Ven aquí. —Le cogió la cara y dejó que sus dedos encontraran los contactos de metal bajo las costras de piel sintética en su dermis. Ulan se inquietó cuando Stele reunió y utilizó el

poder de la mujer para potenciar su propia visión disforme. De golpe, detectó ocultas manifestaciones de mentes salvajes en los límites de su sensorium, visibles sólo para él porque sabía que estaban allí—. Garand —entonó con una voz que atravesó la disformidad—, ha llegado el momento. —Stele liberó a la mujer y su cabeza colgó hacia atrás. Los ojos ciegos de Ulan estaban totalmente en blanco.

El inquisidor giró sobre sí mismo al escuchar los primeros aullidos de motores a reacción. De los lugares en que se habían ocultado, dispersos entre las ruinas, surgiendo desde debajo de los cascotes y de protectoras redes de camuflaje, andanadas de misiles volaron hacia la plaza, cayendo sobre ella como columnas de humo anaranjado.

Todos los Ángeles Sangrientos conocían ese sonido y se pusieron a cubierto, pese a que la presión de los fanáticos de Arkio hacía casi imposible moverse con rapidez. Los misiles cayeron sobre la plaza y explotaron en una docena de puntos a la vez creando grandes bolas de fuego negro rojizas. Tres de las Thunderhawks de Mephiston quedaron inmediatamente destruidas o inutilizadas, y un puñado de hombres quedó despedazado cuando los cohetes cayeron sobre ellos.

El Señor de la Muerte levantó su mano libre para proteger los ojos del resplandor. Ardientes llamas crepitaban mientras la lluvia se convertía en vapor. El repentino brillo enmarcó las nubes grises.

—Así que finalmente han activado su trampa. Me preguntaba cuánto tiempo más tendría que esperar.

—¡Fuego indirecto procedente de los cuadrantes sur, este y oeste! —informó el tecnomarine, sacándose de encima a un fanático con un puñetazo de su servobrazo—. El análisis de las armas no corresponde a ninguna munición utilizada por los Ángeles Sangrientos.

—Evidentemente —le espetó Mephiston levantando la espada Vitarus—. ¿Y qué nuevo jugador se ha unido a esta lamentable charada?

El veterano sargento señaló con la cabeza hacia el oeste mientras colocaba un nuevo cargador en su bólter.

—Puedo olerlos desde aquí, señor. Cornudos bocazas a puñados.

Mephiston vio algunas figuras saltando desde los niveles superiores de edificios en ruinas o surgiendo de debajo de trampillas ocultas en sótanos llenos de cascotes. Llevaban armaduras de un estricto tono rubí, cubiertas de cadenas y antorchas humeantes. De sus cascos y cabezas surgían numerosos cuernos, y mientras se acercaban, sus voces vociferaban himnos blasfemos.

—Portadores de la Palabra. El artífice de esta infamia es cada vez más evidente…

—Pero los exploradores… —dijo el tecnomarine—, los exploradores informaron de que no habían detectado nada.

El bibliotecario lanzó una mirada grave al sargento, y se produjo un torvo

entendimiento entre ellos.

—Nuestros exploradores están todos muertos —admitió el veterano.

Desde el instante en que había hablado de trampas y dobles juegos al comandante Dante en el arboretum del monasterio, Mephiston sabía que ese momento iba a llegar; pero no por eso su ira fue menor. Con un gutural rugido mostró sus caninos.

—¡Ángeles Sangrientos! —gritó—. ¡A las armas!



—Confirmado —dijo el servidor—. Descargas múltiples en la superficie del planeta, evidencias de disparos de armas ligeras y detonaciones tácticas de medio alcance. La interceptación de las comunicaciones coincide con ello.

El capitán Ideon emitió un gruñido bajo y metálico desde su garganta reconstruida.

—Más traiciones —gruñó—. El gran Arkio estaba en lo cierto al sospechar del Señor de la Muerte. Ha renunciado a tender la mano de la paz a favor de la guerra. —Ideon profirió un gruñido que era el equivalente a un asentimiento—. Que así sea, pues.

Solus frunció el ceño.

—No podemos estar seguros de quién disparó en primer lugar. Puede haberse tratado de un error… —Las palabras surgieron de su boca sin ningún convencimiento.

—¿Error? —le espetó Ideon con su voz sintética zumbando como una abeja encerrada en una lata—. Mephiston no comete errores, Solas. ¡Esto es una declaración de guerra! —La estoica cara del capitán estaba agitada y las mecadendritas que surgían de su cráneo susurraban entre sí—. Preparados para atacar a la *Europae*.

—La *Europae* está virando —dijo el servidor de sensores—. Adoptando posición de batalla. Las fluctuaciones detectadas indican múltiples activaciones en el sector de armamento.

—¿Lo veis? —farfulló Ideon.

Solus sintió cómo sus palabras morían en la garganta y se dio la vuelta. En ese mismo instante sus ojos se fijaron en la carta hololítica del tacticarium. Glifos de aviso estaban destellando a través de la fantasmagórica luz verde.

—Allí fuera hay alguien más —dijo en voz alta.

El anillo de restos de Sabien era una mezcla de piedras rotas tan grandes como montañas y gigantescos lagos flotantes de hielo. Denso en materiales pesados, para los ojos del espíritu máquina de una astronave el cinturón de asteroides era una confusa masa de ecos sensoriales. En principio parecería que era el lugar perfecto para ocultar una nave, pero ningún capitán habría sido tan temerario de intentar algo

así. El manto de confusión que creaba el anillo también hacía que la navegación por el interior de sus confines fuera prácticamente imposible. Tanto la *Bellus* como la *Europae* consideraron el cinturón de asteroides como un accidente natural, simplemente otro elemento del entorno orbital. Ninguna de las dos naves había esperado la escalofriante visión de una nave espacial surgiendo de esa confusa masa de rocas en movimiento.

Propulsada por la tremenda potencia de sus motores, la nave de combate de la clase Desolador surgió del cinturón de Sabien como una espada roja atravesando un torso. La serrada proa descendió como las fauces de un depredador cazando, moviéndose inexorablemente contra la *Europae*. Los asteroides chocaban contra la nave, mientras ésta se movía fuera del anillo de rocas, abriendo brechas en su casco. El capitán de la nave estaba dispuesto a sacrificar a los hombres de sus puentes exteriores para que la nave pudiera completar la maniobra, ignorando los daños. La tripulación de la nave insignia de Mephiston hizo sonar las alarmas y cargó los tubos de torpedos; grupos de siervos del capítulo cargaban misiles tan grandes como torres de vigilancia en las fauces abiertas de los lanzadores. La monstruosa nave del Caos seguía virando. Los sensores de puntería de proa cruzaron brevemente la forma de la *Bellus*. Ninguna de sus armas disparó un solo proyectil contra la barcaza de batalla de Arkio; la tripulación de la nave de combate tenía órdenes específicas, bajo amenaza de una dolorosa y horrible tortura, de concentrar todos los disparos iniciales contra la *Europae*.

Solus vio las baterías de lanzas parpadeando hacia él como ojos ciegos mientras su nave viraba para acercarse a la de Mephiston.

—No… no nos han disparado —jadeó, incapaz de creer lo que acababa de ver.

—Identidad del agresor confirmada —repiqueteó una vez más el mecánico parloteo del servidor en el pozo de detección—. La nave es el crucero de batalla *Misericordia*, nave al servicio de la Legión de los Portadores de la Palabra y los Poderes Ruinosos.

—¡Por el juramento de Vandire! —Escupió Solus—. ¿Qué locura? —La mente del Ángel Sangriento pensó en todas las posibilidades. ¿Podría la nave del Caos ser algún tipo de del Señor de la Muerte? ¿Osaba plantearse que Mephiston, o incluso Dante, estuvieran conjurados con la chusma de el torbellino?

—Estatus de la *Misericordia* —exigió Ideon—. ¿Nos están apuntando?

—Negativo —fue la respuesta—. Todas las armas de la nave están apuntando a la *Europae*.

—¿Una tercera fuerza?

Hubo una sonrisa en la voz artificial de Ideon mientras sus ojos miraban a Solus.

—¡Un inesperado golpe de buena suerte! La mano de Sanguinius nos protege…

—¡Pero no podemos simplemente ignorar una nave de guerra del Caos! —le

espetó Solus—. Nuestro deber es…

—¿Osas hablarme a mí de deber? —Interrumpió bruscamente Ideon con su voz restallando por todos los altavoces del puente como un trueno—. ¿Yo, que he servido a nuestro capítulo durante doscientos años desde este mismo trono? —Las palabras del capitán se redujeron a un débil susurro—. Sabed, mi caballeresco hermano de batalla, que cuando el tarot del destino te ofrece una mano de espadas, debes utilizarlas. Ya sabes el juramento que realizamos.

Solus repitió la letanía en un tono automático.

—Por la nave, el capítulo, el primarca y el Emperador.

—Sí, y aunque la *Misericordia* es enemiga del Emperador, la *Europae* es enemiga de nuestro primarca y de nuestro capítulo. La exterminación de Mephiston tiene preferencia. —En respuesta a una orden mental, las pictopantallas en el puesto de Solus cambiaron para mostrar imágenes de la lucha en Sabien—. Sólo tienes que observar la batalla que está librándose bajo nosotros para saber toda la verdad.

—La *Misericordia* está disparando —dijo el servidor de sensores—. Los escudos de vacío de la *Europae* resisten.

—Vamos a enseñar a estos corruptos estúpidos cómo debe hacerse, ¿eh? —dijo Ideon—. La orden es: apuntad a la *Europae* y disparad.

Solus titubeó.

—¿No has entendido la orden, Solus? —Había una afilada advertencia en las formas del capitán.

—Abran fuego —dijo Solus en una voz átona y apagada.



La plaza era un caldero del infierno en el que figuras con distintos tonos de rojo luchaban entre las ruinas y los cascotes. El ejército de villanos de los Mil de Arkio con sus ropajes terracota y los marines espaciales leales que luchaban junto a ellos chocaron contra los Ángeles Sangrientos de Mephiston. Éstos recibieron el fuego y apuntaron a los Portadores de la Palabra que estaban inundando la destrozada zona de combate. No existía ningún plan de batalla definido, ninguna táctica pensada para derrotar al enemigo, sino que cada bando estaba enzarzado en el terrible desgaste del cuerpo a cuerpo. La plaza se convirtió en un amasijo de disparos y gritos a medida que hombres y traidores mataban o resultaban muertos.

En medio de todo ello, Rafen era un torbellino de destrucción; la espada de energía se recalentó en sus manos de tanto despedazar fanáticos y atravesar marines del Caos. El oscuro placer de la batalla lo repelía y lo atraía en igual medida, recibiendo como una caricia fantasmagórica la ardiente corriente de adrenalina. La lucha estaba sobrepasando ya los agrietados y derribados muros de la plaza, extendiéndose por las calles aledañas. Algunos de los hombres de Mephiston,

veteranas tropas de asalto con sus característicos cascos de color amarillo solar, se movían con sus retrorreactores. Llevaban armas de plasma y lanzallamas pesados, y buscaban los lanzadores de misiles que todavía se ocultaban entre las ruinas para rociarlos con el líquido inflamable. El viento trajo el olor de carne quemada y el crujido de la ceramita sobrecalentada.

Dagas y herramientas de trabajo se convirtieron en garrotes que golpearon ruidosamente la servoarmadura de Rafen cuando un grupo de guerreros de Arkio trataron de rodearlo para acabar con él en el suelo. Rafen rió cruelmente ante su estupidez; sintió piedad de esos locos, voluntariamente cegados el dogma vomitado por Sachiel. Con rápidos y descansados movimientos, utilizó todos los recursos de su espada para despacharlos, rompiendo cráneos con el plano y la empuñadura, atravesando torsos con su afilada hoja y aplastando cajas torácicas con la guarda puntiaguda que protegía sus dedos. Si esos imbéciles querían morir, Rafen estaba más que dispuesto a concedérselo. Los combates iban y venían, moviéndose como el oleaje. Algunas figuras se habían visto empantanadas en la lucha; la presión de la carne y el acero hicieron trastabillar a Rafen. En algún punto del combate había perdido el casco. En varias ocasiones se vio obligado a detenerse para orientarse, y más de una vez había podido evitar in extremis un golpe letal de uno de los marines del contingente de Mephiston. Rafen se había asegurado de no volver a sufrir una confusión parecida quemando el dibujo de la lanza y el halo de su hombrera con una pistola lanzallamas que encontró en el suelo. Las cicatrices ennegrecidas en el lateral de su equipo, paradójicamente, lo hacían sentir más limpio, como si el beso del promethium ardiendo hubiera purgado la mancha de Stele y su corrupción.

La bota de Rafen golpeó una forma hueca que le llamó la atención. Estaba a sus pies, donde la sangre vertida y la lluvia gris habían convertido montones de polvo de ladrillo en una suspensión parecida al alquitrán. Era un cuerpo envuelto en ceramita blanca y roja que había sido abandonado. El cadáver estaba hundido en el fango, retorcido y pisoteado por una estampida de fanáticos, pero Rafen lo reconoció al instante.

—Sachiel… —Mientras la lucha iba y venía, el sacerdote muerto había permanecido allí donde había caído, con la impecable e inmaculada armadura que siempre llevaba destrozada por pisadas ensangrentadas y cubierta de entrañas. Los ojos del apotecario estaban abiertos, mirando ciegamente a los torrentes de lluvia que caían. Rafen nunca había sentido otra cosa que antipatía por su arrogante rival, pero ahora que veía la expresión de horror y abatimiento congelada en el rostro del hombre muerto, sólo podía sentir piedad por el sacerdote. Aunque involuntariamente, Sachiel había puesto su búsqueda de la gloria personal por delante de su lealtad al capítulo, y allí, en el oscuro barrizal, yacía muerto a causa de esa mendacidad.

Rafen se sacó de encima otro atacante con la culata del bólter y se tomó un

instante para recargar. Miró a su alrededor mientras lo hacía, y localizó a los suyos por el brillo actínico del fuego mental que ardía cerca del Señor de la Muerte. El vapor envolvía al bibliotecario en columnas blancas allí donde la lluvia se evaporaba a su alrededor. Mientras Rafen miraba, los rayos etéreos que crepitaban alrededor de Mephiston se coagularon junto a las protuberancias de su capucha psíquica convirtiéndose en varas de energía. Dos cráneos cornudos en los extremos de los conductores psíquicos de metal fantasmal brillaron con un poder apenas contenido, y el bibliotecario se creció bajo su armadura rojo sangre, absorbiendo su letal potencial.

Colores y formas que no tenían cabida en el plano de los vivos cobraron forma, y el propio aire brilló y se deformó como una lente fantasmal. Rafen vio el objetivo de Mephiston, una escuadra de marines aniquiladores de los Portadores de la Palabra erizados de armas pesadas. El Señor de la Muerte volvió la cara para enfrentarse a ellos y sus ojos relampaguearon. En el campo de batalla, Rafen había visto a otros psíquicos Ángeles Sangrientos utilizar la habilidad denominada movimiento acelerado, una envoltura de poder que podía convertir al usuario en un tornado de destrucción. Pero Mephiston controlaba otro tipo de fuerza psiónica, uno que dejaba en ridículo el talento de los bibliotecarios y codiciarios que servían a sus órdenes. El poder de desintegración fue liberado y un destello de geometría demencia] pasó de una luz líquida a una lágrima de pura aniquilación. El fuego brujo engulló a los aniquiladores y prendió en ellos; la munición detonó y el blindaje se partió. Instintivamente, Rafen se unió al gran grito de alegría que provenía de los Ángeles Sangrientos de Mephiston. Avanzó para reunirse con el comandante psíquico, saludándolo con la espada de energía cuando el jefe bibliotecario lo vio.

—¡Mi señor!

—Rafen —gruñó Mephiston—. Todavía estás vivo, al igual que tu errante hermano.

—Los fanáticos me cortaron el paso hacia él antes de que pudiera… —empezó a decir Rafen, pero el resto de sus palabras quedaron ahogadas por un rugido procedente de los harapientos soldados de Arkio.

El ejército esclavo, cumpliendo alguna orden dada desde detrás de sus líneas, avanzó rápidamente. A Rafen le pareció haber oído la voz de Stele en el viento, pero su atención tuvo que centrarse en el hombre que quería despedazarlo. Disparó a quemarropa su pistola bólter, haciendo detonar cabezas como frutas maduras, abriendo agujeros tan grandes como su puño con el guantelete puesto en los cuerpos que se cubrían con las capas rojizas.

—Luchan como si estuvieran poseídos —rechinó al ser presionado contra Mephiston por el ímpetu de la carga.

—Lo están —replicó el bibliotecario trazando con su espada psíquica un amplio arco de sangre y entrañas—. Luchan en nombre de su «Bendito».

Rafen atravesó a un Portador de la Palabra cuando éste emergió entre la masa de gente, abriéndolo desde el hombro hasta los intestinos y vertiendo una repugnante masa de entrañas negras al suelo.

—Señor, mi misión todavía no ha acabado. Dadme permiso para abandonar este combate y buscar a mi hermano.

Mephiston lo miró.

—Lo heristeis y huyó. ¿Qué clase de mesías es?

—Volverá, señor. Conozco el conflicto que tiene lugar en su interior, pero si no acabo con él ahora, Arkio regresará y arrasará este lugar. Debo encontrarlo mientras su guardia está baja.

—¿Comprendéis lo que sucederá si fracasáis, Rafen? —La voz del bibliotecario era dura—. Mientras combatimos, mi barcaza de batalla está luchando por la supervivencia en órbita. He dado órdenes al hermano capitán que la dirige que, en caso que los leales a Arkio consigan la ventaja, Sabien debe ser atacada con torpedos ciclónicos. Es preferible que este mundo templo se convierta en cenizas a que este cisma logre propagarse más.

—Yo lo detendré —insistió Rafen—. Es lo que he venido a hacer.

Mephiston asintió con la cabeza.

—Que así sea, pues. —Se dio la vuelta y gritó—: Traed al hermano Rafen un retrorreactor, rápido.

—¿Un retrorreactor, señor?

—Arkio tiene alas. Debemos proporcionaros vuestras propias alas, muchacho.



—¡Stele! ¿Qué clase de aborto habéis creado esta vez?

El inquisidor se volvió de golpe, con Ulan apoyándose en su brazo, mientras un grupo de portadores de la palabra se abría paso entre las líneas de villanos con Garand a la cabeza. Un marine leal fue lo suficientemente insensato para apuntar con su arma al señor de la guerra, dando un paso para proteger a Stele y a su escolta de la amenaza. Garand, furioso, escupió ácido venenoso y decapitó al Ángel Sangriento con un solo golpe de su hacha maldita.

—Lord Garand —dijo Stele decidiendo no inclinarse.

—Bienvenido.

—Mi paciencia con este ridículo plan vuestro se ha acabado, humano. —Garand lo amenazó con la zumbante hacha—. ¡Ya conocéis el trato! O atraíais a estos gimoteantes cachorros sangrientos al estandarte del cambio, o perdíais la vida.

—No me presionéis, Portador de la Palabra —le espetó Stele, envalentonado por el ardor de la batalla que lo rodeaba—. ¡Mis órdenes proceden de Malfallax, no de vos! De modo que será lo que tenga que ser, pero según mis designios, no los

vuestros.

—¡Vuestros designios! —Escupió nuevamente Garand—. Estúpido fantoche, con vuestras maquinaciones y vuestras patéticas representaciones. Nada de eso importa ya. La batalla ha empezado en nombre de Lorgar. Esas presas humanas se aliarán con las ocho puntas o perecerán.

—¡No! —Rugió Stele, y Garand parpadeó, sorprendido por la vehemencia de la negativa del humano—. He llegado demasiado lejos y he pagado un coste demasiado alto para alcanzar este instante. Es mío, y vos no me lo arrebataréis, criatura.

—¿Cómo osáis…? —Los ojos de Garand se entrecerraron y reunió su potencia psíquica para castigar al inquisidor, pero había un escudo de vacío a su alrededor, un grueso tejido de venenoso no espacio procedente de la mente de la hembra que seguía junto al inquisidor.

—¡Bah! —resopló el señor de la guerra, retrocediendo—. Divertíos pues con vuestro jueguecito. —El señor de los Portadores de la Palabra blandió su hacha y llamó a sus hombres—. Elegid vuestros objetivos y seleccionad a los Ángeles Sangrientos. Daños colaterales… —sonrió— a vuestra discreción.

Sin que Stele lo oyera, un tecnosacerdote se adelantó a la unidad de Garand y se postró a los pies del señor de la guerra.

—Gran Príncipe Brujo, un mensaje de la *Misericordia*. Han atacado a la nave de guerra de Mephiston, pero la presencia de la *Bellus* es vejatoria para el espíritu máquina de la nave. La tripulación está muy descontenta por dejar que la segunda nave astartes salga indemne. ¿Qué debo decirles?

—Diles… —Una lenta y odiosa sonrisa cruzó los pálidos labios de Garand mientras miraba hacia Stele. Iba a castigar al engreído bocazas por atreverse a alzarle la voz—. Diles que la *Bellus* es prescindible.



La batalla en los cielos de Sabien cambió de una delicada justa a una brutal y furiosa lucha cuando las tres naves redujeron la distancia que las separaba. En términos de desplazamiento el enfrentamiento estaba equilibrado: la *Bellus* y la *Europae* eran naves hermanas, sus quillas surcaban el espacio desde la era de la Herejía, ambas estaban construidas con acero forjado en los hornos de Enigma VI, ambas habían sido creadas siguiendo las sagradas instrucciones del programa contenido en una plantilla de construcción estándar guardada en los archivos del Mechanicus en Marte. La *Misericordia* tenía un bao más largo, pero era más esbelta que las barcazas de batalla, que parecían más una cabeza de hacha. La nave de batalla inicialmente había sido una nave humana, pero su identidad había sido sometida hacía mucho tiempo bajo siglos de ni mutaciones, perdida y olvidada en la disformidad. La nave de Garand poseía un poder maligno. Era rápida como un depredador en comparación con las dos lentas

barcazas de batalla pero velocidad y potencia de fuego se compensaban. Si dos de las naves se hubieran enfrentado en solitario, habría sido difícil predecir un desenlace, pero en un enfrentamiento a tres, las apuestas eran claras.

La *Misericordia* aceleró vomitando llamas por las aullantes bocas de sus motores. Los disparos de las lanzas conectaban la nave con la *Europae*; rayos verdes y rojos de partículas sólidas viajaban entre ambas naves y después desaparecían. Explosiones esféricas se abrían al vacío como flores, expulsando gases congelados y hombres hacia la oscuridad. Mientras la nave del Caos y la de los Ángeles Sangrientos reducían la distancia que las separaba, Ideon maniobró la nave insignia de Arkio a la sombra de la *Misericordia*, lo que permitió a sus poderosos cañones de proa disparar por encima del crucero rojo rubí para impactar en los castigados escudos de vacío de la *Europae*. Las efímeras pantallas de energía de la barcaza de batalla titilaban y se deformaban bajo el castigo, deflactando el poder de los ataques como lo haría un paraguas con la lluvia, pero, en realidad, los enigmáticos generadores de campo en el corazón de la barcaza estaban reaccionando a los impactos enviando ondas simpáticas de pánico a los tecnosacerdotes que se encargan de ellos. La *Europae* sin duda era fuerte, pero no resistiría ese bárbaro castigo durante mucho tiempo.

En las profundidades del espacio ese tipo de combates tenían lugar a distancias que podrían contener un sistema estelar completo, atacándose naves situadas más allá del alcance visual. En combates tan cerrados en la órbita de un planeta, los enfrentamientos eran totalmente distintos. Si uno era una lucha de esgrima, con elegantes movimientos y ataques puntuales, el otro era una bronca callejera, asestando golpes con gran ferocidad e intenciones asesinas. La *Europae* saltó hacia adelante sin previo aviso, con una columna de fuego de fusión surgiendo cegadoramente de su popa. Viró a babor con un giro tan cerrado que todo el casco crujió al superar su tolerancia, desprendiéndose en el movimiento miles de antiguos y gigantescos remaches. La brutal maniobra cambió el sentido de la velocidad y la gravedad, colocando a la *Europae* en un curso distinto y acabando con las vidas de docenas de desafortunados tripulantes atrapados en las secciones equivocadas del casco.

El giro fue repentino y casi suicida. Ideon se sorprendió tanto que dudó un segundo más de la cuenta mientras la nave de Mephiston se le ofreció al pasar. Cuando ordenó disparar los cañones de proa, la *Bellus* tan sólo encontró el vacío, como si estuviera golpeando a ciegas. Sin embargo, la tripulación de la *Europae* estaba preparada.

Las baterías secundarias, cañones láser con gigantescas lentes de cuarzo tan gruesas como el ojo de un kraken, escupieron sus letales resplandores contra el lado de estribor de la *Bellus*. La barcaza de batalla gimió ante el impacto, e Ideon sintió el equivalente a un chillido de dolor del espíritu-máquina atravesándolo como un

cuchillo. La simple y animal mente de la *Bellus* silbó y escupió; no poseía la inteligencia para comprender por qué otra nave de los Ángeles Sangrientos la estaba atacando.

La *Europae* prosiguió su giro, tomando un curso que le permitiría entrar en el arco trasero de la *Bellus*. Incluso con el grueso blindaje y los dobles proyectores de escudos de vacío protegiéndolo, un capitán estaría suicidándose si permitiera que una nave enemiga se colocara en posición de disparar a las bocas de sus motores. Ideon escupió maldiciones y vociferó sus órdenes; sus manos se crisparon en furiosas garras en un extraño instante de reacción física. Las dos barcazas giraron una alrededor de la otra, equilibrando su velocidades al verse atrapadas en un vals de muerte. Siguieron intercambiando disparos mientras la *Misericordia* se acercaba, apuntando con sus letales cañones infernales sobre la *Bellus*. Un capitán humano habría esperado, un capitán humano habría evaluado las consecuencias y retenido el fuego hasta que la *Europae* hubiera sido un objetivo claro. Pero, al igual que su nave, el capitán de la *Misericordia* hacía mucho que había olvidado sus orígenes humanos y cualquier tipo de consideración acerca de débiles abstracciones como fidelidad o compasión.

La daga roja disparó sus armas a plena potencia, y todo el armamento de estribor de la *Misericordia* vomitó una cascada de muerte ardiente. Muchos de los disparos alcanzaron sus objetivos, impactando en puntos vitales de la *Europae*, pero otros tantos perforaron la *Bellus*, disparando a través de la nave leal como si fuera un casual elemento de cobertura que debía ser desintegrado.

El corazón primario de Ideon se detuvo cuando los disparos láser arrancaron torretas y minaretes de la *Bellus*. Su cabeza agitó bruscamente músculos viejos e inutilizados de su cuello en el primer movimiento realizado en décadas. El capitán miro a los ojos de Solus y vio una muda acusación en la mirada de su segundo poco antes de que un conducto de plasma explotara detrás de éste e Ideon pudiera ver cómo Solus se convertía en una aullante antorcha humana.

—¡Devuelvan el fuego! —rugió por encima del estruendo. El grito crepitó distorsionado por el vococomunicador implantado.

—¿Qué objetivo? —preguntó el servidor de combate con voz átona en medio de las violentas emociones del combate.

—Contra todos ellos —ordenó Ideon, y la *Bellus* disparó todas sus armas a la vez, haciendo crecer espinas de rayos láser y misiles.



La habilidad de Rafen con los retrorreactores no podía compararse con la de un hermano de batalla entrenado en las escuadras de asalto, pero era suficiente para guiarlo a través de lo más duro del combate, alejándolo del suelo en un arco de llamas anaranjadas. Giró hábilmente en el aire, evitando las brillantes estelas de los misiles y

los rayos rojos de los rifles láser. En el cenit de su salto desde una almena en ruinas, distinguió un destello de oro brillante y blanco cegador.

Dio otro paso, dedicando un instante a matar a un soldado, para volver a saltar por los aires. Giró y maniobró, convirtiéndose en un misil dirigido. Rafen dejó que los propulsores escupieran llamas y dirigió su vuelo hacia los restos de la catedral. Solo quedaban en pie los muros de piedra, con los agujeros que antaño habían contenido vidrieras abriéndose como bocas aullantes. El techo había desaparecido, destruido por la detonación de alguna antigua onda de choque, por lo que la lluvia arreciaba sobre los mellados dientes de piedra. Estatuas sin cabeza, líneas rotas y zigzagueantes delimitaban las capillas y el transepto. En algunos lugares el suelo de mosaico se había derrumbado sobre las criptas inferiores.

Rafen aterrizó con un chasquido de chispas de sus botas y allí, medio oculto entre las sombras de un gigantesco altar de granito, vio el blanco de unas alas.

—Arkio. —Su voz resonó por todo el ruinoso lugar—. Debemos acabar lo que empezamos.

Deliberadamente, su hermano volvió la cara hacia él, surgiendo la armadura dorada de la oscuridad. Donde había sido herido, una escalofriante mancha de sangre de color negro purpúreo fluía como una mancha de aceite viviente a través de su torso. Unas pequeñas perlas de materia negra desfiguraban la cara y el cuello de Arkio.

—Sí —admitió—. Debemos acabar.

Y, de repente, la oscuridad desapareció en un violento destello de rayos amarillos cuando la Lanza de Telesto cobró vida.



DOCE

La bilis atenazó la garganta de Rafen al mirar a su hermano. La piel de alabastro de su cara, sus nobles líneas patricias, estaban distorsionadas de una forma sutilmente cruel.

—¿En qué te has convertido? —le preguntó.

Arkio lo miró fríamente.

—En alguien mejor que tú, Rafen. En alguien mejor que todo el mundo. —La lluvia salpicaba a su alrededor mientras salía de entre las sombras y atravesaba la nave en ruinas de la iglesia—. Se han desvanecido todas las dudas. —Lanzó una mirada de soslayo al altar detrás de él.

Un relámpago iluminó el transepto. Rafen jadeó al ver los restos de la estatua del Emperador, decapitada de un solo golpe por la lanza sagrada.

—¿Es que tu blasfemia no conoce límites? —dijo, temblando de rabia—. ¿No es suficiente que te alces contra los tuyos y tu capítulo, que también has de alzarte contra el Dios-Emperador?

Arkio hizo un gesto fatigado con la zumbante lanza.

—¿Qué necesidad tengo de dioses, si yo soy uno de ellos?

—Estás equivocado. —Rafen señaló con un dedo el costado de Arkio, donde el corte que le había infligido todavía sangraba—. Si eres un dios, ¿por qué sangras como un hombre? O tal vez no sea como un hombre… Tal vez sea como una cosa tocada por la disformidad, un instrumento del Caos.

Arkio echó hacia atrás la cabeza y rió. Su amargo humor resonó entre las derrumbadas paredes.

—¿Caos? —Escupió la palabra—. Una palabra infantil para algo que jamás podrás entender.

—Entiendo lo suficiente —le gritó Rafen—. Mi hermano, alguien de mi propia sangre, ha sido envenenado por la disformidad. Stele te condujo a esto. —Blandió la espada—. Retráctate, Arkio. Hazlo mientras todavía estés a tiempo.

La figura dorada abrió totalmente los brazos y las alas se desplegaron en un golpe de viento.

—Esto no es ninguna herejía y no voy a retractarme —gruñó—. Mis ojos se han abierto, hermano. Ahora lo sé todo… Hombres y monstruos, orden y caos… —

Señaló con la lanza, al cielo—. No son más que palabras. Nada es bueno o malo, blanco o negro. Sólo existen los fuertes… y los débiles.

—Y yo, ¿qué soy?

Arkio lo ignoró.

—No hincaré la rodilla ante el Trono Dorado de los Dioses Oscuros. ¡No juraré lealtad a nadie! —Inclinó la cabeza. El halo metálico en forma de sol reflejó el resplandor de la lanza.

—Esta galaxia caerá a mis pies… Yo seré su amo.

—No lo serás —rechinó Rafen mientras sus dedos apretaban con más fuerza la empuñadura de la espada.

Los ojos de Arkio brillaron.

—Entonces la quemaré hasta no dejar más que cenizas, cegaré todas las estrellas y acabaré con toda forma de vida que se me oponga.

No había la menor vacilación en la cara de su hermano, ni un atisbo de duda en su interior. La férrea certeza de las palabras de Arkio cortó la respiración de Rafen.

—Estás loco.

—¿Lo estoy? —Pronunció estas palabras en medio de un suspiro—. Ya lo veremos.

El retrorreactor de Rafen vomitó llamas rojas, propulsándolo hacia adelante y lamiendo con las llamas los muros de la derruida capilla. Arkio se movió tan rápido que se disolvió, en una borrosa imagen blanco amarillenta, acercándose ambos a través del pasillo en un mero instante.

Chocaron con tal fuerza que el impacto derribó una ornamentada columna, y salieron despedidos en trayectorias descontroladas. Las alas de Arkio se desplegaron mientras esquivaba los restos de una columna para dirigirse rápidamente hacia Rafen. Su hermano rebotó en una pared y utilizó el impulso o de los cohetes para imitar la maniobra de su oponente. Volvieron a encontrarse a media altura por encima de la nave y pasaron raudamente uno junto al otro con las armas resplandeciendo.

Rafen lanzó un rugido de dolor cuando la ardiente punta de la lanza le hizo un corte a lo largo del muslo haciendo manar la sangre. Arkio se tambaleó y atravesó un obelisco cuando la espada de energía de Rafen cortó los cables de sujeción de su hombrera derecha, aunque no logró morder la carne. El dorado hemisferio de metal y la armadura de ceramita se alejaron volando, rebotando entre las sombras. Algunos fluidos se vertieron por su brazo y la plastiforme musculatura cortada tembló.

Rafen aterrizó pesadamente y abrió fuego con su pistola bólter con el selector en fuego automático. El cañón del arma vomitó los proyectiles mientras los casquillos gastados caían como una fuente de brillante bronce. Los ardientes cartuchos repiquetearon en el suelo de piedra y zumbaron al enfriarse en los charcos formados por la lluvia. Arkio picó y maniobró entre los restos de las columnas y de los

soportales mientras los disparos de Rafen arrancaban grandes trozos de antigua mampostería por toda la iglesia. Acosó a su hermano con una lluvia de proyectiles, los más afortunados de los cuales sólo le rozaron la armadura y salieron rebotados arrancando anaranjadas chispas de la superficie de ceramita.

Arkio redujo la distancia, haciendo girar la lanza para formar una figura de ocho que impresionó la retina de Rafen con brillantes imágenes. El Ángel Sangriento cambió rápidamente de táctica, dejando la pistola para levantar la espada de energía. Mantuvo su posición mientras Arkio picaba hacia él, esperando el momento de cambiar cuando la figura alada lanzara su ataque.

La boca de Arkio se abrió en un gruñido y empuñó la lanza como los antiguos caballeros hacían en una justa, apuntando directamente al centro del torso de su hermano. Rafen se guardó un torvo comentario despectivo y se movió, girando y dirigiendo el brillante filo de la espada contra la punta de adamantium de la lanza El golpe lo empujó hacia atrás, haciendo saltar chispas y suciedad de las piedras a sus pies; dardos de brillante luz emergieron del punto en que ambos filos se encontraron. Arkio prosiguió su ataque con un golpe de revés, embistiendo con la punta roma de la lanza para alcanzarle las piernas y hacerlo caer. Rafen activó el controlador de la palma de su mano durante una fracción de segundo, dejando que una pequeña llamarada lo librara del ataque. Hizo una pequeña voltereta y aterrizó en un reborde, con la pistola bólter nuevamente preparada. Rafen yació el resto del cargador sobre su hermano, y Arkio se movió hacia un lado, protegiéndose entre las formas bajas de las criptas mortuorias y las estatuas.

La figura dorada soltó una áspera risa mientras los proyectiles se incrustaban en la mampostería. Arkio giró sobre sus talones y apuntó la lanza sagrada hacia Rafen, deseando que el arma liberara la poderosa energía que zumbaba en su interior. Por un breve instante, la lanza pareció obedecerlo, brillando cegadoramente mientras una bola de rayos concentrados se creaba en su punta. Rafen saltó del saliente, evitando una caída águila de granito, hasta otro desnudo soportal. Arkio lo siguió y dirigió su arma para que liberara toda su fuerza destructiva, pero una vez más la Lanza de Telesto tomó su propia decisión debatiéndose entre sus dedos como si tratara de escapar.

—¡No! —rugió Arkio, y en su rabia hizo girar la díscola lanza a su alrededor, formando un arco de luz que destruyo dos columnas de soporte y una estatua. La lanza gimió y se estremeció—. No puedes rechazarme —atronó Arkio—. ¡Yo soy tu amo! —Cegado por la furia, de sus labios manó una espesa y venenosa flema y su regia cara se desfiguró. Se le abrieron cicatrices en las mejillas y la frente que derramaron el espeso aceite que llevaba consigo las duras perlas de negra mutación. Arkio no pareció darse cuenta de ello mientras éstas se movían y desplazaban bajo la superficie de su piel como escarabajos peloteros.

Su instante de rabia lo distrajo, y Rafen aprovechó este error al máximo. Colocando un nuevo cargador en el arma, el hermano de Arkio saltó del soportal de piedra y cayó vaciando su arma en una rugiente tempestad de fuego. Los proyectiles fueron disparados en tan rápida sucesión que sólo pudo oírse un único rugido. Arkio levantó la lanza para desviarlos una décima de segundo demasiado tarde y la descarga lo alcanzó en el pecho. Los impactos lo hicieron trastabillar hacia atrás al abrir largas muescas en su armadura dorada. Fragmentos de ceramita y plastiacero salieron volando, destrozando la pátina del preciado metal dorado.

Arkio reaccionó con un gruñido de preocupación y se sacudió para librarse de los trozos de armadura rota que le colgaban de brazos y pecho. Allí donde los proyectiles habían perforado la armadura burbujeaban fluidos oscuros. La marca de la contaminación de Stele ya no estaba contenida por la prisión de la carne. Liberada por el salvaje odio que ardía en la mente de Arkio, el cambio en el aspecto del marine espacial quedó al descubierto.

Rafen se sintió físicamente enfermo ante la visión de su hermano. Su fetidez asaltó los sentidos del Ángel Sangriento, y la revelación de un cuerpo irremediablemente contaminado por el Caos fue una afrenta a todo lo que defendía. Rafen deseó olvidar que algún pequeño retazo del alma de su hermano podía haber sobrevivido bajo esa corrupta cara, y lo atacó nuevamente.

Arkio lo estaba esperando. La figura alada volteó la lanza y chocó con el arma de Rafen con un golpe atronador al romper la hoja de la espada de energía. Rafen rugió al notar cómo se le dislocaba la muñeca por el impacto. El golpe lo lanzó hacia atrás, contra un fragmentado trozo de cristal tintado, mientras Arkio se alzaba sobre él.

La luz de un relámpago reflejó la distorsionada cara de Arkio en el oscuro cristal.

—¡Mírate a ti mismo! —Gritó Rafen—. ¡Mira en lo que te has convertido!

Arkio giró la lanza y rompió totalmente el cristal.

—Loco —vociferó—. ¡Ya sé lo que soy! ¡SOY SANGUINIUS!

Rafen trató de esquivar el golpe, pero éste le alcanzó como un meteorito. Un tajo le golpeó la armadura; el segundo provino de la punta roma y lo lanzó despedido. El Ángel Sangriento golpeó el suelo de mosaico con un crujido y éste cedió bajo el impacto.

Cayó en el negro vacío y aterrizó con tal violencia que se le escapó todo el aire de los pulmones. Resolló en busca de aire en medio de un dolor desgarrador, y la visión se le nubló. *Finalmente* —se dijo— *me ha llegado la hora de la muerte*. Sus dedos resiguieron la forma de algo familiar y, en la penumbra, distinguió unas siluetas esqueléticas. Había cientos de ellas, pero no eran humanas. Eran más grandes y robustas. De repente lo comprendió: el golpe de Arkio lo había arrojado a la cripta de los muertos en la guerra de Sabien en la que se habían enterrado a los Ángeles Sangrientos fallecidos defendiendo el planeta. En las paredes del sepulcro había

bajorrelieves de marines espaciales. En las sombras se alzaban sobre él como una granítica guardia de honor, muda y poderosa.

Rafen se puso de pie, ignorando el dolor. Alrededor de él, todos eran sus hermanos, muertos hacía siglos en este desolado y solitario lugar. Un único pensamiento ardió en su cerebro: ¡no pensaba unirse a ellos! La rabia lo recorrió, encendiendo un infierno en sus venas. La espada rota se le cayó de entre los dedos y cerró el puño, sintiendo un ardiente furor recorriéndolo. Desde los límites de su visión llegó algo brillante y poderoso, un destello de infinita perfección. Por un instante pensó que Arkio lo había seguido hasta la cripta, pero esa luz brillaba aún más que la de su hermano en su momento de máxima magnificencia. Rafen miró hacia arriba y vio la Verdadera cara de su auténtico señor llenando el aire por encima de él. La visión lo abrumó, apagando cualquier dolor, cualquier duda. ¡Sanguinius!

Una rabia pura ardió en el corazón de Rafen, y la sed roja se apoderó de él.



Una nueva oleada de ululantes monstruosidades cornudas se unieron a la locura de la batalla terrestre; espadas y armas de fuego rugían en la confrontación. La plaza era un agitado océano de sombras rojas; el carmesí luchaba contra el rubí, el encarnado contra el escarlata, moviéndose y desplazándose en sanguinarias oleadas. Mephiston y sus tropas formaban una estrecha media luna alrededor de los restos de sus Thunderhawks, presionando en sus ataques con torva determinación y gélida rabia. Se enfrentaban a los salvajes fanáticos del ejército esclavo de Arkio, y aunque los habitantes de Shenlong empuñaban armas que eran meros juguetes en comparación con las armas de los Adeptus Astartes, el peso de su número y la frenética pasión de su fervor eran abrumadores. Esos guerreros no se rendirían ni retrocederían únicamente la muerte de sus mil efectivos podría derrotar a la horda.

Los fieles a la Iglesia de Arkio luchaban junto a los marines espaciales leales al Ángel Renacido, pero entre el reducido número de armaduras rojas crecieron las semillas de la duda y la confusión. Muchos de ellos vacilaban al disparar a los suyos, y se perdieron en el mar del conflicto. Y lo que era peor, los hombres que habían hincado la rodilla y jurado lealtad a Arkio quedaron consternados ante la llegada de una nueva fuerza de aliados al campo de batalla, figuras de color rubí que parecían no estar luchando contra ellos, sino con ellos: los Portadores de la Palabra.

Delos vio las oscuras formas de los marines espaciales del Caos y se le retorcieron las tripas de asco. Los sistemas ópticos de su casco en forma de cráneo estaban cubiertos de lluvia y manchas de barro y trató de limpiarlos. Por un instante le había parecido ver al inquisidor Stele de pie, hablando de tú a tú con un monstruoso portador de la palabra, pero la suciedad le había oscurecido la visión y el capellán se vio atrapado contra un muro en ruinas. Su ceremonial crozius arcanum le

pesaba enormemente en la mano; irregulares destellos de energía chisporroteaban entre los esquemáticos dibujos decorativos del aparato. El arma reflejaba su humor sombrío y dubitativo. El capellán lo cogió con fuerza y musitó una silenciosa oración al Dios-Emperador. Si lo que Delos había visto era cierto, el hombre que había sido el artífice de la Ascensión del Ángel Renacido estaba confabulado con el peor enemigo de la humanidad. Tenía que estar equivocado. Tenía que estarlo. La explicación alternativa le hizo sentirse mareado por el terror y el horror.



Piezas de oro y restos de ennegrecidos sellos de pureza cayeron del equipo de Arkio, dejando sólo metal abollado. La armadura artesanal, antes impoluta y sin mácula, ahora estaba cubierta de cortes y raspaduras. Motas amarillentas flotaban en el viento como una tormenta de arena, y las demenciales imperfecciones parecían moverse y cambiar en la penumbra, nauseabundos efectos ópticos las convertían en viciosas mandíbulas y caras aullantes. Nuevos e inhumanos músculos se desarrollaron bajo el pecho de Arkio, y sus alas batieron con fuerza para mantenerlo en el aire. La aceitosa mancha de su herida era gris y pálida, con líneas tóxicas bordeando las plumas, manchándolas.

El más pequeño destello de arrepentimiento que pudo llegar a formarse en la mente de Arkio al mirar en el gran cráter de la cripta fue implacablemente pisoteado. No, Rafen no sería agraciado con un solo instante más de su atención. Su problemático hermano estaba acabado y, finalmente, Arkio tenía la libertad que había ansiado en los más oscuros recovecos de su alma desde que era niño.

Un leve gemido, un sonido puro y salvaje, surgió del agujero del suelo. Aquel son hizo que la Lanza de Telesto se agitara una vez más en sus manos, moviéndose y temblando. El cielo se iluminó por la luz de un relámpago como si fuera de día, y la claridad reveló una brillante forma humana carmesí allí abajo. En alas del fuego de los propulsores, Rafen surcó el aire y golpeó a Arkio con todas sus fuerzas.

Tomó por sorpresa a su hermano, y el Ángel Sangriento notó cómo sus huesos temblaban por el impacto al golpear. Arkio escupió un ahogado grito de rabia mientras volaba hacia las nubes grises. El viento y la lluvia les azotaban la cara desde los aceitosos bancos de vapor. Se intercambiaron golpes. Arkio luchaba para recuperar la ventaja, incapaz de utilizar la lanza para contraatacar a tan corta distancia del agresor. Los rayos aullaban junto a ellos, y el ardiente ozono de la tormentosa atmósfera quemaba los pulmones de Rafen. Bajo la iluminación de los rayos pudo ver las nuevas líneas de las pústulas que emergían del interior de Arkio, colocadas como escarificaciones rituales. Sus ojos estaban ensombrecidos por el más puro y siniestro odio.

Arkio se deshizo de él con un lánguido empujón, lanzando a Rafen en una salvaje

trayectoria cuando los cohetes de sus retrorreactores trataron de mantenerlo en el aire. La figura alada siguió a su objetivo. Entre las sombras de las nubes, su aspecto era el de un ángel de la muerte. Trató de apuntar la lanza sagrada contra Rafen, pero el arma se le resistió. Esta se dobló y combó mientras trataba de tirar de ella, como si el arma se hubiera quedado congelada en el aire.

—¡Obedéceme! —gritó, vociferando furiosamente al asta—. ¡Soy tu señor!

En su rabia, la oscuridad oculta en el interior de Arkio afloró como una inundación, cambiando la hosca belleza de su semblante en un aspecto tan tormentoso como las nubes. El cambio se aceleró por todo su cuerpo, hasta el nivel molecular; las células de su sangre golpeaban en sus venas, que se ennegrecieron. Fuertemente sostenida en sus manos, la potente tecnología de la Lanza de Telesto cató a Arkio, lo detectó a través de los sensores del genoma acoplados a la ornamentada asta del arma. Una antigua ciencia se despertó en la lanza, muy alejada de los avances imperiales que bordeaba la magia. Entonces conoció a Arkio, como lo había conocido en el primer instante en que había puesto sus manos sobre ella, y esta vez la lanza lo consideró no adecuado.

Se rebeló. El aroma del Caos era negro y espeso en el Ángel Renacido, y el arma de Telesto se calentó hasta el rojo blanco en sus manos, fundiendo los artesanales guanteletes hasta convertirlos en fangosa escoria dorada. El dolor fue instantáneo y terrible, y por una mera reacción animal, Arkio soltó la ardiente lanza. De los quemados tejidos de su mano salía un sibilante vapor sobrecalentado. Girando sobre su eje, la Lanza de Telesto cayó hacia el suelo mientras los rayos eran atraídos hacia su punta en forma de lágrima y el viento arrancaba los sellos de pureza.

El arma aterrizó como una jabalina; el pomo del extremo del asta rompió las piedras del suelo de la capilla al golpearlas. Zumbando llena de poder, la lanza se quedó quieta, de pie, como un desnudo estandarte que desafiaba las fuerzas que habían tratado de abusar de ella.

Por encima de ella, Arkio se lanzó contra su hermano con sus destrozadas manos transformadas en garras y la locura de la avidez de sangre en la mirada. Su rabia había alcanzado proporciones titánicas, y con ella era capaz de hacer trizas a su hermano, con o sin lanza.

Rafen se sacudió el mareo que trataba de apoderarse de él y adoptó una postura de combate. Se balanceó cuando sus propulsores tosieron y se ahogaron. El Ángel Sangriento no osaba mirar el indicador de su muñeca por miedo a confirmar lo que sospechaba: que los cohetes se estaban quedando sin combustible y estaban dañados, por lo que no le quedaban más que unos instantes de vuelo antes de caer bajo el empuje de la gravedad de Sabien.

Parpadeó para expulsar el agua de lluvia de las pestañas mientras Arkio se lanzaba contra él, y una vez más ambos hermanos se trabaron en un rodante abrazo,

luchando en medio de la tormenta con nada más que aire a su alrededor. Arkio pateó violentamente a Rafen donde la lanza le había hecho un profundo corte en el muslo, abriendo nuevamente la herida allí donde la sangre astartes de Rafen ya había empezado a coagular. Este aulló y golpeó a su hermano en la cara, logrando la recompensa de un chorro de oleosos fluidos vitales surgiendo de la nariz de Arkio. Una lluvia de puñetazos se estrellaron en el torso de Rafen mellando su protección de ceramita, probó el sabor de cobre de su propia sangre cuando los golpes le aplastaron los dientes.

Rafen se agarró a su hermano, desgarrando con los dedos la gruesa piel de su pecho. Los blindados dedos rojos de los guanteletes abrieron cicatrices en la pálida y fantasmagórica piel, y vestigios de sangre contaminada se acumularon alrededor de las heridas. Se estremeció cuando Arkio lo aplastó contra su pecho en un demoledor abrazo de oso. Rafen oyó cómo sus huesos cedían bajo la presión. La fisiología de un marine espacial hacía que él y los suyos fueran plenamente conscientes de sus propios cuerpos, por lo que estuvo seguro de que el órgano biscopea explotó cuando sus propias costillas lo presionaron. Estaba sangrando internamente en varios lugares.

El destello de luz blanca de un relámpago convirtió su mundo en un bosquejo borroso, meras líneas e impresiones bailando en su visión mejorada. Mirándolo en medio de la ceguera apareció la deforme cara de Arkio, envuelta por el halo de su cuello y el batir de las manchadas alas grises. El sonido y la furia del trueno ahogaron las palabras de su hermano menor, pero Rafen pudo leer la declaración de odio en sus labios, «vas a morir».

Hay una palabra que ningún Ángel Sangriento pronunciaría nunca voluntariamente. Es un vocablo que sus enemigos y detractores han utilizado desde los días en que Sanguinius abrazó la causa del Emperador. El nombre es tan viejo como la propia Terra, nacido en un tiempo antes que el hombre viajara a las estrellas, forjado por los temores de sus supersticiosos corazones. Conjuraba los más profundos terrores de las bestias que se alimentaban de la vida, y llevaba los colmillos de una letra ensangrentada:

Vampiro.

La boca de Arkio se abrió en una sonrisa tan amplia como su cara, un bosque de dientes afilados como agujas surgiendo de sus mandíbulas. Se convirtió en el avatar del más oscuro y horripilante aspecto de los Ángeles Sangrientos, una monstruosa parodia del depredador de la leyenda. Sus últimas bocanadas de aire se escapaban en ahogados jadeos. Mientras el viento y la lluvia azotaban a ambas figuras, Rafen sintió cómo su furia crecía mientras el caliente aliento de Arkio cosquilleaba en su piel. El ángel alado acercó sus rojas fauces para desgarrar la carne del cuello de Rafen y alimentarse de la fuerza al que pulsaba en su interior.

—¡No! —rugió desafiante. Con la visión ensombrecida y grises túneles

cerrándose alrededor de su visión, Rafen se balanceó una vez más al borde de la muerte y, una vez más, se negó a dejarse vencer por ella.

Sus manos se movieron siguiendo recorridos grabados en sus propios huesos por incontrolables repeticiones de memoria refleja. Sus dedos encontraron la empuñadura de su arma de combate cuerpo a cuerpo. El cuchillo de los marines espaciales no había cambiado apreciablemente en su diseño desde los primeros días del Imperio, los bordes monomoleculares del arma modelo Sol eran tan familiares para Rafen como lo habían sido para los primeros Adeptus Astartes diez mil años atrás. Pero a pesar de su antigüedad, el arma no era menos letal.

Rafen atacó violentamente, levantando el arma y golpeando hacia arriba entre los espacios intercostales de su hermano. El cuchillo se deslizó por la resbaladiza y manchada piel y penetró en la supurante herida que le había hecho a Arkio en la plaza. Empujó el cuchillo para que penetrara hasta la empuñadura en el irregular corte infestado de gusanos.

De los purpúreos labios de Arkio surgió un grito de dolor extremo que rasgó las nubes por su intensidad. De repente ya no había alas de Arkio batiendo para mantenerlos en el aire; sólo el agonizante empuje de los retrorreactores de Rafen. Las alas blanquecinas batieron y se ondularon mientras los dedos de Arkio se hundían en el equipo de Rafen, resbalando en la húmeda ceramita.

Los rayos crearon una imagen estroboscópica en la retina de Rafen, congelando el instante en sombras de blanco, naranja y púrpura. Vio la agonía en la cara de Arkio como jamás la había visto sobre ningún campo de batalla, y una palabra, una sola, salió de los labios de su hermano:

—Hermano.

Las manos de Arkio resbalaron y su peso lo separó de Rafen en medio de un remolino de lluvia y plumas caídas. Estiró el brazo, tratando de agarrar con los dedos las cubiertas doradas de sus hombros, pero no lo logró y Arkio se alejó, hundiéndose en el bajo manto de nubes grises. El hermano de Rafen, el Bendito, el Ángel Renacido, el Deus Sanguinius, cayó como una ave de presa abatida, desplomándose hacía el suelo.

Más abajo, entre los brillantes adoquines empapados y los relucientes mosaicos de la nave de la iglesia en ruinas, la Lanza de Telesto sintió que se acercaba. El arma se agitó y tembló por propia voluntad, moviéndose y girando alrededor de su eje para darle la bienvenida con la hoja en forma de lágrima por delante. Arkio se desplomó sobre ella y su columna se encontró con la cabeza de la lanza allí donde se encuentran los omóplatos, justo en el centro de las extendidas alas. El impacto hizo que la lanza le atravesara los densamente alterados huesos de su esqueleto, partiendo su corazón principal y explotando a través de su esternón. Un agujero perfectamente circular se formó en el suelo a causa de la fuerza de la caída, y Arkio yació en él, su corrupta

sangre aguada por el diluvio, sumergiéndolo todo a su alrededor en un charco de fluidos purpúreos.

La hoja en forma de lágrima brilló con reflejos dorados, evaporando hasta la última gota de fluido vital de su inmaculada y pulida superficie.

El cielo se convirtió en un infierno.

La *Misericordia* mostró las fauces de sus flancos para atacar a las dos naves de guerra de los Ángeles Sangrientos, disparando salva tras salva de cohetes pesados, revientacascos y fuego láser en la zona de espacio que había ente ellos. La nave insignia de Mephiston, la *Europae*, tenía de su parte la velocidad y la maniobra, utilizando generosos impulsos vectoriales de sus motores terciarios para virar y colocarse bajo su nave hermana, la *Bellus*. Girando sobre su eje, la *Europae* sobrevivió a la masacre distribuyendo los impactos que alcanzaban su casco por los diversos escudos de vacío de la nave.

La *Bellus*, dañada y herida, reaccionaba más lentamente. Para un ojo no entrenado, las dos barcazas de los Ángeles Sangrientos parecían iguales, pero observándolas de cerca, las heridas y cicatrices de la *Bellus* eran profundas y obvias. La *Europae* acababa de salir de los muelles orbitales de Baal con una tripulación completa, un mantenimiento perfecto y al máximo de sus prestaciones; por el contrario, la *Bellus* estaba cansada, agotada. El enfrentamiento sobre Sabien no era más que una batalla más en una larga serie de conflictos que la vieja nave había soportado: las heridas del combate contra el Crucero *Elegía Eterna* en Shenlong, el acorazado *Ogro* en Cybele, e incluso las duraderas laceraciones de la misión espacio en espacio orko; todo ello se había cobrado un alto precio en la *Bellus*. Estaba remendada y coja en comparación con sus adversarios.

Desde su trono de mando, el capitán Ideon abrió su nave como una colmena de avispas rota, disparando hasta la última arma y el último proyectil a la vez. Alrededor de la barcaza el espacio se convirtió en una telaraña de fuego y destrucción, rastros caloríficos y esferas de detonación surgieron de la *Bellus* en olas radiantes.

—Informe —exigió, volviéndose automáticamente hacia el puesto del hermano Solus, pero Solus estaba muerto, caído en un amasijo de carne y ceramita abrasadas por el plasma. El hedor a carne humana llegaba hasta el capitán por una docena de sistemas diferentes a través de los sentidos del espíritu máquina de la nave.

Por encima del ruido de las explosiones secundarias, un servidor de sensores respondió.

—Impactos críticos múltiples a lo largo de estribor. Brechas en el cincuenta y dos por ciento de los puentes. Los visioingenieros informan del inminente colapso del espíritu controlador del núcleo de fusión.

—Cañones de proa —rugió, proyectando su conciencia por los enlaces cibernéticos de su cráneo para alcanzar los poderosos cañones de la proa de la *Bellus*.

El servidor respondió en cuanto la pregunta se formó en el cerebro de Ideon.

—Inoperativos. Tripulación perdida a causa de la pérdida de atmósfera. —El esclavo sin mente hablaba de forma monótona, como si estuviera hablando de algo no más trascendente que un cambio atmosférico.

Ideon vislumbró los restos de metal donde solía estar la proa de la *Bellus*, donde fragmentos del casco y cuerpos inertes flotaban en la oscuridad. El odio creció en su interior. El capitán reunió hasta el último elemento ofensivo que le quedaba a la nave y los mantuvo en su mente. Su forma habitualmente inmóvil en el trono de control estaba moviéndose adelante y atrás, temblando como un paralítico por la fuerza de su rabia. Un extraño e inhumano sonido salía de su vococomunicador. El peculiar gemido cruzó todo el puente. Ideon se dejó dominar voluntariamente por la rabia negra, y su mente se desintegró en la locura de recuerdos de miles de años en el pasado.

—¡Matadlos a todos! —crujió la voz metálica.

La paciencia de la *Europae* estaba agotándose, y con fuerza desatada abrió fuego con todas las armas de que disponía, cruzando el nivel orbital para castigar a la *Bellus* por la perfidia de su tripulación y a la *Misericordia* por el crimen de osar mancillar el espacio del Emperador. Por su parte, la nave de guerra del Caos vomitó su odio hacia los Ángeles Sangrientos, sumiéndolo todo en la oscuridad hasta que el vacío estuvo saturado de radiación.

La *Bellus* se encontraba entre ellos, golpeando a todo y a nada a su alrededor, como una enloquecida bestia herida que seguía viva por el dolor y el olor de la muerte. La nave insignia de Arkio fue alcanzada en el fuego cruzado de la batalla y sucumbió ante la tormenta de fuego. En el absoluto silencio del vacío, la *Bellus* detonó, rompiéndose en gigantescos fragmentos de acero mientras su reactor de fusión creaba un instantáneo nuevo sol.

En el planeta bajo ellos, la luz de su muerte se perdió entre las espesas nubes.



Los propulsores de Rafen se agotaron cuando todavía estaba a unos treinta metros del suelo, y cayó pesadamente, como si estuviera hecho de plomo. Golpeando con el puño el sistema de liberación de su cinturón, notó cómo el peso muerto se soltaba y, libre de la carga, se giró para rodar. Al aterrizar chocó contra las viejas vigas, en medio de un estruendo que le estremeció los huesos. Un anillo de agua se alejó de él formando ondas. Desde su posición de rodillas, Rafen levantó la vista con los ojos entrecerrados por la fuerza del viento y escudriño el interior de la iglesia, temiendo lo que pudiera encontrar.

Y entonces lo vio.

Clavado al suelo, como un coleccionista gigante podría exhibir una polilla o mariposa rara, Arkio yacía atravesado por la Lanza de Telesto. Alrededor de su hermano había una creciente aurora de color otoñal, una ultraterrena luz dorada. Apoyándose con cuidado en su pierna herida, Rafen trotó por el transepto para acercarse a Arkio.

—Hermano…

Rafen jadeó sorprendido: pese a la brutalidad de la herida, Arkio seguía aferrándose a la vida con tenacidad. Las manos de su hermano agarraban con fuerza el asta de la lanza, que con su ardiente brillo le quemaba la piel. Arkio parecía no ser consciente del dolor.

—Hermano —repitió Rafen, buscando la cara de su hermano detrás de la máscara de contaminación. Arkio parecía tan destrozado como el paisaje de la ciudad-templo que los rodeaba, vacío en su interior. Las negras pústulas de veneno todavía bullían bajo su marmórea piel, pero sus ojos… sus ojos pertenecían al Arkio que Rafen recordaba de su juventud, la ingenua y alocada alma que le había dado fuerza y lealtad.

Había dolor en ellos, de un tipo que Rafen únicamente había visto en los ojos de pecadores y traidores caídos en las manos de la Inquisición. Anteriormente jamás se lo había cuestionado, pero en esos momentos lo veía tal como era. Arrepentimiento, tan poderoso y demoledor que la emoción apenas podía ser contenida por la voluntad humana.

—¿Qué he hecho? —balbuceó Arkio, sosteniendo la mirada de su hermano—. He roto todos los pactos y promesas… He vuelto la espalda a lo que soy y he abrazado el vacío… —Tembló y gimió—. Oh, mi señor Emperador, he traicionado lo que me era más querido.

Su odio ya desvanecido, Rafen únicamente pudo encontrar una respuesta en los resonantes abismos de su corazón.

—Sí.

El zumbido de la lanza crecía y disminuía siguiendo el ritmo del corazón secundario de Arkio. Cada pico y depresión se alargaba a medida que la vida se escapaba de él, perdiéndose entre las piedras y la lluvia.

—Fui débil… —logró decir—. Creía que podría protegerme de esto. —Señaló débilmente y sus alas se estremecieron en respuesta—. De desviarme del camino. Mi arrogancia… Yo… Yo creo que… lo creía…

—Lo siento Arkio —dijo Rafen. Silenciosas lágrimas caían de sus ojos, trazando oscuras líneas en la sangre seca y la suciedad de sus mejillas—. Siento no haber estado allí para resistir junto a ti, para alejarte de la corrupción.

—No —susurró Arkio—. Tú no compartías la carga conmigo, hermano. Yo debía

llevar este estigma… —Se estremeció y de sus labios manó un chorro de sangre—. Fue mi error. Era débil…

—Arkio, no… Tú eras… humano.

Se obligó a mostrar una vana sonrisa.

—No temas, Rafen. Este era nuestro destino. Ambos lo sabíamos.

Rafen jadeó.

—¿Sabías que podría ser por mi mano?

—Sí. Y así ha sido. —Sus destrozados dedos recorrieron la placa pectoral de Rafen y tocaron la mejilla de su hermano—. ¿Estás llorando por mí? Eso es lo único que te pido, hermano. El Emperador me condenará por mi locura, y lo acepto sin condiciones… Pero tú… Te pido a ti que me perdones. Me retracto, Rafen. Por favor, perdóname, hermano.

—Yo te perdono, Arkio. Por la tumba de nuestro padre, te lo juro.

Arkio hizo un doloroso y final asentimiento.

—Esta es suficiente gracia. —Sus ojos se cerraron y la lanza quedó en silencio.

Rafen permaneció allí de rodillas una eternidad, sin escuchar otro sonido que los truenos y el sonido de la lluvia, no experimentando en su interior más que un desesperado sentimiento de pérdida. Finalmente, con el corazón rebosante de remordimientos, Rafen se puso en pie con el cuerpo de su hermano en brazos. La lanza extraída del cuerpo del muerto colgaba a la espalda de Rafen. La cálida y tranquilizadora luz de la lanza iluminaba las ruinas a su alrededor, y levantó a Arkio en alto. Parecía pesar muy poco, como si la carga de su transformación blasfema hubiera desaparecido con la sangre vertida.

En las cercanías, Rafen pudo ver los destellos de las descargas de bólter, y el viento le traía los disparos, gritos y cánticos de los Portadores de la Palabra. La cara del Ángel Sangriento mostraba una torva determinación y avanzó hacia el combate. No dejó nada atrás. Excepto sus dudas.



Trece

Curioso, pensó Mephiston, *cómo el paso del tiempo se volvía elástico en medio de un conflicto*. Ensartó a un Portador de la Palabra y al fanático que había detrás con un rápido golpe de la espada mental Vitarus, que inmoló a ambos con llamas azuladas. Echando los restos a un lado, frunció el ceño. *¿Cuánto tiempo llevaban luchando?* Un fuerte trueno resonó por encima de su cabeza, continuación de los destellos de los rayos que iluminaban las figuras de los combatientes en la plaza. La lluvia lo empapaba todo, limpiando la sangre de amigos y enemigos, convirtiendo el polvo de ladrillo y la suciedad del suelo en un barrizal de fango marrón. Era difícil para el bibliotecario saber exactamente cuánto tiempo había durado la batalla; cada golpe de espada y cada proyectil disparado parecía suceder en su propia burbuja de tiempo, un mero instante en la gran cacofonía de la masacre sin sentido. Minutos, horas… Podrían haber pasado días por lo que al Señor de la Muerte importaba. Allí se encontraba en su elemento, una máquina de destrucción alimentada por la más sagrada de las causas.

Escuchó el sonido de los gritos de un hombre repentinamente truncados por el desgarro de carne y músculo. Mephiston se volvió para ver el casco dorado de un Ángel Sangriento de la guardia de honor, uno de los leales a Arkio, salir volando por el golpe del sargento veterano que había acompañado al psíquico desde la *Europae*. El marine dio un paso atrás, sacudiendo las entrañas de la hoja de su espada sierra. Sus miradas se cruzaron y el sargento le dedicó un torvo movimiento de cabeza.

El bibliotecario no necesitaba utilizar sus poderes psíquicos para leer la mente del Ángel Sangriento. Era un asunto triste y funesto verse obligado a luchar contra hombres que habían sido hermanos de batalla. El Señor de la Muerte se sentía enfermo por lo que él los otros se habían visto obligados a hacer, y maldijo a Arkio y a Stele por hacer que eso pasara. Había muchas cosas que purgar en la galaxia de traidores y rebeldes, pero tener que enfrentarse a hombres que voluntariamente habían abjurado de su juramento a Dante y a Baal a favor de un niñato despertaba el odio y el hastío en Mephiston. Por cada Ángel Sangriento descarriado que mataba, el psíquico elevaba una corta plegaria al Trono Dorado. No perdonaba a esos hombres por su equivocado juicio, sino que los contabilizaba como crímenes que cargar a Ramius Stele, el arquitecto de esta locura. Fuera lo que fuera lo que les deparara el

día, Mephiston juro que el maldito Hereticus no saldría de Sabien con vida.

El sargento retrocedió una docena de pasos y recargó su bólter antes de volver a disparar contra la masa de fanáticos.

—¡Bah! —escupió, acabando con tres hombres con un certero disparo a sus cabezas—. Estos locos no conocen el significado de la palabra retirada. Los estamos abatiendo como si segáramos trigo, pero siguen viniendo.

Mephiston avanzó con Vitarus segando vidas en cortes de brillante poder.

—El trigo no se atreve a oponerse a la guadaña.

Por cada Guerrero del Renacido pisoteado en el fango, había dos más detrás de él, desesperados por la gloria de la muerte en nombre de su mesías. Aquí y allí vio Portadores de la Palabra en apretadas y entrenadas unidades, y a los que no podía ver podía oírlos, cantando sus repugnantes y demagógicos cánticos y plegarias de alabanza impía al torbellino. Los marines del Caos descargaban su furia sobre los Ángeles Sangrientos, atacando tanto a los hombres de Mephiston como a los leales a Arkio, e ignoraban a los fanáticos, a no ser que los humanos fueran lo suficientemente estúpidos para bloquear sus líneas de fuego.

—Amigos rojos, enemigos rojos —dijo el veterano—. ¿Quién es aquí el enemigo, señor?

—Todo el mundo —le replicó el psíquico, quemando una docena más de almas descarriadas con su pistola de plasma—. Esto no es una batalla, es un caos.

El tecnomarine de Mephiston se abrió paso entre la masa de muertos y moribundos, tropezando en pozos de fluidos que le llegaban al tobillo. Mató a un fanático armado únicamente con una llave inglesa afilada, golpeándole el pecho con el puño y perforándole la caja torácica y arrojando el cuerpo a un lado.

—Señor —gritó al acercarse—. Lord Mephiston.

Empezaron a lloverles disparos de bólter precisos y meticulosos desde el interior de la masa de enemigos, donde los Portadores de la Palabra estaban reuniéndose para concentrar sus esfuerzos. El bibliotecario recurrió al poder de desintegración para crear un tornado psíquico que cruzó la plaza para despedazarlos.

El tecnomarine apartó la mirada del resplandor de la explosión e hizo una breve reverencia.

—Mi señor, sólo nos quedan dos Thunderhawks y ninguna de ellas es capaz de despegar. Los Portadores de la Palabra tienen seis escuadras cubriéndolas. He detectado arrasadores entre ellas, aunque todavía no han intentado destruir los transportes.

—Quieren las naves para ellos. ¿Qué noticias hay de órbita?

Unos disparos atrajeron su atención, y los tres respondieron disparando a un grupo de fanáticos armados con rifles láser de caza.

—Las comunicaciones son intermitentes en el mejor de los casos —prosiguió el

Ángel Sangriento—. Elevados niveles de radiación en la ionosfera impiden una comunicación clara de los vocotransmisores.

—¿Radiación? —Gruñó el sargento—. ¿De qué?

—La *Bellus* ha sido destruida, mi señor —dijo desapasionadamente el tecnomarine—. Una fragmentaria comunicación de la *Europae* parece confirmar que la nave lealista fue aniquilada en el fuego cruzado entre nuestra barcaza y la *Misericordia*.

Mephiston negó con la cabeza con rabia.

—Qué desperdicio. Qué demencial e inútil desperdicio.

El marine espacial hizo un gesto con el signum, y complejas líneas de glifos de datos y runas de advertencia llenaron la empapada pantalla del aparato.

—Nos superan en número en tierra. La disposición de la fuerza lealista es débil, pero nos superan con el refuerzo de los Portadores de la Palabra.

Para su sorpresa, el Señor de la Muerte recibió esta terrible información con una sonrisa cínica; no parecía sorprendido por los augurios de los sensores. Al contrario, parecía haber estado esperándolos.

—Con la *Bellus* fuera de escena, podemos olvidarnos de pedir refuerzos a la *Europae* —rechinó el sargento, limpiándose el agua de la lluvia del visor—. Estarán tan ocupados con la nave del Caos que no podrán arriesgarse a desembarcar más tropas. Estamos nosotros solos aquí abajo.

—Como siempre ha sido —añadió Mephiston—. Que así sea. —El psíquico activó un control en el collar de su gran capucha y habló a uno de los cráneos de hueso que decoraban el cuello de su armadura, donde había oculta una unidad de comunicaciones—. ¡Ángeles Sangrientos, reagrupamiento! —tronó, transmitiendo la orden a los oídos de todos los hombres de la *Europae*—. Las órdenes de contener a esta masa ya no son aplicables. Lanzaos al combate y no dejéis ningún enemigo en pie.

—Recibido, recibido —llegaron las réplicas por el canal.

Mephiston predicó con el ejemplo, dejando atrás el montón de piedras y ruinas que había defendido para caminar entre las entrañas de sus adversarios. Mostraba unos afilados colmillos y ojos inyectados en fuego mientras la muerte arreciaba a su alrededor, tiñendo el aire con grandes chorros de muerte roja.

—Terra y el Dios-Emperador —jadeó el veterano mientras observaba al bibliotecario despedazar a sus enemigos—. No es un hombre, es una tormenta con una espada.

Por todos partes del pantanal, el confuso combate se desplazaba y cambiaba como un organismo viral, engullendo a los que no seguían el flujo del ejército, matando a los que lo desafiaban. Delos navegaba entre un mar de caras rabiosas y gimientes heridos, todos ellos fusionándose en una pálida orquesta de fantasmas, con los ojos

vueltos hacia el lluvioso cielo gris llorando por su Bendito. El capellán se movió entre ellos, una brillante sombra negra con la cabeza de un cráneo sonriente. Se estremecían y retrocedían ante su crozius mientras se movían a su alrededor, algunos de ellos arrodillándose automáticamente ante el icono de Sanguinius, otros siseando de dolor, como si la visión les hiciera daño a la vista.

Un pequeño traqueteo encima de su cabeza le advirtió del paso de un servocráneo metálico, por lo que Delos supo que estaba cerca. Allí, a tan sólo unos metros, el inquisidor Stele permanecía en pie en la cresta de in derruido estrado de piedra. A sus pies, temblando bajo una empapada capa manchada, su leximecánico se mecía arriba y abajo, balbuceando constantemente un infinito chorro de palabras en miles de dialectos imperiales. Delos captó algo en su diatriba cuando el viento cambió por un instante llevándole sus palabras.

demnos, dannavik, dorius, deleriz, dorcon, demonio, dethenex, dynikas…

Los servocráneos del inquisidor describían continuamente una pequeña órbita a su alrededor, deteniéndose ocasionalmente para disparar un proyectil láser a cualquier objetivo que amenazara a Stele. La mujer también estaba allí, siempre a un palmo de distancia como máximo de él, los rasgos de la cara constantemente ocultos bajo su voluminosa capucha. El hábito que llevaba era como el de los astrópatas, pero no era una de ellos. Delos no estaba maldito con el ojo disforme de los psíquicos, pero no lo necesitaba para oler el hedor del empíreo en la chica. Se sacudió el nauseabundo perfume de su cabeza. Era extraño que nunca antes se hubiera dado cuenta de ello.

Agarrando su crozius arcanum con firmeza, Delos se obligó a avanzar hacia el estrado. La sonrisa del cráneo de su casco se parecía a la de Stele.

—Inquisidor —exigió—. En nombre del Bendito, exijo que os expliquéis.

Stele enarcó una ceja.

—Capellán… Delos, ¿verdad? —Se limpió una pátina de lluvia de su cráneo rapado—. Dejadme. Debo prepararme…

—¿Para qué? —le gritó Delos, sorprendiéndose él mismo por la contundencia—. ¡Decidme que mis ojos me han engañado, Stele! ¡Decidme que no era más que un truco mental de Mephiston!

—¿De qué demonios estáis hablando? —replicó Stele, con la atención puesta en algún otro lugar. Miró a Ulan—. El chico, el chico. ¿Dónde está?

La bruja psíquica negó con la cabeza; su mente estaba llena de cuchillas.

—Difícil…

—Os vi a vos y al Portador de la Palabra. —A la luz de un rayo, Delos vio que algo ensombrecía la cara de Stele; no era un espíritu ni un espectro, sino unas líneas brillantes cruzándose y volviéndose a cruzar: ocho flechas formando un anillo—. ¡Es verdad! —exclamó Delos—. ¡Estáis confabulado con los corruptos!

Stele hizo una mueca y lo atravesó con la mirada.

—¿Primero Sachiel y ahora vos? Este conflicto me está agotando. Las cosas se me están escapando de entre los dedos…

—¡Traidor! —rugió Delos, levantando el crozius para golpear al inquisidor.

—Mejor eso que loco. —Stele levantó la mano y una fue invisible golpeó a Delos en el pecho, empujándolo hacia atrás y haciéndole soltar el arma de energía. El aire a su alrededor se volvió seco y grasiento. Invisibles tentáculos de fuerza psíquica se reunían alrededor del capellán y se deslizaban por los agujeros moleculares de su armadura para entrar en contacto con su piel.

—El camino retorcido —dijo Stele mirando burlonamente al arrodillado Ángel Sangriento—. Toma el camino, Delos. Tómalo.

Su mente se abrió y Delos gritó, agarró su casco y se lo arrancó de la cabeza. El capellán vio su mundo desmoronándose a su alrededor; observó en un reflejo de su vida cómo abjuraba su lealtad al Emperador. «¡Yo jamás haría una cosa así!». Cómo mataba a Dante e incendiaba las ciudades de Baal. «¡No! ¡No! ¡Esto no es cierto!». Cómo sucumbía, riendo con cruel abandono, al abrazo del Caos. «¡No!».

Stele rompió el ataque mental y miró a su temblorosa víctima.

—Jamás me cuestiones —gruñó. El inquisidor cogió el brazo de Ulan, acercándola hacia él—. ¡No volveré a preguntártelo! ¿Dónde está Arkio?

—Muerto. —La mujer pronunció la palabra como un aullido.

La cara del inquisidor se volvió púrpura de rabia. Su mandíbula se movió, pero no salieron palabras de ella. La rabia le robó la voz, y propinó un puñetazo con la mano desnuda a la esclava psíquica. Ulan trastabilló y cayó de rodillas, deslizándosele la capucha que le cubría la cabeza hacia los hombros. Su pálido cráneo con las conexiones de bronce brilló débilmente. Por encima de ellos, los argénteos servocráneos detonaron en pequeñas explosiones.

Stele emitió un incoherente rugido de preocupación y los músculos del cuello se le tensaron como cuerdas.

—Ese estúpido e inútil loco. No tenía suficiente con aceptar los regalos que le había otorgado que tenía que implicarse en su papel. —Se estiró la piel de la cara, apenas capaz de contener la rabia que ardía en su interior—. Todo se ha acabado por ese patético cachorro. Mis planes hechos cenizas, ¡mi mayor logro destruido por su arrogancia!

—Pero… ése era el motivo por el que lo elegisteis… —Ulan escupió sangre y un trozo de diente roto—. Queríais un hombre que pudiera ser Sanguinius…

—Quería una figura decorativa —gruñó Stele—. Un vociferante instrumento mesiánico, no un cadáver.

Ulan se puso en pie con dificultades.

—Quizá en vez de eso os haya dado un mártir…

—Mártir… —La palabra fue susurrada por los labios del inquisidor como una

bendición que apagó su ardiente ira—. Ahora no puedo fallar, ¿me entiendes? —gruñó—. Ahora no, no en el momento de mi mayor triunfo. Me he propuesto convenir a esos fanáticos astartes en el estandarte del cambio y ¡nadie me lo va a impedir! —Stele se quitó la capa de batalla piel de grox de los hombros y la dejó caer al suelo, después desenfundó su ornamentada pistola láser de su oculta funda—. Los planes deben acelerarse —dijo—. La conversión no puede esperar. ¡Debe ser aquí y ahora!

—Pero no estamos preparados…

Ignorando la advertencia de Ulan, presionó el cañón de su arma contra la palma de la otra mano.

—Abre tu mente al Señor del Rencor, bruja. Tráelo. ¡Tráelo ahora!

Stele apretó el gatillo y la pistola le abrió un agujero en la carne, vaporizando tres de sus dedos e incendiando su puño. El inquisidor gritó y se agarró la destrozada mano, obligando al chorro de sangre de las venas seccionadas a trazar el sagrado símbolo que conocía de memoria. La geometría del círculo maldito se hizo evidente a medida que lo dibujaba.

Ulan dudó. Stele le había enseñado los rituales que abrirían un conducto al reino de Malfallax, pero ahora que había llegado el momento, estaba asustada. La bruja psíquica había sido una esclava desde que nació, y un experimento de laboratorio antes que eso, y la desobediencia no formaba parte de su instrucción, pero aun así se resistía a cumplir su orden más peligrosa. Stele se volvió hacia ella y vio la indecisión en sus ojos. El inquisidor gruñó y la cogió por las ropas para acercarla a él. La carne ensangrentada de su mano se agarró a su cuello. Notó los calientes fluidos latiendo sobre su piel.

—Mi señor, no… —logró negar débilmente.

—¡Abre el camino! —gritó Stele, y con un empujón de su brazo, los lacerados dedos se hundieron en la carne bajo el collar de Ulan. La pálida piel se onduló como el agua y Stele fusionó los amputados dedos con sus huesos y cartílagos. La mujer se resistió, en lo que podría ser su primera y última vez en su vida. No supuso ninguna diferencia, pues el inquisidor llevó sus dedos intactos a sus mejillas, apartando con las yemas las falsas cicatrices que ocultaban las imperfecciones de los contactos metálicos psíquicamente activos. Ulan no podía gritar; no podía respirar; tan sólo podía estarse quieta y tratar de no morir mientras Stele la utilizaba como una lente para sus propios poderes psíquicos, potenciando su negra voluntad para abrir un camino al cambiante interior del Ojo del Terror.

En el interior del no espacio del Immaterium, la criatura Malfallax había estado esperando, flotando y moviéndose alrededor de la obscena criatura Stele de la misma

forma que un depredador marino huele una presa en apuros. Invisible para los habitantes del mundo material, el reino de la disformidad los rodea constantemente, como una capa de no realidad cubriendo la sórdida y cruda materia de sus indolentes mundos. Las formas que las criaturas vivas llaman Caos en su limitada y ridícula forma de percibir el omniverso, bullen y crecen en este infinito océano de mentes y emociones. El demonio se movía con Stele. Esperando, esperando y observando en busca del instante en que la pelea y el debate entre los contendientes llegaran a su clímax. Sólo entonces podría atacar, desplegando la absoluta perfección de su miedo, hundiendo sus desgarradores dientes, despedazando sus almas.

Ahora la presa lo había llamado a través del conducto del aborto mutante creado por la ciencia del dios cadáver. Su instrumento Stele llamaba a la mano envenenada de Malfallax. El demonio de la disformidad se burlaba con la anticipación del cambio; era muy infrecuente que la bestia pudiera encontrar un camino suficientemente fuerte para contener su esencia más allá de unas pocas horas. La mayoría de cosas carnosas en la otra realidad eran delicadas construcciones de húmeda y débil carne. Ardían o se inflaban y explotaban si Malfallax mostraba una mera parte de su esencia en ellos, pero había trabajado duro para preparar ese día. Malfallax, Monarca del Rencor, Hierofante de la Vicisitud, estaba harto de manifestaciones parciales, de animar a los inertes o a los sin mente para mostrar un fantasma de su completo y terrible potencial. Quería andar libremente por el plano de los hombres y cubrirlo de rojo con su aterrorizada sangre. Malfallax echaba a faltar el sentimiento de su poder sobre ellos más allá del velo. Era el momento de volver.



El grito que profirió Ulan fue un sonido que ninguna garganta humana había emitido jamás. Resonó de punta a punta de la plaza, agriando el oscuro cielo de Sabien mientras pasaba, provocando un estremecimiento de terror en todas las formas vivas atrapadas en su eco. Stele se apartó del tembloroso cuerpo de la bruja psíquica. La sangre que manaba de su destrozada mano envolvía su antebrazo como un guante rojo. Una risa demencia] surgió de su interior.

—¡Ya llega! —gritó el inquisidor con una demencial mezcla de alegría y terror entremezclándose en su pecho. Stele extendió los brazos como para dar la bienvenida, mientras la sangre y el barro en el interior del círculo de invocación burbujeaban y se evaporaban—. ¡Venid a mí, hijo del vacío! Tomad forma y hacedme caso.

La oscura suciedad a sus pies se movió y empezó a cobrar forma, creando una gigantesca silueta. Surgió algo parecido a una cara que miró a Stele, con un cobrizo aliento surgiendo de sus calientes orificios.

—Essssssssclavo.

Ulan no podía ver a causa de la sangre que salía por los conductos de bronce de su cerebro o que goteaba de sus oídos, nariz y ojos, pero sabía qué era aquella criatura. El ardiente poder del corazón de una nova ardía en sus sentidos mentales. Ulan trató de alejarse, con cualquier racionalidad perdida en un primitivo deseo de huir.

—¡Ven, demonio! —le gritó Stele a la forma fangosa—. Sé testigo junto a mí de esta victoria. Toma forma y abre el camino del cambio. Los Ángeles Sangrientos se convertirán a la gloria de Tzeentch, lo conocerán y adorarán como yo siempre he hecho. —Señaló con la mano destrozada a la temblorosa mujer—. ¡Llena el contenedor y ven!

Ulan tropezó y cayó. El barro la atrapó, inmovilizándola. Ella negaba con la cabeza en un débil gesto de rechazo.

—No. —La voz era legamosa como la roca fría. La masa de barro viviente surgió hacia adelante como un chorro, pero no hacia Ulan. Se elevó alrededor de las piernas de Stele y lo retuvo firmemente, rodeándolo como si fueran serpientes de agua, cubriéndolo.

El inquisidor trató de gritar, pero al abrir la boca la masa sanguinolenta penetró por ella y lo ahogó en fango.

—*Ahora recibirás tu recompensa* —dijo Malfallax haciendo de cada palabra un martillazo psíquico—, *no será el señorío de estas presas humanas, ni riquezas ni poderes como se te prometió. Conocerás mi gloria. Tú llevarás mi esencia, te convertirás en mi montura y representación en carne*…

Ulan sintió los terribles y silenciosos gritos de Stele mientras el demonio se introducía en d inquisidor, convirtiendo al humano en el involuntario recipiente de su poderosa sustancia psíquica. Por mucho que odiara al maligno guardián de la oscuridad, encontró una chispa de piedad por el hombre que estaba desapareciendo ante la esencia de su amo demoníaco. Traición y rabia, miedo y un terror tan dulce que se le atragantó en el cuello con la retroalimentación de su sabor; las emociones salieron a borbotones del retorcido saco de piel. La criatura había negado a su marioneta la posibilidad de ordenar sus sentimientos mientras moría, arrancando cualquier entendimiento de la mente de Stele. Para él no era más que carroña: sus planes eran los planes de Malfallax, sus grandes maquinaciones eran pequeños engaños para diversión del Señor del Rencor.

Así, sólo Ulan fue testigo de la muerte del inquisidor Ramius Stele, de su carne y sus nervios, de su mente y de su alma. Ella lo oyó atravesar el éter y atraparla en su desgarrador camino. La bruja psíquica balbuceó y lloró, perdida por su proximidad a él.

El demonio observó la carne que lo envolvía y, con lentos y decididos gestos, expandió el camino de la mutación sobre su nuevo caparazón orgánico. Borboteando

fuera del barro que lo había contenido brevemente, Malfallax adoptó el impío aspecto que todos los suyos llevan como marca de su lealtad al camino de las ocho puntas. Los huesos de Stele cambiaron como si fueran de plastilina, ahuecándose y expandiéndose. La pálida piel humana brilló y adoptó una coloración multicolor, mostrando un arco iris como la luz del sol atrapada por un prisma. La cara se prolongó hacia adelante, convirtiéndose en un pico ganchudo con ojos hundidos como pozos ardientes. Delicadas plumas surgieron de los restos del uniforme del Hereticus, unas grandes alas llenas de cicatrices escaparon de su prisión piel. Garras y garfios adornaban a la criatura, que emitió un largo y lánguido bostezo.

Mirando el mundo humano desde el interior de su nueva manifestación, el Señor de la Transformación observó a la temblorosa Ulan y decidió que estaba hambriento. Unas garras negras agarraron a la mujer psíquica con una férrea presa y la llevaron hasta su pico, mientras una voz disforme ansiaba más carne y sangre fresca.

Malfallax devoró su comida y estudió el demencial conflicto que se desarrollaba a su alrededor considerando por dónde debía empezar.



Delos miró horrorizado. Al principio, el clérigo pensó que era otro de los trucos mentales que Stele había utilizado sobre él, pero el hedor de la cambiante y sinuosa bestia le dijo a sus sentidos que esa monstruosidad era tan real como la martilleante lluvia y el frío barro. Su crozius había desaparecido, perdido y roto, pero todavía tenía su bólter y su cuchillo. Delos los empuñó, recorriendo con los dedos la letanía inscrita en la carcasa de su arma. Llegó al último símbolo, donde había transcrito su juramento a Arkio.

—¿Eran todo mentiras? —preguntó al cielo—. ¿Me he condenado?

Delos no podría inscribir nada más después del día de hoy. El capellán parpadeó para apartar la lluvia de sus ojos y saltó hacia el demonio pronunciando el nombre de su primarca.

Malfallax inclinó la cabeza con un gesto interrogador y se volvió para mostrarse ante la figura de negro. Pisó algo húmedo y frágil, un líquido caliente chorreando entre sus garras ganchudas. El demonio miró hacia abajo, apartando la sangre y la materia orgánica. El leximecánico había sido demasiado lento al apartarse y ahora el esclavo traductor era una pasta de huesos y metal en el barro.

Los disparos de Delos impactaron en la piel de la bestia y Malfallax se tragó el dolor de las heridas como si fueran dulces. El demonio dirigió un huesudo dedo al capellán y pronunció una palabra de blasfemo poder. Se abrió una grieta como una herida sangrante ante su mano, y un chorro de fuego de color rosa emergió de ella engullendo a Delos.

El clérigo aulló cuando las llamas lo rodearon y lo abrasaron a través de su

servoarmadura. El Señor de la Transformación lo dejó gritando y agonizando en el barro y se alejó en busca de más presas. El brazo de Malfallax penetró en un absorbente vacío en el centro de su pecho, desapareciendo hasta el codo. Al volver a sacarlo agarraba una empuñadura, y con movimientos lentos y cuidadosos el demonio extrajo una arma de filo hecha de huesos de hombres muertos y sólidos engaños.

Los humanos tenían un nombre para esas espadas, las denominaban espadas disformes, construcciones semirreales que existían a la vez dentro y fuera del empíreo, conducciones puras de formas mentales entretejidas como espadas asesinas. Malfallax probó la espada del Caos que empuñaba, valorando su peso, juzgando su alcance. Satisfecho, la alzó y la hundió en la masa de soldados esclavos que huían, licuando sus cuerpos con la velocidad de sus golpes. La espada gritó de placer.

—¡Qué el Emperador nos guarde! —exclamó el sargento—. Me dan arcadas sólo de mirarlo…

—¿Qué maldita cosa es eso? —preguntó el tecnomarine.

—Un engendro de Tzeentch —replicó Mephiston. El psíquico sintió los bordes de la esfera de agonía creada por la desdibujada forma de la espada, desviando la vista de su impía geometría—. Un Señor de la Transformación. —Conectó el medallón del cráneo en su cuello y gritó una orden—: Reagrupaos. Concentrad el fuego en la criatura…

Las órdenes del Ángel Sangriento quedaron silenciadas por un aullante sonido procedente de la masa de fuerzas enemigas. El gran demonio dibujó runas arcanas en el aire y liberó una inundación de fuego frío por toda la plaza. Los hombres atrapados en el blanco núcleo de las llamas fueron instantáneamente vaporizados, desapareciendo en forma de cenizas. Los que se encontraban en el borde de la explosión se incendiaron y corrieron tropezando con todo, ciegos y locos de dolor; los que se encontraban en la periferia quedaron malditos por las mutaciones, creciéndoles espontáneamente nuevas extremidades, explotando o implosionando. Mephiston vio a varios hombres dispararse con sus propias armas antes que aceptar los cambios que estaba sufriendo su carne.

Marines espaciales murieron bajo la punta de su espada de diez metros, añadiendo su carmesí al pantano de sangre que ya llegaba a los tobillos. La espada disforme abría pequeñas fisuras en el tejido del espacio allí por donde pasaba, y unas cosas emergían por los agujeros, parloteando con hambre. Con forma de plato con cilios tóxicos colgando, estas entidades-disco disformes se abalanzaron sobre los heridos y moribundos como buitres.

Envalentonados por su nuevo aliado, los Portadores de la Palabra avanzaron, apartando o matando a los marines lealistas. Mephiston se enfrentó a ellos con Vitarus cantando su canción de muerte, decapitando o partiendo por la mitad, y su pistola de plasma siseando de calor con cada descarga. Los traidores se encontraron

el acero y murieron, pero por primera vez desde que había llegado a Sabien, el Señor de la Muerte dio un paso atrás cuando la presión del enemigo se volvió dura como un torno de rubí.

—El ojo de un huracán —murmuró Turcio—. Estamos atrapados en medio de una tormenta. —Disparó de nuevo a la bandada de Portadores de la Palabra que le disparaban desde los restos de una humeante Thunderhawk, haciendo fuego por encima de los fanáticos que parecían totalmente ajenos al fuego cruzado que los estaba diezmando. Se agachó para recargar y el hermano Corvus tomó su lugar, acompasando sus disparos.

—Por mi vida… La confusión… ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Sobreviviendo —replicó Corvus, matando un Portador de la Palabra de un tiro en la cabeza—. No valdremos nada si morimos.

—Pero el Bendito… ¿Dónde está? ¿Arkio nos ha abandonado?

—¡No! —le espetó Corvus a su hermano de batalla, aunque en el fondo de su mente tenía el mismo temor—. Él… él debe de estar luchando en algún otro lugar…

—¿Dónde? —Preguntó Turcio, levantándose para unirse una vez más al combate —. El día de hoy se ha convertido en una locura. Nuestros odiados enemigos aparecen de ninguna parte, los demonios toman forma de la nada… Arkio ha desaparecido, y nosotros luchamos contra cualquier cosa que se mueva. —Cogió el brazo de Corvus y lo miró a la cara—. ¡Ya no tengo ni idea de lo que soy! ¿Ángel Sangriento? ¿Traidor o lealista? Aquí no hay más que muerte, no hay respuestas…

Los disparos de bólter desde las líneas del Caos arrancaron un trozo de su cobertura y ambos marines se tiraron a un lado cuando los disparos de un cañón láser siguieron a los de bólter. Turcio rodó por el barro y se encontró mirando al cielo, a la infinita cortina de lluvia gris que los empapaba. Los engaños oscurecían su mente. De repente le pareció que todo lo sucedido en Cybele estaba siendo puesto en duda.

—Sanguinius nos guarde. ¿Cuál será nuestro destino?

—Mira. —Corvus señaló hacia las entrañas de la torre de una catedral destruida mucho tiempo atrás, una de las pocas estructuras que seguían levantándose por encima del nivel del suelo. Allí había una figura humana sobre el dosel de piedra, encima de una gárgola rota. Los rayos le dieron forma y color. Era un Ángel Sangriento, y en sus brazos llevaba un amasijo de formas doradas, carne pálida y plumas blancas.



Rafen miró hacia abajo, al campo de batalla, y se llenó los pulmones con bocanadas de aire húmedo y metálico. Cuando habló, su voz fue llevada por el viento, resonando por los canales de comunicación de todos los astartes que había en tierra.

—¡Ángeles Sangrientos! —gritó—. Hijos de Baal, escuchadme. La mentira se ha

acabado, nuestro retorcido destino ha sido enmendado. Sabed esto, hermanos: ¡Hemos sido traicionados!

El conflicto estaba en su máximo apogeo, pero la voz de Rafen llegó a todos los rincones de la lucha, incluso los fanáticos y el enemigo se volvieron para escucharle.

—Todos nosotros llevamos la sangre de Sanguinius en nuestros corazones —dijo Rafen—. Cada uno de nosotros es más puro en algún pequeño rincón de su alma… Pero nuestro primogenitor, nuestro señor y fundador… está muerto. —La voz atronó por el cielo—. Sanguinius es cenizas desde hace milenios, ni huesos ni corazón, ¡sólo sangre! Sanguinius murió a manos del odiado Horus, pereció por la espada del Caos.

Aullidos de rabia surgieron de las gargantas de todos los Ángeles Sangrientos, hasta el último de ellos reaccionó con violencia ante la descarnada verdad de la afirmación de Rafen.

—Y ahora el archienemigo trata de enfrentarnos, de arrastramos a la blasfemia de un falso ídolo… —Sostuvo en alto el cuerpo de Arkio, bien por encima de la masa—. Mirad. ¡Observad lo que ha sucedido! Mi hermano de sangre, mutado y deformado por la mano de un traidor… —La voz de Rafen quedó ahogada por la emoción—. Nos hicieron pensar que él era el Más Puro Renacido… Nos lo hicieron creer. Pero él estaba corrompido, ¡envenenado por la mano de Stele! El demonio que camina entre nosotros hizo esto, así que lo seguimos ciegamente. Ciegamente hacia el abismo.

Un coro de negaciones llegó hasta Rafen llevado por el viento, angustiosos rechazos de hombres que ahora veían la mentira a la que habían jurado lealtad.

—¡Ved la verdad! —gritó Rafen—. Ved caer a mi hermano. —Lanzó el cadáver de Arkio por el precipicio y dejó que la gravedad se llevara el cuerpo alado. En un momento de terrible silencio únicamente habló la lluvia, mientras el hombre muerto caía hacia d suelo, con sus destrozadas alas moviéndose al viento, hasta estrellarse contra los escalones de la catedral.

Turcio se dirigió al cuerpo y giró la cara de Arkio hacia él. Retrocedió horrorizado y se cayó.

—¿Qué has visto? —preguntó Corvus con el corazón en un puño.

—Ruina —dijo Turcio con voz impersonal—. Ruina y condenación. Nuestro mesías se ha vuelto negro con la mentira, hermano… Rafen no nos ha engañado.

—¡Arkio está muerto! —El grito procedía de lo alto de la torre—. Mi hermano pereció por este engaño, ¡y éste murió con él! —Rafen mostró la Lanza de Telesto y dejó que la luz dorada del arma iluminara el cielo a su alrededor—. Por la lanza sagrada, rechazad vuestra equivocada lealtad a Arkio y recordad a vuestro verdadero señor, Sanguinius. —Señaló con la lanza hacia el combate y sintió cómo ésta se calentaba por su propio poder—. Buscad al enemigo entre vosotros y destruidlo.

En las escaleras, Turcio se levantó y gritó al cielo.

—Sí, señor. Renuncio al Renacido. ¡Soy un Ángel Sangriento! —El hermano de

batalla saltó de las agrietadas piedras y se lanzó contra los fanáticos y los traidores—. ¡Por el Emperador y Sanguinius!

Corvus gritó el mismo juramento y lo siguió a través de la plaza. Los leales a Arkio abandonaron su equivocada devoción, desaparecida la confusión creada por el Caos en sus mentes por el poder de la lanza.

La rabia de Malfallax atravesó la mente del señor de la guerra como una flecha ardiendo El enlace de comunión psíquica entre ellos era tan fuerte que mató a dos Portadores de la Palabra sin importancia ante el Príncipe Brujo.

—¡Garand! ¡La ridícula piltrafa humana del peón no es más que carne muerta! ¡Me prometisteis que está elaborada charada sería un éxito!

El comandante de los Portadores de la Palabra miró en dirección a la cambiante forma del Señor de la Transformación, en el otro extremo de la batalla, e hizo una reverencia.

—El loco de Stele, gran hierofante. Traté de controlar sus maquinaciones, pero su vanidad fue su perdición.

—He consumido su carne —dijo Malfallax—. Conozco sus objetivos. Este día todavía puede acabar en victoria, y todavía podemos manipular a los Ángeles Sangrientos para complacer a nuestro señor.

—Perdonadme, excelencia, pero ¿cómo? Con el chico muerto, esos cachorros sangrientos no nos seguirán a la oscuridad.

Una risa psíquica le asaltó los sentidos.

—Sólo veis la batalla que está teniendo lugar, Garand. Hay otra forma.

El señor de la guerra se dio cuenta de a qué se refería.

—El defecto. La maldición genética de los baalitas.

—Sssssí —murmuró el demonio—. La probé en Cybele por medio de mis esclavos psíquicos. La conjuraremos en estos locos y dejaremos que se consuman por ella, y cuando estén totalmente controlados por la rabia negra, los conduciré en una espiral de sangre del que jamás podrán escapar, hasta el mismísimo corazón del Torbellino.

Garand asintió, atemorizado por su enormidad.

—A vuestro servicio, lord Malfallax.



Se abrieron camino mientras Rafen caminaba por el interior de la catedral hasta el lugar en que se encontraba el cuerpo de Arkio. En su puño acorazado la lanza brillaba como lo había hecho ese día en la *Bellus*, cuando la luz del progenitor había tocado todas las almas a bordo. Con suavidad, plegó las destrozadas alas alrededor del cadáver de su hermano como un sudario, mientras los hombres de Mephiston miraban en silencio.

Al levantarse, Rafen se encontró al lado del jefe bibliotecario. El Señor de la Muerte le ofreció un inyector de cristal que tenía en la mano.

—Vuestras heridas son muy graves, hermano —dijo Mephiston—. Tomad esto. El propio Corbulo me lo dio en persona. Os proporcionara la fuerza de los grandes comandantes.

Cogió el ex sanguinator y lo giró entre sus dedos. Una sangre oscura y espesa brillaba en su interior, extraída de los más importantes sacerdotes sanguinarios del capítulo de los Ángeles Sangrientos. Una vez esa sangre se mezclara con la de Rafen, la esencia de Sanguinius fluiría con mucha más fuerza por sus venas.

Mephiston señaló con la cabeza hacia el hombre muerto.

—Ha llegado el momento de vengarlo.

—Ha llegado —asintió Rafen, que con un solo movimiento, se clavó la aguja en el pecho y yació su contenido en su corazón.



Catorce

En el paisaje del mundo capilla Sabien no se había oído voz humana alguna durante cientos de años. Las ruinas desoladas sólo hablaban con los vientos lastimeros que perseguían al polvo y a la lluvia por las calles y los espacios abiertos. A su propio modo, Sabien era un gemelo lloroso del planeta Cybele, una esfera hermana distante años luz hacia la zona central de la galaxia. Ambos planetas eran cementerios, y ambos habían quedado cubiertos de tíos carmesíes con la vida tanto de los astartes como de los traidores. El destino, si existía algo semejante, había trazado una senda circular para que Rafen y sus hermanos la siguieran. Su viaje hacia la oscuridad había comenzado entre lápidas y memoriales, y en aquel lugar acabaría del mismo modo.

Sabien había conocido la furia desatada de los Hijos de Sanguinius muchos siglos atrás, cuando los muertos en aquel entonces habían luchado y perecido para defender aquel planeta de las legiones enemigas del Dios-Emperador. Aquel poder había atacado de nuevo el planeta en silencio y había alzado una vez más el trueno de las nubes de tormenta en una marea brillante de maldad.

Los Ángeles Sangrientos no se limitaron a atacar. Estallaron por toda la zona de combate en una oleada de rabia sin control, una marea roja de guerreros que se lanzaron contra las líneas de los Portadores de la Palabra y los enloquecidos soldados adoradores del Caos. Se lanzaron al combate cuerpo a cuerpo, rechazando así la relativa seguridad de un combate a distancia, abandonando toda prudencia al mismo tiempo que lanzaban aullantes cantos y gritos de combate. Los himnos impuros de los marines del Caos quedaron ahogados primero por los rugidos feroces de sus oponentes, y luego por el estruendo de las dos fuerzas al chocar como un martillo contra un yunque. Metal contra metal, espada sierra contra ceramita, proyectiles al atravesar la carne, el siseante chasquido de los disparos láser… y los gritos. Los gritos, horribles y espantosas Todo ello se unió en una orquesta de guerra desencadenada. La tierra tembló bajo la gigantesca destrucción liberada en un instante.

Los Ángeles Sangrientos habían regresado a Sabien, y un infierno carmesí avanzó con ellos.

Sólo en el calor del combate cuerpo a cuerpo puede un guerrero comprender realmente su valía. No era comparable a pilotar una nave de combate o manejar un

cañón, a apretar un botón y ver cómo el enemigo lejano desaparecía en mitad de una nube de humo. ¿Cómo podía un marine espacial conocer el verdadero valor de su corazón a menos que se enfrentara cara a cara con su enemigo más odiado y le arrebatara la vida mientras lo miraba a los ojos? ¿Qué verdad era más fuerte que el momento final del enfrentamiento, cuando su arma chocaba contra la de su oponente y el palpitar de la sangre derramada cantaba su sinfonía?

Mephiston lo sabía. Para el Señor de la Muerte, la mayor gloria en vida era destrozar a los aberrantes y a los viles. El constituía la punta de la flecha de ceramita roja que señalaba el avance de los Ángeles Sangrientos, que se abrían paso a través de las líneas de los Portadores de la Palabra y los fanáticos enloquecidos que se atrevían a atacar a los marines que se alzaban como torres sobre ellos. El psíquico mató a un hombre, un ciudadano cuya mente había sido seducida por los demagogos del Caos. Lo hizo con una simple mirada de sus ojos acerados. El poder de Mephiston impactó de lleno al muy estúpido y le detuvo el corazón al mismo tiempo que le reventaba todas las arterias y las venas superficiales. Las burdas ropas del soldado esclavo quedaron empapadas y el fluido caliente salpicó la armadura de forma musculada. Unas cuantas gotas le cayeron en la cara. Mephiston se limpió el rostro de rasgos pálidos y enjutos y lamió la sangre que había quedado en la punta de los dedos. Era el vino más perfecto, una cosecha roja llena de adrenalina embriagadora. El Ángel Sangriento dejó más al descubierto los colmillos. De repente, le invadió la necesidad de tener más, más, ¡más!

Arrojó a un lado al muerto y le propinó varios tajos a un marine de apoyo pesado. Cortó por la mitad el extremo del cañón láser que empuñaba y luego la carne pálida del cuello del marine enemigo. La espada psíquica continuó su recorrido y la relampagueante arma azul tajó el cuerpo en trozos desiguales. Varios chorros de líquido negro salieron de los profundos cortes formando fuentes espesas y densas. Aquello era una bebida completamente distinta, cargada con la contaminación de un millar de años, apestosa y pútrida. Permitir que semejante libación le tocara los labios… Sólo pensar en ello hacía que sintiera repugnancia.

Al otro lado del cadáver caído del traidor de armadura de color rubí aparecieron más Guerreros del Renacido. Todos ellos habían abandonado su lealtad por Arkio tras ver que la figura alada había muerto. Sus débiles mentes se volvieron hacia la estrella de ocho puntas como su nuevo salvador. Así de patéticos eran y de desesperados estaban.

Mephiston lanzó un grito de odio y se lanzó a por ellos con Vitarus. Sentía una rabia especial contra los débiles de devoción y contra los cobardes. Aquellos simples mortales estaban tres veces condenados a los ojos del Señor de la Muerte. Habían permitido que su planeta se viera contaminado por una invasión de los Portadores de la Palabra, habían carecido incluso de la fuerza de voluntad necesaria para

mantenerse fieles a la luz del Emperador cuando Stele les había presentado a Arkio como un mesías, y después se habían entregado a los poderes del Caos cuando se había demostrado que era mentira. Aquella escoria de Shenlong eran igual que niños maltratados, sometidos a tantas palizas por sus padres que acababan considerándolas una muestra de amor. Otra persona quizá hubiera albergado lástima por ellos en su corazón, pero los dos de Mephiston estaban llenos hasta el borde de desprecio. Los mató a todos dando tajos a diestro y siniestro o destrozándoles el cuello con la mano libre. Bebió de sus venas para satisfacer su parte depredadora.

En mitad de su frenesí, el psíquico divisó a sus hermanos de batalla haciendo lo mismo. Mataban, destrozaban y quemaban a los marines del Caos allá donde los encontraban y bebían la sangre caliente que surgía a chorros de los cuerpos de sus lacayos aullantes. Una aura poderosa y siniestra envolvió a Mephiston y le nubló la razón al mismo tiempo que aumentaba su furia. Sintió la llamada de la sed roja, que se extendía para inundar el campo de batalla con su neblina carmesí. La rabia negra crecía en su interior, bullente y furiosa, y el líder de los Ángeles Sangrientos echó la cabeza hacia atrás y rugió lleno de alegría. Mephiston se entregó a ella.

Los restos del cadáver medio devorado surcaron el aire retorciéndose sobre sí mismos y aterrizaron con un golpe fuerte y sordo cerca de la base del cráter de bomba donde Turcio y Corvus estaban atrapados. Corvus retrocedió sin dejar de disparar con el bólter y sin apenas mirar el cadáver. Turcio sintió que se le retorcía el estómago cuando lo examinó. La armadura del Ángel Sangriento, del mismo modo que el caparazón de un marisco exótico, había sido abierta para dejar al descubierto las entrañas carnosas que había protegido. De los agujeros donde deberían haberse encontrado la cabeza y los brazos salían restos de hueso fundido y órganos licuados. En los puntos donde el cuerpo se había convertido en un simple bocado apetitoso se veían hililllos de baba gelatinosa y mar de dientes.

Un eructo líquido y sonoro llamó la atención de Turcio, quien miró por el borde del cráter. Allí vio la silueta hinchada de Malfallax. La criatura lo miró y escupió un fémur humano intacto por un lado de su ancha boca con un desdén insultante. La carne recién asimilada del marine espacial surgió borboteante a la superficie del cuerpo de la criatura y se entremezcló con la panoplia de pieles relucientes. El Señor de la Transformación se movía como el aceite sobre el agua, y sus tonos multicolores relucían de un modo hipnótico. Turcio parpadeó con fuerza para disipar la atracción letárgica.

Malfallax rebuscó entre la maraña de dientes como guadañas que poblaban su boca mutante.

—Fibroso —dijo olisqueando el cadáver desechado—. Viejo y sin sabor. —La bestia le guiñó un ojo a Turcio—. Tú serás un bocado más sabroso.

El Ángel Sangriento se negó a concederle al engendro ni siquiera una réplica

insultante y le disparó por toda respuesta. El bólter se le estremeció en las manos. Malfallax gruñó y escupió cuando un par de disparos afortunados le acertaron en un punto débil. Se movió con una gracia antinatural; fluía a través del aire más que andaba. Relucía bajo los constantes chorros de lluvia en una danza sinuosa.

—¡Stele! —Exclamó Corvus al reconocer de repente algún rasgo característico del inquisidor en la piel cadavérica que cubría al demonio—. Te has apoderado de él.

—Lo estaba deseando —le replicó la criatura al mismo tiempo que echaba a un lado una viga metódica caída—. El imbécil deseaba conocer la disformidad… y los que son como yo somos la disformidad hecha carne.

Pegó varios tirones de la piel que llevaba extendida sobre el rostro como un pellejo grotesco.

Turcio y Corvus reaccionaron de forma automática y abrieron fuego creando pasillos de proyectiles destinados a atrapar a la bestia monstruosa entre ellos, pero el demonio aulló lleno de diversión burlona y dejó que sus alas de murciélago lo alzaban por el aire. La acribillaron con nuevos disparos, pero Malfallax bailó y se deslizó entre la lluvia, apareciendo siempre allí donde no estaban los proyectiles. En mitad de su pecho brillaba un óvalo verde con un disco amarillo en el centro. Era un regalo de su dios. El Ojo de Tzeentch creció como si fuera un electrotatuaje vivo, y a través de él la criatura atisbaba un leve adelanto en el tiempo. Malfallax veía lo suficiente del complejo entramado del destino como para saber dónde no dispararían los marines, y giraba y viraba aquí y allí para esquivar los proyectiles ardientes. Disparar contra él era como disparar contra el humo.

El arma de Turcio se quedó sin munición y se dio la vuelta para ponerse a cubierto, pero la bestia se le echó encima con unas garras desplegadas tan grandes como las pinzas de un escorpión de fuego. Lo golpeó con la parte sin filo y lanzó a Turcio contra su hermano de batalla. Los dos cayeron derribados al fondo de aquel barrizal que llegaba hasta la rodilla Malfallax aulló lleno de placer y aplaudió, en un gesto inquietantemente humano para algo tan alienígena. El demonio podría haberle propinado el golpe de gracia abriendo en canal a Turcio para luego devorarlo, pero eso hubiera sido demasiado rápido, hubiera carecido de elegancia. A Malfallax le encantaba la sensualidad de su nuevo recipiente mortal y quería disfrutar todo el tiempo que pudiera. Abrió una serie de bocas que tenía en el rostro deformado y en el torso, y todas hablaron con la misma voz arrogante y escalofriante.

—¿Dónde está ahora tu ángel, presa humana? —se burlo.

—¡Aquí! —gritó Rafen.

Un rayo recortó su silueta con un destello blanco azulado en el borde del cráter. El marine lo señalaba con la lanza sagrada empuñada en un brazo extendido. De la punta caían gruesos goterones de sangre de los Portadores de la Palabra, y el asta del arma humeaba como si estuviera quemando la corrupción de las decenas de guerreros

del Caos que ya había matado. Malfallax miró la lanza y dejó escapar un aullido átono. Incluso la simple proximidad de aquel artefacto arqueotecnológico era suficiente para enfurecer al demonio.

—Me privaste de la posibilidad de vengarme de tu lacayo, escoria de la disformidad —siseó el Ángel Sangriento—, así que me vengaré de ti en su lugar.

Rafen hizo girar la lanza por encima de la cabeza y dio un salto en el aire para convertirse en una flecha dirigida al corazón negro y palpitante del archidemonio.

La garra de Malfallax se alzó de inmediato para protegerse con la velocidad de una serpiente coral, y atrapó el mango de la lanza cuando se abatía sobre su pecho. Las inscripciones de Sanguinius le cortaron los dedos, pero el salto de Rafen se detuvo en seco e hizo que se estremecieran todos sus huesos. La lanza pugnó por seguir adelante y romper la presa del demonio, dispuesta a penetrar el pellejo mutante, pero la criatura resistió. Rafen retorció el arma y la punta de la hoja de la lanza rasgó el Ojo sagrado que Malfallax llevaba engastado en el pecho.

El Ojo de Tzeentch derramó un líquido rosado y reventó como una ampolla desgarrada. El demonio lanzó un aullido bestial, pero hizo caso omiso del tremendo dolor que sentía y aferró con mayor fuerza la lanza para sacudir el mástil dorado. A Rafen no le dio tiempo ni siquiera a soltarlo, y el Señor de la Transformación utilizó el arma para estamparlo contra el barro. La Lanza de Telesto atacó al demonio con una descarga de energía dorada y Malfallax lanzó otro aullido antes de arrojar el arma sagrada a un lado. Rafen se arrastró hacia ella mientras la bestia gemía y lamía con gesto lastimero los restos quemados que antes habían sido su garra.

Turcio metió su último cargador en el hueco de la recámara del bólter y apuntó el cañón hacia el monstruo, que estaba distraído por la presencia de Rafen, por lo que presentaba todo un costado al descubierto. La joya engastada había quedado ciega, así que la criatura ya no disponía de su segunda visión. Los proyectiles ardientes provocaron chorros de sangre sucia allí donde impactaron. El pellejo necrosado se despegó de los huesos amarillentos, que se habían vuelto quebradizos por la rápida mutación que se habían visto obligados a soportar. Varios puñados de intestinos grisáceos surgieron de lo que antes había sido el abdomen de Ramius Stele.

Malfallax se estremeció y se lanzó de forma instintiva hacia la nueva fuente del dolor que sentía. Alrededor de la garra quemada surgió una llamarada de color rosáceo, y la otra extremidad alzó la aullante espada de hueso. El arma de disformidad cayó dejando tras de sí un arco iridiscente. El brillo prismático era algo hermoso en su continuo cambio, y Turcio se quedó inmovilizado por su majestuosidad hasta que el arma aullante atravesó el cañón del bólter y su antebrazo derecho. El Ángel Sangriento salió despedido hacia atrás por el impacto del golpe. El icono consagrado del arma quedó destruido al instante y su extremidad amputada soltó varios chorros de fluidos carmesíes. Aquella reacción refleja le salvó la vida, ya

que Malfallax continuó el ataque con un zarpazo de arriba abajo de su garra, que le destrozó las placas de blindaje y le abrió la armadura hasta el ombligo. Alguien tiró con fuerza de él. Corvus arrastró a Turcio por la gorguera de la placa pectoral al mismo tiempo que disparaba por encima de su hermano de batalla contra el demonio que avanzaba. Malfallax no hizo caso de los proyectiles que le acertaban y se sacó los discos de tungsteno de los agujeros que le abrieron en el pecho.

Oyó un rápido sonido húmedo a su espalda, y la bestia alargó el cuello para mirar por encima de un hombro deformado. Rafen surgió del barro empuñando la lanza con las dos manos y cargó contra el muslo desprotegido del demonio. La hoja centelleante se clavó en la carne y la abrió. De la herida surgió un chorro de gusanos y parásitos alienígenas serpenteantes.

Malfallax escupió y se volvió de nuevo hacia Rafen.

—¿Sigues vivo?

—Sigo vivo —respondió Rafen con una sonrisa feroz, y le propinó otro tajo al pellejo de la criatura.

El demonio detuvo el ataque con un barrido de su espada infernal y avanzó. Las pesadas extremidades chapotearon en los charcos que se habían formado en el fondo del cráter. Rafen vio que Corvus sacaba a rastras al herido Turcio y les hizo un gesto de asentimiento.

La bestia lo vio y se echó a reír a carcajadas.

—Eres insistente, humano, lo admito, pero tu obstinación es una característica de los seguidores del dios cadáver. —Las vaharadas de aire caliente flotaban alrededor de sus bocas—. Os resistís a los cambios, y por eso perecéis.

Rafen contestó con un ataque veloz que logró superar la guardia de la espada de hueso y luego intentó propinarle varios cortes en las piernas al monstruo. Este detuvo cada ataque, y en cada ocasión se esforzó por atrapar el arma de Telesto con los rebordes que sobresalían de los filos de la espada. El marine canalizó todas sus fuerzas en la lanza, de tal manera que el arma se convirtió en una extensión natural de sus brazos. Miró más allá de la punta de la brillante hoja en forma de gota para ver tan sólo los puntos donde el demonio sangraba y derramaba fluidos, pero el monstruo continuó efectuando barridos con la espada de disformidad, y el hipnótico arco de color se convirtió en una cúpula de luz enloquecida. Rafen blandió la espada tal y como le habían enseñado en la fortaleza-monasterio: bloqueó, detuvo, barrió, embistió, pero en ningún caso logró más que producir una leve herida en la carne del monstruo. La energía pura de la espada zumbaba y palpitaba bajo sus guanteletes desde el interior del mástil adornado y la guarda dorada. Palpitaba con fuerza cada vez que hería a Malfallax…, pero seguía sin responderle, como había hecho con su hermano Arkio.

Hubo un momento en el tejado de la catedral en ruinas, después de lanzar el

cuerpo de Arkio hacia la muchedumbre que había abajo, en el que Rafen creyó que la lanza sagrada estaba a punto de revelarle sus secretos. Relució en sus manos, iluminando el mundo a su alrededor. Durante un brevísimo instante, Rafen conoció la emoción de la conexión con la Lanza de Telesto, al igual que debía de haberla sentido Arkio, como había hecho el propio Sanguinius en su ancestral enfrentamiento con Morroga. Sin embargo, el momento se esfumó con la misma rapidez que lo habían hecho los destellos de los relámpagos en el cielo de color gris acero. La lanza era una arma extraordinaria, con un equilibrio perfecto y tan, afilada que era capaz de cortar un cabello por el centro. Sin embargo, a menos que se consiguiera desentrañar su poder interior, no era más que una reliquia.

«¿Cómo? ¿Cómo puedo abrir la lanza a mi voluntad?», se preguntó. Arkio había sido cambiado más allá de toda normalidad, y respecto al propio Puro… No había modo alguno en el que Rafen se pudiera comparar con el Soberano Angélico. Detuvo otra serie de ataques cegadores. Uno de ellos fue demasiado veloz como para que lo pudiera esquivar y cortó varios conductos de energía. Sintió el contacto helador del líquido sobreenfriado que salió a chorros de la mochila dorsal dañada. En la espalda y en el muslo se le formaron parches de escarcha, lo que hizo que la ceramita y el plastiacero se volvieran más frágiles. El demonio atravesó con su arma una columna de piedra intentando alcanzar a Rafen, quien esquivó el golpe por muy poco.

Este soltó un tremendo exabrupto, medio frustrado consigo mismo medio impulsado por el odio alimentado con adrenalina que sentía por Malfallax. Le propinó un tajo que le arrancó parte del pellejo del hombro, y la bestia se vio obligada a retroceder trastabillando. Soltó un chorro de llamas de color rubí desde la mano, y el fuego convirtió la piedra rota en un montón de roca derretida que se arrastró por el suelo como un ser vivo. Una punzada de rabia endureció el corazón de Rafen cuando atacó de nuevo, y la lanza le respondió uniéndose al ataque, fluyendo con los movimientos de sus músculos. Unas diminutas chispas doradas aparecieron y se persiguieron las unas a las otras sobre el mástil de la lanza. De repente, lo entendió todo: ¡La rabia! ¡La maldición genética era la clave!

Malfallax había perdido la visión de futuro, pero la bestia sabía de todas maneras cómo tocar el instrumento que era el destino. Todas las cosas se encontraban bajo la guía de unos hilos invisibles que iban desde el nacimiento hasta la muerte, desde el pasado hasta el presente. Manejaban la vida y la materia como marionetas caprichosas. Aquella criatura humana, aquel Ángel Sangriento, estaba tan a merced de los mecanismos del destino como las estrellas del cielo, la lluvia que caía la salida y la puesta del sol de Sabien. Al carecer del don que le había entregado su señor, la visión que Malfallax tenía del destino del cachorro humano era confusa, pero sabía que existían muchos más finales en los que Rafen acababa destrozado y muerto que aquellos en los que triunfaba o en los que se entregaba a la adoración del Caos. El

demonio sabía cómo combatía el marine. Había estado jugando con él y había estudiado sus movimientos. Vio la duda con toda claridad en sus actos, la resistencia que mostraba la lanza en sus manos. Rafen se encontraba a disgusto con aquella pestilente, letal y odiosa lanza, así que Malfallax utilizaría aquel sentimiento. Durante la fracción de segundo que Rafen dudó, la criatura atrapó la hoja de la lanza con uno de los salientes que había a lo largo del filo de la espada de disformidad y la retorció. La espada alienígena aulló y dejó mellas en el espacio-tiempo cuando se elevó y tiró hacia atrás para arrancarle la Lanza de Telesto a Rafen de las manos antes de pudiera reaccionar. Malfallax lo empujó hacia atrás con una descarga de fuego rosáceo y lanzó lejos la lanza sagrada. El arma se clavó en el barro y comenzó a hundirse.

El Ángel Sangriento se golpeó la armadura para apagar el serpenteante fuego infernal mientras se tambaleaba. Fue consciente del coro de ruidos que lo rodeaba. Los sonidos llegaban al fondo del cráter en oleadas, los gritos de los moribundos entremezclados con los estampidos de los disparos y de las explosiones, el retumbar lejano del trueno y las plegarias de combate sacrílegas.

—Un flojo adversario —rugió el demonio—. Qué poca diversión. Quizá ese brujo mental de Mephiston sea un desafío mayor, incluso ese bribón de lord Dante…

La rabia inundó a Rafen como un torrente que se hubiera escapado de una presa rota.

—¡Engendro del Caos! Haré que te tragues esas palabras.

—¿Con qué? Vamos, pequeña presa humana, atácame con uñas y dientes si crees que con eso tu muerte tendrá más sentido.

Malfallax se lanzó contra él convertido en una centella, tan veloz como un relámpago. La espada de disformidad giró en su zarpa y la piedra calcita del pesado pomo lo golpeó en plena cara, rasgándole la piel y encendiendo unos dolorosos fuegos artificiales en el interior de su cabeza. Rafen retrocedió trastabillando hasta que se cayó. La bestia avanzó alzándose por encima de él y le tapó el brillo del millar de luces provocadas por la batalla y los relámpagos blancos que azotaban el cielo. La garra quemada y apestosa aprisionó a Rafen contra el barro frío y lo mantuvo allí para poder rematarlo con un último mandoble de su espada de hueso.

—La lanza te rechaza —le dijo riéndose al mismo tiempo que señalaba con un gesto del mentón el burbujeante charco de barro—. Eres un fracaso para tu capítulo, Ángel Sangriento, lo mismo que tu querido hermano.

La presión yació de aire el pecho de Rafen, y con él, una negación le salió de lo más profundo de su alma.

—No —musitó. Reunió todos los rescoldos de su rabia teñida de sangre—. ¡No! ¡No!

A lo largo de todo su servicio en los Adeptus Astartes, Rafen había contenido la rabia negra que albergaba en su interior, frenando los impulsos de la sed roja sin

permitir jamás que superara su rígido autocontrol. En ese momento, le dio la rienda suelta que ansiaba y desató el frenesí bestial que era el secreto más oscuro de los Ángeles Sangrientos.

La sed roja se extendió por todo su cuerpo como una feroz tormenta carmesí, una locura sanguinaria que se apoderó del marine. La energía aura de su primarca envió una descarga por sus venas, y las trazas del código genético de Sanguinius se hincharon con un poder sobrenatural. La tremenda combinación de sangre astartes y el potente flujo de vigor procedente del don de la sangre del Señor de la Muerte se entremezclaron en Rafen y lo llenaron con una furia que relució con un odio sin límites y sin control.

Las cuerdas del destino se desenlazaron ante Malfallax girando y retorciéndose en su cegado ojo mental.

«¡Imposible!».

Rafen rugió y se liberó de la presa de la bestia destrozando garras grandes como cimitarras y convirtiendo la piel escamosa en jirones. Se movió con la velocidad de la furia, convertido en un imparable proyectil de color rojo. El espíritu del marine se zambulló en el mar de ira que lo rodeaba y allí encontró la bauza reluciente de la lanza sagrada. El arma salió volando del barro y se dirigió hacia él, cruzando la distancia que los separaba en un parpadeo. En el aire restallaron un fuego dorado y centelleos relampagueantes, que brillaron como fragmentos de soles para concentrarse en el corazón hueco de la hoja en forma de gota. El arma había despertado. El latido de la lanza sagrada había percibido la furia santa de Rafen y sabía que era auténtica.

Malfallax se lanzó contra él con la espada de disformidad por delante y abriendo desgarrones en la realidad con los dardos de fuego que fue lanzando. Le lanzó el velo del Sendero Retorcido al Ángel Sangriento, pero cada ataque chisporroteó y murió frente a la gloria de la Lanza de Telesto. El demonio vio su destino retorcerse hacia una informidad negra y gritó de desesperación.

Una oleada de luz ámbar destelló, y por un breve momento la destrozada armadura roja de Rafen fue sustituida por una dorada, rematada con unas alas de acero blanco. La venganza justiciera de su progenitor se asomó a los ojos azules como el hielo de Rafen y llevó el castigo al corazón del engendro del Caos.

La Lanza de Telesto entró en el pecho de Malfallax y se hundió en el miasma de corrupción que albergaba. Rafen empujó y obligó a la lanza a atravesar las entrañas de la bestia dejando atrás los pulmones podridos para partirle el negro corazón. La criatura lanzó un aullido hacia los cielos, pero el Ángel Sangriento continuó empujando hasta que la hoja del arma salió por la espalda de Malfallax, entre sus dos alas exangües.

—Soy… la… no muerte —barbotó—. No puedes matar a una criatura de la

disformidad.

—¡Vete! —Gritó Rafen dejando al descubierto los colmillos—. ¡Tu dimensión maldita te espera!

—¡Aaahhh …! —El ensordecedor grito de agonía de Malfallax surgió de una decena de bocas—. No has ganado —le espetó—. Tu rabia será tu perdición…

—¡Muere! —aulló Rafen, y con un último empujón de la lanza cortó el enlace del demonio con su recipiente mortal.

Del cadáver de Stele surgieron descargas ectoplásmicas chasqueantes que atravesaron el aire cargado de una neblina sangrienta y se desvanecieron. Unos fragmentos relucientes de materia de disformidad etérea restallaron y desaparecieron, incapaces de permanecer en el plano humano de la realidad ni un solo segundo, y se llevaron con ellos la aullante entidad a la locura del Immaterium.

El cuerpo mutante se convirtió en una piedra negra porosa que atrapó a la lanza en su estructura de estatua deforme. Rafen tiró del arma para recuperarla, y la lanza se inflamó para luego soltar una descarga de calor que barrió a la forma ennegrecida.

—¡No! —gritó cuando un miedo repentino lo asaltó. Pero fue demasiado tarde.

La ceniza negra explotó como un tornado hecho de uñas en un círculo perfecto, con cada partícula diminuta de materia corrupta impregnada de la malignidad de los Poderes Siniestros. Una oleada de odió enloquecido recorrió a Rafen y lo lanzó por los aires. La marea de rencor cruzó la plaza y tocó a todos y cada uno de los Ángeles Sangrientos que había en la superficie de Sabien. Les arrancó el barniz de humanidad a todos y envileció a los marines espaciales. El carácter noble y el honor de los Hijos de Sanguinius desaparecieron por completo bajo la locura que los convirtió a todos en animales. Las carcajadas de Malfallax resonaron cuando su venganza final dejó al descubierto la locura de la Maldición en sus enemigos, y hasta el último de ellos cayó bajo el horrible dominio de la sed roja.

Aquello no fue una batalla. Fue una carnicería.

Los guerreros cayeron a decenas entre el azote de la lluvia y el estruendo de los truenos bajo el frenesí de los Ángeles Sangrientos. Arrancaron los corazones todavía palpitantes de los pechos de los adoradores del Caos y los aplastaron como frutas maduras para que el néctar de la densa sangre arterial cayera sobre sus bocas abiertas y ansiosas. Los marines mordieron las gargantas de los caídos y sus rostros quedaron cubiertos de manchas de sangre que les bajaban hasta el cuello. Se gruñeron y se aullaron unos a otros como chacales que se pelearan por carroña fresca. Lagos de sangre cubrieron la plaza y el aire se impregnó de su olor metálico y punzante. Sangre, sangre y sangre. No se acababa nunca. Los torrentes del precioso fluido carmesí empapaban el barro a los pies de los combatientes.

Los soldados esclavos no fueron los únicos que cayeron asesinados bajo la rabia de los enloquecidos astartes. Los Portadores de la Palabra quedaron enmudecidos por

el asombro cuando los Hijos de Sanguinius abandonaron toda precaución y cayeron sobre ellos en oleadas. Los Benditos de Lorgar se enfrentaban a un enemigo que se había transformado en poco más que una fuerza de la naturaleza. Era una tormenta viva y mortífera de guerreros sin miedo o freno alguno. Los Ángeles Sangrientos estaban poseídos por una furia asesina, eran espíritus de destrucción carmesí que no daban ni pedían cuartel.

El señor de la guerra Garand disparó contra todos los astartes de armadura roja que se pusieron a tiro, pero los proyectiles de cabeza mortífera no lograron detener aquella oleada enloquecida. Vio a algunos enemigos sin extremidades y con grandes agujeros en el cuerpo que seguían rugiendo poseídos por el frenesí del combate, con la luz de la humanidad de su interior apagada por el regalo de despedida de Malfallax: aquella oleada de odio destructor. El Príncipe Brujo de Helica ya había visto aquel comportamiento en un campo de batalla, pero jamás en un oponente humano. Garand había participado en incursiones al Ojo del Terror con otros seguidores del Caos, y en algunas ocasiones los Portadores de la Palabra habían tenido la desgracia de luchar junto a los Devoradores de Mundos. Eran dementes en mitad de una cultura psicópata, y formaban bandas de guerreros enloquecidos que mataban a los aliados y a los enemigos con las mismas ganas en su interminable ansia de decapitar cuerpos para el trono de cráneos del Dios de la Sangre. El señor de la guerra vio los mismos rasgos de locura en aquella legión astartes, un disfrute de la matanza por la matanza.

—Luchan como si fueran el propio Khorne —dijo uno de los lugartenientes de Garand con voz rasposa—. Jamás había visto nada igual.

—Yo sí —replicó Garand, y luego dejó escapar un gruñido de rabia—. Que la disformidad se lleve este maldito plan. Ese demonio infame ha huido.

Los himnos leídos en los Libros Impíos se convirtieron en gritos gorgoteantes cuando el salvaje ataque de los Ángeles Sangrientos llegó a las líneas de los Portadores de la Palabra y comenzaron a desgarrar gargantas. Garand contempló lleno de ira cómo una escuadra de aspirantes escogidos desaparecía bajo la oleada de armaduras rojas y caía igual que una empalizada de ramitas.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —gritó una voz. Garand bajó la mirada desde el ventajoso puesto de observación donde se encontraba y vio que un sacerdote guerrero se abría paso a empujones hacia él entre la muchedumbre—. ¡Mi señor, el velo se nos ha cerrado!

Enfurecido, Garand agarró al Portador de la Palabra y se lo colocó delante de la cara.

—Habla con claridad, idiota.

El marine se retorció bajo su mano.

—Nuestras invocaciones han cesado, mi señor. ¡Todas las formas demoníacas que

invocamos para la batalla se han desplomado y yacen inertes!

—Malfallax. —Garand soltó al sacerdote guerrero y maldijo una y otra vez el nombre del Señor de la Transformación—. Ese espectro pestilente. ¡Esto es obra suya!

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó el lugarteniente. Garand hizo un gesto amplio con la mano.

—Retiró su esencia cuando murió el cuerpo que lo albergaba, y con ella toda la materia disforme que había en el campo de batalla. No queda nada. Estamos inmovilizados aquí, perdidos para el empíreo. —Echó a un lado al sacerdote guerrero y le hizo una señal a su lugarteniente—. Nuestra batalla aquí ha terminado. Reagrupaos. ¡Reagrupaos!

—Mi señor, no pensaréis…

—¿En una retirada? —Las palabras surgieron retumbantes de sus labios—. Esos dementes no pueden ser detenidos con las tropas que tenemos, idiota. —Arrancó una vara de teleportación que el marine llevaba al cinto—. Nos vamos.

—No —barbotó el sacerdote guerrero cuando su fervor se impuso a su sentido común—. ¡Siempre adelante, nunca retroceder! Es el código de los Portadores de la Palabra. No nos retiramos.

Garand le propinó un tremendo puñetazo que lo arrojó a un lado.

—¡Imbécil! Si dejas a estos maníacos solos, ¿a quién crees que matarán? ¡Pues los unos a los otros!

—No…

El señor de la guerra apretó la runa de activación y sintió el cosquilleo cálido de los teletransportes de la *Misericordia* al alcanzarlo. Su último acto en Sabien fue dispararle al sacerdote guerrero en una pierna y abandonarlo allí a manos de aquellos dementes. Era un castigo más que suficiente por atreverse a llevarle la contraria al Príncipe Brujo.

Mephiston no se dio cuenta de la partida de los Portadores de la Palabra. Algunos, aquellos que estaban heridos o no fueron lo suficientemente rápidos en correr hacia las burbujas relucientes de los campos de teleportación, murieron en el mismo momento que les dieron la espalda a los Ángeles Sangrientos. Sus cuerpos y sus armaduras se unieron a la interminable alfombra de cadáveres que sembraban el paisaje destrozado. Quizá en alguna remota zona de su alma negra como la noche, la parte de Mephiston que todavía seguía siendo el hermano Calistarius aún existía. Aquel diminuto fragmento de lucidez gritaba y chillaba para que la sed roja se apagara, intentaba detener la caída en picado de Mephiston hacia la rabia negra.

El Señor de la Muerte se había transformado en Armageddon tras siete días y siete noches de lucha contra la maldición genética, pero en aquel preciso instante su voluntad de hierro se había roto, arrastrada por el torbellino de ansia de sangre que

llenaba su alma. No era consciente de las armas que empuñaba, sólo que con ellas podía matar, matar y matar, imparable y glorioso.

—¡Mephiston!

Aquel nombre no significaba nada para él. Ya no tenía identidad, tan sólo un odio que lo consumía todo.

—Mephiston, escúchame. Rechaza la oscuridad. —Una silueta rojiza se interpuso en su línea de visión—. ¡Recházala!

Mephiston lanzó un aullido incoherente y atacó con la espada psíquica a la forma humana. Sólo veía la carne palpitante y oía el palpitar de un corazón tibio en su interior. Vitarus chocó contra una vara de luz dorada y se detuvo en seco. La potencia del impacto hizo que el Señor de la Muerte retrocediera. Mephiston dejó al descubierto los colmillos con un gruñido y atacó de nuevo el mástil reluciente, y por primera vez vio quién se atrevía a desafiarlo.

Rafen cruzó la lanza sagrada y parpadeó para no verse afectado por las chispas que levantaba la espada al chocar con su arma. La punta del arma de Mephiston tocó el cuello de Rafen y sintió el frío paralizante del filo cristalino de la espada tocarle la piel y abrirle una herida. La sangre del marine brotó, se encharcó en el hueco de la clavícula y manchó la punta de la espada.

—¡Aaarrrgghh!

No vio rasgo humano alguno en la mirada del Señor de la Muerte.

—¡Mephiston!

Rafen estaba seguro de que había sido la Lanza de Telesto la que lo había protegido. Cuando el odio de Malfallax consumió a todos sus hermanos de batalla, tan sólo él mantuvo la mente intacta. El contacto cálido de la lanza despejó su cabeza de la rabia asfixiante. Sólo él podía detener aquella oleada de locura antes de que sus camaradas se destrozasen entre sí.

—Apártate del abismo. En nombre de Sanguinius, ¡suelta tu ira!

Un rayo de luz dorada surgió de la lanza e impactó contra Mephiston igual que si fuera un golpe físico. Trastabilló hacia atrás y dejó caer la espada. El brillo apagado de la locura desapareció de su mirada. A su alrededor, los rugidos de frenesí y de matanza se apagaron hasta que sólo se oyó el murmullo de la lluvia. El agua limpió la sangre que le manchaba el rostro y el pecho al bibliotecario, quien apartó la mirada de sus manos y se fijó en Rafen.

—Tú… —A Mephiston le costó hablar al principio. Las palabras tardaron en formársele en la mente—. Me trajiste de vuelta del borde del abismo, pero… ¿cómo?

Los brillantes colores de la lanza comenzaron a apagarse.

—No lo sé —admitió Rafen—. No fui más que el instrumento. Guiaron mi mano…

El psíquico guerrero sacudió la cabeza para librarse de los últimos restos de la sed

roja y la encerró muy dentro de él. Observó cómo Rafen estudiaba la lanza, cómo recorría con sus dedos los grabados tallados por su primarca. Por un momento, el muchacho había tocado el alma del arma más sagrada, y con ella había traído de vuelta a sus hermanos de batalla del borde del abismo. Aunque no mostró nada en su rostro, Mephiston se maravilló en su interior ante el potencial de alguien que había sido Bendito con el contacto con el Puro.



Epílogo

Del cielo comenzaron a llover lágrimas carmesíes cuando las naves de rescate atravesaron la capa de nubes. Los rostros ceñudos de los marines espaciales procedentes de la *Europae* mostraban lo que pensaban. Vieron la matanza que había tenido lugar en las calles de la ciudad y no dijeron nada al respecto. Ninguno de ellos avergonzaría a sus hermanos preguntando qué era lo que había ocurrido bajo la cortina de nubes grises mientras la barcaza de combate y la nave del Caos intercambiaban andanadas de misiles y de disparos láser.

Rafen contempló cómo Mephiston aceptaba el informe de un sargento veterano con un aspecto serio y solemne. Un impacto afortunado de los cañones principales de la *Europae* había abierto una brecha en el casco de la *Misericordia* que daba directamente a su depósito de municiones, y la nave enemiga había quedado muy dañada. El sargento informó de que en un momento dado se había producido un hecho muy peculiar en la nave de los Portadores de la Palabra: los codiciarios y los bibliotecarios que iban a bordo de la *Europae* habían gritado al unísono cuando la onda expansiva de algo horrible resonó procedente del mundo santuario que tenían debajo, un vertido de un mal terrible y poderoso. La *Misericordia* sintió también el impacto del desgarro en la disformidad, y todo se había quedado inerte a bordo de la nave enemiga debido a su paso. Era lo único que necesitaba el capitán de la barcaza de combate, y aprovechó la ventaja. Los Portadores de la Palabra, los orgullosos y arrogantes demagogos que juraban que ellos nunca retrocedían, se destrabaron del combate y se dirigieron a toda velocidad hacia el lado exterior del anillo de escombros espaciales. La *Europae* tenía los motores dañados, por lo que no pudo alcanzar a la nave del Caos, así que su tripulación contempló cómo la *Misericordia* llegaba al espacio libre y se metía en el fantasma de una puerta de disformidad con forma de cráneo humano. El rostro sonriente se mantuvo en la oscuridad durante unos largos instantes y luego se desvaneció.

Rafen miró al cielo de color apagado y luego al bibliotecario.

—¿Es una victoria, lord Mephiston?

El Señor de la Muerte se alejó en dirección a una de las Thunderhawks que estaban esperando.

—De momento —dijo en voz baja.

Se quedaron en órbita a lo largo de otra semana solar mientras los servidores del capítulo y la tripulación reclutada efectuaban las reparaciones pertinentes en la *Europae*. Los grupos de combate de marines espaciales especializados en entornos sin atmósfera fueron enviados al anillo de fragmentos que marcaba el lugar de la muerte infernal de la *Bellus*. Tenían como misión registrar los restos en busca de supervivientes de material de interés para el capítulo. Las pocas cápsulas de salvamento que encontraron contenían grupos atemorizados de ciudadanos de Shenlong, miembros del millar de elegidos de Arkio que habían huido cuando comenzó el combate.

Los Ángeles Sangrientos los trataron como a cualquier enemigo del Imperio: les ofrecieron escoger entre el bólter o la escotilla de vacío. La mayoría escogieron lo primero, y lloraron de rodillas rezando al nombre del hermano de Rafen antes de morir de un disparo a quemarropa. Uno de los grupos encontró el módulo de acero endurecido del interior de la *Bellus* que contenía las cápsulas progenoides de la nave. La mayoría de los oficiales que iban a bordo de la *Europae* opinaron que las semillas genéticas estaban contaminadas y que había que arrojarlas al horno de fusión, pero Mephiston ordenó lo contrario. Los órganos vitales fueron colocados en un compartimento seguro para el viaje de regreso a Baal. Sería el comandante Dante quien decidiría el destino de todo aquel material genético.

Rafen pensó en ello. ¿Estaría el alma de su viejo mentor Koris escondida todavía en algún lugar de su glándula progenoide? ¿Qué pasaba con Bennek, con Simeon, con todos los demás? ¿Vivirían de nuevo algún día, o serían condenados por su proximidad con la rebelión de Arkio?

El Ángel Sangriento se arrodilló en una pequeña capilla situada a uno de los lados del transepto central de la capilla principal de la *Europae*. La vasta estancia era una copia de la que había a bordo de la *Bellus* en forma y líneas, aunque la decoración, las vidrieras y las inscripciones que se veían en las paredes y en el suelo de mosaico eran distintas. Estar allí hacía que Rafen se sintiera extrañamente desplazado, casi como si se encontrara en un mundo paralelo, en una versión alternativa donde lo ocurrido había sido distinto y el resultado final, diferente. Oyó unos pasos a su espalda y levantó la cabeza. Por un momento esperó ver a Arkio dirigiéndose hacia él, pero no el avatar alado de armadura dorada, sino el marine orgulloso con el que se había encontrado en Cybele.

Mephiston se detuvo a su lado y lo saludó con una inclinación de cabeza. No llevaba puesta la armadura de combate, sino los ropajes propios de su elevado rango.

—Hermano.

Rafen contestó con otro gesto de asentimiento.

—Mi señor. —Empezó a levantarse, pero Mephiston negó con la cabeza y le indicó con un gesto que se quedara como estaba—. ¿Qué deseáis de mí?

El psíquico se quedó en silencio durante un momento.

—Nos lamemos las heridas, Rafen. A nuestro modo, nos curamos y seguimos adelante. Los capellanes me han dicho que hace días que no salís de la capilla.

—Así es —admitió Rafen—. Sentí que era… necesario.

—Muchos estarían de acuerdo. Después de las ceremonias por los caídos y los rituales de purgación, los hermanos de batalla me han comentado la necesidad de borrar este lamentable incidente de nuestras crónicas.

—Sería un error —comentó Rafen en voz baja—. Hacer eso significaría que no hemos aprendido nada.

Mephiston siguió hablando.

—Esta nave está lista para zarpar, y he ordenado a los astrópatas que tracen un rumbo hacia Shenlong. Será necesario… borrar cualquier rastro que quede de los planes heréticos de Stele.

—Destruiremos el mundo forja.

No era una pregunta.

—Exterminatus —murmuró el bibliotecario—. Una conclusión triste pero inevitable.

Levantó la vista hacia el altar que se encontraba en la sección principal de la capilla. Allí, protegida por un campo magnético; se encontraba la Lanza de Telesto, en silencio, pero todavía reluciente, girando sobre su propio eje.

—¿Voy a compartir ese mismo destino? —le preguntó Rafen con voz tranquila—. No estoy ni más ni menos corrompido que la gente de este maldito planeta.

—Algunos han argumentado lo mismo —admitió Mephiston—. Hay personas en Baal que han aconsejado vuestra ejecución junto a la de los marines leales supervivientes reunidos en Sabien. Temen que sigáis el mismo camino que Arkio. Saben que fuisteis capaz de empuñar la lanza sagrada.

—Muy brevemente, mi señor, muy brevemente.

El psíquico lo miró fijamente.

—Así es. Al final, sin embargo, han prevalecido otras opiniones más ecuánimes. Vuestra dedicación y honra hacia nuestro capítulo ha sido, a pesar de lo heterodoxo, impecable. El comandante Dante os concederá una audiencia cuando lleguemos a puerto. Sin embargo, en vez de esperar hasta ese día, me ha concedido permiso para otorgaros un ascenso de campo por vuestra entrega altruista. El mando del fallecido capitán Simeon, la Sexta Compañía.

Rafen se quedó sin aliento.

—Con vuestro permiso, mi señor, debo declinar el inmenso honor que me concede lord Dante.

—¿Os negáis a aceptarlo?

Asintió.

—Si me gano el ascenso a capitán, será por convencimiento propio. No creo que me merezca ese rango. Todavía no.

—Entonces, ¿qué debo hacer, muchacho? Esto no sentará nada bien.

El marine levantó la mirada hacia el bibliotecario.

—¿Puedo pedir un favor a cambio?

—¿Qué es?

—Pido clemencia, mí señor. Que se les conceda clemencia y compasión a mis hermanos de batalla que se apartaron del camino, a los que siguieron a mi hermano por ignorancia. —Pensó en Turcio y en Corvus, que habían subido a bordo de la *Europae* sin su equipo de combate y esposados—. Su único error fue quedar cegados por su fe en Sanguinius. Pusieron esa fe en contra de ellos y la falsearon. No tienen la culpa.

Mephiston pensó unos momentos en aquella petición.

—Existen ciertos ritos de limpieza y purificación que se pueden emplear… Son bastante difíciles. Muchos no sobrevivirían.

—Ellos lo harán —replicó Rafen—. Y su fe será el doble de fuerte por haberlo hecho.

Se puso en pie y se acercó al altar bajo la atenta mirada de Mephiston. El marine alargó el brazo hacia el campo magnético y pasó la mano desnuda sobre el mástil de la lanza. La empuñó por un momento, y Rafen sintió su peso de nuevo. Miró la hoja en forma de gota. El metal parecía fluir y moverse bajo la luz, reluciendo con la sangre de los muertos sobre ella.

—¿Qué es lo que ves? —le preguntó el Señor de la Muerte.

Rafen vio el color rojo oscuro en el arma y supo que era la sangre de su hermano. Refulgió un momento y luego desapareció.

—Gran Ángel, escúchame —susurró—. Toma a mi hermano Arkio a tu lado, llévalo a la derecha del Emperador. Perdona su error y perdona el mío. Te lo ruego. —Inclinó la cabeza—. Mi vida y mi alma por el Dios-Emperador, por Sanguinius… Por los Ángeles Sangrientos.

Cerró los ojos, y allí, en las profundidades de su alma, notó la marca de su señor, indeleble y brillante como la luz del sol dorado.



La *Misericordia* avanzó renqueante por la oscuridad, perdiendo gases y fluidos vitales al vacío, desangrándose lentamente mientras se acercaba cada vez mis al Torbellino y a la guarida de los Portadores de la Palabra. Garand abofeteó al servidor-cirujano que estaba atendiendo el daño que había sufrido en el brazo y luego se puso

en pie. Las energías de difícil control del teletransportador de la nave habían convertido la extremidad del señor de la guerra en una masa deforme de huesos y músculo. Ya había matado al servidor responsable del error para alimentar a la monstruosidad de dos cabezas que antes habían sido tres de sus mejores marines… antes de la problemática evacuación de Sabien.

El servidor de comunicaciones personal de Garand estaba a sus pies, aterrorizado. Había permitido que el esclavo conservara parte de su personalidad cuando lo había incluido en su séquito. Para él tenía poco sentido disponer de servidores que no le temieran.

—¿Qué? —le preguntó.

—Una señal del Ojo, vuestra oscuridad —tartamudeó—. La marca psíquica del mensaje muestra el abominable sello del odioso y siniestro Saqueador de Mundos.

—Abaddon —musitó Garand, sintiéndose muy cansado de repente. Hizo caso omiso del chillido estremecido de su servidor cuando se atrevió a pronunciar en voz alta el nombre del gran señor de la guerra—. Por supuesto. —El Portador de la Palabra se echó a reír sin humor—. Y ahora, ¿qué voy a decirle? Dime, pequeño esclavo, ¿cómo debería construir la frase para informar al Saqueador de que no va a recibir los aliados que le habíamos prometido para la Decimotercera Cruzada Negra? ¿Con qué mentiras apropiadas ocultará los fallos de Malfallax, de Stele… y los míos?

—Yo… yo no…

—¡Silencio! —Rugió Garand—. Sólo yo sobrevivo. ¡Sólo yo debo aceptar la culpa! —La furia del señor de la guerra desapareció con la misma rapidez que había aparecido—. Tráeme mi sudario. Lo necesitaré.



Una persona podía volverse loca con un simple vistazo al informe reino de la disformidad. La masa burbujeante de energías alienígenas desafiaba las mentes de las formas de vida orgánicas. Era un paisaje descarnado de emociones entremezcladas, de cimas y depresiones cortadas a partir de la materia de las propias pesadillas. En aquel pequeño trozo de Immaterium, en el infierno desconocido y de movimiento incesante que era la madriguera del temido Malfallax, los gritos y los aullidos de rabia construían jaulas de odio a partir de la materia psicoactiva. La conciencia desmembrada del demonio, herida por la brutal separación de su conexión con el cuerpo huésped, el de Stele, rugía y chillaba de dolor ante aquel paisaje interminable. Su inmensa furia duraría incontables eras, pero en la disformidad, el tiempo no tenía sentido ni correlación con otras realidades.

Llegaría el momento en el que Malfallax estaría lo bastante calmado como para empezar a planear venganzas, tanto sutiles como directas, y atesoraría una furia que sólo el ente más inhumano sería capaz de guardar. Era una furia dirigida

exclusivamente contra un hombre, el ser que había destrozado todos los planes que había trazado con tanto cuidado.

Un día pagaría por lo que le había costado a Malfallax, y cada Ángel Sangriento pagaría mil veces por la derrota del demonio a manos de Rafen.